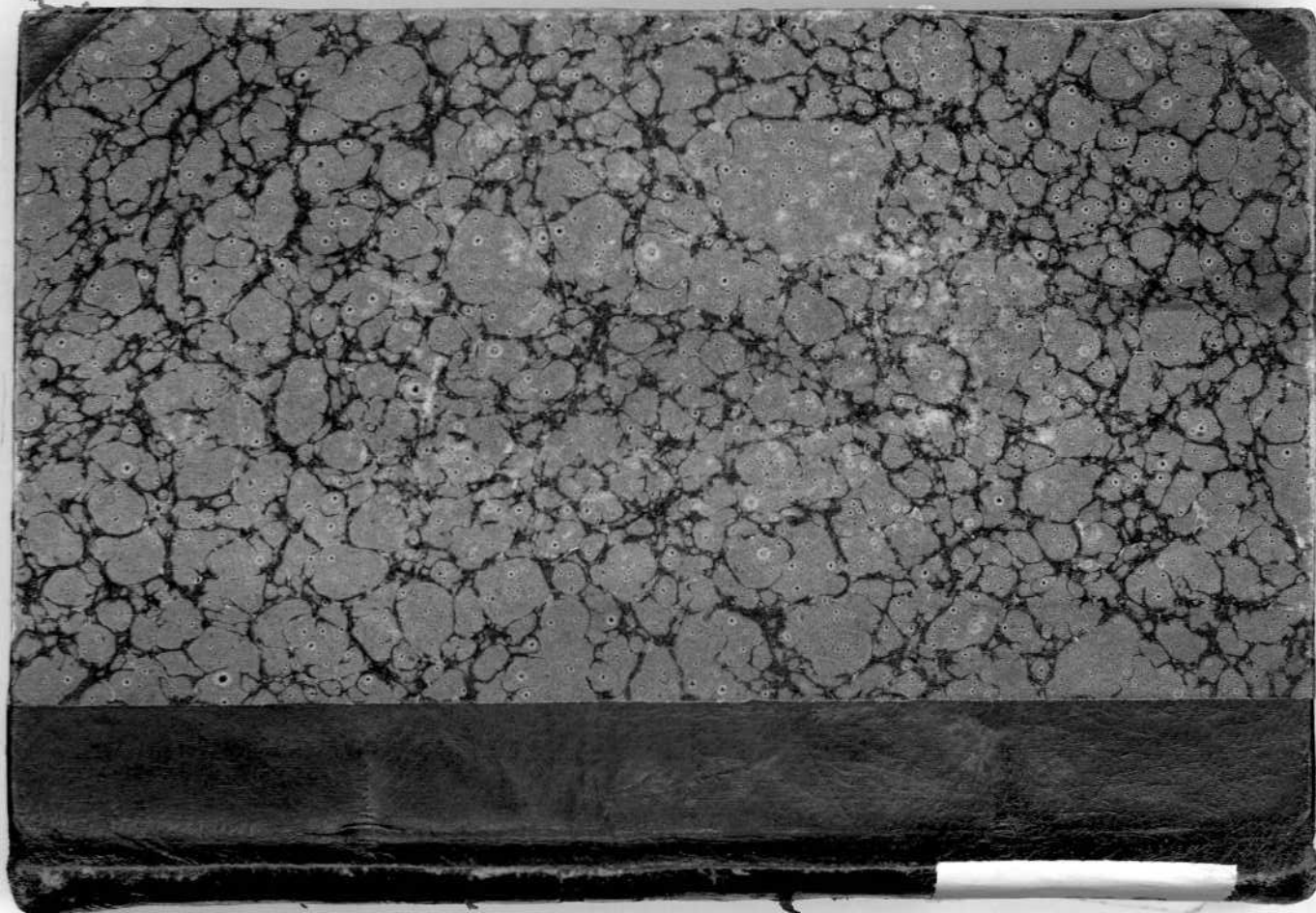

HESPERIA
LIBROS HISPANICOS
ZARAGOZA
ESPAÑA

DGCL
A

T. 148819
C. 1189867

LOS COMUNEROS.

NOVELA HISTORICA,

ORIGINAL

DE D. V. GARCIA ESCOBAR.

MADRID:—1850.

Imprenta de La Iberia, á cargo de Manuel Rojas,
calle del Baño, núm. 3, principal.

CASTILLA Y LEON
BIBLIOTECA DE

R. 115442

A MIS PADRES

los señores don Antonio Garcia

Y DOÑA RAIMUNDA ESCOBAR,

EN PRENDA DE CORDIAL CARIÑO,

SU

VENTURA.

A MIS PADRES

los señores don Antonio Narcis

Y DOÑA RAIMUNDA MESONER,

EN PRENDA DE CORDIAL CARIÑO,

se

VENTURA.

DEDICATORIA (1).

Cúmpleme, pues, quitar el polvo á mis cartapacios, y destinaros, padre mio, el presente romance, como membranza íntima, como prenda y fianza notoria de nuestro cordial y dulcísimo cariño.

Medina de Rioseco, diciembre de 1854.

(1) Razones más poderosas que nuestra voluntad, y que los lectores en su buen juicio y penetracion pueden comprender, atendida la índole de los tiempos corrientes, impiden reproducir íntegra en esta edicion la dedicatoria, que vió la luz pública con la primera parte de la novela en las columnas del *Semanario pintoresco Español*, bajo el título de LA CÓRTE DEL ALMIRANTE.

(N. del A.)

DEDICATORIA (1).

Cúmpleme, pues, quitar el polvo á mis cartapacios, y destinaros, padre mio, el presente romance, como membranza íntima, como prenda y fianza notoria de nuestro cordial y dulcísimo cariño.

Medina de Rioseco, diciembre de 1854.

---

(1) Razones más poderosas que nuestra voluntad, y que los lectores en su buen juicio y penetracion pueden comprender, atendida la índole de los tiempos corrientes, impiden reproducir íntegra en esta edicion la dedicatoria, que vió la luz pública con la primera parte de la novela en las columnas del *Semanario pintoresco Español*, bajo el título de LA CORTE DEL ALMIRANTE.

(N. del A.)

PARTE PRIMERA.

LA CORTE DEL ALMIRANTE.

CAPITULO I.

INSÓMNIO.

La noche cubre con su manto de hielo los lejanos confines del horizonte. Un cierzo desolador ruje sobre la faz de los marchitos campos, y á su desigual impulso resbalan por el espacio informes grupos de opacas nubes, dejando apenas entre sus volubles pliegues descubrir un momento la pálida y fugitiva luz de alguna estrella, perdida en la inmensidad de las sombras. Los árboles despojados del frondoso ropaje crujen con desapacible rumor, y á sus violentas oscilaciones las aves nocturnas guarecidas en las húmedas copas se lanzan al viento, exhalando fatídicos y estridentes graznidos. Un silencio como el de los sepulcros, adormece á la inerte naturaleza, y este reposo es turbado solamente por los mujidos vagarosos del soplo boreal y por el grito pausado y soñoliento del soldado, que vela sobre las murallas de una villa, cuya indecisa mole se destaca apenas en el fondo tenebroso de aquel cuadro sin vida ni color. Un punto luminoso reverbera, no obstante, en el seno de las tinieblas, y hace que

la poblacion se asemeje á un ciclope descansando en el centro del caos, y que vela por la propia seguridad con su ojo radiante cual el foco de una hoguera inestinguible.

Si algun curioso se aproximase á indagar la causa de este efecto, hallaria que aquella ráfaga de tibia luz exhálase por cierta ventana espaciosa, cuyos adornos arquitectónicos de un gótico degenerado quiebran en caprichosos recortes la diáfana perspectiva, á través de la cual cruza de cuando en cuando una sombra, que perfila sus contornos indeterminados sobre los pintados vidrios de la bastarda ojiva. A veces su marcha es lenta y acompasada; otras es rápida y desigual como la de los celajes que pasan por delante de la luna llevados en álas del vendabal. Ya sus perfiles se marcan enérgicamente, y luego se presentan obtusos y desvanecidos, al modo que en la cortina fantasmagórica los espectros dibujados por la linterna de la cámara. Súbito ruedan sobre sus ligeros goznes las trasparentes vidrieras, y aparece en el alfeizar una forma blanca, que exhala profundísimo suspiro, cual si fuera el fantasma evocado de la tumba para buscar en la tierra consuelos á su infinito padecer. Y luego murmuran en el aura inquieta frases incoherentes, amargas y confusas palabras, que se pierden rápidas, sin vibracion y sin eco.

—¡Ay!...—murmura la tristísima sombra:—¡Esta es la fiebre, este es el delirio del alma, la agonía del corazon!!...

Y llevándose arrebatada sus manos á la frente, se aparta de la ventana con brusco ademan, y sus inciertos pasos la llevan á caer sobre un espacioso sillon, donde queda abismada é inerte, cual un cadáver en el sepulcro.

Todo vuelve á estar tranquilo y silencioso en aquella opulenta estancia. Solamente el ruido del viento agitado por lo esterior, y rompiéndose en los intersticios de los batientes de la galería, formaba una especie de gemido

penoso y melancólico, que parece el eco de la dolorosa respiracion, que anhelosamente exhala de su pecho la triste dama, en su hondo y amargo delirio.

¡Oh!... Si pudiérais ver, como yo, su bellísima forma, abandonada en el mullido asiento, como la imágen del dolor, causaríaos, sin duda, lástima grande contemplar tan mal parada hermosura, tan pesarosa y abatida juventud. Frisa apenas la cuitada en los veinte y un años; el perfil de su fisonomía es limpio, severo y arrogante, como el de una estátua griega. Bajo su frente, surcada por ciertas líneas características del orgullo, brillan unos ojos de azul clarísimo, en los cuales un observador sentimental buscaria en vano la pura trasparencia y viva ráfaga, que son la revelacion segura de un alma angélica y elevada. Una blancura casi mate se estiende por los contornos fríos de aquel misterioso semblante, al modo de un velo de encaje sobre el mármol de Carrara humanizado bajo el cincel de Berruguete. Es una belleza estraña, que reune á la morvidez ática, la energía, casi la fiereza y arrebato de las mujeres meridionales; es una belleza, en fin; pero hay en ella algo de imponente y sombrío, que no es posible adivinar ni definir. En medio del silencio de la noche y de una profunda soledad, sumerjida en la penumbra fantástica de aquella lámpara vacilante, y rodeada de admirable fausto, parece acaso una de esas magas, que en alcázares encantados esperaban antaño en letárgica molicie la llegada de algun paladin á quien prender con amorosos engaños, para convertirle despues en mísero juguete de sus malas artes y destructoras pasiones.

Recóbrase empero paulatinamente, arroja en torno una mirada abstraida y siniestra, y levantándose con lentitud empieza á divagar por la habitacion, cual dominada por pensamiento intensísimo, y exhalando sus ardientes ideas en confusas y descompasadas palabras, que se ahogan en la flamenca tapicería del suntuoso camarin.

—¡Es imposible más!... Este suplicio vá minando mi existencia, y no quiero morir con toda la amargura dentro de mi corazon... ¡Ah!... ¿por qué el hado me arroja en tan infausto camino?...

Y despues de algunos instantes de pausa, torna al paroxismo de su pesar.

—Lo conozco,—murmura con reconcentrada exacerbacion:—la úlcera abierta en mi alma ha emponzoñado todas las fuentes del sentimiento, y ya no creo ni espero, sino en la tremenda inspiracion del mal. Es preciso acabar de una vez .. ¡y pronto, pronto, por Dios!. . ¡He sufrido mucho!... Tres años de continua lucha, de tenaces y atroces sensaciones, de formidable y hondísima tempestad, me llevan al borde del abismo... y voy á precipitarme en él!... Ya no dudo ni tiemblo. ¡Penosa, cruel ha sido mi resolucion .. pero irrevocable! Y vos, vos, don Pedro Giron, ¡el fementido amante, el doncel menguado!... ¡Ya vereis lo que es la condesa de Módica, la primera rica-fembra de los reinos! ¡Vos... que loco y desvanecido osásteis vender mi cariño al de otro mujer... porque se titula infanta de Portugal... porque está en la cumbre de la majestad humana!... ¡Traidor mil veces!... ¡Oh! ¡Este pensamiento subleva hasta el último aliento de mi alma, y hace estallar la sangre de mis arterias!... Pues bien: lucharemos á todo trance. ¿Qué me importa que sea hija del poderoso jefe de un Estado y nieta de cien reyes?... ¡Mi corazon es más grande que su reino; mi voluntad más fuerte que su poder! ¡Mal nacido caballero! ¿Es ella, por ventura, más ilustre, más hermosa, más apasionada que yo?... Mentira, mentira mil veces ¡Y sin embargo, me pospusisteis á ella... me humillásteis como mujer y como amante!... ¡Ah!... Si yo tuviera la culpa, ni á mí misma perdonaria jamás. No, no hay piedad para nadie: ni para ella, ni para vos, ni para mí.

Arrojando en pos con súbita transicion una carcajada sonora é histérica, se desplomó sobre el descompuesto y

solitario lecho. La temblorosa luz que iluminaba débilmente la estancia, se estinguió como al soplo de un espectro, y el relój del vecino convento exhaló una nota sorda y melancólica que el ábrego sofocó entre sus voraces y estridentes álas.

CAPÍTULO II.

Consejero y aliado.

En el mismo dia de los sucesos que refiriendo vamos, con la diferencia de algunas horas, paseábase por una cámara de su palacio el vetusto y sombrío don Fadrique Enriquez, almirante de Castilla, y esposo, *ante faciem ecclesiae*, de nuestra recientemente conocida la hermosa y no bien hallada condesa doña Ana. Entre varios pergaminos que tenia en sus manos, pasaba de cuando en cuando por uno de ellos en particular profundas miradas, con evidentes señales de inquietud y desasosiego. Paseábase de nuevo, tornaba á leer, y ahogando una especie de rujido amenazador, echaba por la pieza cada vez con pasos más presurosos y desiguales. Engolfado se hallaba el descontento prócer en sus preocupaciones, cuando un ugier tocó á la puerta, anunciando al reverendo Fray Antonio de Guevara, Definidor provincial de los PP. Franciscanos de la Observancia á quien S. S. mandó introducir sin demora á su presencia, saliendo además á recibirle en la antecámara con insigne deferencia y benévolo talante.

—¡Cuánta honra para quien humildemente viene á besar las manos de vuestra grandeza!...—dijo el francisca-

no con hipócrita mansedumbre, apenas vió al magnate depararle tan distinguido recibimiento.

—Vengan siempre en buen hora á los umbrales del potentado de la tierra, los representantes del poder de Dios.

—¡Siempre tan noble como buen cristiano!!

—Entrad, entrad, Padre, que tengo singular satisfacion en veros por aquí esta mañana.

El almirante decia estas palabras, haciendo entrar al fraile en su cámara, y volviendo despues la puerta, que se cerró suavemente tras de los dos. Señaló en seguida un espacioso sillon al recien llegado; y mientras este arrellanaba penosamente en él su espacioso volúmen, don Fadrique se colocó á su frente, y arrojando los pergaminos sobre la mesa, que entre ambos mediaba,

—Sin duda,—dijo,—Padre Defensor, Dios os ha tocado en el corazon, porque no podiais llegar á mejor tiempo.

—¿Pues?...

—Vuestros consejos me han de ser hoy grandemente necesarios; y acudo á V. P. con decidida confianza.

—¡Casi me pone en cuidado!... Pero, sea lo que fuese, soy vuestro; y todo cuanto pueda hacer mi humildad será corta ofrenda de mi agradecimiento y del de la Orden.

—Siempre lo he visto así... y ya sabeis procuro hacerme digno de vuestra bendicion y de la del cielo.

—¡Os deben tanto los militantes hijos de mi gran Padre!...

—Pero del asunto en que vais á serme útil, voy á informar detenidamente á vuestra reverendísima. Sabeis bien que yo, humilde vasallo del sacratísimo emperador soy, ó al menos hácenmelo creer, el sosten, la columna del trono y de la religion; tan fiera y locamente atacados por los rebeldes de la Comunidad.

—¡Oh!... Sí, sí... esos hijos de Satanás...

—Luego me direis. Toda España sabe lo que yo y los

mios hemos hecho por la causa santa. Nada empero ha sido bastante para contener y dominar ese popular torrente, que amaga devorarme; y hoy, Padre, hoy es el dia, en que casi desconfio de la salvacion de los buenos.

El fraile palideció, y el almirante lanzó un gemido sordo.

—¡Mentira parece:—continuaba este,—y sin embargo nada más cierto!... Aquí tengo los despachos, que contienen tan desconsolador dictámen. Estamos en medio de un círculo de fuego, que se vá estrechando, y que sin un esfuerzo fabuloso concluirá por ahogarnos sin remision. Mirad, mirad. En Valladolid se asienta el gobierno rebelde; y bajo el título de *Santa Junta*, domina toda aquella merindad. En Tordesillas se halla la reina madre en manos de la insurreccion. Yo bien sé, que es por sí misma un elemento nulo: pero es la reina, y este nombre nos hace mucho daño en el ánimo de la plebe, que juzga solo por lo que vé, ó se la hace ver, sin exámen, y por su impresion. Y los Comuneros tienen bastante destreza para fascinarla, con la facticia mancomunidad de la reina en su accion, para autorizar la rebeldía con su nombre y carácter, para oponernos una reina viuda, hermosa, doliente y española, que no puede menos de escitar simpatías en el hidalgo caballeresco y apasionado corazon de nuestros paisanos; y para sacar, en fin, de todo esto más partido del que pudiéramos creer y esperar. El inquieto obispo de Zamora se ha hecho dueño de la ciudad, arrojando de ella de rebato al conde de Alba; y, junto con un considerable escuadron, ha venido sobre nosotros y tomado á Villabrágima, rompiendo al marqués de Astorga. Salamanca envia á don Pedro Maldonado con mil peones Leon con una gruesa banda á Gonzalo de Guzman Todas las ciudades y villas de Castilla niegan acatamiento al emperador, y hasta en las aldeas ha penetrado el contagio del levantamiento y la mala pasion. Ya veis: Ampudia y Torremormojon, tomadas al descomedido conde de Salva-

tierra por el buono de don Francés de Veamonte, están amagadas de caer en manos de cinco banderas, que sobre ellas vienen de Cabezon y Cigales. A estas horas ignoro qué habrá sido de Mazariegos y Monzon. ¡Y á nuestras mismas barbas, Palacios de Meneses hace cuerpo en la rebelion, y la importante atalaya de Tordehumos es el núcleo de los enemigos, que cada dia nos afrentan con su audacia y descomedimiento!

Calló el almirante para tomar aliento y dar vado á su afan. El reverendo, de pálido habia dado en livido, y se mordia los lábios sin compasion.

—¿Qué tenemos nosotros, prosiguió el narrador,—para hacer frente á tan deshecha borrasca?... Esta villa, populosa, opulenta y de mi mando, es cierto: pero, con todo, no veo claro. Los vecinos de Medina de Rioseco están tan viciados del espíritu turbulento y mal sufrido de la Comunidad, como los que andan desaforados por los campos y ciudades. Tienen los mismos intereses, franquicias y pasiones que defender. Y si aquí no ha sonado la mala hora, gracias á mi prevision de ocupar la villa á guisa de pais conquistado, guardémonos de un azar, que ni es imposible, ni dejaria de ser mortal. Aparte de esto, á nuestro lado bullen unos cuantos señores y un monton de gente mal avenida y peor aderezada Y tenemos que luchar contra el pueblo, contra mucha y granada parte de la nobleza, contra la reina, contra un mundo, en fin, de enemistades, aventuras y peligros El cardenal fia de mí el desempeño de esta empresa; el César me colma de confianzas y mercedes, y ambos me ponen á punto de salir adelante, ó perder la vida en la demanda. Ya me habeis oido. Ayudadme, pues, con vuestros consejos, y pedid á Dios por el reino y por el rey.

Despues de esta fatídica terminacion, el almirante quedó en penosa espera; á la cual el fraile no hubo de corresponder tan breve, que dejase de pasar un intervalo de profundo silencio. La precedente relacion habia encen-

dido en su alma los ódios que profesaba á los Comuneros. Logrando, al fin, reconcentrar sus impresiones, que sabia no eran del gusto, ni entraban en el sistema del almirante, repuso con voz reposada y mentida gravedad:

—Mucho me duele, poderoso señor, la pintura del Estado y de la Religion, que habeis sido servido en confiarme. Y tanto mas, que me conozco muy pequeño para que mi voto sea de algun valer en tan enmarañados contratiempos. ¿Qué se le al anza de los peligrosos caminos del mundo á un pobre religioso condenado á la oscuridad y al alejamiento de las vanidades?...

—Sé bien lo que valen vuestra virtud y reconocidas prendas. Jamás invoqué en vano ni el consejo del sábio ni la oracion del justo.

—Yo no soy más que miseria é imperfeccion. Si alguna vez mis palabras han tenido valor, es un rasgo de la misericordia divina, que se complace en resplandecer sobre el mas indigno de sus siervos!

—¡Oh! No sabe vuestra reverendísima lo que sufro, ni las tempestades que me cercan. Si al menos pudiera contar con los mios...

—¡Cómo, señor!... El primero de los próceres de Castilla, el lugar-teniente del cesáreo y católico emperador, el Moisés del Estado...

—¡Sí; el prócer que no tiene igual, el brazo del Imperio... se halla quizá más infeliz que el último de sus pecheros!

—¡Oh!... ¡Esa es una exageracion de vuestra fantasía.... una de las flaquezas de la humanidad!

—En otra ocasion haré por convenceros de mis tristezas. Ahora importa sobre todo acudir á los peligros del Estado. Os he pedido un consejo... y ya le aguardo.

—Necesito tiempo para reflexionar.

—¿Os bastarán veinte y cuatro horas?

—Confio en la misericordia de Dios.

—Hasta mañana, pues.

E inclinándose el fraile profundamente, salió del apo, sentó, calóse la capucha, y echó á andar paulatinamente mientras decia consigo mismo:

—Mañana seré dueño de los secretos de la condesa. Son buenos todos los medios que conducen al fin.

CAPÍTULO III

AMAR POR ABORRECER

Es el crepúsculo de la tarde. Su indecisa y misteriosa penumbra llena el espacioso templo de San Francisco con una media tinta vaporosa, que no permite ya perfilarse exáctamente los objetos, y que condensándose en imperceptible gradacion, los presta ese colorido fantástico, que tanto preocupa las imaginaciones débiles y apasionadas. Todo yace allí en grave silencio. Reina en el Santuario el reposo de la soledad. Y sin embargo, familiarizados los ojos un tanto con aquella opacidad, pudieran distinguir cierta forma cuidadosamente velada, deslizarse por una de las galerías laterales de la iglesia, y dirijirse á la tribuna principal izquierda, de la cual salió un religioso; que desenvolviéndose de su cenicienta hopalanda, dió el agua de purificacion con muestra de singular respeto á la silenciosa y, por lo visto, esperada aparicion.

—Con bien os traiga Dios á su santa casa, respetable señora.

—No puede sucederme mal, cuando encuentro al amigo cortesano donde podia esperarme el censor severo.

—Aquí, como en todas partes, soy vuestro respetuoso servidor.

—Ved que acepto esa prenda.

—Espero vuestra voluntad.

—Así os quiero: pero entremos en la tribuna, porque en puridad vais á saber las cuitas de mi corazon.

El franciscano hizo brillar sus ojos con un relámpago de júbilo, que se perdió en las crecientes sombras de la tarde, y entró en la tribuna con la dama, que tras de la celosía tomó su sitial con muestra de profunda y sombría preocupacion.

Hubo unos instantes de silencio, al cabo de los cuales la pensativa señora le dijo á su benévolo interlocutor:

—Bien os pudieran haber estrañado, Padre, las misteriosas palabras que me han servido de introduccion Pero vuestra sorpresa ha de cesar á mis primeras esplicaciones. No vengo aquí hoy en busca de los consejos del sacerdote; vengo en demanda de los oficios del amigo.

—Pero en tal caso, mi señora, pudiérais haberme significado vuestro deseo, y en vuestra morada propia...

—En los alcázares de los señores todo son oidos, ojos y boca. Aquí estamos libres de testigos indiscretos y de nécias curiosidades.

—Admiro tan delicada prudencia: pero no me avengo á que hagais por ello la menor incomodidad.

—Así cuadra completamente á mis intentos. Si yo hablase ahora con quien no conociera algunos pormenores de mi existencia y ciertos casos de familia, seríame necesario tomar el discurso desde añejas andanzas, y renovar úlceras muy doloridas en mi corazon. Pero afortunadamente departo con el amigo y el consejero de los mios, y esto me escusa de decir mas de lo que conviene á la ocasion y á mi desabrimiento ¿Recordais, Padre, algo de la historia del noble don Pedro Giron?... ¡Oh!... No vayais, por Dios, á creer que, al tomar en boca el nombre de quien un tiempo recibiera las promesas de mi fé, sea por una flaca y desacordada reminiscencia No. De aquellas ilusas y estériles mocedades, de aquellos dias de juramentos engañosos, de locuras delez-

nables y de olvidadas esperanzas, solo me queda un recuerdo capáz de hacerme enloquecer. Don Pedro Giron, demente y ciego en sus ambiciones, imaginóse bueno para alzarse á la altura de las régias cumbres... tomó los sueños por realidad... y borró de su pavés el nombre de la hija de los próceres, para escribir el de la nieta de los reyes. Y esto, á la faz de Castilla, cuando nuestro enlace era un suceso de Estado; poniéndome en espectáculo ante quien se cree más que yo... ¡Ultraje inmenso!... ¡Inicua irrision!... Tres años han transcurrido desde entonces... tres años de amargura y de infinito dolor. Pero ha llegado mi dia... voy á lanzarme contra don Pedro Giron, y necesito un amigo en el desempeño de mi honor. Vos habeis fijado mi preferencia. Seguidme, si os atreveis.

—Soy vuestro de corazon, y me haceis honrosísima merced; —respondió el fraile.

—Bien juzgaba de vuestro ánimo y buen talante. Ya vereis un dia cómo sé agradecer.

—Apartad ofertas, que no se avienen á mi buen deseo y obligada voluntad.

—Mi proyecto es complicado, y más que medianamente peligroso: pero de tan segura eficácia, como de inmensos efectos.

—No podia desmentir la bizarría de vuestro ánimo y la gala de tan consumada discrecion!

—Vais á dar principio á nuestra obra, persuadiendo á don Padrique promueva tratos de avenencia con los rebeldes de la Comunidad por medio de nuestro enemigo Giron.

—¿Me permitireis una pregunta, para lo que puede importar?

—Adelante.

—¿Qué conexion tiene la guerra de los Comuneros con vuestros arcanos y deseos?...

—¿No lo adivinais?...

—El respeto á veces corta las alas al discurso.

—Discurrid, pues, mientras llega el punto de que ha-

yais en el asunto tanto, cual yo misma pueda haber. Es tambien preciso que hagais al almirante concederme parte en el manejo de las mediaciones con el de Giron, y aun otorgarme carta, para obrar de mi propia cuenta é inspiracion... sin que se asombre. ¿comprendeis?... Sin que le sorprenda nada de lo que pueda ver ni entender.

—¡Condesa!...

—Sé que esto va siendo grave: pero como yo he de pasar acaso por la dama de mi antiguo amante... no hay sino prepararnos en el ánimo de mi esposo contra apariencia tan fuerte.

—Ardua es la tarea, y ya veremos de salir al cabo... Pero mirad, señora, que vais al borde de la perdicion.

—Eso precisamente halaga y estimula mi natural. Mas no es solamente eso. Don Pedro Giron ha de entrar en mi alcázar, y tener conmigo entrevistas... que presenciareis vos con el recaudo conveniente, para no olvidarlas nunca.

—Acaso adivino lo demas.

—No, Padre; os comprendo. Eso seria una venganza oscura, vulgar, indigna de mi.

En este punto de la importante plática se hallaban nuestros interlocutores, cuando el toque del *Ave-María*, que sonaba en el campanario del convento, atrajo á la iglesia multitud de personas piadosas, y al coro la comunidad en masa, para la hora de la última luz. Iluminárose los altares, llenáronse las capillas, y el órgano dió en difundir por las antes sombrías y mudas bóvedas los inspirados ecos de la poesía sin modelo ni imitacion. Algunas palabras se cambiaron aun, confusamente aventuradas en el secreto de la tribuna; y la condesa, despues de saludar espresivamente al reverendo, y recibiendo en correspondencia sus corteses demostraciones, desapareció por la puertecilla de la galería, que iba á desembocar al pasadizo reservado, que ponia en comunicacion el convento con su palacio, y en cuyo punto la esperaban dos dueñas y el veterano Naruya, haciéndose lenguas de la piedad y cristiano celo de su austera y melancólica señora.

CAPÍTULO IV.

Matemáticas sublimes.

Luego que doña Ana abandonó la tribuna señorial, arrellanóse el Padre maestro en el espacioso y bien mullido sillon, en actitud de hacer sus meditaciones; pero en realidad con objeto de entregarse sin temor de importunidades á reflexionar sobre cosas que tenian sus ribetes de profanas.

Sabia nuestro fray Antonio algo más de lo que la condesa imaginarse pudiera en el cuento de sus mocedades con el comunero Giron, puesto que habia tenido decisiva parte en su rompimiento y mala ventura. Y este era precisamente uno de sus mejores servicios á los intereses del Cardenal. Pues viendo antaño el flamenco las afortunadas pretensiones del don Pedro para con la bella doña Ana cuando los primeros desabrimientos de Valladolid contra él, y susurrándose los tratos y mescolanzas del duque en la resistencia, comprendió Su Eminencia lo mal que pudiera estar á sus negocios la alianza de dos casas tan principales, bajo la mano de quien llevaba trazas de hacerse uno de los jefes de la causa popular. Convirtió, pues, en asunto de Estado el impedir tan peligroso enlace, y fió al jóven confidente la realizacion del pensamiento, sin duda porque éste habia sabido granjearse confianza y

estima en casa del anciano padre de nuestra heroina. No hay para qué detenernos á especificar el acierto y maestría con que desempeñó su árduo negocio. Baste decir que presentó al conde y su hija evidentes pruebas de una inteligencia amorosa, si bien clandestina, entre don Pedro Giron y la infanta de Portugal, donde el Cardenal le tenia alejado, á pretesto de una embajada; y negociando en tan oportuno trance la pretension del almirante á la mano de la ilustre heredera de Módica, hizo que fuese aceptada en despique de la mudanza y desden del ausente y no escuchado don Pedro. En gran manera hizo subir este golpe de habilidad el crédito y valer del P. Guevara para con el Cardenal, y le conquistó noble lugar en la estimacion del poderoso almirante. La condesa, por su parte, creyéndole ligado con los intereses de su familia, si no por sentimiento, por cálculo de conveniencia, seguiale dispensando sus confianzas, y compartia con él sus más árduos pensamientos, como hemos tenido ocasion de manifestar. De modo que el afortunado Definidor se veia mimado de los primeros poderosos, con algunos secretos de cada cual, y con alas para volar por sí mismo á la cumbre de sus dorados ensueños.

—Hé aquí, – deciase, discurriendo en el fondo de la trabuna; —hé aquí como no me engañó mi instinto, cuando pedí al almirante un plazo para mi consejo. Los secretos de su esposa han venido á confirmar mis previsiones, y darme preciosos y oportunísimos recursos, que mi fecunda mano sabrá centuplicar. Preciso es auxiliar á la condesa en su rencorosa conjura. No se arriesga nada... y se puede alcanzar el todo. Despues... Dios dirá. No sé... pero paréceme que entreveo el punto á donde camina la condesa. Cuidado, no obstante. ¿Será acaso que tenga miras amorosas sobre don Pedro Giron, y las quiera disfrazar con la máscara de esa apariencia, para el disimulo de sus deseos, haciéndome instrumento de alguna liviandad? ¡Las mujeres son capaces de todo!... Mas no... no

doña Ana... la conozco bien... Tiene un corazon estéril... y nunca ha latido, ni puede latir por nadie. Bueno será, con todo, irse con el pié sentado, no se pierda en un dia la obra de toda la vida. El almirante, á lo que veo, no ha de tener parte en el asunto. Bien para mí. Con eso, como yo he de comunicar al Cardenal las ventajas de su éxito para la causa del Emperador... es natural que no me quede en segundo término. Tanto más, que la condesa no puede hacer alarde de su accion por sus compromisos de mujer. A más que, conseguido su objeto especial, lo demás ni la atañe ni la importa. Y ¿qué lograria con intentar desvirtuarme? Mi reputacion es un invencible antemural; y en último caso iríamos al César, y allí... haríamos callar, si contra nos ir quisiera, á Su Eminencia.

Mientras tan sabrosamente divagaba el reverendo por los espacios de su ambicion, no pudo percibir que el cántico canónico habia cesado, y desaparecido del coro la comunidad; que los fieles se dispersaban silenciosamente y que la iglesia habia quedado sin más luminarias que la temblorosa lámpara de la capilla mayor. Quien un momento despues hubiese visto al fraile atravesar el templo entre el claro-oscuro de tan inciertos y tibios rayos, hubiérale creido el Génio de la Soledad.

CAPITULO V.

AJE Y ESCUDERO.

Apenas el pálido resplandor de una fria y desapacible madrugada permitia delinearse sobre el espacio las escarchadas cumbres de la humilde cordillera que baña el Sequillo con escasos y perezosos caudales, destácase entre los fugitivos vapores columpiados por la brisa, un viandante, que caballero sobre modesto jaco, llevaba á razonable brida la vuelta de Tordehumos. Por su ancho sombrero sin pluma ni escarapela, y por el sencillo ferreruelo que le resguarda de la intemperie, por bajo del cual asoma la contera de añosa y prolija espada, parece algun hidalgüelo del contorno muy acostumbrado á cruzar esta vereda, segun el descuido con que deja á su cabalgadura avanzar por sendas y cortes escusados al término de su direccion. Ya enfrontaba el taciturno caminante al pequeño lugarcillo de *Santiago de la Puebla*, y no habia tenido aun ocasion de sacar su rostro de entre el embozo, cuando vino á arrancarle de sus meditaciones el trote de cierto tordillo, que con ligero y desenfadado ginete desembocaba de unas corralizas, que por aquella parte limitan la aldehuela y viene trasversalmente por la vereda, que lleva nuestro desconocido. Recoje este su montura, no bien-

observa la aproximacion de aquel, que no por este preparativo se cura de cortar cierta tonada medianamente sediciosa, que á media voz vá modulando al compás de las sonoras pisadas de su revoltoso palafren. A lo más animado del ritornelo cruzaba airosamente por delante de su encapotado observador; pero viene á suspender su peligroso pasatiempo un acento brusco y gutural, que salió para el filarmónico mancebo como del centro de la tierra.

—¡Cuidado con la música, seor niño, que suele de vez en cuando hacer cantar en la vihuela de la plaza mayor!

Con mal talante se disponia el mancebo á contestar á tan impertinente salida, segun el aire con que metió mano á la riquísima daga, que orna su cinta en pespunteado ceñidor de flexible cordoban, y á juzgar por la resolucion con que revolvió su tordo sobre el lenguaraz que así se entrometió en dar consejo á quien no le há menester, haciendo más de lo que Dios ordena en las obras de misericordia. Pero en el instante de enfrentar con el impasible apostrofador, y de lanzarle un ex-abrupto de injurias, las palabras se evaporan de sus labios, despejase su nublada faz, y prorumpiendo en una estrepitosa risa;

—¡Por cuanto,—esclama,—se habia de aparecer cán que royera el hueso!... ¿A dónde tan aina el bueno de Belardo Naraya?

—Siempre tendreis el achaque de atolondrado y parlero como un mirlo mal criado.

—¡Qué quereis!... Me crispo de gusto cuando saco de sus casillas á los abuelitos de claro-oscuro mostacho y de añeja y fabulosa catadura!... Es un vicio que adquirí en tiempos de mi pedagogo, y que ahora me sabe como jamás.

—Si... sí... pero que os tiene de costar algun tropezon, que deje estupendo y duradero cardenal.

—Lo sentiré, si ha de estar vaciado en el molde que el vuestro y el de vuestros tudesquísimos señores. Bien que ese cardenal ya se va convirtiendo en verdugo.

—¡Mal calambre atenace al rapaz!... ¡Si digo que vais derecho á la torre de Simancas!...

—Descuidad, honrado Naraya; que yo cuidaré tengais en ella un alojamiento cómodo, por si el hospedaje no es tan breve como quisiérais. Yo soy amigo de mis amigos... eso es otra cosa; y prometo interponer mi valimiento, para que veais colgar holgadamente á los ilustrísimos flamencos de *casa y córte*, siquiera en recompensa de las agujetas que ahora os hacen pasar de Ceca en Meca, y de las genuflexiones y corcobos que les teneis hechos en descuento de vuestras culpas y pecados.

—¡El diablo cargue con el hablador y su raleal...

—¡Hola, hola!... Parece que ya hemos dado en lo vivo!... ¡Soberbio! Adelante con la música. ¡Vaya otro chiste, eh católico y bien asendereado escudero!...

—¡Niño, niño!... Pero mejor será me dejeis proseguir mi camino, y que vos roguels á Dios que os guie por donde más convenga á la salud de vuestro cuerpo y á la de vuestra alma.

—¡Amen!—repuso el jóven con acento burlon y picaresca sonrisa—¡Pero rogad á Su Eminencia que aparte al diablo de mi vereda!

—¡Hum!...—prorumpió el anciano escudero ya completamente amostazado;—¡aun habeis de hacer que riñamos de veras antes de marchar... y lo sentiria, á fé de hombre de bien!

—Tengamos paz, señor Belardo, tengamos paz, que más falta os hace á vos que á mí. ¡Qué diablo!... Para amigos es la franqueza.

—Sí; ¡pero á veces, Elvir, pasais del fiel! Acostumbrado á vuestra santísima voluntad, por el cariño y deferencia del señor don Pedro Giron, creeis que todo el reino es su casa, y todo viviente su vasallo. Y esto, como veis, ni es justo ni á nada grato puede conducir. Yo no sé cómo su señoría puede sufrir vuestros arriesgados juegos y estrepitosas travesuras, ni cómo no teme que vuestro natu-

ral intrépido y caprichoso, viciado con tan holgada crianza, le proporcione algun dia pesares duraderos y peligrosas trascendencias.

—No sabeis de la misa la media. El duque sabe bien que, bajo la corteza del niño, se abriga el corazon del hombre, y que este rapazuelo, que le despluma los gerifaltes y tizna la cara de sus rodrigones, tiene bastante seso para entender lo que cumple á su señor, y no perezoso el brazo para distinguir sus amigos de sus enemigos.

—Y á propósito, Elvir, ¿dónde pára por lo pronto vuestro señor?

—Habeis de saber que, en tiempos como los que corren, no lo pueden preguntar todos ni siempre.

—Mil razones tengo para ello.

—¡Mensaje tenemos en campaña!

—¿Dónde está vuestro duque, pues?

—Mirad, misterioso señor Belardo, allí despunta por entre neblinas la atalaya de Tordehumos. Sacad conmigo vuestro Bucéfalo á paso de mercader, y de aquí á media hora quizá tengais algunas noticias de mi señor.

—Es decir...

—Que arrimeis el hierro con gentil despacho, porque mi Buronés ya se impacienta con tanta plática, y la mañana no está muy de flores para tomar la verbena.

Y diciendo, y haciendo rápidamente girar sobre el cuarto trasero á su corcel, echó á media rienda por el camino arriba, siguiéndole el mal atalantado escudero, que iba por lo bajo, y al compás del penoso galope, dando á Mahoma todas las ricas-fembras que desde la *Iliada* hasta el presente año de gracia, han suspirado por garzones de ánima sentida y de gentil primavera.

CAPITULO VI.

Al que madruga Dios le ayuda.

Galopaba á su sabor el travieso pajecillo por la estrecha vereda que conduce á la fortaleza de su señor, é imitábale penosamente su inesperado compañero de caminata. Un razonable trecho dejaron atrás, sin cruzarse palabra alguna, y sin más comunicacion que la consabida tonada á que habia vuelto el jóven, y á la cual el viejo hacia singular dúo con un sordo y vergonzante murmullo de cordial descontentamiento. Pero aunque el cantor parecia tranquilamente entregado á su pasatiempo, no dejaba de preocupar su imaginacion una idea de cierta importancia. Pensaba, pues, que el anciano camarada era portador de algun asunto interesante y de estrecha relacion con el castellano de Tordehumos. Y tenia para ella sus antecedentes lógicos. Y discurria poco más ó menos en estos ó semejantes términos, sin dejar por eso su estribillo, ni olvidarse de poner los talones de vez en cuando á su animosa montura.

—Este mal humorado Naraya sabe á mi juicio más de dos cosas, que atañen á la bella esposa del famoso y vetusto almirante. El sirvió constantemente al padre de la condesa; y cuando este la hizo casar, *velis nolis*, con aquel acartonado señor, el escudero le acompañó al palacio de

almirantazgo, donde permanece destinado esclusivamente al servicio especial y reservado de la ilustre hermosura. ¡Esto es algo!

Y para refrigerar su magin, echaba al viento una copla de su picante y temeraria cancion:

«Dineros pide y dineros
A España Su Majestade,
Magüer que España no tiene
Pan que á la boca llevare.
¡Castellanos, castellanos,
Los hijos de buenos padres,
No finqueis en tal disfama,
Guaresced la libertade!»

Y estos melancólicos acentos se iban á perder por los convecinos valles, que devolvian un eco lejano é indefinible, cual si fuese el suspiro de la patria evaporándose al trono de Dios.

—Por otra parte,—proseguia nuestro doncel,—si mis señas no mienten, entre la condesa y mi señor deben mediar historias de luenga y no placentera relacion. Secreto hay, pues, en campaña. ¿Y quién sabe si será una cábala contra mi buen duque, disfrazada por sus enemigos con el ropaje de aventura?... Los tiempos son para todo. Preciso es tomar con cuenta este negocio. El almirante puede muy bien jugar una mala pasada al antiguo amante de su esposa... ó al campeon de la Comunidad. Todo puede ser. ¡Aquí de tus mañas, príncipe de los pajes contemporáneos! Se trata acaso de la vida y de la honra de tu señor, de tu padre. Veremos si es cierto el refran que dice, «al que madruga Dios le ayuda.»

Detuvo súbitamente su caballo el jóven, y volvió su cabeza en actitud de comunicar con el escudero; mas viendo que este venia aun á considerable distancia, se recostó sobre el arzon de la silla, decidido á esperarlo y tornando, para hacer mas llevadero el rato, á su tantas veces interrumpido y anudado romance:

«Homes buenos de Castilla,
Que mis trovas escuchades,
Tornad por la limpia honra
Que de abolengo heredásteis.
La patria yace acuitada,
Los sus campos son eriales,
Cual huérfana sin ventura
Dia y noche plañe y plañe.
La prosápia de Pelayo
Ya no rije el gobernalle
De la España, que á lanzadas
Le ganó al malsin alarbe.
Al banquete en otra guisa
No se atropan flacos canes,
Cual sobre esta honrada tierra
Esos vampiros de Flandes.
Plúgole un tudesco avanto
Al Emperador nos dare
Por arbitrador del reino,
Del reino sin voluntade.
Y en mal de nuestras franquezas,
Y talando inmunidades,
Malpara los Estamentos,
Y mofa al pueblo leale.
¡Por Santiago, por Santiago!...
¡Afuera estraños linajes!...
Que ni se amamantan siervos,
Ni mano impia se lame,
En cuanto el Pisuerga borda
Y el Duero y el Tajo baten,
Y en cuanto abarcan los riscos
De Covadonga y Sobrarbe.
¡Castellanos sin mancilla,
Los hijos de añeja sangre,
Homes buenos, homes buenos,
Que mi cantiga escuchades,

No finqueis en tanta mengua,
Sed lo que fuérades antes,
Y el pendon morado alzando
Guaresced la libertade!»

Terminar el postrer ritmo de la marcial tonada, y llegar Naraya al pajecillo fué cosa de un mismo instante. Levantó este su vista al sentir la llegada del primero, y sin darle tiempo para salir con algun ex-abrupto, y procurando serenar los ojos enardecidos del entusiasmo inflamado en su alma por el canto nacional, dió principio á su proyecto de esploracion, reanudando la plática con magistral desembarazo.

—Figurábame, respetable Belardo, que os habia el apacible Morfeo tomado bajo su proteccion, segun lo poco que habeis animado á vuestro rollizo Bucéfalo. ¡Vaya que, si no se me ocurre curar de vos, hubiera llegado no solo á Tordehumos, sino hasta el fin del mundo, antes que oyéseis bajar los rastrillos de la plaza, ni podido besar la mano al noble don Pedro Giron!

—¡Qué Morfeo ni qué venablo! ¿Os parece que tengo los huesos de lana, para seguir el humor á ese endiablado bicho que montais?... Bien que, por lo demás, no tengo prisa, y me seria punto menos que indiferente llegar á Tordehumos hora antes ú hora despues.

—Vamos, vamos; no querais parecer más malo de lo que es regular. ¿No llevais urjencia, y tomais una madrugada capaz de quedar al más garrido como una estátua de sal? .. ¡Por Dios, Belardo, que no soy tan payo como me hace el sayo!

—¡Qué quereis! Cada uno tiene su manera de gobernarse.

—Pero es una manera que tiene muy poco de saludable y mucho de menguada, dejar sin qué ni para qué los abrigados linos, para salir á la delantera del sol en una mañana que no es por cierto la de San Juan! Digo y repito que esa no cuela, y que hay moros en la vega.

—Ni moros ni cristianos. Llevais traza de hacerme mensajero de alguna aventura caballeresca; y por vida de Lain Calvo ..

—Que es tan cierto, como cierto es que intentais escaparos de mí con vuestro secreto. Pero vais con Dios, que no me importa ello mas que los amoríos de Melisendra. Y acaso, acaso, sepa yo algo de ese misterio, que tan á parto pone vuestra invulnerable discrecion.

—¡Ya va siendo!...

—¡Ah!... ¡ah!... ¿Qué apostais, amigo Naraya, á que voy *circum-circa* de esa mision recóndita y peliaguda?

«*Mensagero sois, amigo;*
»*non tenedes culpa, non*» (1)

No teneis culpa, en verdad, de que yo haya adivinado más de lo que vos quisiérais y entendiérais convenir: sino que, aparte de mis apuntes al márgen, la naturaleza me ha dotado de cierto don inquisitorial y escurridizo, que se cuela en las conciencias del prójimo, como el viento por entre los briales de la honestidad. Perded cuidado, que ya le haré yo entender á mi señor, que os habeis portado como un confesor de monjas. ¡Oh! ¡eso es otra cosa! ¡Comprometer yo al honrado é intejérrimo Naraya, despues de dispensarme su confianza y puridad!... ¡Mal pecado!...

—Cuando soltais la tarabilla, todo es camino llano, y no hay poder bastante para vos. Ahí vais ensartando discursos, como quien no quiere la cosa, y veo que vendreis á dar al fin en alguna sandez enorme, tal como la de hablar al señor duque...

—¡Oh!... Si os enoja eso, no hablaré mas que un difunto. Quédese en buen hora entre los dos vuestra franqueza, y empalado me vea si digo esta boca es mia.

—Me poneis en camino de darme á los malos. ¿Dónde está esa franqueza y lisura d pecho, sino en vuestras

(1) Romance antiguo.

locas y antojadizas mientes? ¡Poder de Dios, que al muchacho se le antojan los dedos huéspedes!...

Prorumpió el paje á esta sazon en una ruidosa carcajada, seguida de otras más y más retumbantes; y poniase las manos sobre los hijares, como quien procura no reventar con el esceso de la risa Contemplábale absorto y cari-acontecido su interlocutor; y como el otro no daba muestras de poner cabo á tal estrépito, hubo de decirle en tono de significativo retintin:

—¡Asi Dios me salve, como no teneis un adarme de seso, y como sois la criatura más aviesa y desatentada que nació de madre! Pero, si por vuestros pocos y mal aprovechados años, creeis á mansalva hacer el bufon á costa de mis honradas canas, puede ser que deis en vago, y las cañas se vuelvan lanzas!

—Perdonadme, mal sufrido Belardo,—y deciale esto el jovial mancebo entre restos mal comprimidos de maliciosa risa;—perdonadme deciros que vos, y nada más, teneis la culpa de mi picante salida.

—¡Tambien eso!...—y apretaba los puños el amostazado escudero.

—Eso y algo más. Y otro dia encargad á vuestra ropilla, que se ponga de acuerdo con vuestras palabras, para evitar que quedeis mal en aquello del octavo mandamiento.

Y señalaba con su dedo índice cierta cartera de bordado terciopelo viol ta, en cuyos ángulos esteriores se hallaba trazado en plata el escudo de la casa de Giron, que asomaba entre la descompuesta botonadura del anciano. Este con un movimiento rápido trató de ocultarla nuevamente á la radiante mirada de su denunciador; pero solo consiguió dar á este una prueba más de que allí se encerraba el arcano, en cuyo pos se afanaba con todas las veras de su entendimiento.

—Y todo ello se esplica muy naturalmente,—prosiguió el imperturbable jovenzuelo.—Vuestro jubon tiene bolsi-

tio interior; con el galope de vuestra acémila saltó de él esa bella y misteriosa cartera, y como, gracias á vuestra madrugada y apresuramiento, no curásteis de ajustaros del todo el anteado coleto, halló la fugitiva espacio por donde asomar indiscretamente, y aun de sacar á la temprana luz cierta enmarañada cifra, que alguno sabrá bien y sabrosamente deletrear.

Mohino y cabizbajo estaba Naraya, mientras de tal modo Elvir iba gozando en su triunfo, y procuraba en su mente con feliz imaginacion completar el mal habido secreto. Pero en lo mejor de sus cálculos, el escudero, que maldiciendo su descuido se veia precisado á hacer del ladron fiel, como suele decirse, enderezóle triste y pausadamente las palabras, que vamos á repetir á los lectores de esta ignorada cuanto verídica relacion.

CAPÍTULO VII.

CRÓNICA DE FAMILIA.

—Sé muy bien, Elvir, que teneis grande y afectuoso lugar en el ánimo del señor don Pedro Giron, y podrá ser que hayais alguna parte en los desahogos de su pecho. Pero sois demasiado jóven y sin maduro juicio, para comprender ciertas cosas de este bien llamado valle de lágrimas. Porque si pudiérais adivinar cuánto desabrimiento hay en algunas variedades de la vida, seguro estoy que habriais respetado mi secreto, y dejado libre mi camino.

—¡Y bien! Llevais una misiva de vuestra hermosa señora para mi arrogante señor. Esto es todo. Y por cierto, que, para adivinarlo, no se necesita acudir á cábalas ni encantamientos Pero ya que por lo grave tomais el caso cúmpleme deciros que, aunque poco entrado en años, se me alcanza algo del mundo, y no dejo de dar á cada cosa su natural color. Andad, andad pues en paz; que fuera sandez atravesarme en vuestro camino, cuando puedo ir delante y por mi propio pié.

—Tanto mejor para ambos. Básteos con lo que habeis penetrado, y no querais ir mas allá, como caballo ciego y descaminado.

—¡Pardiez! no lleveis mal que yo sepa lo que cuen-

tan más de dos. Hablo de los desafortunados amores de mi jóven señor y vuestra condesa, mal maridada con el temerario almirante, á quien su riqueza y poderío no pueden quitar de encima sus sesenta inviernos, sus arrugas y pésima condicion. ¡Malditas bodas y maldito el forzador de ajenas voluntades!...

—Callad, callad, por Cristo crucificado, que caminais sobre ascuas.

—¡Ya se vé!... Interpuso su irresistible mediacion el Cardenal flamenco; y el pusilánime conde no supo oponerse al capricho de tan altas potestades.

—El vulgo siempre exagera y abulta cuanto atañe á la vida de los poderosos.

—No hay exageracion, ni cosa que lo valga. ¡Decidme, sinó, con juramento, que vuestra señora vive muy feliz bajo el árido techo de su desapacible esposo; decidme que no mira deslizarse su juventud en inconsolable soledad; decidme que desde su funesto consorcio ha visto un dia siquiera salir el sol sereno y benéfico, como en los tiempos que arrullaban su existencia los amantes suspiros de mi mal pagado señor!... Juradme todo esto; y entonces creeré que esa alianza tristísima no haya de ser fundamento de mala ventura y perdicion.

—Ya: ¡pero si vuestro duque tambien se fué á las enemistades del Emperador, y dió asilo en sus Estados á los perturbadores más insolentes y díscolos!...

—El duque obró con hidalguía y generosidad, acojiendo á los buenos en la desgracia y la flaqueza. Y el Cardenal, que no siente hervir en sus venas la generosidad española, se vengó mezquinamente, deshaciendo sus esperanzas de felicidad, y arrebatándole el ídolo de su corazon.

—Vais demasiado lejos, y habiais con la pasion y no con la razon.

—Estoy con el dedo en la llaga. Pero no es todo el mal, ará mi señor. Pues por lo que hace á la cuenta pendiente

con Su Eminencia realista, me pienso que ha de cobrar con las setenas. Y en cuanto á sus puridades con la melancólica condesa, la cartera de antes dice más de cuanto nos conviene saber.

—Elvir, Elvir, no vayais á dar en imaginaciones temerarias sobre el recato de una señora sin ventura.

—Quédese cada uno en su lugar, y dad cima á vuestro encargo cual cumple á un servidor canoso y bien quisto; que de lo demás, Dios dirá.

Callaron ambos interlocutores, quedándose embebidos en diferentes pensamientos. Elvir, conseguido su objeto de arrancar al escudero el secreto de su mensaje, y con él, por racional discurso, la mediacion de la condesa en los intereses del duque, se prometió con este cabo caminar al lado de su señor por el arriesgado laberinto de la misteriosa aventura; y Naraya, preocupado con las reminiscencias de este diálogo, solamente deseaba deshacerse cuanto antes del insinuante y peligroso doncel. No obstante, ya que la suerte le habia deparado su encuentro, proponíase sacar partido de él para procurarse la entrada en Tordehumos sin riesgo ni mal paso. Pues como los tiempos eran de guerra, y la villa el cuartel general del de Giron, además de su residencia ordinaria, guardábanse sus muros y portillos con celosa exactitud, y no era cosa de poco momento penetrar en aquellos reales sin ciertos pormenores, que no podian cuadrar á la misteriosa mision y necesario incógnito del disfrazado escudero. Determinóse pues, á valerse del pajecillo, puesto que la condesa habia encomendado á su discurso el modo de introducirse en la bien guardada plaza, y cobrarse así del secreto, que se dejára arrancar mal de su grado é intencion. Ocupábase en la manera de entrar al jóven por el particular, y devanábase la no muy fecunda mollera, cuando aquel le vino á poner en la más apetecible coyuntura, tomando así la plática:

—Razon es, mi viejo camarada, que me manifieste obli-

gado á las confidencias que os he merecido, y holgárame de una propicia y no tardia ocasion.

El escudero vió el cielo abierto, como decirse suele, al oir este ofrecimiento, y se decidió á aprovecharlo con franqueza patriarcal.

—De hombres honrados es, por cierto,—contestó á renglon seguido,—socorrerse mútuamente; y, en Dios y en mi ánima, os favorece vuestra voluntad, tanto más, cuanto pudiera bien ocurrir el ponerla á prueba antes de lo que pudiérais imaginar.

—Siempre que esa prueba no se oponga á lo que todo bien nacido debe á su fé y á su señor...

—Al contrario, Elvir; pudiera redundar en su mejor servicio y aumento.

—Todo soy oidos.

—La cosa es breve y compendiosá. ¿Me proporcionais la entrada en Tordehumos, por vuestra cuenta y riesgo, hasta la persona de vuestro ilustre ame.

—¿Para quién?...

—¡Escusada pregunta!... Para mi señora doña Ana de Cabrera, condesa de Módica, etc., etc.

—Eso es hablar en razon.

—Bien caro os dais, ¡cuerpo de tal!...

—Yo me entiendo, y Dios me entiende. ¿Y por cuánto tiempo habeis de estar en la villa?...

—No lo sé.

—Ni yo comprendo...

—Vengo á las órdenes de don Pedro Giron.

—No hablemos más del asunto. Corre de mi cargo el buen éxito de vuestro mensaje. Os toca tan solo callar y dejarme decir.

—Esto, de contado, cae en un pozo.

—Tan honde y oscuro como las calderas de Pero Botero.

—Es negocio concluido.

—Amen.

A corto rato despues, llegaron nuestros dos caminantes á los muros de la villa; y tomando á la derecha se deslizaron en busca de una poterna, que aun se vé hoy en la cortina más próxima á la vetusta y amenazadora fortaleza.

CAPITULO VIII.

Toros y cañas.

Mientras la condesa calcula los resultados de su confidencia, y el almirante espera la respuesta del P. Definidor Provincial, y éste en su solitaria celda combina los sutiles hilos de la madeja de su ambicion, bueno será engañar el tiempo del modo más sabroso y entretenido. No creemos, pues, haya otro más á gusto de nuestros lectores, que ponerles de manifiesto el cuadro de las cosas que por los tiempos de nuestra crónica pasaban en la conturbada y animosa Castilla, en cuyo panorama juegan algunas figuras, que tienen repartido papel en esta desbalijada narracion.

Necesario ha de ser, y por conveniente entendemos para el caso, tomar los sucesos desde un poquito más arriba, aunque hayamos de echar un cuarto á espadas en achaque de historia, sin ofensa del P. Mariana, y demás, que no hay por qué mentar. Al efecto, y con permiso de quien darlo pudiere, nos hemos de poner sérios por unos cuantos minutos, pues de cosas vamos á tratar, que más son para sentidas con el corazon que para celebradas con frivolo y distraido lábio, y cuyo tenaz recuerdo aun nubla la frente espaciosa y altiva de las gentes en los hogares castellanos.

Logrado que hubo el Emperador enajenarse las voluntades de los pueblos españoles, y cuando á fuerza de provocaciones insensatas hizo que, gastada su mesura y sufrimiento, rompiesen el freno de obediencia y de abnegacion, la chispa eléctrica inflamada en Toledo y Valladolid, por el choque entre la tiranía y el patriotismo, convirtióse muy presto en intensa y poderosísima hoguera, que iluminaba con su rojo vapor, llevado por el soplo magnético del entusiasmo, hasta las más retiradas chozas de nuestros montuosos y solitarios confines. Levantáronse, pues, las Comunidades; el pueblo se vió sin rey; el monarca sin vasallos; el Estado entregado á sí mismo; alzáronse banderas; partiéronse los campos, y echóse mano de la última razon: de la guerra. ¡Oh!... Si en este lugar fuera del momento una digresion, acerca de las causas inmediatas y ocasionales de aquel grande acontecimiento quizá hiciéramos algunas indicaciones que pudieran no ser del todo perdidas. Pero como nuestra condicion no alcanza á las alturas de la filosofía histórial, continuaremos haciendo saber, que cada una de las partes beligerantes se dió buena prisa para poner de su lado la fuerza de la razon, que en tales estremos siempre está en razon directa de la razon de la fuerza.

Contaba el Emperador, ó más bien sus aúlicos y allegadizos, con cierta fraccion de la nobleza, una parte de clero, ó mejor de aristocrácia de sotana y de cogulla, y alguna otra gente de menos valer. No era poco; pero eso y mucho más, nada significaba ante el aspecto airado de la nacion, fuerte con sus leyes seculares, y ante la esplosion del sentimiento de independencia, de honra y de dignidad, que resonaba en todos los pechos, que gritaba en todas las conciencias, que dominaba en todos los instintos. Así es, que todas las ciudades alzaban formidables sus rastrillos; las villas hacían sonar el rebato á campana herida; los señores sacaban al campo sus mesnadas; los pecheros abandonaban el arado y el sayo, por empuñar

la pica y vestir el arnés. Y donde antes sonaba únicamente la sencilla y melancólica tonada del labriego, perdida por verdes y sonoras vallejadas, ahora retumba el eco de la calamidad y de la destruccion, cual suele despues de un tranquilo dia de verano resonar la tempestad rápida y vibrante por los anchísimos senos del espacio.

El Emperador no vió, ó no pudo acaso ver en tan graves amagos, mas que una nube pasajera y fácil de disipar. Pero al paso que se adormia en tan nécia confianza, la tormenta se fué condensando sobre el horizonte, los vapores de la pública indignacion apagaron la luz de los discursos; y estallando el torbellino del descontento, en un mismo punto brilló el relámpago, crujió el trueno y ardió el rayo para abatir á los fuertes y ensalzar á los humildes, como instrumento del Señor.

Una vez recojido el guante por la nacion, los flamencos se vieron precisados á comparecer en el palenque tan loca y villanamente abierto por su dañado corazon y torpísimas artes. Don Cárlos, desentendiéndose por razon de Estado, ó por otra cosa acaso muy conocida en el mundo, de la queja unánime de sus pueblos y de la perspectiva siniestra de la república, dejó las plazas españolas, yéndose á esperar en los Paises Bajos la solucion de un trance, que inauguraba muy tristemente su nombre, su reinado y su dinastía. Pero antes de su partida, cual si hubiera querido poner las cosas en el peor camino posible y hacer impracticable todo medio racional, nombró por gobernadores al arzobispo cardenal, al nunca bien loado tudesco Adriano de Utrech, es decir, al hombre más idóneo y especial, para hacer no una, sino un centenar *de pópulo*, y para disparatar á todo sabor y pleno conocimiento.

Este tonsurado príncipe y unos cuantos hidalgos de su semejanza y concordancia, que olvidados del deber de buenos españoles se arrastraban vilmente por el lodo de los palaciegos alemanes, se dieron tan brava traza en

sus deslices, torpezas y escándalos, que á poco de la partida del pupilo imperial tenian contra sí en armas la España toda, apellidando «¡Santiago y la Comunidad!» *La tierra de Campos* no fué la que menor parte tomó en esta gloriosa cuanto infausta contienda, y su aspecto á la sazon presente no era el más á propósito para infundir en el menguado pecho de los flamencos y sus allegadizos, más esperanzas que las de quedar en un cerro alanceados como jabalíes, ó en su defecto la picota, como porvenir lógico de todo el que vende la patria al estranjero. y mira la tierra ajena como botin de conquista La reina madre tenia fija su estancia en Tordesillas, y prestaba el apoyo de su nombre, fuese como quiera, á las quejas, aprestos y autoridad de la Santa Junta El bravo y generoso prelado de Zamora dominaba con sus ginetes de Iglesia y demás gente de su bandera, la vega que se tiende á lo largo entre los alcores de Urueña y la corriente del Sequillo hasta las cercanias de Toro En Valladolid ardia con vehemencia la hoguera del entusiasmo popular. y era el centro de accion y de vida para el gobierno de la Comunidad; así como Medina de Rioseco era el asiento y laboratorio de los farautes imperiales. Vanamente se ayuntaron en esta villa, al amparo de la bandera del almirante, el gobernador Adriano y los asendereados caballeros que componian su odioso cortejo. En ello mostraron bien poco seso y no gran pericia en estratégicos y marciales achaques pues fué lo mismo que dar el zorro en la boca del arcabuz. Mas el miedo es un consejero menguado, y la villa de don Fadrique tenia fuertes y bien conservadas murallas, mientras que á campo raso andaba el diablo en Cantillana; y si nó díganlo el conde de Alba de Liste y su gente de guerra, cuando tuvieron que salir á buen trote de Zamora, por no hallarse mas cerca de los ballesteros de Acuña que lo que conviniera á la salud de sus cuerpos y conservacion de sus ropillas. Por esta y otras humoradas de los Comuneros, que por lo vis-

to no perdian ripio, se veian los flamencos y comparsa empaquetados en la villa, y ceñidos de un círculo de hierro, como hizo patente el almirante en un giro de estupor oratorio; cuyo círculo, que tenia por eslabones y argollas y candados, robustos castillos y animosos tércios, con sendas ciudades, villas y lugares, íbase cerrando cotidianamente, poniendo á tantos aprovechados varones en punto y estremo de darse al diablo, si con ellos se quisiera honrar. Don Pedro Giron, implacable y poderoso, sentaba sus reales en Tordehumos, sostenido en su flanco débil por la terrible falanje de Acuña, y garantido á retaguardia por la escelente plaza de Urueña, donde mandaba por derecho de familia. La fortaleza de Torrelobaton, celebérrimo baluarte despues del héroe comunero, colocada sobre el camino de Tordesillas, cerraba el acceso de los encastillados imperiales á aquella córte, que les dejaba por aquí sin esperanza de salvacion. Para Galicia les tenia cortados Giron, que prolongando su ala izquierda por Cabreros y Villafructuosa, obraba sobre Villalpando, y tomaba el Esla, el Orbigo y el Cea, con movimientos faciles y seguros, sin perder de vista á Riosecco, ni dejar su base de operaciones; y despues, más arriba, vigilaba aquel derrotero Leon, y hacia imposible la retirada hasta los puertos. El gobierno del Emperador, en suma, no tenia más tierra que la que pisaba, y desde la atalaya riosecana veianse los vivaqueadores Comuneros recorrer francamente las alturas de Radilla y Almenara, y tremolar el morado pavés en todas las fortalezas á la redonda.

La situacion era cada vez más apremiante y desesperada. La astucia del almirante habíase agitado en estériles tratos y míseras tentativas de disimulo y acomodamiento; la Comunidad infatigable recibia frecuentes y considerables refuerzos, y á poco no le quedaria una almena ni una lanza al imperial pendon. Ya los capitanes de los pueblos hablaban en voz alta de irse sobre el asilo del

almirante, y acabar con un buen golpe de mano la temeridad de unas docenas de nécios y traidores, más hábiles para arrastrarse por las ante-cámaras del Cardenal, que para dar señal de sí mismos en el campo de los valientes.

Bien lo comprendió el almirante; y por eso le hemos oido tan falto de ánimo como sobrado de apesaramiento en su plática con el Padre Definidor. Y por eso tambien buscaba el ceñudo viejo un recurso supremo, punto menos de prodigioso, que de tan estremado azar le sacase, aunque hubiera de esparcir la mitad de su caudalosa fortuna.

Ya hemos hecho ver á nuestros lectores cómo y por qué el añoso y adusto don Fadrique contrajo matrimonio con la bella y jóven heredera de Módica. Pero lo que no saben aún es, que el esposo no amaba á la esposa, comprendiendo sin duda que la temprana enredadera no habia nacido para servir de adorno á un roble carcomido y solitario. El almirante no consideró su matrimonio mas que como una negociacion de interés político, y á la condesa como un elemento de venganza y de terrible efecto. Nada, por ende, habia de comun entre ambos sino la bendicion nupcial. En lo demás, tan divorciadas estaban sus almas como sus cuerpos. El esposo no habia osado desatar á la esposa el ceñidor májico de la fabula. La virgen no habia llegado al lecho de bendicion. Un sentimiento misterioso; un instinto indefinible sembró entre ellos el retraimiento; despues la indiferencia; por último, la mútua y consentida soledad.

Nada adivinó el vulgo de tan intrincadas puridades, y veia en su almirante uno de los mortales más felices y colmados. ¡Así piensa siempre de los poderosos la pobre imaginacion humana!

La condesa, por su parte, sabia vestir su situacion con el velo de una profundísima y resignada piedad cristiana, y cuanto se aislaba de su esposo aparentaba acercarse á

Dios. Logró con tan hábil demostracion que su frialdad se confundiaese con la virtud, y su rara intimidad fuese interpretada por abstraccion de las cosas terrenales y perecederas. Se pensó, en fin, que la devota princesa se desasia de la criatura para elevarse al Criador.

Pero en el alma poderosa de esta mujer rujia el huracan violento é incesante. Encerrábase horas enteras en su oratorio, para dar vado á tempestuosas amarguras. Y en aquel sagrado retiro sonaban más gemidos que plegarias, más juramentos de venganza que oraciones de caridad.

Comprendia que solo el antemural de la religion podia detener la mirada inquisitorial de los cortesanos, y á su sombra meditó, durante muchos dias de lágrimas y delirio, el plan atrevido y fiero de su desagravio y de su enconada inspiracion.

Era llegado el momento, y mujeres de tanto temple no retroceden jamás.

CAPÍTULO IX.

El castellano de Tordehumos.

La tempestad que rujia sordamente sobre el horizonte de Castilla estalló por fin, y sus fatídicos amagos convirtiéronse de pronto en desastrosas realidades. El alcalde Ronquillo hizo armas contra Segovia, y don Antonio Fonseca convirtió con sus sicarios á Medina en una nueva y desventurada Troya Los amigos indiscretos hacen más daño que los enemigos conocidos. Esto sucedió puntualmente en tal tragedia. El incendiario de Medina y el verdugo de Simancas robaron al Emperador más voluntades y llevaron más espadas á los Comuneros, que todas las sandeces flamencas y todas las bizarrías españolas. El estampido de los arcabuces del juez, y las llamas de los alquitranes del capitan fueron el rebato y el pendon que levantaron á España toda contra un monarca, servido por sayones y bárbaros, que, como dijo la desolada villa en sus lamentos, «*mostraron mas desacatos á Dios que los godos sin fé y sin razon, porque eran bárbara gente, en la destruccion de Roma*» Tremendo y generoso grito de espanto y de venganza retumbó por toda la Península, al saber tamaña catastrofe. Toledo lanzó sus tercios de seguida á los campos de batalla. Madrid hizo sonar el rebato á campana y timbal; Salamanca levantó el guante de la

guerra, y en todas partes á la vez se puso el enconado pleito al fallo de la fuerza.

Don Pedro Giron veia llegar el rompimiento con todas las ánsias de un corazon bizarro y bueno. En la juventud predominan por lo general los arranques generosos del alma sobre los cálculos del egoismo y las cábalas de la preocupacion. En esa edad inmaculada, cuando se contempla al mundo al través de un prisma dorado y fascinador; cuando se cree á los hombres, no como son, sino cual debieran ser; cuando la existencia se desliza arrullada en un ensueño de poesía y vaga sublimidad... en esa época hechizada de la vida, repetimos, los pensamientos son altos y fecundos, el pecho respira el entusiasmo de la virtud, las pasiones nobles alzan su vuelo majestuoso y varonil, y se mira con repugnancia y con desprecio todo lo que no lleve el aroma del bien, de la bondad y de la grandeza. No hay idea elevada que no arranque aplauso, ni desgracia que deje de inspirarnos simpatías, ni buena causa que se halle sin nuestro corazon. Y fuerte la conciencia consigo misma, condena el poder de los inicuos, desafia el furor de los tiranos, y ve en el riesgo el heroismo, y en el martirio la inmortalidad. Don Pedro Giron era jóven y de alma superior. En esto se dice todo. Herida su dignidad con la humillacion de España por los estranjeros; sublevado su sentimiento por los desafueros del gobierno contra la moralidad y el honor, y arrastrado por su conciencia y carácter á dar frente á la tiranía, y á intentar la reivindicacion de los hollados fueros, tuvo la gloriosa audacia de alzar el primero su voz al César, con la verdad amarga y peligrosa que acaso nunca resonará en los oidos del bastardeado nieto de doña Isabel la Católica. Indignado mayormente el entusiasta prócer de la estúpida indiferencia del príncipe aleman á los clamores y desventuras del reino, y de las demasías que su inconsiderada ausencia produciendo estaba, por el mal talante y menguado seso de los consejeros y go-

bernadores, héle aquí en medio de Castilla, con su bandera alzada y el palenque abierto, á guisa de fuerte y aguerrido paladin.

La córte flamenca, que al golpe conoció el peso que la espada de Giron arrojar debia sobre la balanza política en favor de la Comunidad, lo hizo predilecto blanco de sus ódios, y procuró rodearle de amargura y desaliento, para debilitar su ánimo y socavar su poderío Hizo, pues, que el Emperador le negase justicia en la contienda con la casa de Guzman acerca del ducado de Medina, Sidonia, que don Pedro titulaba, por razon que no hay provecho en relatar. Y aparte de este agravio al caballero, tambien le hirió en sus pasiones como hombre, arrancándole de entre las manos con una intriga satánica la suspirada posesion de doña Ana de Módica, por quien ardia en vehementes y bien esperanzados amores; con la circunstancia doble de que en ello consiguieron á la par impedir la union de las dos poderosas casas de Giron y Cabrera, que hubiese dado al don Pedro grande acrecentamiento y mayor entidad en señorío y grandeza.

En nada tuvo el apasionado jóven los males de su fortuna material por las cábalas tudescas. Hiriólo, sí, en lo más hondo de su alma la incomprensible pérdida del ídolo de sus ilusiones, del símbolo adorado de su felicidad, del sueño dulcísimo de su juventud. Y aun cuando no alcanzaba los pormenores misteriosos de tan acerba mudanza, porque los fautores de ella curaron de cerrarle las vias de esclarecimiento, comprendia que solamente los enemigos de su causa era á quienes debiera tan cobarde y miserable desquite. En los primeros instantes estuvo á punto de perder el seso. Culpaba de ingrata y fementida á la funesta hermosura que así burlaba sus amorosas ansias; mil y mil veces maldijo el instante fatal en que latió por ella su corazon, y quisiera en el paroxismo de su enojo, arrancársele del pecho, para pisar la imágen esculpida en él con los abrasadores perfiles del cariño, con

los matices deslumbrantes de la ilusion. La reaccion, no obstante, de su apasionado sentimiento vino despues en pró de la jóven, y se la presentó á la imaginacion del amante, conturbada y fácil como todas, para engañarse á sí misma, como víctima de algun influjo irresistible, como prenda sacrificada á cábalas de familia ó á intereses de conveniencia. Entonces revolvíase en su furia contra el conde su padre, contra el almirante su esposo, contra quien quiera hubiese tenido arte ó parte en aquella su inesperada desventura; y ya queria citarles á la venganza en campo público y singular; ya marchar sobre ellos con sus vasallos y valedores, arrancarlos las tierras y pasar á cuchillo sus deudos y tributarios; ya en fin acumulaba en su fantasía todas las borrascas de los celos y de la desesperacion.

Pero se trataba de una mujer débil y de dos viejos menguados. Esta empresa era indigna de la espada de un hidalgo de Castilla.

Los desabrimientos del reino, en que tanta parte aceptaba y sostenia, distrayendo á grandes intereses su atencion, le dieron espacio para calmar aquellos ímpetus con la reflexion y el exámen. No pudiendo, á pesar de sus intentos, apurar el misterio, comprendió que el tiempo habria de traerle la clave de su enmarañada confusion.

Resolvióse, pues, á dominar su brío, y á esperar el suceso de las cosas, que para él ya no podian ir á peor trance; y consagróse con alma y vida á la causa del país y de la ley. Con tanto ardor como acierto dedicábase á la organizacion de las tropas de la Comunidad en su aposentamiento militar de Tordehumos, cuando una mañana anunció su favorito Elvir á cierto escudero de la poderosa é ilustrísima casa de Enriquez. El primer movimiento del caudillo al escuchar tan inesperado mensaje, fué mandar colgar al mensajero de una almena, y aun se dice que pronunció sobre ello algunas palabras, que el cronis-

la afortunadamente no llegó á comprender. Su buen instinto contuvo el arranque espontáneo del sentimiento; pero no fué bastante para que dejase de responder:

—Que levanten el rastrillo, y vuélvase el menguado con la gracia de la vida, por primera y última merced.

—Si se alza el rastrillo,—repuso el paje con desembarazado gracejo,—no podrá llevarse á punto vuestra determinada voluntad.

—¡Está el bellaco dentro de la villa!...

—Justo y puntual;—y el adolescente miraba al prócer con cierta espresion de cándida travesura.

—¿Y quién ha sido el infeliz que ha podido osar?...—y los convulsos labios del duque no pudieron terminar el iracundo apóstrofe.

Pero Elvir, que traia prevista la escena, revistióse de humildísimo talante, y repuso con cierto aire de malicia y confianza:

—¡Por mi culpa... por mi máxima é inconmensurable culpa!

Estas palabras fueron como el dique que contiene el torrente, como el bálsamo que calma el delirio, como el viento que desvanece la tempestad. Quedóse suspenso don Pedro, y luego, pasando del enojo á la sorpresa con rápida transicion, repuso:

—Has perdido el seso, Elvir, ó Dios deja el mio de su mano.

—Ni lo uno ni lo otro. Jamás he estado más cuerdo ni atinado, ó yo entiendo muy poco de lo que atañe á vuestro bien.

—Te agradezco la intencion; pero no quiero ver ni oir á ese malandrin, ni nada que provenga de su nécio señor.

—Me doy el más edificante parabien. ¡Soy un mancebo de grandes esperanzas... y de un estupendo magin!

—Eres un niño, sin juicio ni formalidad.

—Es claro como la luz. No quereis nada del señor... ¡que me place! Pero como en el alcázar del almirantazgo hay tambien...

—¡Como!—esclamó el duque con un acento del alma rápido y vibrante.

—Pero, pues lo quereis, tórnese el escudero á la condesa... y cada uno quede en su lugar.

—¡La condesa! ¿Qué?... ¿Has dicho la condesa?

—Nada, nada. ¡Afuera el rodrigon!...

—¿Su nombre?

—El honrado y celebérrimo Belardo de Naraya, escudero *in capo* y cartulario *in pectore* de la muy ilustre...

—¡Oh!... El a e, el confidente de...—y don Pedro se detuvo; y Elvir le concluyó la frase con donosa franqueza

—De la señora doña Ana de Cabrera, condesa de Módica, y otras cosas mas.

—Venga, Elvir, venga... pues no sé que presiente el corazon. Pero, ¡cómo soy tan débil y tan insensato!... No... no.. ¡Elvir. Que parta, y lleve á su desleal señora el peso de mi ódio y de mi desprecio.

El pajecillo que no habia esperado la segunda órden para irse como una flecha en busca del mensajero, mal pudiera escuchar esta nueva resolucion del duque; quien clavado quedóse en el umbral de la cámara, preocupado de fuertes y encontradas imaginaciones. Aun se hallaba luchando con ellas, apoyada la frente sobre las jambas de la puerta, cuando en los vestíbulos empezaron á sonar confusamente pasos, que aclarándose cada vez mas, dejaron pronto percibir la llegada de dos personas á la estancia ducal.

—¡Ellos son! —murmuró don Pedro, que saliera de su distraccion al choque desigual de las pisadas.—¡Mejor! Asi sabremos á qué atenernos, y llegaremos hasta el fin.

Y se fué á sentar con la majestad de un príncipe en

sendo sitial de brocado toledano, cuando ya Elvir en el alfeizar de la entrada alzaba su voz anunciando:

—El honrado Belardo de Naraya demanda audiencia de vueseñoría ducal.

Un ademan imponente fué tan solo el asentimiento del de Giron.

CAPITULO X.

Horas de tempestad.

No hay para qué referir la escena entre el caudillo de Tordehumos y el mensajero que vimos entrar á besarle los piés. Hay mucha distancia entre los interlocutores para que pudiera allí pasar nada que escediese los perfiles de la etiqueta y la circunspeccion aristocrática. Don Pedro era muy dueño de sí en semejantes casos, para venderse á la malicia de un criado y el escudero sabia bastante de camarería para guardarse de salir á terreno resbaladizo.

Los guardas de la villa vieron salir con la mayor indiferencia del mundo al buen hidalgo del magro palafren, á media hora, poco más ó menos, de haber entrado en ella, por gracia é influjo del bullicioso Elvir, favorito del duque, y diablo suelto de todas sus gentes y servidores.

El dia se pasó, como los anteriores, en órdenes, conferencias, aprestos y revistas. Don Pedro recibió sin descanso capitanes y correos, avisos y refuerzos. Estuvo activo y hábil, como de costumbre. Solamente ciertos curiosos le notaron algun momento de melancólica distraccion, y cierto ardor desusado en sus ojos, que contrastaba más por el semicírculo morado sobre que se destacaba su espacioso y trasparente globo; pero lo achacaban á la

continuada vigilia, á los cuidados del gobierno, ó cuando mucho, á puerilidades juveniles de que no libertan la púrpura ni el arnés.

Llegó presto la noche, como sucede en las tardes enojadas del invierno; echáronse los peines, salieron las rondas, veláronse los muros, y sonó, por fin, la queda de timbales y clarines, y el centinela del castillo exhaló el primer grito de vigilia militar.

Todo yacía en completa calma, despues que el aliento de la noche fué estinguiendo uno por uno los últimos y perezosos ruidos de una poblacion, que sucumbe al beleño de las tinieblas y de las fatigas. Si desde las solitarias y angostas calles de la villa le place al curioso seguirnos hasta el cerro, donde se asienta la fortaleza, y trepando por su escarpada vertiente, penetra en su recinto por una triple arcada y ágria escalera de caracol; si no há por molestia deslizarse á lo largo de un murallon, que corta la plaza de armas; y si tiene ánimo para entrar por un postigo y dejarse llevar por la mano á traves de espaciosas cuadras y pasadizos, no desiertos de ballestas y ojos vigilantes, le conduciremos á la cámara del gobernador de la plaza, donde ya entramos antes con el buen escudero Naraya, y verá y oirá lo que nosotros vamos á ver y oir. En ella, pues, á la macilenta luz de una lámpara de bronce, suspendida del elíptico cascaron, hallará á nuestro antiguo conocido don Pedro Giron, aunque no de tan buen talante como pudieran desear sus bien querientes.

Sentado el infanzon delante de un macizo escritorio, y haciendo del siniestro brazo un ángulo de resistencia para su pálida y ardorosa frente, contemplaba con afanosa turbacion un pergamino blanquisimo y perfumado, que su diestra tenia estendido sobre la oscura planicie de nogal. La variada y siempre profunda espresion de su fisonomía móvil y sentida, daba á conocer desde luego que en su alma batalla tenian trabada recios y encontrados impulsos. Ya se oprimia convulsivamente las palpitantes

sienes, cual si quisiese arrancar de allí una idea de tormento mortal; bien quedábase abatido y empañados los ojos por húmeda nube de tierno y delicado pesar; y también brillando súbito en ellos un rayo magnífico de viril resolucion, se levantaba calmado y altivo con la sonrisa del desden en los lábios y la dignidad de un juez. Mas pronto su boca tornaba á agitarse, su semblante á oscurecerse, cruzaba el aposento á pasos sin compás ni direccion, y volvia á caer sobre el billete, lanzando un gemido desgarrador y tristísimo.

Y reinaba nuevamente el silencio, tan fatídico y tenebroso como el que reina en los intervalos de la tempestad.

Una campana monótona y confusa rompióle ahora con su misterioso diapason.

—¡Las ocho!...—prorumpió el castellano, saliendo de un caos de confusion y de fiebre.—¡Las ocho!... Una hora resta nada mas... pero una hora de martirio, y de duda y de tribulacion!... Esta es su carta... sí... Ella ha trazado estos caractéres, que acaso envuelven una nueva alevosía. Sobre esta superficie se ha posado aquella mano, que yo tanto acaricié... mientras me clavaba un puñal en las entrañas con desleal y pérfida ingratitud... ¿Y yo he de volver á verla?... ¡Yo conceder mi presencia á quien me ha llenado para siempre de amargura!... Confúndame Dios.

«Si estimais la paz de vuestro espíritu, y si en algo »tiene un caballero la vindicacion de una dama, á las nue»ve de la presente noche hallareis en la hospedería pró»xima al santuario del Castillo-Viejo, quien ruegue por »vuestra ventura á la Madre de los acuitados

FLOR DEL MAR.»

—¡*Flor del mar*!... Nombre adorado que encierra un tesoro de recuerdos... una vida de ilusion y de inefable encanto. ¡*Flor del mar*!... Ese era su nombre, el nombre de amor y de inocencia... el nombre inspirado y dulcísimo que el amante dió á la amada en el misterio de sus corazones, en la poesía de su felicidad. ¡Oh!... Ese nom-

bre elocuente, ese símbolo divino de ternura y de bendicion me hiere con magnético influjo, y despierta en mí el mal apagado incendio de aquel prepotente y tempestuoso amor... Sí, la veré: sabré sus males ó sus bienes; la diré cuántas lágrimas han vertido mis ojos; cuántos ayes ha exhalado mi alma, sin luz y sin consuelo. Pero ella ha pisado sus juramentos: ella es mi infierno sobre la tierra... no es digna de piedad ni de cortesía.

¡Qué digo!... Perdónenme las sombras de mis abuelos. Llevo en mis venas la sangre de los héroes de La Banda, soy español, y el fuero de mi casa y de mi tierra es el respeto y el amparo á la mujer. Y luego, ¿dónde está la prueba de su imputada traicion? ¡Necio de mí! ¿No es la esposa del almirante?... ¡Y qué! ¿No han ido otras bellezas al tálamo como la víctima al altar?... ¿Quién sabe si es más infeliz que yo?... Corren unos tiempos, en que el fuero de la paternidad puede cuanto quiere... y acaso más. Aun cuando solo sea por apurar la incertidumbre y despejar el enigma, debo y quiero presentarme como quien soy. Quizá voy á parecer débil... mas si nó, pasaré por cobarde. Jamás, pardiez.

Un golpe violento dado por el duque sobre un timbre, hizo que una nota aguda y percuciente acompañára la terminacion de la frase. No se habia estinguido el eco, y ya Elvir estaba en presencia de su desvelado dueño.

—Las sillas sobre *Bóreas* y *Azor*, y á caballo dentro de quince minutos.

—¿Solos? —se limitó á contestar el adolescente.

—Con nuestro brazo y buena voluntad.

El continente del duque no daba lugar á diálogos mayores.

Así pues, Elvir salió algo mohino y ensimismado; pero cumplió al pié de la letra el mandato recibido, y antes de medio cuarto de hora ya estaba de vuelta en la cámara del duque, vestida una ligera loriga y con el estoque á la cinta. Don Pedro por su parte no habia perdido el tiempo

echándose una malla finísima, cubierta con un coleto de ante, acuchillado de escarlata, calzandose flexibles botas con espacioso pabellon y doradas espuelas, amen de una luenga espada de combate y cierto sombrero á la chamberga, bajo cuyas alas pudiera su rostro escaparse á la mirada de algun curioso ú otra cosa peor.

Y murmuraba en tanto en concentrada absorcion:

—Una hora con ella... y dos para volar al puesto del deber. ¡Bien, por Dios!

—*Bóreas* y *Azor* esperan en el zaguan de la torre del homenaje.

Asi dijo Elvir, apareciendo á la cortina del gabinete.

—Al postigo de Santa Cristina.

Fué la perentoria respuesta de su señor.

Y echó el paje delante y el caballero le siguió por una salida reservada, que caia sobre la poterna, por donde aquella mañana vimos entrar á Elvir y su compañero de camino.

Pocos instantes despues el porton gemia sobre sus gozues y dió paso á dos ginetes embozados en amplios ferreruelos, y que casi no se destacaban sobre el fondo de la oscuridad. Bajaron despacio la pendiente del cerro, y apenas en camino llano, dijo el que llevaba la delantera:

—Al santuario del Castillo-Viejo.

Y partió como el aliento de la tempestad.

El otro embozado aflojó la brida de su corcel, que sin más impulso se lanzó en pos del primero como la flecha tras la paloma.

A poco se perdieron en las tinieblas, y el porton de la fortaleza se cerró con pausado y melancólico sonido.

CAPÍTULO XI.

A CONCEJO.

Bueno será que, á fuer de discretos, nos abstengamos por ahora de seguir la pista á nuestros dos personajes, y que deslizándonos por los vientos, á falta de Hipógrifos y Pegasos, vayamos á dar con el cuerpo y alma de los que seguirnos quisieren al fin de un solitario vallecito, en la confluencia de las vertientes de unas humildes colinas, parte de las cuales forman la cordillera de alcores, que corta este pais de E. á O. y que desciende con flexibles ondulaciones desde las elevadas campiñas de Villalba y Montealegre. Una vez asentada la planta en aquella silenciosa pradería, salpicada de morales é higueras con sendos piés de negrillos, fresnos y otros árboles silvestres, entre cuyos confusos intervalos serpea un sosegado riachuelo, cuyo nombre de seguro no conocerían Estrabon ni Ptolomeo, besando con sus abandonadas linfas cierto pórtico de dóricas apariencias; una vez aquí, repetimos, nada más fácil que sentarnos á descansar al pié de unos altos y berroqueños muros, en tanto que sonoras y no distantes campanadas hacen oir el tañido de la oracion por los penados del purgatorio. El sitio tiene algo de agreste y misterioso. Las sombras de la noche le prestan

con su incompleta oscuridad cierta perspectiva de vaga y poderosa impresion. Allí no se esperimenta el terror de l desierto, ni la pavura del peligro. Tiene aquella soledad una influencia íntima y dulcemente severa, que infunde al par respeto y confianza, y que hace en el ánimo mezcla estraña de preocupacion fantástica y de emocion sentimental. Luego esos acentos tan profundos y sentidos del acompasado bronce, que parecen evocados del fondo de las tinieblas, y que espiran en los aires como un lamento incomprensible de la soledad, contribuyen á crear en la conmovida imaginacion esas imágenes de pavor y arcano, que vislumbramos en los cuentos de la niñez, que nunca más se borran del espíritu, y que al impulso del sentimiento toman múltiples formas en nuestras horas de abandono é idealidad. A poco que el viajero sentado sobre el marchito césped, se hubiera entregado á esta ó semejante contemplacion, segun la más ó menos poesia de su alma y la mayor ó menor delicadeza de su organizacion para las impresiones, habria salido del arrobamiento al ruido que por una de las sendas venian haciendo los impacientes pasos de poderosa mula, en cuyos lomos, caballero se contoneaba un reverendo Padre de la Inclita y Cisterciense órden, si no miente la visual, Calado hasta las cejas un espacioso capuz y envuelto en su ancha y tupida hopalanda, no tardó en llegar á la maciza y cerrada barrera, anunciando por el rumor desapacible que su bestia levantaba, al sentir el vigoroso callo sobre las hojas secas que entapizaban el valle, cual móvil y tristísimo sudario de la naturaleza inerte y desolada. Dos ó tres palabras articuladas en determinado sitio de la puerta y con tono muy bajo y espresivo, fueron la fuerza mágica que franqueó aquel encantado rastrillo, que se volvió á cerrar sin ruido ni violencia detrás del recien llegado. El observador habrá creido probablemente que esto no es de todo punto natural, y que quien asi llega y se anuncia y se introduce es algo menos que dueño de

aquella sombría morada, y algo más que huésped de su incógnito propietario y habitador.

Y cuando vea por distinta vereda entrar en el valle otro hijo de San Bernardo, ginete en un buen trazado morcillo, cuyas inflamadas narices y descompuesto trote demuestran que no ha caminado á espacio ni á placer; cuando le vea junto al postigo del riachuelo contener el presuroso aire de su cabalgadura; cuando le oiga murmurar iguales sonidos y le mire representar idéntica pantomima, y lo perciba entrar como el anterior... entonces podrá bien ser que nuestro caminante crea que aquel vasto edificio es un convento, y que aquellos frailes son hermanos en Cristo, que acaso salieran sin el *benedicite* del intolerante prelado, y tornan sin ser vistos ni oidos.

Algun escozor pudiera moverse en la mente del observador, alguna duda dejar en su conciencia contra el último ginete la circunstancia del resuelto y airoso jaco, y una cosa á modo de prolija espada que imaginó ver asomar por bajo del espeso y flotante ropaje. Sin embargo, los tiempos corrian tan trocados y azarosos, que bien podia el monje cambiar la pausada mula por el animoso cordobés, y llevar consigo, en vez de bendiciones para conjurar los malos, una buena pieza de Toledo con que defender la salud del cuerpo, para no arriesgar la del alma en algun mal encuentro con diablos de carne y hueso de espingarda y ballesten. Aun con esta benévola interpretacion hubiera podido pasar el caso por bueno y santo, si por uno de los ángulos de la cerca no desembocase otra sombra del mismo talante y monástica decoracion; mas con la inocente diferencia de que al volver la brida con demasiada rapidez, murmuró un «¡cuerpo de Dios!» lleno de bizarro desembarazo, sin duda porque su formidable potro puso mal una mano y le hizo rozar con el espinazo la siniestra rótula, que halló demasiado dura la silleria puesta en contacto de su no reducida humanidad.

Esta inacabable sarta de nocturnos viandantes era pa-

ra dar fondo á la paciencia más copiosa. Nuestro amigo, que no la tenia muy evangélica, echó al traste lo poco que restábale de ella, y pidiendo á Mariblanca su poderoso auxilio, se halló como llovida del cielo una estupenda cogulla debida sin duda á la proteccion y blando pecho de la proto-bruja de Barahona y del Naranjal. Caló-se al punto aquel vastísimo receptáculo de anascote, y acercándose á la imponente puerta se halló á tiempo de oir las misteriosas frases que dominaban al desconocido cervero, pronunciadas por el prójimo del juramento con más entonacion y menor cautela de las que parecia requerir el caso. «Abatiré á los soberbios y ensalzaré á los humildes,» dejó articular el ahijado de la archi-maga en mediano latin; y despues á poco rato y en castizo romance, «Padilla y Giron por Castilla y Leon;» y el mal humorado platicante desapareció con ímpetu por bajo del cancel, sin cuidarse siquiera de volver la vista en torno de si.

Ahora pues, nosotros tambien tomaremos el hábito de Claraval, y á la par de nuestro viajero llegaremos al dintel y pronunciaremos con voz grave y semi-tónica: «Abatiré á los soberbios y ensalzaré á los humildes.» Y como de la parte interna nos responde un acento pausado y confuso, «Padilla y Giron....» concluyamos la frase inmediatamente diciendo, «por Castilla y Leon.» El postigo cede; un fraile busca á la luz de una linterna sorda sobre nuestro capisayo cierto signo, que la protectora bruja venturosamente habia curado de colocar en él. Y vednos aquí ya dentro de un anchuroso patio sombrío y silencioso, circuido de altas paredes, en una de las cuales el débil resplandor de confusa lampara determinaba cierta poterna ojival, sobre la que desembocaba un estrecho y dilatado pasadizo. Entraremos en él como único punto de direccion, y á su dudoso término hallaremos mezquina escalera, que ascendiendo en incómodos tramos, evacua sobre elevada meseta. Allí dos encapuchados

hermanos vendan nuestros ojos, y por la mano con mil curvas y romboides condúcenos, sin decir esta boca es mia y á su entera disposicion y albedrío. Por fin, arrancan la tupida venda, y encontramos ante nosotros una escelente cámara. Sorprendidos del espectáculo, nos acurrucamos entre un alfeizar cubierto de rica tapicería flamenca, y desde aquí observaremos lo que pasa y ha de pasar en la escena que la suerte entrega á nuestra curiosidad, puesto que no nos toca ni deseamos en ella más aventajado papel.

—¡Cuánto tardan don Pedro de Lasso, Alfonso de Vera, y el capitan don Pedro Giron!

Estas fueron las primeras palabras que escuchamos desde nuestro observatorio, y fueron pronunciadas por uno de los encogullados que ocupaban la estancia, y que no tenia grandes trazas de monástico y arrepentido siervo.

—Aun no hace media hora que sonaron las ánimas, y no hay por qué impacientarse, caballero Avalos.

Tal fué la respuesta de un anciano religioso, que sentado tranquilamente á una maciza mesa hojeaba unos mamotretos, que por ella estaban entre otros varios esparcidos.

—Sin embargo,—repuso cierto mozo de bizarro mostacho y fulminante mirada,—todo puede temerse de un momento á otro, en estos turbados dias, reverendo y carísimo Padre abad.

—Tened confianza en el Dios que proteje las buenas causas, señor de Padilla, y recordad que la nuestra está escrita en el cielo y sellada con una cruz.

—No olvideis empero que estamos muy cerca del almirante, y que suelen sus corredores merodear por estos pueblos. ¡Seria doloso, que nuestros amigos hubiesen venido á dar con algunos de esos bandidos con patente imperial!

Quien con tanto enfado se esplicaba era sin duda el

Hércules, caballero del potro cuatralvo, que con tanto gracejo se daba al diablo en su arribo á las cercas del monasterio.

—El almirante se dará por muy servido con que le dejemos rezar *Kiries* y *Pater-noster*.

—Y maquinar como un energúmeno, querido Hernando,—repuso el bizarro jóven, á quien con tanto miramiento habló antes el abad. No conoceis á ese viejo con piel de cordero y corazon de tigre.

—Yo más bien le miro como un enorme zorro, con uñas de cernícalo y plumas de avestruz.

Unísona y espontánea carcajada siguió á esta pintoresca descripcion, en casi todos los que allí departian variados y ardientes coloquios.

El abad no obstante mantúvose cuando menos indiferente, y Padilla tampoco se manifestó susceptible á la jovialidad de sus alegres y poco aprensivos compañeros.

Aproximóse á la mesa y entabló con él particular y grave diálogo.

A su vez los más jóvenes de aquel misterioso ayuntamiento hicieron círculo, como si estuviesen en el más festivo y seguro estrado.

—Oyes, Guzman,—decia uno de ellos con malicioso donaire:—¿sabes que si tiras por la iglesia tienes talante de episcopar?...

—¡Laudio! ¿no ves que la espada se le está escapando por bajo de los sayales, y que aquella enlutada niña no ha nacido para velar su talle con el adusto y tenebroso monjil?...

—Si, si... andaos con escrúpulos de beato asustadizo, amigo Montoya...

La puerta de la estancia se abrió rápidamente y apareció tras el tapiz descorrido por vigorosa mano un caballero armado, en cuyo pecho se ostentaba el blasonado escudo de Giron.

Todos los circunstantes se fijaron en el recien llegado.

—¡El conde de Urueña!...—repitieron á coro los demás interlocutores.

—¡El conde!...—repitió el anciano, y se adelantó con paso firme y noble continente hasta el centro de la cámara.

El relój del monasterio marcó la media noche con lentas y pavorosas campanadas.

CAPÍTULO XII.

ESPADAS SON TRIUNFOS.

—¿Todos amigos?—preguntó con acento firme, luego que se halló en medio de los misteriosos personajes.

Las capuchas todas cayeron á la vez, dejando á la luz rostros marciales y animados.

Esta fué la respuesta al apóstrofe del nuevo interlocutor. Pasó una mirada en torno, y al punto volvió á decir:

—¿Y don Pedro Giron?...

Ninguna boca se abrió para contestar. El anciano comprendió la fuerza de este silencio.

—¡Bien está!—fué su única espresion de asombro y de disgusto.

—Señores,—prorumpió el abad;—principiemos la obra de los buenos.

Cada cual ocupó á esta llamada un espacioso y filigranado sillon. Tenia pues aquella asamblea un aspecto algo pavoroso é inescrutable.

La celda estensa y alumbrada por una luz de triste, melancólico é indeciso fulgor; la severa tapicería pendiente de sus paredes, y cuyas enérgicas figuras parecian tomar movimiento á las oscilaciones del opaco resplandor; aquella cuadrangular hilera de hombres, pensativos unos, fieros otros, vivaces y sombríos alternativamente, y

todos mostrando entre los mal prendidos hábitos los robustos gavilanes de sendas espadas, el filigranado pomo del cuchillo, ó alguno que otro escamado guantelete; aquel contraste, en fin, de tal aparato de muerte con las vestimentas del sacerdocio y con la morada de la religion, circunstanciado con los accidentes de la noche, del peligro misterioso y de la hora desusada y clandestina.. todo esto, decimos, contemplado á la luz de fatídicos presentimientos, contribuia para formar un cuadro sombrio y siniestro de impresion grave, y trájica quizás.

—Amigos,—prorumpió Padilla entre una muda espectacion;—es llegado el momento de mostrarnos dignos de nuestros abuelos, y de salvar nuevamente en ... campos de batalla la salud de nuestro pais. Gastado se há la razon en vano con los hombres. Resta solamente apelar á la justicia de Dios. Oid y juzgad. Cada uno sabeis, y todos sentis, las grandes, las nobles y justísimas causas, que nos obligaron á volver por la libertad, por el honor, y por el pró de nuestra patria. Conoceis la historia puntual del nuevo reinado; sabeis el desafuero de Valladolid, los atentados de Compostela, el abuso de todos los dias. Habeis visto la noble advertencia de Toledo, la energia respetuosa de Castilla, la tolerancia leal del reino. A la representacion justa, á la voz mesurada del Estamento se ha respondido lanzando de la tierra á los procuradores; á la legitima revindicacion de sus franquezas por las ciudades se ha respondido con la picota y la cuchilla; á las protestas de Lasso, con los asesinatos de Ronquillo, con el martirio de Medina; y en fin á las leyes, á la nobleza y á la lealtad de España con el desprecio, con el ultraje, con la violacion de lo divino y humano.

Un rujido sordo y prolongado discurrió rápidamente por los ámbitos de la sala; animados ardian los rostros, habia miradas de arrebatadora lumbre.

La enérgica elocuencia del tribuno obraba galvánicamente sobre su auditorio.

—Privados de nuestras franquicias hereditarias, postergados por estranjeros estúpidos, villanos y dilapidadores; vendidos por una córte corrompida é hipócrita, y maltratados por un príncipe que no ha respirado el aire de nuestras montañas, que no se ha sentado en nuestros hogares, ni conoce, ni ama nuestro carácter y seculares usos... pudimos haberle negado la obediencia, pudimos deponerle de un trono, legítimo y bien habido solo por el voto comun, y mientras se respetan las condiciones de la república: fuero perenne, atributo propio de España, reivindicado con su sangre y consagrado en sus leyes.

Pero no queriamos ir hasta la estremidad. ¡Necios de nosotros!... La moderacion se tuvo á debilidad; el respeto por falta de justicia; la lealtad.. direlo al fin... por cobardía. ¡Cobardes, pardiez, los nietos de Viriato y de Ruy Diaz!!! los conquistadores de Granada!... los héroes de Nuevo-mundo!!! Las reclamaciones fueron desdeñadas, los consejos perdidos, los tratos de concordia y buen deseo temas de escarnio. ¡Esto era de sobra!... y sin embargo quisimos llegar al ausente y desalumbrado emperador. La voz de España ha sonado en Flandes. Allí nos debian la última leccion... y la hemos recibido. Estamos declarados fuera de la ley!...

Sañudo trueno de ira y de dolor siguió á este final terrible. Apóstrofes violentos, amenazas desoladoras, rujidos de cólera, y ademanes fieros cruzábanse, herviau y se chocaban confusos, rápidos y ardientes como las entre cortadas olas del mar embravecido.

Sosegada un tanto la turbacion de aquellos espíritus, fray Pablo levantó su voz sonora y grave con sencillo y majestuoso ademan.

—Desgraciadamente, amigos y hermanos, mi voz que debia ser mensajera de paz y alegría, tiene que hablaros en las amarguras del alma. Peregrino por la pública salvacion, crucé los caminos, y llegué al alcázar del poderoso. Allí hize sonar mi acento, arranqué el velo á los im-

pios, y lloré por la suerte de mi pueblo. Pero Dios en sus altas providencias ha cerrado sus oidos, ha cegado sus ojos y ensordecido su corazon. En aquella nueva Samaria reinan solo la vanidad, la soberbia, la parte flaca y mísera de la humanidad. A la luz de la verdad se oponen las tinieblas del mal espíritu; á los consejos del Evangelio, las inspiraciones de los fariseos; á la ley de Dios, el antojo del hombre. En vano fuera decirles la palabra del Redentor, que vino á romper las cadenas de los siervos, á destruir el imperio de la fuerza, á emancipar el género humano, y establecer el reinado de la justicia, del amor y de la fraternidad en las criaturas. En vano, sí; porque suplantando la mente de Dios, ultrajando su obra y abusando de su palabra, pretenden hacer del hermano un esclavo, de la humanidad un patrimonio de los fuertes, y del sacerdocio de mansedumbre y de caridad, un ministerio de opresion y de sangre. Y estos falsos apóstoles han herido nuestra cabeza, y llenado de lodo nuestra vestidura; y á imitacion de los antiguos Galileos, han querido para nosotros una nueva y sangrienta cruz.

No pudo el anciano continuar dominado por un profundo fervor. Sucedióle al punto en la palabra el impetuoso Sanchez Zimbron, procurador de Avila, y su compañero de viaje y aventura.

—¡Por la sangre de cien tudescos!...—esclamó arrebatadamente, abriendo su calorosa peroracion con ruda bizarría, y sin dársele grande cosa por las monásticas consideraciones:—¡El César no tiene de español mas que el apellido de su desgraciada madre!... Allí hemos sido recibidos, nosotros, los personeros de Castilla, los enviados del reino, como enemigos de la Majestad, como desapoderados y peligrosos aventureros, como gente dañada y pestilencial. Allí teneis á Vazquez de Avila, cuyo apoSentamiento fué una fortaleza, y cuyo intérprete fué un verdugo. Y merced á nuestra diligencia él salió ileso, y el Padre fray Pablo y yo nos vimos á salvo de injurias

dores, de riesgos y mortales casos por parte de aquella urba desenfrenada y homicida.

Los capitulos acordados por la *Santa Junta* en Tordesillas, y que nos fueron entregados para el Rey, han sido quemados, por mano del verdugo, en las plazas de Alemania y aventadas sus cenizas. Esta es,—dijeron,—la única respuesta para la traicion y sus fautores. Ni tregua con ella, ni para ellos perdon. Pero, ¿cómo ha de ser otra cosa? Allí está el concusionario Jeures, la garra insaciable del águila Cesárea; allí el ponzoñoso Gatinara, el comerciante de la factoria imperial; allí el siervo tonsurado, el avanto Guillermo de Crois, que agencia la mitra primada sin respeto á su conciencia y á sus sagradas órdenes; allí, en fin, esa bandada de buitres que han hecho de España un cadáver despedazado y exangüe... Don Carlos, circuido de amigos falsos, que anteponen su provecho á la gloria del Principe, descarriado por consejos inicuos, y viciado en una atmósfera corrompida y engañosa, ni oye, ni vé, ni piensa, ni juzga sino por los ojos y oidos de sus cortesanos, que quieren identificar con sus crimenes la corona del César. Y lo conseguirán. Mal he dicho: y lo han conseguido ya. El jóven Rey cree, que cuando los pueblos se alzan contra las iniquidades de sus privados, van contra su nombre y sucesion; que los clamores que le demandan justicia y desagravio, son ecos de rebeldía y de culpa; que los pechos hidalgos que quieren la libertad comun, rechazan el trono y su dinastía... ¡Error enorme que ha de costar tanto de lágrimas y sangre al pueblo como al rey!...

En fin, la guerra es el resultado de nuestra mision. Nosotros llevamos palabras de concordia, y hemos oido acentos de maldicion; presentamos la oliva, y se nos opuso la espada; invocamos el nombre de Dios y del pueblo, y se respondió con el del Rey y del verdugo; nosotros, sí, llevamos, pedimos y deseamos la libertad, la justicia y la paz, y traemos la servidumbre, la tirania, la guerra. ¡Que

la sangre recaiga sobre ellos... y sobre su obra de perdicion!...

—¡Guerra y libertad!—gritaron á la vez con acento terrible los jefes de la Comunidad, levantándose de sus asientos en actitud vehemente al impulso de aquella sañuda impresion.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!...—suspiró fray Pablo, sumerjiendo su venerable frente en la cavidad de sus manos, y reclinándose sobre la mesa con visible muestra de resignacion doliente y abatida.

—¡La guerra!..,—continuó el conde de Urueña:—¿y en nombre de quién tremolará nuestro pendon?

—Por Castilla y la Reina:—contestó Padilla con ímpetu.

—Entonces,—prorumpió el conde,—gritemos: ¡SANTIAGO, LIBERTAD!

Un murmullo de contento acojió este significativo arranque, y hubiérase convertido en ruidosa esclamacion, a no ser por el sitio y las circunstancias.

—En buen hora,—interrumpió Avalos:—el pueblo acepta el nombre y la alianza de la Reina, y le ha dado por fianza su sangre y fortuna. ¿Qué pruebas pues ofrece el trono al pueblo en aras de su fé?

—La mano de la infanta de Castilla, que ha elejido por esposo al jefe de la Comunidad, á don Pedro Giron.

Esta contestacion severa y concisa del conde llenó los corazones de plácida sorpresa; hubo un instante de emocion silenciosa, pero en seguida las muestras de júbilo se tradujeron en las fisonomías, en los movimientos, en las palabras de aquellos generosos y arriscados hombres, que jugaban allí su cabeza por el procomunal, con tanta firmeza y discrecion como si se tratase de un torneo ó de una batida de venados.

—¡SANTIAGO, LIBERTAD!...—repitieron á coro aquellos bizarros y nobles castellanos.

—Cumple ahora ocuparnos de cuanto atañe á las operaciones de la guerra. Por mi parte espondria breve-

mente mi plan. Yo lo aventuraria todo en un dia al trance de una batalla. El éxito no es dudoso. Una victoria segura daria fin al punto á tantas contiendas y disturbios.

—¡Sí, sí!...—esclamaron los más jóvenes y ardientes de la asamblea.

—Cortemos de un golpe la cabeza del mónstruo y apliquemos el fuego, para que no renazca de su propia sangre.

Padilla, entonces, haciéndose auditorio con ademan digno de un príncipe;

—No asiento,—dijo,—á la opinion de vuestros esforzados pechos. Nada de batalla, nada de azar. En una causa tan grave, como la que tomamos á nuestro cargo, no deben los hombres esperimentados dejar nada á la aventura ni á las incalculables contingencias de la suerte. Un error, una vicisitud cualquiera pueden hacer rodar muchas cabezas; y es preciso que no hagamos nuestra tan tremenda responsabilidad. La prudencia fué siempre la cualidad privilegiada de los grandes capitanes. Y en las contiendas civiles se hace mucho, infinitamente mas recomendable... y acaso ninguna es bastante. Además, cuando nó el arte y la razon de gobierno, las circunstancias del momento nos aconsejarian otro tanto. Ya no son Toledo y Segovia, no es ya Castilla tan solo quien hace frente á la tirania. Otras ciudades y fortalezas, má reinos y merindades de España tremolan hoy el estandarte de los buenos; y pronto, muy pronto no le quedará al Emperador una aldea ni un concejo en obediencia, en monte ni en tierra llana.

¿A qué es, pues, arriesgar con la precipitacion lo que el tiempo nos dará sin peligro ni victimas, solo con saber esperar? La semilla está arrojada, la tierra es fecunda, el fruto vendrá en su sazon. Aun cuando solo fuera por evitar la efusion de sangre española, sin más que por economizar las vidas de los buenos hijos de Castilla debemos esperar con el acero en la vaina, que el tiempo y la justicia de Dios y la razon de los pueblos concluya la

obra empezada por nosotros y que en breve será la de toda la monarquía.

Algunos rumores ténues acojieron al jóven: pero sus palabras graves y dotadas de cierta superioridad severa hicieron notable impresion en la asamblea.

—Y qué: ¿quereis,—replicó el conde con ardor mal reprimido,—que nos estemos mano sobre mano, hasta que todo se haga por su propia virtud?

—¡Soberbio entretenimiento,—decia despues Hernando con una voz de estertor,—mientras que los flamencos no pierden carta y se disponen á una jugada infernal!...

—No he concluido, amigos mios,—insistió el tribuno toledano, con más calma y dignidad que las que tan rudas contrariedades pudieran hacer esperar de sus ardientes mocedades;—no he concluido aun. Tan lejos está de mis pensamientos esta idea de inaccion, que quisiera con toda mi alma que la vecina fortaleza de Fuent-Empúdia, mal usurpada al bizarro conde de Salvatierra, por ese menguado de don Francés, viese ondear en su torre, de aquí á dos dias, el morado tafetan de los tercios de Simancas y Valladolid.

Un rayo de gozo iluminó aquella misteriosa escena.

—Quisiera que el castillo de Torrelobaton, acuartelamiento realista de primera entidad y punto de grandes consideraciones militares, fuese mi primer trofeo y la primera victoria de las armas castellanas; el bautismo de sangre, en fin, para los soldados de la Comunidad.

Quisiera, pues, que don Pedro Giron, en tanto que yo obraba sobre Torre, cayese como una tormenta irresistible sobre el cuartel de don Fadrique, sobre ese conciliábulo de ambiciosos y traidores guarecidos tras de las cercas de Medina de Rioseco, y arrancase á los menguados imperiales su centro de accion, su templo de idolatría; la córte del almirante, en fin.

Quisiera si estar siempre ganando terreno, y siempre con la bandera en alto, y siempre con la espada en

cruz... Pero una batalla para lo último, cuando no queda más que acudir al brazo de Dios.

Subyugada la asamblea por el acento ardiente y profundo del tribuno, hubiese allí dado término al encuentro de las opiniones, si el incontrastable señor de Urueña no hubiese salido aun por la tangente con decidido arranque.

—Estaremos en cuestion,—repuso,—hasta que Dios venga á juzgar vivos y muertos; pero serán palabras al viento Ni vos ni yo, señor de Padilla, somos bastantes para resolver el negocio. Don Pedro Giron es el caudillo de la Comunidad. A él le toca el gobierno de la guerra.

Padilla recibió con noble ánimo esta picante repulsa.

—, Y dónde está nuestro don Pedro Giron?—saltó á este tiempo con doble retintin uno de los circunstantes.

—¿Por qué no se halla con nosotros?—repitió uno de los oficiales de Padilla, animado por la interpelacion precedente. No sabemos dónde hubiera ido este peligroso diálogo con un hombre tan rudo y vehemente como el conde de Urueña, si cuando este se disponia á lanzar sobre los del apóstrofe un ex-abrupto, Padilla no se hubiese anticipado á contestarles con benévola firmeza.

—Dice bien el conde. Don Pedro es la cabeza; nosotros somos la mano. Donde quiera que se halle, estará en servicio de la Comunidad. El conde será mañana con él; y haciéndole patente nuestros votos, resolverá lo más conveniente la buena causa. Velemos en tanto cada uno por todos y todos por cada cual. Preparémonos, pues, á la guerra como medio de conseguir la paz; y todos á la voz del peligro levantémonos como un gigante, para dar razon cumplida de nosotros mismos.

—Será así, pues,—repuso el de Urueña, disipada, ya de su frente la tempestad por la elocuente prevision de Padilla.—Yo iré mañana á mi sobrino don Pedro, y cerca de

él cumplir bé con la Reina, con la Junta, y con la pro-comun. El por si hará como quien es.

—En suma,—volvió á esponer Padilla á los circunstantes,—hemos oido á los enviados de la Junta; está arrojado el guante.

—Está sellada la alianza entre el trono y el pueblo con una prenda inviolable y sagrada,—le interrumpió el conde.

—¿Qué resta, pues?—prosiguió el abad, saliendo de su silenciosa abstraccion. Todos callaron en misteriosa espectativa. El monje concluyó:—falta poner al cielo por testigo de nuestro juramento, y demandar gracia para los vencidos.

Un instante despues desfilaban paulatinamente los actores de aquella escena por los pasadizos del monasterio; y notábase que uno ó dos cuidaban de deslizar al oido de varios estas ó semejantes palabras:

—Don Pedro Giron ha faltado á la primera ocasion... ¡Diablo!!!

CAPITULO XIII.

FLOR DEL MAR.

Pero don Pedro Giron no es hombre dado á perder el tiempo; y mientras sus amigo asi se arrojaban contra la tirania flamenca, el ausente caudillo creia labrar con los hilos de una aventura romancesca la red de perdicion para la causa imperial. De otro modo, nadie hubiera tenido que preguntar por él. En esta noche supremo se jugaban en doble suerte la servidumbre y la libertad de Castilla. Allí se juraba su salvacion sobre las aras de la guerra: aquí en los brazos del amor.

Porque nos hallamos en la hospederia del santuario de Castillo-Viejo, á media hora del cuartel real. Se oyen á lo lejos, entre la fria calma de la noche, los ecos dilatados é indecisos de los vigias y atalayeros del confin. Fuera de eso, silencio y soledad. La noche avanza en sus negras y melancolicas horas.

Media habrá, poco más ó menos, que por la via de Tordehumos llegaron á la porteria dos ginetes con los caballos cubiertos de lodo y de sudor. Apenas resonaron los últimos compases de su agitado galope en el *átrio de la fuente*, abrióse cierta celosia, que guarnecida con férrea verja, registra desde una de las alas del edificio la limitada placeta. Un rayo luminoso exhaló de aquel foco

entre el cual se dibujaba la silueta de una mujer. Uno de los recien llegados arrimó su potro impetuosamente á la caida de la ventana, y murmuró en voz sorda: «*Flor del mar!*»

La sombra desapareció; las celosias se cerraron; y todo volvió á quedar en las tinieblas.

Nuestros viajeros echaron pié á tierra, bajo el pórtico lateral del caserío, al tiempo que la puerta se abria de par en par, dejándolos ancho y espedito paso.

Halláronse en un patio cuadrilongo, cuyas paredes tapizan grandes higueras y enmarañad s sarmientos. En el fondo se estiende un soportal, á cuyo estremo izquierdo se distingue la mezquina escalera para las hab c ione de aquella rural hospedería, medianamente alumbrada por empañado farol

Un anciano rodrigon recibe, birrete en mano, á los nocturnos huéspedes, y un palafrenero toma sus jadeantes corredores.

Pero el más gentil y resuelto de aquellos, sin esperar los buenos oficios del vetusto servidor, enderezó sus pasos á la gradería, haciendo resonar en el desigual empedrado sus arrogantes pisadas.

Apenas ha subido el primer tramo, y gira á la izquierda para tomar el siguiente, cuando aparece á sus ojos hermosí ima dama, que desde el descansillo superior le tiende la mano y deja traslucir en su rostro tierna y vehemente emocion. El caballero queda un momento absorto. Mas reponiéndose al punto mismo, ase con ardiente afan la diestra cariñosa, y cae en brazos de la conmovida beldad.

Ha trascurrido, como decimos, media hora próximamente; y en un camarin mantienen íntima y animada plática los bien adivinados actores de aquella súbita y misteriosa reconciliacion, sentados en espacioso divan.

—Pero decidme, doña Ana, ¿por qué me habeis hecho tan infeliz?

—¡Ah!... ¡Si supiérais, don Pedro, las lágrimas que he vertido por vos!...

—¡Dudar de mi, ingrata!... ¡abandonarme!...

—No hablemos de eso más. Harto desventurados fuimos... Dejemos cicatrizar la herida, y no renovemos el dolor. Hablemos del presente, del porvenir... de ese porvenir encantado, en donde nos espera una existencia de mágica felicidad.

—Decís bien, condesa. ¡Afuera para siempre remembranzas desoladas! Hora es de amor y de ventura. Ven-Flor del mar, ven... Dime palabras dulcísimas, de aquellas que enloquecen y embriagan de ilusion. Háblame bajo... más bajo, para que el viento no me robe un aliento de tu lábio. Yo quiero escuchar el suspiro articulado de tu alma, las armonías inefables de tu amorosa inspiracion.

Y don Pedro reclinaba su abrasada frente sobre las palmas ebúrneas de la hermosa, subyugado por la esplosion de su trasporte.

—¡Ay!...—esclamó la bien amada;—¡no sé qué siento en mí!.. Há tanto tiempo que mi corazon estaba triste, que la dicha casi no cabe en él. Es un ciego volviendo á la luz.

—Y yo soy el náufrago que sale del mar, el enfermo que vuelve á la vida, el réprobo que torna á su perdido eden.

Y los amantes engolfados en estos y otros tan sabrosos diálogos, interpolados con apacibles, si bien mesuradas, ternezas entretuvieron razonable período de la velada. Y aun allí les sorprendiera la última vigilia, si la condesa no diese otro rumbo al enamorado arrobamiento. Las mujeres pierden la brújula de todo punto muy rara vez; y la dama conservaba por lo comun bastante dominio sobre sí y sobre la situacion, para dejarse llevar por otro aire, que no fuera el de su albedrío y vigilante criterio.

—¡Oh!...—esclamó inesperadamente, aprovechando un prolapius de su apasionado éxtasis;—¡cuán rápido vuela el tiempo en alas del bien!!! ¡Ya las nueve!!!

—Deja, prenda querida,—repone su arrebatado caballero; deja volar las horas, y pensemos solamente en hacer de cada minuto un siglo de soláz y bienandanza.

—Bien hacian los antiguos en pintar ciego al amor!... Mi don Pedro es una copia feliz de aquel espresivo modelo.

—Ciego, si, ciego de cuerpo y de ánima; deslumbrado y atónito por los rayos clarísimos del sol de tu hermosura.

—Y ciego y disipado, porque se olvida de él y de mí.

—¡Angel de mis ilusiones!...

—Mira...

—¿Qué?

—Segunda vez vá dando vuelta la arena de ese cristalino relój. Es preciso separarnos, y hay cosas que nos importan, por decir aun.

—¿Me amas, no es cierto?...

—Como en la aurora de nuestra juventud.

—No quiero saber más.

—Bien: si mi noble caballero no lleva sus amorosos pensamientos más allá de esta apresurada confidencia...

—¡Es verdad!... te comprendo... perdona mi alucinamiento.

—Hablemos, pues, como el caso lo demanda... y dejemos descansar un tanto el corazon.

—No hay sacrificio que me sea imposible... Todo por tí, y para tí.

—¡Tuya, don Pedro, á vida ó muerte!

—¡Mia!... ¡delicia inmortal!... Pero, ¿y ese enlace, doña Ana; ese nudo de abominacion y desventura?...

—¿Nada te dice de eso el instinto de amante feliz?...

—Me dice... ¡qué sé yo... lo que no me atrevo á decir! Si él no fuera quién es!...

—¡Por Dios, mi don Pedro!... Nada de furia, ni des-

afuero. Quizás nos perderiamos... y es segura la salvacion.

—No temas... Mi espada poderosa, no se cruzará con la de un adversario vencido por la edad y el remordimiento. ¡Pardiez!... Si fuera un hombre animoso... si pudiera oponerme un pecho duro y un brazo varonil...

—Bien vengado te tienen mi desamor... y sus pesares.

—Pero te llama suya... y tiene sobre su esposa...

—¿Los derechos de la ley?...

—Eso basta para no perdonarle jamás.

—Yo me comprometo á obtener gracia de ti.

Y doña Ana reclinándose suavemente en el hombro del agitado magnate, murmuró á su oido dos palabras dulcísimas. Un ligero carmin iluminó su tersa mejilla, que escondió entre la rizada valona del amante. Este prorumpe en un grito exhalado de lo íntimo del alma, uno de esos acentos sublimes de cordial espansion que vibran espontáneamente las cuerdas más delicadas y recónditas del sentimiento, y que no se formulan en palabras, porque carece la lengua de sonidos, y de idioma la humanidad, para revelar su misterioso diapason, y traducir sus inefables armonías.

—El claustro para él,—continúa don Pedro;—el tálamo para los dos.

Y estrechó blandamente sobre su seno á la bellísima prometida.

—Pero la guerra y la muerte quizás,—le repuso con tristeza,—se interponen entre nosotros y la felicidad.

—Yo venceré; y un dia serán alfombras de tus plantas los trofeos de mi valor y de mi fortuna...

—¿Y si mueres?... ¿si tu sangre fuera el precio de la inmortalidad? .. No, no, don Pedro...

—Soy el campeon de la justicia: Dios no abandonará la causa de los buenos.

—Tambien yo quiero los lauros para tu frente y la gloria para tu bandera... pero sin sangre, sin el riesgo de la lid.

—Las palmas de la victoria crecen sobre el campo del honor.

—Consérvame tu vida; y en cambio serás por mí el héroe de la libertad.

—¡Mujer admirable y generosa!... ¡Gracias por el pais y por el primer comunero de Castilla!

—Déjame obrar y entregaré en tus manos la causa imperial. Poseo algunos secretos de la Córte flamenca; varios agentes del Cardenal son emisarios á mi devocion; en el Consejo no hay arcanos para mí... yo marcaré á los enemigos de Castilla el instante de su ruina. Caerán; y tú solo, mi don Pedro, recojerás el fruto debido al vencedor. ¿Qué mas?

—¡Pero yo debo desenvainar la espada, y conducir los mios donde lo requiera la ocasion!

—Yo cuidaré de tí por cariño á entrambos. Ya sabes lo importante. En lo demás me encomiendo al instinto del amante y á la discrecion del hombre de Estado.

—Sea así. Pero si se me presenta el trance, mi lanza es la primera que se rompe en el palenque del desagravio nacional.

—Esta llave, don Pedro, es del postigo Zamorano. Tómala. Todas las noches, al canto del gallo, te esperaré en el pabellon de la huerta. Naraya te conducirá con seguridad y recato desde aquí hasta mi propia cámara. Es hombre fiel y discreto. Puedes confiar en él, como yo misma.

—Ningun riesgo me será costoso para llegar á tus brazos.

—Y para salvar conmigo á Castilla.

—Tú serás algun dia el ídolo de sus honrados pueblos, que á mi voz te saludarán como el ángel de su ventura.

—Para tí solo el aplauso y los honores. Para mí la dicha de pertenecer al salvador de la patria!

CAPÍTULO XIV.

Cuchilladas en la calle.

Separándose están con dulcísimas protestas nuestros bien hallados interlocutores; cuando algunos mosquetazos y el ruido sordo y creciente como de un tropel de caballos interrumpieron desagradablemente la tierna despedida. Quedáronse suspensos uno y otro, y acaso una idea suspicáz cruzó á la vez por sus imaginaciones. Pero antes de que pudiesen hacer otra cosa que clavarse una mirada absorta y perspicáz, un buen trozo de caballería llegó con estruendo y rapidez á la puerta del santuario. Formidables y reiterados golpes resuenan sobre ellas. Las mazas de armas baten sin tregua la prominente clavazon.

—¡Paso al marqués de Astorga!...—gritan entre el repique de las aldabas y ferrados cuentos, roncas y destempladas gargantas, y los portones retiemblan con la simultánea percusion de los desaforados ginetes.

—¡El marqués de Astorga!...—esclamó don Pedro.—¿Qué quiere aquí, condesa?

Pero doña Ana, tirando de un cordon, por toda respuesta, dijo con imperiosa energía.—Ahora vais á saber lo.—Y encarándose á Naraya, que se presentó á la puerta un tanto azorado;—Ni al Rey, ni á la Ley.—le dijo—Quien

quiera que viole mi morada, tendedle muerto en el umbral.

Toma acto continuo del brazo á don Pedro, y colócalo consigo en el hueco de la ventana; corre el pesado tapiz, para ocultar la luz, y abre los postigos, que giran suavemente sobre sus goznes.

Merced á la pálida lumbre de algunas estrellas, divísanse confusamente á la portería un grupo de gente de armas con los caballos en desórden y con zozobra ostensible en sus movimientos y ademanes. La mayor parte de los ginetes ocupaban los arzones: solamente unos pocos tienen sus monturas de mano, mientras aporrean sin duelo la infl xible barrera. Algunas frases y palabras sueltas llegaban á sus oidos entre el desigual diapason de aquel estruendo.

—¡Mal rayo en el obispo y su revoltosa clerigalla!..—decia un soldado, poniendo á su arcabuz la mecha.

—¡Esto es lo que se llama ir por lana, y volver sin pelo!...—se esplicaba otro, que descargaba sobre la puerta el pomo de su machete.

—¡Pero este portero está dado á Barrabás!

—¡Por vida del Antecristo!

—¡Gentil despacho si nos halla aquí el marqués!

—¡Animo, camaradas! El señor almirante dará por bueno cuanto salve las cabezas de tanto buen servidor.

Una tempestad deshecha descargó sobre la portería despues de tan fraternal perorata.

—Van á derribar las puertas esos miserables;—dijo don Pedro á la condesa—Déjame espantar esa bandada de grajos hambrientos y quedaremos en paz y á salvo.

Y disponiase á salir del alfeizar con temerario ímpetu. La condesa logró detenerle ya en medio de la estancia. El caballero se contuvo ante la consternada actitud de la jóven.

—¡Nos perdemos si das un paso más!

—¡Oh!... no sabes, doña Ana, cuán crítica y funesta es para mí la complicacion de las circunstancias!

—Las puertas son seguras... mis gentes leales y resueltas; estoy yo contigo... nuestra suerte será comun.

—¡Las once!... ¡Las once ya... es preciso salir á todo trance!... Me vá en ello más que la vida, doña Ana... me vá el honor.

—¿Y el mio, don Pedro, qué será de él?

—Esta tardanza me asesina .. ¡desesperacion!...

—Habla, don Pedro, habla... Verte asi es un martirio... ¡y lo veo! ¡aun tienes para mí secretos!...

—No son mios, condesa.

—Pues bien: si tanto importan, si tu honra peligra por la demora, libre estás. Corre, preséntate al enemigo, publica nuestra amorosa paridad, y salva tu nombre, á costa de mi mancilla y desventura. Aqui los vasallos de mi esposo me hallarán anegada en mi propia sangre...

—¡Por piedad, hermosa mia!...

—Parte, ¿qué tardas?... puesto que hay algo en el mundo para tí más preciado y digno que esta mujer sin ventura.

—Oye... pues lo quieres. Soy el caudillo de la Comunidad. Esta noche se falla el proceso entre el pueblo y el Emperador. Mis amigos me esperan para proclamar la lid. Las doce van á dar, y el caudillo no se halla en el puesto que los valientes han confiado á su valor y lealtad.

—¡A las doce!... ¡Apenas falta media hora!

—¡Y tengo que correr tres leguas de lodazal, para llegar a punto... y esos desventurados van á ser causa de nuestra perdicion!

Y mordiéndose los lábios de cólera, daba vueltas á largos pasos por la alfombrada estancia.

—Parte don Pedro, parte. Piérdase todo menos el pais. Yo saldré contigo... esa turba de dementes reconocerá en mí á su señora... y ¡ay del que osare á mi huésped!... ¡Vamos pues!

—No puedo aceptar ese heróico sacrificio. La salva-

cion á tal precio no es digna de un caballero español"

—Pero... si no hay otro medio...

—Deshonra por deshonra, caiga sobre mí.

—¿Qué pesa una triste dama en la balanza de la razon de Estado?. .

—Solo sé que naci hidalgo, y que en las leyes de mi sangre, jamás es víctima la mujer.

—¡Oh!... ¡qué idea de esperanza!

—¿Cómo pues?

—La hospedería tiene una salida, que esos temerarios no interceptan, porque no lo han menester.

—¿La reservada, que desemboca sobre el otro ramal del camino?

—Precisamente.

—¿Mas los caballos, que tienen que cruzar por el zaguan próximo a la portería?

—Si se hacen sentir, todo está perdido.

—Elvir y Naraya cubrirán el empedrado pavimento con la tapicería de mis estrados, y los caballos lo atravesarán sin riesgo de ser sentidos.

—¡Me place! A un lado esa dificultad.

Golpear doña Ana un timbre, presentarse Naraya, y darle la órden, y ponerla por obra el escudero, fué cosa de un solo instante.

—Una vez en la puerta, obraremos como lo aconsejen las circunstancias.

—Pero ganando fácilmente la salida, en cinco minutos me dejas en seguro y partes á donde te llama tu glorioso destino.

Belardo en esta sazon entró á dar por cumplidas las órdenes de su señora.

—Guiad,—le dijo esta, echando á andar en su pos, asida del brazo del caballero.

Una descarga de arcabucería y un alarido de combate resonaron en torno del caserío, y cortaron los pasos de la ilustre pareja y su taciturno doméstico.

—¡Ya es tarde!...—esclamó doña Ana, tornando presurosa á la entreabierta celosía.

—¡Infierno! ..—prorumpió don Pedro, ahogando por respeto el resto de su militar imprecacion.

Desde su recóndito mirador observaron nuestros dos personajes una escena, que no podrian esperar ciertamente. Un combate sustituido á una cita de amor, no es peripecia que se ve todos los dias.

Y un combate nada menos tenian ante sus ojos. Las cuchilladas iban y venian, como si fuesen regalos de Páscua; habia bote de lanza, que valia un condado, y cintarazos de marca mayor.

Dos centenares de montadas lanzas venian peleando en desastrosa retirada contra un escuadron de enlutados ginetes, que les acosaban con su irresistible empuje. Algunos corredores que llegaron con el marqués de Astorga á la portería del edificio, hallándose con que sus batidores no habian franqueado la entrada, y que no podian guarecerse de la derrota al abrigo de aquellos muros, se apostaron en los setos y matorrales de la contigua alameda.

Desde este improvisado atrincheramiento dispararon aquella rociada de mosquetería, que consternó á los fugitivos amantes. Pues viendo los irreflexivos soldados del marqués un trozo de caballería que deslizábase por el camino de Villabrágima, creyeron era el enemigo que intentaba cortarles por retaguardia, y dispararon contra ellos una granizada, que lisiando malamente a unos, hizo volver bridas apresuradamente á otros, y desbandarse los demás. Cuando por los clamores de los heridos en su gerga tudesca conocieron la equivocacion, renegaron de su atolondramiento y del mal consejo de su pavura.

El grueso de la gente imperial, que llegó en esto á las cercas del caserío, creyóse bien sostenido por los mosqueteros parapetados en la arboleda, y protejido por las gentes de guerra, que suponian dentro de la hospe-

dería, y ordenando en lo posible sus filas, dió la cara nuevamente á los implacables guerrilleros.

Inmediatamente cayeron como un turbion sobre los desesperados realistas. Crúzanse las armas, derríbanse en el choque ginetes y caballos, crujen los golpes, y pronto amigos y adversarios pelean mezclados confundidos en voluble y pavoroso remolino.

—¿Dónde está ese indigno ministro del Señor?...—grita un guerrero que sale de la espesura, cabalgando en blanco palafren, y blandiendo tajante cuchilla.—¡A mí, á mí, revoltoso Acuña, á mí, escándalo de la religion!...

Cual una sombra traida por el viento, apareció ante el arrogante retador su provocado antagonista.

—¡Desde Villabrágima os vengo buscando, señor marqués!... ¡á vos, el salteador de mis reales, á vos el violador de la paz! ¡Pero teneis un jaco, que me rio yo del vendabal!

El marqués lanzó un rujido á esta punzante invectiva.

Vibró al propio tiempo su espada sobre la cabeza del animoso prelado. El golpe fué parado, y devuelto con aplomo y bravura.

—Creisteis encontrarme dormido,—le apostrofaba el comunero,—y llegásteis como los lobos al redil!... ¡Sin duda os daña los ojos la luz del sol!

Las espadas entre tanto parecian dos serpientes de fuego en mortal y devoradora contienda.

—Os he predicado, como apóstol, la libertad y la justicia; os he perdonado, como cristiano, la sinrazon y el ultraje; os he llamado, como caballero, á la fé y al honor. Me habeis devuelto mancilla y amargura. Ahora empuño la espada de Gedeon y de Samuel.

La toledana hoja del marqués saltó á un quite de Acuña en tres ó cuatro pedazos, quedándose indefenso y á merced de su mala fortuna.

—Tomad otra espada, señor marqués, y aprended á respetar á los soldados de la nacion.

Estas nobles y severas palabras del prelado comunero, en el instante que era dueño de la vida del desarmado enemigo, enrojecieron á este el rostro, é iluminaron los ojos de aquel. Un grupo de combatientes se interpuso entre ambos adalides, y los apartó mal su grado de tan terrible duelo.

Los realistas llevaban entre tanto lo peor del trance.

Acosados, divididos y mal trechos por los esforzados clérigos que capitanea el indomable obispo, agotan los últimos arrojos de su desesperacion. El desaliento ha cundido en sus ánimos. Algunos fian ya su salud á la velocidad de sus caballos.

La pelea toca en el último episodio.

Una corta escuadra de jóvenes capellanes, despues de haber puesto á algunos tudescos que no hay por dónde tomarles, aborda la posicion de los mosqueteros parapetados en el fragoso plantio. Reciben sin gran lesion un disparo general y saltanco con brioso desembarazo los setos y matorrales, limpian en un momento de rufianes el peligroso bosquecito.

Desde este momento los imperiales creyeron llegado su fin. Vuelven la espalda al riesgo y echan á toda brida por barbechos y praderías, y se azoran atropelladamente en el angosto camino, cual manada de asustadizas raposas á la entrada de su madriguera.

Los comuneros se arrojan en su seguimiento y les llevan molidos y mal andantes hasta las mismas cercas de la villa.

El relój de la iglesia mayor vibraba una sorda y tristísima campanada.

CAPÍTULO XV.

MENSAJE REAL.

Aun no despuntaban los primeros asomos del dia por las humildes colinas del Carvajal. El vigía de Tordehumos no habia hecho la señal de la primera batida, y la fortaleza estaba silenciosa y tranquila, aunque no descuidada ni mal segura. Su castellano, encerrado en un pabellon de noche y mal recostado sobre el lecho de campaña, contaba impaciente los cuartos de velada, que restan á la venida de la nueva luz; porque la cama es un potro de espinas, cuando las agitaciones del espíritu ahuyentan de los ojos la reparadora venda del sueño.

Y don Pedro Giron no dormia, ni ha puesto nada de su parte para ello. Dá, por el contrario, vueltas y más vueltas sobre las blandas pieles de venado y de tigre, y de vez en cuando murmuraba palabras vehementes, entre uno que otro mal comprimido suspiro, que pugna por escaparse de su pecho varonil. Fatigada quizá su imaginacion, ha intentado sacudir el peso de las impresiones dominantes, y ha querido apagar el fuego de un pensamiento, sumiéndole en una inercia, en una atonía moral y negativa, en la anonadacion de todas sus facultades por un esfuerzo sobrehumano de la voluntad. Todo

inútil. En medio de esa postracion, en las tinieblas y vacío de ese prolapsus facticio, surje bajo cualquiera forma lo mismo que se quiere olvidar; y sin quererlo ni conocerlo, la mente se encuentra á poco, víctima de la tiranía y dolorosa preocupacion. Grande, sin duda, es la que mortificaba al espíritu de don Pedro, y debe tener relacion con asunto grave y de reciente cuanto poderoso interés. Sus lábios acababan de pronunciar un nombre... de su boca ha salido fugáz y ardorosa una palabra: ¡Flor del mar!...

Y la sigue un prolongado suspiro, que se estingue sin eco en la nocturna soledad.

Acaso no se ha cerrado el convulso lábio, cuando el crudo son de una bocina le hace saltar del calenturiento y desordenado lecho; y se dirije á la mira que dá sobre la muralla del Norte, y registra la avenida de la poterna, delante de la cual resuena la estrepitosa llamada.

—Ya sé quién es;—prorumpe de pronto, parándose en medio de la estancia.

Repítese á este tiempo el marcial anuncio, que pone en movimiento á la guarnicion de la torre, y hace apuntar las ballestas por los adarves.

—¡El es!... Conozco la voz de su heraldo de armas;—prosiguió el duque, hablando consigo mismo.—¡Calientes debe traer los acicates, pardiez!

—¡Plaza por la Reina y la Comunidad!...—repitió ahera duramente el caballeresco precursor.

—¡Mensaje real!!...—contestó el de Giron saliendo de su ensimismamiento.

Y dando dos pasos, corrió el pestillo á la maciza puerta, en ademan de salir del pabellon.

—¡Capitan Benavides!...—prosiguió recobrándose súbito á la vista de un bigotudo mesnadero que apareció en el umbral;—te escucho.

Y el recien llegado le contesta con laconismo y marcialidad:

—El conde de Urueña, mi señor.

—Disponed sea recibido, cual en mi casa suele el Rey.

Saluda el capitan con veterano aplomo, y queda solo el duque, para vestirse una dalmática verde, recamada de platina, que ajusta bajo el tahalí de su espada, cubriendo la elegante cabeza un birrete con blanca pluma de garzas imperiales. Abre en seguida el ferrado balcon de la torre, que al través de sus pintados vidrios deja penetrar la blanca luz de una mañana despejada y purpurina.

En esto ya se dejaba sentir por el interior de la fortaleza animado movimiento, voces de mando, idas y venidas por los crujías de los cuarteles, pasos acompasados de guardias y puestos de servicio; y sobre este sordo y confuso rumor sobresalia la voz del atalaya, que gritaba desde lo alto de la plataforma:

—¡Tordehumos, alerta!... ¡Prócer de pendon y de caldera!...

Las gentes del castillo dirijidas por el activo Benavides, desembocaban sobre la plaza de armas, y se colocan en ordenadas filas en el trayecto que media hasta la entrada principal de la fortaleza.

Las guardias coronan los almenares en actitud vistosa é imponente.

En este momento enarbolan el pendon de Castilla en el tope del homenaje. Los clarines y timbales exhalan una tocata guerrera; los arcabuces atruenan el viento; las picas y partesanas brillan agitadas por los alegres soldados; y cunde por todos los ámbitos la salva leal y alborozada. Y responde á ella por la parte esterior de la muralla una descarga de mosquetería, y canta el heraldo infatigable:

—¡Plaza, Tordehumos, á la Reina y la Comunidad!

Bajanse con estrépito los rastrillos; los puentes sobre la profunda cava; y Benavides recibe en el pórtico al conde de Urueña, subiendo en amigable plática la an-

gosta y curvilínea rampa, seguidos de los pajes y escuderos del castellano.

Esperábale este, rodeado de sus deudos, en el ingreso de la escalera, y adelantándose al zaguan, abrazáronse cordialmente ambos caballeros, dirijiéndose en esta guisa el de Giron al de Urueña:

—¡Paz y honor en mis reales al ilustre mensajero del Trono y de la Patria! ¡Bien venido á mi morada el campeon de la Santa causa! ¡Salud á vos, conde de Urueña, prez de mi sangre y gloria de mi ley!...

Y con estas y otras bien habladas cortesanías, á las cuales el conde correspondia con espresiva sinceridad, fuéronse llegando al pabellon del duque, ya dispuesto para tan alto huésped.

Despidieron su comitiva, y luego que se vieron solos el conde apartando la etiqueta oficial,

—¡Por la sangre de los flamencos,—dijo al duque,—habeis hecho, ilustre sobrino, un gran lance, en no dejaros ver por Matallana!... ¡Así Dios me valga, como lo habeis puesto todo á punto de dar un estampido!... ¿Dónde diablos habeis andado, desmemoriado y esperadísimo señor?...

Don Pedro se hallaba prevenido para este apóstrofe, y así le oyó con impasible talante. Sin embargo, á fin de que el de Urueña no se dejase llevar á más, aprovechó un respiro, para decirle tranquilamente:

El puesto de un general es el frente del enemigo.

El Conde. Y al lado de sus amigos.

Giron. Allí estábais vos por los dos.

El Conde. Y no fué poca suerte á fé. Porque si no por mí...

Giron. ¿Qué?

El Conde. Nada, nada. ¡Pero me distes un rato, que aún me tiene de pésimo humor!

Giron. ¿Y bien?... Resultados.

El Conde. De todo hay en el cuento. Vengo á ti, no

nombre de la Comunidad. Soy la voz de la guerra, que busca el aura de la libertad.

Y en seguida refirió el conde á su interlocutor la escena del monasterio, con ardiente palabra y vivísima pintura.

—¡La guerra!...—prorumpe el duque, apenas el de Urueña puso fin á su discurso.—¡La guerra! .. ¡me place!... ¡Sea pronto lo que habia de ser despues!

El Conde. Hasta aquí he sido el mensajero del pueblo Cúmpleme ahora ser el personero de la Majestad.

Giron. ¡Dios sea con la Reina de Castilla!

El Conde. La reina á vos, don Pedro de Giron, rico hombre del reino, duque de Medina-Sidonia, señor de pendon y de caldera, primo del rey, otorga la mano y palabra de la infanta doña Catalina, su muy querida é ilustre hija, para el mejor servicio de Dios y del Estado.

Ahora, buen sobrino, abrazad en albricias á vuestro afortunado embajador.

Giron. ¡La infanta!... ¡á mí!...

El Conde. La infanta, cuyos piés deberemos besar esta misma noche en el alcázar de Tordesillas. Pero, ¡qué demonio!... te has quedado como quien siente estallar un cañon!... ¿Ansias algo más, escrupuloso caballero?

Giron. Yo no puedo ser esposo de la princesa.

Dió un salto el de Urueña en el sillon, como si le hubiera picado una sierpe; y quedándose medio levantado, con las manos sobre los brazos é inclinado hácia don Pedro, acertó á decirle con alterado acento y asombro:

El Conde. ¡Estás demente... ó dejado de la mano de Dios!...

Giron. ¡Ojalá fuese uno ú otro!... Asi acabáramos de una vez.

El Conde. ¡Imposible!... ¡imposible!... Eso es un delirio.

Giron. No, tio; es una verdad triste, cruel, pero al fin... verdad.

EL CONDE. ¡Por el templo de Jerusalem!... ¡Voy á perder el juicio! ¡Don Pedro! ¿Debo creer esas palabras?... ¡Porque dudo si sois vos ó yo quien está fuera de seso!... quien no da razon de si mismo!...

GIRON. ¿Quereis mi palabra de caballero?...

EL CONDE. ¿Pero sabes, ¡infeliz! .. que te pierdes... y pierdes acaso la causa de los buenos y el porvenir de la pátria y la honra de tu nombre?... ¿Sabes, que hasta puedes ser acusado de traidor?...

GIRON. ¡Conde de Urueña!...

EL CONDE. ¿Y bien? ¿Qué dirá un súbdito que se rebela contra su reina? ¿Qué un caballero que afrenta á una dama? ¿Qué un noble que olvida sus deberes, sus tradiciones, su gloria y su posteridad? ¿Qué el comunero, que se niega al interés de la pátria? ¿Qué el adalid que sacrifica á su egoismo la ventura, el triunfo y la libertad de su pueblo?... ¡Tiembla, tiembla, don Pedro, el juicio de los siglos y el fallo de los buenos!

GIRON. Mi sangre responderá de mi lealtad El mártir tiene derecho al abono de su fé.

EL CONDE. Eso es bastante para el soldado oscuro y pasivo. Pero España exije más de ti, á quien fia su bandera, su sangre y su destino. Y vamos: ¿qué dirás al pais, á tus amigos, a la Reina, á mi, á la opinion y á la fama?... Habla, don Pedro, habla... y yo mismo, si la razon te asiste, saldré á tu defensa y por valedor de tu demanda.

GIRON. Es un secreto... que bajará conmigo al sepulcro.

EL CONDE. No acepto esa esplicacion.

GIRON. Es la única que puedo y debo ofrecer.

EL CONDE. ¿Ni á mi?

GIRON. Ni al confesor.

EL CONDE. ¡El cielo nos confunda! ¡Y qué despacho tan donoso para el mensajero de la Reina de Castilla!... ¡Vuelve en ti, don Pedro!... ¡Considera que vas á ser la piedra de escándalo para el Trono, y el vaso de perdicion

para el pueblo!... ¿Cómo vuelvo yo á Tordesillas? ¿Qué digo á la augusta viuda de don Felipe?... ¿Qué contestaré á la infanta?... ¡La infanta!... ¡Pobre y delicada criatura... ángel caido en el mundo... azucena cándida mecida por las auras de la soledad y la inocencia... perla que no ha roto la concha... avecilla que no ha tendido sus alas á la luz ni al viento!...

GIRON. Lo sé todo... pero no me pertenece ese tesoro.

EL CONDE. Di más bien que estás olvidado de tí.

GIRON Yo no puedo profanar á ese ángel; no puedo deshojar esa flor virginea; no puedo manchar la perla; no puedo abrasar las plumas, y cortar el vuelo del pájaro dulcísimo... No soy digno de tan supremo bien.

EL CONDE. Tu sangre, tu nombre...

GIRON. En hora buena: pero eso no da la ventura, cuyo divino gérmen reside en el corazon.

EL CONDE. ¿Y qué?

GIRON. El mio no ha latido por la nieta de los reyes.

EL CONDE. Pero...

GIRON. Dais en mi secreto, y todo es inutil.

EL CONDE. ¡Infierno!... ¿Y por un devaneo andante vas á dar un espectáculo de descortesia y?...

GIRON. No habeis amado... y no comprendeis ese mal.

EL CONDE. ¿Y sin amor?

GIRON. Sin amor, mi enlace seria una venta innoble; sin amor, mi juramento un sacrilegio; sin amor, nuestra vida una prision sin sol y sin ambiente. Y don Pedro Giron es muy leal y honrado caballero, para faltar á lo más sagrado del cielo y de la tierra.

EL CONDE. ¿Y si por dicha te amase la infanta?

GIRON. No es posible: y si lo fuese, calladlo, por compasion de ambos.

EL CONDE. ¡Ea, don Pedro!... Te doy tres dias para obrar y responder; harto te digo, y no eres corto de discrecion. Piensa que la Reina te ha elejido esposo de la infanta... colocada en las gradas del dosel; que la Comu-

nidad cifra en ello la garantia del triunfo y del porvenir del Estado; que tu negativa seria una desercion á tu bandera, un mentis á tu sangre y una rebeldia al Trono. Y recuerda, en fin, que el mensajero real ha de dar cuenta de sí, y de la honra de su señora, y de las esperanzas del pais.

Y calándose con sombrío ademan el pesado capacete, salió de la estancia á largos pasos, sin volver siquiera la vista atrás.

Cinco minutos despues galopaba camino de Urueña, mientras los trompeteros del castillo le hacian honor, y los mosqueteros tronaban en lo alto de la plataforma.

CAPITULO XVI.

MAL AÑO POR MUCHO PAN.

Amarga cuanto embarazosa es la situacion en que el impetuoso prócer deja á nuestro castellano. Porque como tiene muy agudo entendimiento y esperimentada perspicácia, comprendió desde luego el fatal compromiso en que le colocaba el honorífico, pero importuno mensaje. Tan absorto le tiene el ultimatum del conde, que ni aun se le ocurrió levantarse de su sillon, para honrar su salida, ni menos prestar atencion á la embozada amenaza que sirvió de remate al formidable discurso. Ya estaba el conde lejos de la fortaleza, y don Pedro empezaba á salir de su preocupacion, cuando los postreros ecos de la salva se acababan de estinguir en los espacios.

—¡Y se ha ido!...—esclamó con gutural acento y como quien sale de una pesadilla devoradora.—¡Y se ha ido!... mas para volver. ¿Tres dias para fallar mi suerte, para decidir la felicidad ó la desventura?... Ya está resuelto. ¡No hay más allá! Pero, ¿y la Reina?... ¿qué dirá de mí?... Dijo bien el conde. ¡Acaso voy á pasar por desleal!... ¡Yo!... ¡El primer rico-hombre de la Monarquía!... ¡Poder de Dios!... Si hubiera el conde venido ayer... si yo hubiese asistido á Matallana... ¿Y cómo á un tiempo mis-

mo con ella y con ellos?... ¡A las doce ambas citas!... Fuí un menguado que sucumbí á la pasion y á la flaqueza.

¡Y un abismo llama otro abismo!... Porque hoy despues de la escena... ¡Oh!... no hay medio... es preciso llegar hasta el fin.

¿Y qué?...—continuó afectado por una idea lisonjera —¿no sirvo tambien así á mi causa?... ¡Pardiez, que sí!... Ella es mia... Su consorcio es... nada en suma... Ahora todo lo sé... soy feliz. Nos vengaremos de ese hombre... y esa venganza será el triunfo de la justicia nacional. A todo está pronta... Deshecha en llanto, aniquilada de dolor en mi presencia, ha jurado consagrarme su existencia, su albedrío, su amor. Silencio... silencio... ¡imprudencia!... ¡que nunca vuelva el ambiente á lisonjearme con el acento de esta esperanza!...

Y quedó estático bajo el influjo magnético de este recuerdo ó ilusion.

¡Oh!...—volvió á decirse:—siento germinar en mi mente un plan soberbio... El César ahorcará al almirante por traidor; y despues la victoria, el amor, la dicha!...

Mi enlace con la infanta es imposible... destruiria por su base este proyecto de salvacion comun... Imposible... Seria un crímen; más todavía, una demencia. Que hablen, duden y me motejen; sea en buen hora... La gloria y la ventura valen todo eso, y la venganza mucho más!... Despues, cuando el velo se descorra... y vean mi obra... me recompensarán con una ovacion, y la Reina, su alteza misma dirá mi abnegacion, mi gloria... y mis valiente comuneros me alzarán sobre el pavés de los hombres inmortales.

Pero el conde volverá... y la Reina espera. Yo daré razon de mí á todos. ¡Elvir!...

El pajecillo apareció como un relámpago.

—Caballos y escuderos. De aquí á una hora camino de Tordesillas. Ahora el capitan Benavides.

Y sentándose en seguida delante de la mesa, «pense-

mos en la guerra, » dice, y firma porcion de pergaminos.

Cuando concluyó, estaba ya el capitan esperando sus órdenes.

El mesnadero hizo un saludo entre cortesano y militar.

—Apenas yo salga de la fortaleza, dirijes por medio de corredores estos pergaminos á Lasso en Valladolid, á Guzman en Leon, á Ulloa y Sarabia, que se hallan en sus campos y señoríos. Reune sobre esta plaza, Villabragima, y pueblos comarcanos todas las mesnadas y banderas que tenemos por tierra de Campos. Mañana partes con un escuadron y un rey de armas á Medina de Rioseco, y á son de trompeta requiere en nombre de la Reina y de la Comunidad al señor almirante y vecinos de la villa, que arrojen de sus muros á los enemigos y destruidores del reino y gente de guerra, con la protesta de que, si así lo hicieren, la villa y su tierra no recibirán daño, porque esta es su intencion y voluntad; y que no haciéndolo, todo el daño que se les siguiese, sea de su culpa y cargo (1). Si no cede don Fadrique, haces á los enemigos un alarde en señal de guerra, y dándoles por traidores, pones bajo los muros sus cabezas á pregon. No hallarás resistencia, porque los lobeznos se guardarán de salir de su madrigueras y les turban la vista los mosquetes y partesanas. Pero si fiados en su muchedumbre, salen contra tí, cuelga media docena de tudescos delante de los postigos de la villa, y remite sus armas al Cardenal. Una advertencia, capitan. No derrames sangre de españoles. Aunque enemigos, son hermanos. Están, es cierto, mal aconsejados. Deber nuestro es alumbrar su mente, y traerlos al camino de la razon. Sé que los enemigos nos tratan sin piedad; que harian con nuestra sangre el brindis de la venganza cesárea. Esto es lo que hay de ellos á nosotros, lo que dista

(1) Palabras testuales de la Crónica de Sandoval.

el crimen de la virtud, la tirania de la libertad. Ve, Benavides, y muéstrate digno de tí.

El capitan obedeció puntual, llevándose los despachos para dar cumplimiento á su belicoso cometido.

Una hora despues, el duque tomaba á largo trote por los páramos de Castromonte la vuelta de Tordesillas.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

PARTE SEGUNDA.

EL CAUDILLO DE LA LIGA.

CAPITULO I.

¡ALTO A LA RONDA!

Entre los campos de Peñaflor y el valle de Torre, se estiende una línea de monte raso, que es un pedazo de la inmensa zona de *Torozos*, y que enlazado por la parte superior con *Las Suertes* se prolonga al Occidente hasta *La Espina*; formando con ellos la vastísima cordillera que desciende del Pirineo y corre hasta el contiguo reino portugués. Luego que se deja á la espalda el murado lugarcejo de Castromonte, empieza el enmarañado robledal á desenvolver sus agrestes soledades, que atraviesan el camino de Tordesillas en el espacio de dos leguas próximamente, casi hasta dar vista á las vertientes del páramo sobre la cuenca de Lobaton. Densos y sombríos matorrales forman con sus encrucijadas un laberinto de difícil tránsito; el camino angosto y mal trazado va formando curvas y recodos por entre las áridas espesuras y no

pocas veces se oculta enteramente bajo las malezas y pe- dregales. Sitios son estos bien adecuados á percances y malos casos, y máxime en tiempos de revueltas y desa- zones, en que hay demasiada soltura y todo el mundo quiere campar por sus respetos. Y la contingencia del paraje tomó aspecto de mayor aventura con la fria y es- pesa niebla, que ha ido encapotando el horizonte, y que no deja ver á nuestro don Pedro Giron casi las orejas de su animoso caballo, al cruzar las inhabitadas espesuras. Precédenle dos escuderos, y otros tantos siguen su paso á respetuosa distancia, llevando el magnate junto á sí, en familiar compañía, al pajecillo Elvir, sobre su récio cuar- tago, que mantenia bastante honrosa paridad con el ágil y noble *Azor* del caballero. Habia mediado entre ambos de cuando en cuando recatado y grave coloquio, en que don Pedro trataba al doncel con casi paternal confianza: pero á poco volvian á quedar callados y pensativos, si- guiendo la jornada en silencio, que solamente interrum- pia el ruido de la larga marcha de sus cabalgaduras, al posar el duro callo sobre los guijarros del erial ó sobre los remansos de hojas secas amontonadas por el viento de otoño en los ribazos de la vereda. Anudando una vez más el desigual departimiento, nuestro apresurado viajero dijo con tono entre jovial y zumbon, como quien quiere echarse de sí alguna preocupacion molesta ó penosa:

—¡Pensativo y taciturno vá mi buen ahijado, pardiez!

—Pensando voy,—contestó al caballero su jóven con- fidente,—cómo salvar sin tropiezo la travesía del Valle, dominada por esos gabachos de Flandes, que guarnecen el castillo de Lobaton.

—Pica y no te apoques, pues á todo proveerá nuestro buen ánimo y mejor voluntad.

—Verdad es que esos lobeznos tienen demasiado ape- go á su madriguera: pero como nadie hay que los salga al paso en todo ese país...

—¡Bah! El honorabilísimo *señor Van-Kirchen*, alcalde

cesáreo de la fortaleza, así piensa en nosotros por la presente como en las aventuras de Roldan.

—Paréceme que ese amoratado y abdominal huésped se halla más holgado entre seis tarros de cerveza ráncia que un alcalde nuevo entre las mazas del concejo.

—¡Donoso fuera, que hiciéramos hoy con el bueno del tapicero Bruselés íntimo y espresivo conocimiento!...

—Más me alborozára dar en la primera ocasion un humazo de boca de arcabuz en esa covacha de raposos y lechuzes, para aumentar con sus pellejos un tratado á la historia natural.

—¡Vaya, vaya, que aun habian de ablandar esos tempranos humos los aspavientos del tudesco, y los ululatos lacrimatorios de su cara y corpulenta mitad, que recibió en arras de tan cándida union una cédula feudal de la castellanía lobatonense...

—Que goza ese velado, para gloria y aumento de la española monarquía;—esclamó con picaresco énfasis el intrépido Elvir, terminando la historia de los beneméritos desposados.

—Y para loa y contentamiento de los castellanos viejos, que se muera sin pan en medio de las plazas, por haberse dejado una pierna en Flandes á lo mejor de su vida en los campamentos de la Lombardía, para el buen servicio del Emperador, que guarda en cambio sus mercedes y querencias, para los clérigos de Gante y los hambrientos hidalgos de Ostende ó los logreros de Amsterdam.

—A cuyas mal venidas señorías estrangularemos bonitamente, nos, los humildes vasallos de la Sacra, Católica y Cesárea Majestad Imperial, siquiera para que no atarasceen, como perros rabiosos, el lenguaje de nuestra tierra, con su anti-musical y endemoniada gerigonza.

—Pues cuentan que el castellano de La Torre es un prodigio de gracia cuando graniza votos y ternos por aquella boca, y esplica á su conjunto los gerundios, ó grazna escabrosos vítores á Su Majestad.

—Ya estoy oyendo al bergante devanar la *B* con la *P*, mascullar la *J* por la *Q*, y sudar en cada picare esdrújulo gotas de tinta, haciendo del pobre alfabeto una pepitoria, que ni el más salpimentado marmiton de las cesáreas y apostólicas cocinas!

Súbita tronada de arcabucería y lamentables quejidos interrumpieron bruscamente la entretenida plática. Un grito de guerra siguió á la detonacion, y cayó incontinenti la más inesperada acometida sobre nuestros descuidados interlocutores. Docena y media de tudescos apostados tras los matorrales de la espesura, dispararon á quema-ropa sobre la gente de don Pedro Giron, derribando dos escuderos mortalmente heridos, y viniéndose varios ginetes á tajos y reveses contra la corta y desapercibida cabalgata. Sin tiempo casi para ponerse en defensa, el prócer recibió con serenidad la embestida, parando y devolviendo con su espada los multiplicados golpes de aquellos furiosos; en tanto que Elvir y el restante par de escuderos, que á la regaza vinieran, defendian con desesperado brio á su apurado señor. Curaban de rodearle con sus cuerpos los fieles domésticos, y servíanle de escudo á las cuchilladas con heróica abnegacion y sangre fria. Pero Giron siempre sacaba adelante su ligero potro, y se presentaba en primer término al frente del enemigo, haciendo caer bajo su tajante brazo asáz mal trechos dos ó tres merodeadores, y obligando á cejar buena porcion de campo á otros, menos pródigos de su importante salud. En uno de estos movimientos, lograron unos cuantos truanes ganar el flanco al duque, y entrándose por la espalda entre él y sus servidores, los cortaron simultáneamente, imposibilitando su recíproco auxilio y cohesion en la contienda. Don Pedro lanzó un rujido, como el leon acorralado, y revolvió impetuoso sobre los combatientes interpuestos entre los suyos y él. Y los malandrines habrianlo pasado mal enmedio del valeroso caballero y sus fieles guardias, que les acosaban como dos vendabales

encontrados, si la cuadrilla fugitiva de la vanguardia, notando envuelto á Giron, no retrocediese á toda brida sobre él, y tomándole por la grupa le obligára á defenderse de esta rápida y peligrosa evolucion. La lidia se divide desde este momento en dos lances. Elvir y los mesnaderos del duque van haciendo ciar poco á poco á sus contrincantes, disparándolos en cada mandoble una punta el provocativo pajecillo; que viendo poca cosa su daga para tan árduo trance, habíase apoderado de la espada de un herido, y con ella arañaba desembarazadamente la piel de los záfios alemanes.

—Para vos esta primera de cambio y buen viaje, señor sargento de los dromedarios imperiales;—le decia Elvir á un jayan liejés, al tiempo de atravesarle un hombro de una magnífica estocada.

Y mientras el maltratado pronunció una blasfemia de treinta y siete consonantes seguidas, el rapáz pasó como un relámpago en busca de algun otro paisano de S. M.

—¡Hola, maese Polifemo!—esclama muy luego afrontando con gentil donaire á cierta especie de gigante, interpuesto á su paso.

El aludido contestó con un berrido exáctamente bestial. Y Elvir, haciéndole con su sangrienta hoja el más grotesco saludo, y cerrando violentamente con él, proseguia sin cuidado.

—Vuestro seguro servidor y bien queriente, etc., etc., que viéndoos impenitente y bien comido y no mal bebido, viene á regalaros al diablo por segunda y última vez, siempre y cuando no lo tomeis á mal.

—¡Brrtzen, flatgextowen!...—articulaba penosamente el Alcides germánico.

—¡Ah, ingrato ciclope, que has dejado olvidar la historia profana! Sin duda te ocupas más, pecador desatinado, en los quesos de Holanda y en las botellas del Rhin; ó acaso, acaso, en buscar por las veredas lo que no te se ha caido; bellaco y descomunal sayon!

—Te chiama latrone il fachino spagnuolo, ¡corpo di Baco!—le gritaba al descendiente de los Alanos, con medio palmo de boca mugrienta y hediente, un vástago de os lombardos, que llegaba al grupo en ocasion de escuchar la postrera parrafada del imperturbable doncel.

—Bien haces en invocar á tu bendito patron, y deberias tambien apelar á tu deudo y compatriota el honestísimo Caco, para tu más pronto despacho en la barca de Caron.

Y como cumplimiento puntual del caritativo anuncio, uno de los mesnaderos ducales descargó sobre el mísero calabrés vigoroso fendiente, que le derribó en tierra con el cráneo puesto en remedo y semejanza de catado y calado melon. El Sanson del Norte no quiso esperar á más y volvió la espalda al pajecillo con más prisa y más calor en las espuelas que hubiera convenido á su sudoriento Bucéfalo.

Lanzóse el adolescente tras él, y en la carrera, al paso que le descargaba en cada alcance un vigoroso latigazo con su flexible acero, acompañábale con sofocantes cuchufletas. La revuelta faca iba siempre sobre el pesado y fatigoso troton del aleman, y le cortaba y le envolvia á cada paso. Pero no queriendo matar huido é indefenso aquel enemigo atribulado, contentábase Elvir con vapulearle á su sabor, midiendo en todas direcciones sus amplísimas espaldas; mientras el fugitivo, encorvado sobre la silla, cerrados los ojos y apretados los puños sobre el birrete, recibia el nublado de cintarazos, como quien recibe sin paraguas un aguacero que se viene de rondon.

—Aguarda, aguarda, alcornoque ambulante; y verás cómo limpio de sangre mi tizona, en el estanque de aloque que llevas en tu region umbilical!

Y endosóle un lapo superbo, y el salvaje hizo con la cara una mueca diabólica y con su humanidad una embrolladísima contorsion. El paje con una carrera rápid

de su corredor le ganó la delantera, y le amagó al paso un pinchazo mayúsculo con esta paternal advertencia:

—Vamos á ver si ponemos una espita de acero en escorambre, ¡seor estantigua de Carnestolendas!

Si sales con bien de esta, ofrezco á tu ame y padrino Barrabás hacer con tu piel una funda para el rollo de Villalon.

¡Miren qué talle para una figura de tapiz!...

Y repicaba el decidor sobre las costillas del bárbaro, como los monagos en las tinieblas cima de los librotes cantorales; dejándole al fin, de lástima, molido y deshecho como la sal.

CAPÍTULO II.

Guerra sin ley.

Libre de este y demás adversarios, lanzó Elvir su caballo á la carrera para ponerse al lado de su desvalido señor, que, solo y acorralado por desalmada turba de estranjeros, se veia y se deseaba para librarse de los copiosos golpes que se cernian sobre su cabeza, y que apenas le permitian devolver por cada diez quites un ataque, á pesar de todo su aplomo y hábil brazo. Con el cuarto trasero de su palafren arrimado á las ramas de ancho y densísimo matorral, y con la espada siempre en alto, sus sobrehumanos esfuerzos mantenian todavia despejado un círculo de terreno, que los malandrines no se atrevian uno por uno á traspasar. La sangre del valiente, no obstante, corria ya, por un buen rasguño que sobre el antebrazo izquierdo le logró hacer la cuchillada resbaladiza de un sajon; aunque no se fué loando de la gracia, pues el duque con un soberbio cercén encarnóle bien en lo vivo del cuello su cortante toledana, poniendo al bellaco en estado de no poderse ir al hospital por su pié. Viendo, pues, los realistas acercarse rápido como el viento á Elvir, y creyendo que sus dos camaradas vendrian detrás en auxilio de su jefe, quiso uno de ellos terminar el lance breve y sumariamente, para inutilizar la llegada del so-

corro. Dispara sobre don Pedro un arcabuzazo, y derriba en tierra al caballo y al caballero. Arroja la traidora cuadrilla un alarido brutal de júbilo, pero quédase atónita y sorprendida de tan impensada catástrofe; y en tanto llega el paje, ciego de dolor y de ira, atraviesa de parte á parte al primero que está al paso, atropella y aparta con su violenta corrida á los más cercanos, y entra en aquel tremendo cerco, al tiempo mismo que el caido, levantándose del suelo, libre y desembarazado de su perdida montura, cubierto de lodo y sangre, y blandiendo impertérrito su acero humeante, gritaba con voz de trueno:

—¡A mi el mejor de los mios; á mi contra los bandoleros y verdugos á sueldo de la casa imperial!

—Salvaos, señor, y perezcamos todos.

Y el leal y valiente niño, arrojándose de la silla, presentó su caballo al prócer y el pecho al enemigo.

—Nuestras tres vidas por la vida de mi señor,—decia incontinenti, con arrebatadora vehemencia;—y si no os bastan, todos los que comen su pan, vendrán con nosotros á morir por él.

Los tudescos quedan estupefactos y paran el combate ante la heróica actitud del generoso adolescente; don Pedro le contempló enternecido en tan sublime cuadro de abnegacion. Y olvidándose de los flamencos, del peligro, de si y de todo, abalánzase á él, y le estrecha contra su pecho, trémulo, mudo y abrumado por la emocion; mientras Elvir, cayendo de hinojos, abraza sus rodillas, y le demanda en tan crudo trance la bendicion postrera, diciéndole con entrecortadas y sentidísimas frases:

—¡Cuidad de mi madre y acordaos de mí!

La impresion producida por esta escena dominó el fiero natural de los acalorados alemanes, y las lágrimas asomaron quizás en los ojos de alguno menos salvaje y torvo de condicion.

Momentos hubo, en que ninguno sabia ni podia darse cuenta de lo que estaba pasando allí. Casi están para

caer las armas de las manos; los corazones palpitan de admiracion; es uno de aquellos instantes en que los instintos nobles hablan en toda su plenitud. Giron y su fiel ahijado van á librarse del riesgo terrible, porque sus enemigos están subyugados y renuncian á una venganza feroz y á la vergüenza de un triunfo criminal.

Pero uno de los fugitivos tudescos, á quienes Elvir y sus dos mesnaderos asenderearon y molieron á su placer por las encrucijadas del monte, presentóse en este momento, ébrio de rencor y de fiereza, pidiendo á voces el esterminio de sus vencedores. La presencia de este insensato con sangre en el rostro, sin capacete, casi sin aliento, causa una revolucion en muchos de sus paisanos y conmilitones, y trueca súbitamente el temple de las voluntades. Arde el furor de nuevo, recobra su dominio la sed de crimen y vindicia, y amenazan las pasiones cruentas pronta y desastrosa esplosion. Los alemanes en su gerga estridente y gutural corresponden á los rabiosos ululatos del recien venido. El amor propio nacional ofendido en él, mancomuna á todos en su agravio y en la revancha de una horrenda satisfaccion. En un solo instante queda resuelto en el ánimo de aquellos furiosos el sacrificio de los dos comuneros, sin hablarse, sin esperarse, sin más que el efecto eléctrico de la peripecia. El malparado y dolorido teuton queria inmolar por sí mismo en el acto al pajecillo, y colgar de una atalaya á su noble capitan. Ya se disponia á poner por obra tan bárbaro proceder, desnudando la cortante daga, y dirijiéndose con torvo ademan al impávido mancebo; cuando uno de sus camaradas se interpone, reclamando al prisionero como presa comun. Con este motivo se suscita caloroso y atronador altercado, acerca de quién debe y puede sentenciar los prisioneros y ejecutar en ellos la ley antisocial de la guerra. Sostiene aquel energúmeno su derecho preferente á la represalia, pero varios le niegan la esclusiva en tan triste privilegio. Empéñase la disputa; de una palabra

van á una provocacion; y muy pronto logran no entenderse enmedio de la más confusa discordia. Gritan y blasfeman como réprobos, disparan sonidos ininteligibles, que ya se parecen al graznido del avestruz, ya al mujido de los camellos; y en aquel turbion de amenazas, injurias y juramentos con consonantes alemanes, vocales españolas y pronunciacion abigarrada é inarmónica, uno habla á este y se dirije á otro, aquel quiere hacerse oir de unos cuantos, que se desgañitan á su vez; cada cual vocea por todos, y ninguno calla para que hablen los demás. Fácil es de adivinar el remate de tan desatinado alboroto. Una insolencia, una bravata más y las espadas van á tener tarea larga, desollando recíprocamente á los estúpidos guerreros de Borgoña y del Tirol.

El duque y su doncel contemplan serenos el infernal desbarajuste de los tudescos; y gozan con la inesperada contingencia, que puede á la postre rescatar su vida y su libertad La contienda está llegando al punto de romper por la fuerza, y agotadas las lenguas van á entrar en juego las manos; cuando plantándose en medio del cerro un guerrillero de talante resuelto, atropellando á dos ó tres vocingleros, apostrofa á la feroz cuadrilla en correcto y enérgico castellano, precedido de la competente interjeccion.

—¡Atrás, bandada de buitres, atrás presto; ó por las Santas Letanias, que os diga con esta pieza de Vizcaya cuántas son cinco en menos de un *sancti-amen*!

Y con férreo brazo repartia empellones á los turbulentos austriacos, para ponerlos en órden; ellos mirábanle absortos, sin atreverse á volver una sola réplica, ni resistir tan espedito y perentorio modo de terminar la discusion.

—¡Atrás,—repetia en tanto el atrevido militar,—canalla de Belcebú; y procurad, voto al diluvio universal, ser hombres de bien.

En un momento callaron las estropajosas lenguas, de

más ó menos grado, y el contundente apaciguador proseguia su reprimenda:

—Esto ya pasa de castaño oscuro, seores jayanes, y no me cabe el humo en la nariz. ¡Cómo se entiende, voto al fumeiro de Compostela! ¿Asi se disputa y contiende sobre la vida de dos contrarios indefensos, como los lobos por su presa y los canes por su racion?... No sé cómo he tenido paciencia para oir y ver, sin aporrearos á renglon seguido, tantas bellaquerías y torpezas en esas bocas de escorpion. Pero ya me subo al guindo, y... ¡qué es eso, mal rayo en vosotros hasta la quinta generacion, manada de jabalíes hambrientos! A ver, don Rufian, ¿qué cara es esa de judío en domingo de Páscua? Juro á la cruz de Caravaca, que al menor refunfuño, á la primera mueca de esos rostros de vinagre, haré una *de pópulo* con el bergante, sin que le valgan todos los testos del Alcorán!

Los flamencos escuchaban la perorata del sargento de ginetes, cabizbajos y mohinos; dándose de codo disimuladamente los menos aprensivos, cuando mucho.

—Entendámonos,—continuaba el orador á campo raso, —y no tomarse la mano porque os dán el pié. Que los castellanos andemos mal avenidos por diferencias domésticas, y que cada cual vaya por su querencia, pase; porque al fin y postre todos quedamos en el país, y á la corta ó larga para todos será el mal ó el bien. Pero que los tragaldabas de allá, donde Cristo dió las tres voces, vengan con sus manos lavadas á ponernos la ceniza y entrarse por nuestra tierra como por casa sin dueño, tratando á las gentes como moros ó escomulgados, eso salta la raya y da en rostro, como hay Dios. ¿Quién murmura por ahí, cuernos de Lucifer?... ¡Hola!... Vereis que presto digo á cada quisque lo que viene á cuento. Tú, Felberg, eres un menguado que te dejaste sacudir el polvo, como un centeno verde, por el mani-roto jovenzuelo, que te perdonó lo que te resta de vida pecadora y mal entretenida, causando por ende al diablo grandísimo pesar. Debes darle

gracias por su mal empleada merced, y retirarte corriendo donde no te vea el sol hasta la noche de Navidad.

El flamenco dió un respingo horrible, y murmuró vergonzante una difusa y enmarañada maldicion contra la disciplina militar.

—Calle el estúpido, con dos mil de á caballo. Ese espiritado de Fritz merece doscientos palos sobre un atambor. ¡Asesinos entre los soldados del Rey Católico! ¡Fuego del infierno! Pideme perdon, idiota; y en penitencia, no bebas mas que azumbre y medio de cada sorbo hasta el próximo mes.

Y vosotros juntos y de mancomun, cuerpo de Judas, más me pareceis una gavilla de foragidos que valientes y buenos servidores del Emperador!

Quitóse el perorador su birrete, y el auditorio imitó puntualmente la respetuosa señal; menos cierto grison perezoso, que aprendió con una puñada estupenda, que le hizo saltar el capirote, á ser en adelante más puntual y espedito en achaques de cortesía.

—¡Cargue con el mal criado Belcebú... ¡Oido á la calenda, y cuidado con mi vara de acebo, almas de Cain! El pajecillo se ha entregado por sí mismo, y es hacienda del Rey. El caballero no está vencido en buena guerra, porque érais una docena contra él. Nada teneis que hacer con ninguno de los dos. Y, en plata: son españoles como yo, y no se ha de reir de ellos en mis barbas ningun advenedizo de lueñe, ó se arde el Castañar.

Hubo en los guerrilleros cierto síntoma de descontento y de inobediencia, que no se escapó al ojo perspicáz y seguro del apostrofador. Pero antes de darlos espacio para articular una palabra, ni para comunicarse con una mirada su destemplado conato, prorumpe con acento atronador:

—¿Quién es el primero á quien voy á ensartar en mi tizona como un buñuelo, voto á cien Antecristos? Lo dicho, dicho; y lo escrito, escrito. Y al que le pese, le cuel-

go como un lechon. Al cabo y remate sois de cada casa el peor!... Y no salga la alabarda (1). Aquí me tiene el que más y el que menos, de hombre á hombre. Pero tocar á los susodichos en el pelo de la ropa, perdone usarcé por la cortedad.

Y haciendo la señal de la cruz y tomando terreno el alentado mozo, se puso en actitud de recibir á quien le quisiese atacar.

Ninguno de sus atónitos camaradas dió un paso á él.

—¡Bah!—esclamó, una vez dueño del campo:—los alcotanes no graznan donde el halcon enseña las uñas.

Señor caballero: tomad ese jaco, si sois servido, y os acompañaré á la presencia del alcaide de Torre-Lobaton.

—Y nosotros con su señoria tambien:—esclamó á esta sazon el más anciano de los dos escuderos, que llegaban en busca de su ilustre amo.

—Contad con dos prisioneros más;—repitió el segundo, entregando su espada.

Y dirijiéndose ambos al duque:—Noble don Pedro,—le dicen,—la suerte del vasallo debe ser la de su señor.

Giron desde su caballo les tendió la mano, que besaron los fieles criados con emocion respetuosa.

—¡Diablo de gentes!—decia para si el bueno del sargento:—todavia me han de sacar el agua á los ojos!...

Y los cerraba y apretaba, porque los sentia más húmedos de lo que permite la severidad de la milicia.

—¡En marcha!—mandó, por último, para salir de su apuro;—en marcha al castillo.

—Señores,—continuó dirijiéndose á los prisioneros,—vais bajo la fianza de vuestro honor.

Y don Pedro echó adelante con sus leales y consternados domésticos.

---

(1) Era en la antigua milicia la insignia de los sargentos.

—¡Por la derecha, marchen!—gritó al grupo de flamencos el libertador de los comuneros;—y el que se desmande en el camino, juro por las murallas de Jerusalem que le caerán encima todos los trabajos de Job!

Picó su yegua con brio, y los mal talantados alemanes siguieron su aire, dándose para su capote á Barrabás.

CAPITULO III

Los esposos Kirchen-Watten.

La torre principal del castillo de Lobaten se halla dividida en varios pisos, cubiertos con récias bóvedas de arcos hemiciclos, destinados á los menesteres de la castellanía. La más baja de estas habitaciones forma un cuadro de robustas paredes de sillería, rasgadas en dos lienzos por ventanas largas y angostas, al través de catorce ó quince piés de codal. Hácia un ángulo oscuro, en su pavimento, hay cierta trampa formada de gruesos tablones, con espesas filas de angulosos clavos, guarnecida con argollas y fajas de hierro, y asegurada por el candado y el cerrojo más robusto que pudieran forjar los cíclopes de Vulcano ó los cancerveros de la santa Inquisicion. Sobre el macizo porton duerme el respetable Atila, canoso y mal humorado mastin, de cinco palmos de talla, de cabeza leonada y de lanudas y dilatadas guedejas, que guarda y defiende la entrada del Tártaro, esto es, de la prision de Estado más honda y segura en los ámbitos de la fortaleza. Don Pedro Giron es á la sazon vigilado huésped de tan triste apartamiento, bajo la guarda del respetable señor Van-Kirchen, constituido por sí mismo en carcelero y custodio del noble prisionero. Dia y medio há llegó al castillo el jefe de la liga, conducido por el

generoso Talabarte y sus avinagrados tudescos, y puesto á disposicion del flemático alcaide con todas las formalidades y perfiles de ordenanza. Y apenas el ex-tapicero de Bruselas se hizo cargo del comunero, dándose todos los aires y trazas de conquistador, dispuso emparedarle en el subterráneo de la torre, instalándose él en la estancia inmediatamente superior, para no fiar á nadie la guarda y conservacion de tan importante hallazgo. El antiguo industrial queria columbrar el colmo de su fortuna; y ya se soñaba en el pináculo de la imperial gracia, logrando hacer una barbaridad superba con el magnate, que la fatalidad habia puesto en sus desbaratadas manos. Y merced á la precaucion del duque en conservar el incógnito, haciéndose pasar por un jefe de sus propias mesnadas, por no desmentir el blason de sus escuderos, no hizo el grasiento belga alguna de pópulo, para gloria y aprovechamiento de su honrada carrera militar. Contentóse, por ende, con ponerle á buen recaudo, tomándose tiempo para discurrir acerca de la suerte que reservarle debiera en uso y derecho de su malbaratada jurisdiccion. Pero como el hombre propone y Dios dispone, y donde menos se piensa salta la liebre; como en la confianza está el peligro y el diablo las carga, ocurrió que todo el esmero, rigor y diligencia del Argos no bastaron á adivinar que habia moros en la vega, y que la vega era su casa, y los moros su cara y cristianisima consorte. Fué pues el caso, que la señora Cunegunda, entrometida y oficiosa un tantico mas de lo que permite la congruencia matrimonial, apenas se divulgó por el fuerte la llegada de los prisioneros, sintióse picada del irresistible retiento de fisgar lo que no la iba ni venia; resabio pícaro, que, á contar desde la manzana del Paraiso, ha costado de tejas abajo muchas tortas en cambio de poquísimo pan. Y como en el temple de la brujesa el deseo era siempre una órden apremiante para la voluntad, salió muy holgada y aderezada á la celosía de su camarin, cuando en el patio del castillo

sonaron las herraduras de los caballos, las voces de mando y el estrépito de la armígera comitiva. A poco de apearse los guardias y los guardados, y cuando el obeso alcaide engolfado se hallaba enfáticamente en dictar órdenes, hacer encargos y discurrir precauciones, para el buen cumplimiento de su oficio, suscitóse de repente una borrasca de gritos, reproches y amenazas, que alarmó al concurso y suspendió la atencion comun. El reo del escándalo era Elvir, que se las tenia tiesas al llavero de la fortaleza, porque pretendia encerrarle apartado de su señor. El capitan flamenco le enseñaba el puño cerrado; el pajecillo abrazado á la cintura del duque, le retaba y provocaba á que viniera á desasirle de él; miraba con furia el uno, y resistia el otro con intrepidez; aquel echaba lumbre por los vizcos ojos y espuma por la desmesurada boca, y este le esperaba hirviendo de indignacion y exaltado por el arrojo. Puesta la mano sobre el pomo de la daga de don Pedro, que Talabarte le habia dejado por decoro, resuelto á no abandonar á su buen caballero, y preparado á todo trance, espiaba el primer paso del bohemio, para arrojarse sobre él como la serpiente al tigre, y clavarle el pecho con mortal punzador. El adolescente estaba radiante de valor, y su natural belleza tenia un aspecto magnífico. Los grandes y rasgados ojos negros iluminados por el fuego de su generoso ardimiento; el pecho levantado y palpitante por los impulsos valerosos de su corazon; la oscura y rizada guedeja flotante al viento, y dejando ver su blanca y despejada frente, donde algunas venas abultadas marcan la fuerza de su temperamento, entreabiertos los rojos lábios, apenas sombreados por el naciente bozo; jadeante el aliento y abrasadora la mirada, la actitud arrogante y resuelto el ademan, era, en fin, el mancebo una figura teatral é inspiradora. Todos los ojos se fijaron en ella, y los de la castellana, que no fueron los últimos por cierto, quedáronse algo atónitos, deslumbrados y fijos, como el heliótropo en el disco del sol. En

BIBLIOTECA

vano quiso apartarlos de aquel objeto tentador, pues presa de una especie de alucinacion, volvia y tornaba á posarlos allí involuntaria y maquinalmente, y no de otro modo que el pajarillo colocado dentro del círculo de absorcion de la sierpe fascinadora. El arrebatado Elvir recibe en lo mejor del paso un bodocazo en la cabeza, disparado por un centinela desde las azoteas, y dá consigo en tierra privado de sentido. La flamenca salió de su vértigo á vista de tamaño accidente, y ahogando un grito indiscreto, dejó el mirador, y á través de galerías y pasadizos, desciende presurosa á la plaza de armas. Penetra en el grupo de los contendientes; con su presencia restablece la paz, y logra muy presto dominar la embarazosa situacion. Y acercándose al paje, que ya el noble don Pedro, por demas apresurado y macilento, tenia entre sus brazos sostenido, echóle agua en el rostro, y le hizo con su aire respirar el ambiente; todo por decontado con la más caritativa apariencia y con ese tacto que poseen las mujeres para hacer lo que saben, sin que se sepa lo que hacen. Elvir, sin embargo, no daba muestra de volver en su acuerdo, aunque esteriormente no tenia mas que una pequeña herida sobre la sien derecha, de que fluia reguero de sangre por la pálida mejilla. La piadosísima matrona un tanto zozobrosa por el tenaz vaguido, dispuso por sí y ante sí que fuese trasladado á la hospedería del castillo, mandando aderezar el más mullido lecho; segun y conforme fué ejecutado al pié de la letra por los más complacientes fámulos, bajo su inmediata direccion y propia vista.

El capitan de llaves quedó gruñendo por lo bajo, asaz ágrio y desairado, de las femeniles instrucciones en puntos de disciplina militar; el honrado alcaide se deshacia en revesados elogios acerca del compasivo ánimo y cristianos sentimientos de su consorte; don Pedro fué conducido á la bóveda del torreon; los criados fueron á curarse sus abolladuras y rasguños, y los salvos é incó-

lumes á contar su proeza en los corrillos de sus camaradas y comensales.

Es la noche del dia siguiente á la instalacion de los prisioneros en el castillo. A la túrbia luz de una lámpara de bronce, que alumbra débilmente la estancia, cenan tranquila y copiosamente, sentados á estimulante mesa, los bien habidos consortes Kirchen-Watten, manteniendo entre si muy grave y animada plática. El alcaide tiene delante honda y espaciosa escudilla con una pirámide de legumbres, envueltas entre la pepitoria de un pavipollo, y la vá trasegando pausadamente á su estómago, humedeciendo á menudo el camino con dilatados sorbos de lo más añejo y espirituoso de las viñas de Toro y la Nava del Rey. Recostado de bruces sobre el tablero; armada la mano con el tridente de Neptuno y ocupada la otra mano por pintada rosca de harina y miel, engullia el avanto á dos carrillos, colorado como un tomate, haciendo pasar las viandas por su garguero con tanta holgura y prontitud, como si cayeran al pozo de Airon. En la tercera ó cuarta sentada de víveres, cuando daba fácil y menuda cuenta de un cochinillo con setas, y despues de saborear gota por gota la décima-quinta libacion, decíale á su cara mitad el insondable gastrónomo:

—Pien, pien; no caplemos más tel capallero: bero el pellaco tel bage las fiene de bagar.

La brujesa se puso un tanto descolorida: pero dominando la impresion, repuso aparentemente serena, llenando al propio tiempo nuevamente la copa de su marido, hasta los bordes, de un aloquillo alegre y chispeante:

—¡Pobre paje!... ¡Harto tiene para sí con el descalabro de ayer!

—Puene, pueno. ¿Bor qué se repeló contra el cabitan Humulfo?

—El capitan Hudulfo es un ogro silvestre, que tiene por milagro figura racional.

—¡Paya!... ¡Paya!... Teguemos en baz al bopre cabitan

pohemio, que no es bor cierto san te te du tepocion.

—¡Bárbaro! ¡Pues no está á todas horas atronándonos la cabeza su lengua infame con aquel desvergonzado estribillo...

—¡Cuerbo de Paco!... ¡Y me barece que no le falta ratzon, terida brenda!

A los quince dán la flor,
A los veinte las manzanas,
A los treinta caen las hojas,
Y despues... cáscaras... cáscaras.

Y terminó el destemplado canto de su voz parda y curvilínea, como el eco de la corneja con una magnífica carcajada; y repitiendo luego entre dientes, á guisa de ritornelo, el final del desbaratado polo:

Y despues... cáscaras... cáscaras.

Engulléndose á la vez senda lonja de tocino gordo, sin pan y de un solo bocado.

—Pues esa gracia no pasa de una desvergonzada groseria propia de gentes nacidas y educadas en el cuartel, ¡señor chusco!...—saltó la alcaidesa, como una víbora, recobrando con el enfado sus mejillas el rubicundo color.

—¡Bor pida de Bilatos!... No hay que supirse á la barra bor tan boca cosa.

—¡Lástima de bufones para las horas menguadas de S. M.!

—¡Banario! Pasta y sopra, ¡bor la esbada de Pernardo! No lo tige bor tanto, Cunegunda de mi pida, baloma planca!

—¡El mozalvete!... ¡el curro! ¡Veamos otro donaire de bodegon!

—¡Quiristo badre me palga!... Me estais boniendo gemo un San Sepastian. Si bepué, berdonadme, y belillos á la mar.

—¡Así pagas lo que me debes; así correspondes á los sacrificios y tempranas finezas de esta mal maridada y

acuitadísima fembra, oh mi ingrato y lenguaraz conjunto!...

La querellosa matrona plegó los lábios, hizo cuatro dengosos pucheritos, y prévios unos cuantos hipos más ó menos espresivos, rompió en sentido y abundoso llanto. El honrado Van-Kirchen, suspendió entonces al sétimo plato su colacion.

—Empeña palabra de darme cumplida satisfaccion.

—Balapra y opra, torotola mia. ¿Te blace que cante la balinodia ese mal becador de Humulfo?

—¡Bah!...

—Balos en él. Cuadro garreras de paquetas, y una puena racion de calapozo le bondrán en lo firme, y que se quite el belo.

—Eso fuera una ruin venganza.

—Entonces...

—Menos que todo ello ha de ser.

—Estoy en prasas.

—Te pido la vida del noble prisionero, hasta que decida sobre su suerte el señor almirante, gobernador del reino.

—¡Cásbita.. cásbita!...

Y el desorientado alcaide se rascaba maquinalmente el colodrillo, mirando con desmedidos ojos á su mujer.

—¿Ahora estamos ahí?. .—prorumpió la susodicha con tono de perentoriedad c oncluyente.

—Toncedido, toncedido;—se apresuró á balbucear el apurado flamenco, sudando gotas como nueces, en vista de la actitud terminante de su carísima mitad.

—El salvo-conducto para el mensajero;—continuó ella presentando pergaminos y menesteres de despacho á su esposo, que trazó lenta y trabajosamente porcion de garabatos en cualquiera de ellos, y sellando al dorso con las armas imperiales, contestando fatigosamente al desprenderse del rollo del improvisado autógrafo:

—Servida como la brobia Emberatriz.

—Ahora brindemos á la gloria y buena ventura de nuestro augusto amo don Cárlos, por la gracia de Dios;—decia con amable aplomo la señora Cunegunda, tomando un búcaro de *lácrima Christi*, despues de guardar en su seno el manuscrito.

—No, no; prindemos brimero bor los aumentos temborales y esbirituales de monseñor Goeth de Lichteustein; dean mitrado y legado abostólico bor la gracia de la Sede Bontifical;—reponia el colorado aleman, haciendo colar por sus fáuces un arroyo de ráncio moscatel.

La cena continuó luego en buen amor y compaña de los bien entretenidos velados. La castellana hizo los honores á su amado dueño con larga mano, dándole á catar cuantos vasos dulces y secos encerraba su variado repuesto. Y á buen rato salia la matrona de la estancia para su gabinete, siguiéndola el flamenco con paso mal seguro, tendidos los brazos hácia la fugitiva, y articulando con voz chillona y entrecortada:

—Esbera, esbera, porrega escojida.

Ella entra en su retrete; y él, más dormido que despierto, penetra en pos, seguido de su gigantesco é inseparable mastin.

CAPÍTULO IV.

Apuntes para un romance.

Mientras la reyerta y reconciliacion de la inverosímil pareja, sus prisioneros contaban tristemente las horas en la lóbrega mansion, so el piso de la torre fabricada, para custodia de los reos contra la Fé ó contra el Estado. Cuidadosos, con no escaso fundamento, de su suerte, y entregados á las reconcentradas cavilaciones de la soledad, la noche no les traia el descanso y la calma, porque cuando el espíritu apenado vela, mal puede la corpórea máquina reposar. El bálsamo del sueño se vácia y disipa en vasos empañados por el vapor de las lágrimas ó por lo hálitos del corazon calenturiento. Departian por tanto sus melancólicas puridades, entreteniendo la pausada vigilia el noble don Pedro y el leal Elvir, como dos náufragos sobre la barquilla flotante á merced del airado y tenebroso mar.

—Mejor hubiera sido morir con las armas en la mano á campo abierto y en honrosa lidia.

Esto decia el triste caballero en son de impaciente querella y de bizarro desabrimiento.

—No faltó mucho, en Dios y en mi conciencia, para nuestras postrimerías; pero vamos viviendo, que nunca es tarde para lo más.

El pajecillo no queria perder del todo su jovialidad característica, y hacia traicion á su sombrío pensamiento para no dar mayor pábulo á la cuita de su señor, ahora para él más que nunca querido y respetado.

—¿Y quién sabe lo mejor?...

—En verdad, en verdad, os digo que para mí, entre las lanzas de los tudescos y las casamatas de Lobaton, prefiero por de pronto lo que al menos dá espera y tiene salida; que luego, Dios proveerá.

—En la refriega hubiéramos vendido caras nuestras vidas, y vengado nuestra sangre: aquí moriremos como animales dañinos, á manos de algun sayon que nos infamará con sus golpes é insultará nuestra agonía.

—No estais en lo cierto. Si caemos ayer en poder de los perdona-vidas, á estas fechas nos hallábamos sirviendo de pasto á los aguiluchos del páramo, pendientes de algun roble retorcido y vetusto, como alcarraza puesta al sereno ó como ternero en víspera de Navidad.

—¿Y qué aguardamos aquí?... Ya lo oiste. Esos foragidos piden nuestras cabezas, en revancha de dos ó tres desventurados que dejamos tendidos en el campo; y el alcaide tambien desea hacer con nosotros cruento y estrepitoso ejemplar.

—El alcaide es capaz de eso y de algo peor, convenido; porque el bamboche, segun la traza, es una acémila punto menos que irracional: pero... sabe Dios quién manda en casa.

—Déjate de lindezas, y cura de pensar que el paso no es para echarle al trenzado, sino para ponernos en lo más malo, acudiendo á la resignacion de cristianos y á la fortaleza de bien nacidos.

—A Dios rogando y con el mazo dando; que quien espera, desespera, y nunca para el bien fué tarde; además, que al mal tiempo, buena cara; pues nunca llueve como truena, ni es tan fiero el leon como lo pintan.

—¿Te olvidas que estoy *encartado* y fuera de la ley, y

que tienen sobre mí derecho de vida y muerte todos los vasallos de don Cárlos el aleman?

—Pero aquí no os conocen, y sois para esta turba *inicua et dolosa* un simple capitan de caballos al servicio de la casa de Medina-Sidonia.

—Hasta que se descubra esa invencion tuya; que cuidaste bien de tomar la delantera, para responder al conserje de la alcaidía.

—Entre bobos anda el juego, y todos son fulleros; y hablé como un libro; y el santo varon me creyó á piés juntos, y como si hubiera oido el Evangelio de San Juan.

—Mas yo no puedo renegarme, y en el momento que quieran saber de mí lo que soy y valgo, dirélo en voz alta, y lo firmaré al pié del tajo, si fuere menester.

—¡Pues habiamos hecho un pan como unas hostias, y sacábamos lo que el negro del sermon! El Altísimo os tenga de su mano y traiga á verdadero camino.

—El camino de un caballero es el del honor, magüer estrecho y escabroso.

—Guardad tales gentilezas para entre gente de honra y provecho, y no para con esta ruin y perdida caterva, que así entiende de perfiles caballerescos como por los cerros de Ubeda; y sinó, dígalo el flaco servicio de aquende los mojones de Peñaflor

—Mi ley vá conmigo; cada uno sea lo que es.

—Ser leal y noble con quien es artero y ruin, es la lucha del tigre con el cordero y del milano con la golondrina.

—¿Qué importa la muerte?... La he visto venir muchas veces á mi en el humo de las bombardas y al resplandor de los mandobles: pero no es el amor á la vida lo que me hace doler de la mala hora presente.

—¡*Post nubila Phoebus*; decia vuestro capellan de campaña al compás de los disciplinazos con que glosarme solia las declinaciones *del quis vel qui*.

—Perecer ahora,—proseguia el duque ensimismado y

quejumbroso,—cuando á mi vista se abre el campo de la inmortalidad.. cuando á ser iba el salvador de mi pais!...

Y el prócer, mordiéndose los lábios, ahogó un suspiro, que murmuró ronco por su pecho como el aire incendiario en las entrañas del volcan.

—¡Y ella... y ella!... ¡Tantas y tan dulcísimas esperanzas trocadas otra vez en despojos de perdicion y amargura!...

—¿Y vos, y vos,—saltó intrépidamente Elvir, por arrancar al duque de su abstraccion penosa,—por quien vuestros bien querientes darian al moro todas las ricas-hembras de la cristiandad?...

La salida era un tanto adelantada y resbaladiza, por la ocasion y la materia. Fué asi que Giron lanzó al atreviduelo una mirada amenazadora; pero la tormenta no duró mas que un punto. Sus ojos airados se hallaron con la fisonomía infantil y el cordial desenfado del interlocutor; sus labios contraidos se dilataron, y su frente nublada se despejó; no de otra suerte que la atmósfera de importunos celajes al primer cefirillo de la madrugada.

—De juro,—continuó el jovenzuelo con magistral desenfado,—ibais á sacarme los colores al rostro, apodándome de poco galan y descomedido decidor: pero puede que vueseñoria hubiese tenido que acusarse de un juicio aventurado contra este su mínimo fámulo, que le besa la mano por haberle ahorrado tamaño sinsabor.

El duque callaba, contemplando tal gala de gracejo y discrecion, y sonriendo al cabo con grave y melancólica dulzura.

—Y si me prometiérais no reñirme, mi escelso y magnífico padrino, puede que aun le hiciera variar de concepto y tenerme por cuatro tantos mejor de lo que se ha pintado á este inesperto y frívolo rapaz.

Seguia oyendo en silencio Giron al pajecillo, como quien perdido en un bosque oye el canto del ruiseñor.

—Contando, pues, con vuestra indulgencia, confesaré un pecadillo pasajero, y que merece gracia, siquiera por la buena voluntad.

—¡Pobre niño!...—murmuró sordamente el caballero, envidiando acaso en lo íntimo de su corazon la edad sin deseos ni desengaños.

—Es una aventura tal cual entretenida, que pudiera muy bien servir para formar algun romance de no despreciable leyenda.

Y tomando el narrador cierto aire de gravedad cómica y las maneras de los errantes trovadores, cuando recitan de castillo en castillo sus sentidos decires á las meninas en el banquete feudal, anudó así el hilo de su singular monólogo:

—Erase la castellana garrida y madura, y el garzon temprano y florido. Ella cautiva y mal maridada doliase de pasar sus dias como la yerba de los céspedes, arrancada por los cierzos y sumida entre las ovas del lago, sin fuerza ni movimiento. El, libre y holgado como las avecicas en los aires, regocijábase de arribar á los primaverales lustros, pisando flores, respirando aroma y bebiendo los resplandores de riquísimas lontananzas en el mundo encantado de la juventud. Mal ferida de amor la matrona, desque posára los ojos sobre el peregrino mancebo, dejóse domeñar el albedrío y el entendimiento por la tiranía de la pasion, como sierva humillada sin voluntad propia ni dominio sobre sí. El doncel, por ende, que no há mucho penetrára por los quiciales de la fortaleza opreso y mal parado por la fortuna, se vió muy aïna señor y dueño de su conveniencia, y cambiada la rueda, trocóse el acuitado cautivo en dichoso y halagado arbitrador.

El duque empezaba á fijarse en el soliloquio del paje, y como que no le iba pareciendo tan trivial y disipado, como pudo imaginarse antes y aun algo despues de su comienzo.

Y mientras, proseguia el espresivo narrador:

—Blancas y perfumadas manos le curaban en regalado retrete, y sobre cojines de estofa, la pálida frente, lisiada un tanto por mano de algun malandrin; rosados lábios prometianle mercedes y galardones, capaces de dar al traste con el seso de cualquier descendiente de Adan, siquiera tuviese algunas apariencias de mas y sendos ímpetus de menos que el novel favorito, en tan fascinadores como inesperados tratos.

Don Pedro Giron habia ya comprendido el fondo de verdad envuelto en la discreta alegoria, y esperaba algo bueno de su leal servidor.

—Pero el can fiel é inteligente jamás es ingrato ni olvidadizo para con la mano generosa que le cobija y atiende; y allí donde el amo, que en los temporales prósperos le daba su pan y le abrigaba en sus hogares, cae, mal atropellado por la adversidad del mundo, allí tambien el leal vigilante debe rodar envuelto en el mismo contratiempo, y partir los males con quien le compartia sus bienes.

—¿Y bien... y bien?...—le pregunta don Pedro, sin casi poderse contener y con la voz profundamente conmovida.

—Para mí,—decia á la enamoradiza y desalumbrada consorte el afortunado huésped,—no hay libertad, ni existencia, ni bienandanza sin la salvacion de mi bienhechor, de mi segundo padre. O perdidos ó salvos los dos; juntos, inseparables siempre en el mal como en el bien.

Un abrazo estrechísimo, que unió hasta lo íntimo de sus corazones al prócer y su camarero, sin hablarse, sin mirarse ni casi respirar, puso término al significativo episodio.

Ruido de cerrojos corridos, de cerraduras abiertas, de llaves y de pasos en la entrada del calabozo vino á sacarlos de su dulce y elocuente arrobamiento. Y luego se dejó percibir un acento conocido, que se iba acercando á las prisiones.

—¡Há de las cavernas de Plutou!...—bajaba diciendo por la pendiente y desigual escalera un sargento de aquel presidio, con una antorcha en la mano y un copioso llavero pendiente de su cinturon.

—Diez y ocho, diez y nueve, y veinte, fuera de los nueves, dos;—venia diciendo el militar, al término de su descenso.

Y avanzando hácia los presos, que le miraban con cierta estrañeza, se plantó respetuosamente ante el duque, le saludó con marcialidad y enderezando luego la palabra á Elvir:

— sta visita es para tí, buena pieza;—le dijo con familiar lisura.

—¿Qué tiene pues que mandarme el señor Talabarte á quien tanta obligacion debe mi buena voluntad?—respondió el paje, dando las manos al recien llegado, despues por supuesto de haber pedido y tomado licencia bastante en una mirada de inteligencia con el duque.

—Yo soy el mandado,—replicó el bigotudo,—y no hago más que cumplir la consigna, como un suizo en la primera faccion.

—De cualquier modo no puede ser un mal agüero la presencia de quien hace bien, aun sin saber á quién.

—Es adagio de mi tierra, que aprendí de mi padre á cumplir al pié de la letra.

—Por ante mí, de que doy fé y verdadero testimonio, valiente y honrado paisano.

—Son deudas á pagar, y hoy por tí, mañana por mí: pero dando de baja ese asunto, y haciendo un cuarto de conversion, á mi incumbencia, si el caballero me otorga la vénia...

—Por otorgada y del mejor grado, en gracia del buen recuerdo;—repone Giren con marcada muestra de benevolencia.

—Dios guarde á vueseñoría;—replica el sargento muy satisfecho y pagado de aquella bondad, y llevando

su mano derecha al birrete con respetuoso ademan.

—Me vas, pues, á decir...

—Que levantando el campo, —interrumpe Talabarte á Elvir,—y dando cara á retaguardia, me sigues al paso redoblado y como marca la órden del dia.

—¿Y qué mas?

—Allá veredes, dijo Agrajes.

—¿De órden de quién?...

—De quien puede ó quiere.

—¿A dónde bueno?...

—Al fin del camino.

—¿Para qué?

—Ello dirá.

—¿Cerca ó lejos?

—¡Andallo, pardiez!

—¿En bien ó en mal?

—Dios sobre todo.

El duque y Elvir se clavaron los ojos con intencion escrutadora, como queriéndose leer mútuamente su pensamiento acerca del misterioso mensajero, cuya presentacion parecia coincidir en algun modo con su reciente coloquio.

Quizá se comprendieron á un solo golpe de vista, por esa especie de corriente eléctrica que se establece entre las almas dotadas de homogeneidad y fuerza de atraccion, ó por la mancomunidad de ideas que para apreciar los sucesos, inspira la intimidad de afectos y la identidad de situaciones. Ello es que el duque, despues de esa corta confidencia mental con su camarero, le dijo tranquila y decididamente:

—Vas en buen hora, Elvir; porque el obedecer es enseñarse á mandar.

—¡Que me place por mi vida, señor caballero, y habla vueseñoría como el mismo Roldan!

—Soy soldado tambien, y hago con los demás lo que me cumple hagan por mí.

—Acaso no haya de dar por perdido ese lance vuesa merced.

—Encomiendo á la honrada fé de un valiente el trato y seguridad de mi mejor doméstico, y fio hallar leal correspondencia.

—Obras son amores, mi capitan, que la mejor siempre queda por decir.

Elvir en tanto habia tomado su birrete; y preparado á salir, se aproximó al duque, cambió con él dos palabras íntimas, y dijo luego á su conductor:

—Ya estamos en marcha.

—Beso las manos á usarcé, caballero oficial. ¡Ea, buen mozo: media vuelta á la izquierda, y vamos con la paz de Dios!

Y echando á andar el imperturbable sargento, á la delantera del pajecillo, tomaron ambos por la escalera arriba, dejando al de Giron preocupado en hondas y encontradas imaginaciones.

CAPÍTULO V.

AMOR SIN AMOR SE PAGA.

Emprendieron su marcha el prisionero y su guardian por callejones y piezas escusadas, como recatándose de las gentes del castillo que pudieran tropezar al paso, y cuidando de evitar los sitios más habitados y contingentes á las indiscretas malicias de la curiosidad. No se le escapó á Elvir, en su viva perspicácia, el cauteloso retraimiento de su guia, é hizo inmediatamente comentos muy provechosos y de cercano roce con la equívoca aventura que acababa de referir al duque en son de frívolo y distraido cuento. Y como era ocasionado á no desperdiciar observaciones de tamaña cuenta, propúsose esplorar al sencillo veterano, y ver de ir por un cabo hasta la madeja de sus suspicaces imaginaciones. Y como en su natural, y en la urjencia de la buena coyuntura, pensar y poner por obra su traza debia ser y era efectivamente una misma cosa, acortó el paso, y asiendo del brazo al militar con gentil franqueza:

—Cuando usarcé vá, camarada,—le dijo sonriendo picarescamente,—ya he recibido yo la bien venida.

El sargento detuvo su marcha, y se quedó mirando al jóven de hito en hito; mientras este volvíalo á decir, sin

desconcertarse y recalcando sus palabras con más intencion y fisga:

—¡Y como que esperaba á un intrépido sargento, con unas buenas albricias por esta visita, que no ha de quedar sin muestras de mi mejor estima!—Y el pajecillo deslizaba entretanto en la escarcela del militar un relicario con cerco de plata y su cadena de acero, menuda y prolijamente laboreada.

—Bien que el recado,—continuaba, sin dar tiempo á Talabarte para respirar,—merece la pena de perder el sueño, y de hacer esta aventuradilla y escurridiza senda; ¿no es verdad, compadre, no es verdad?...

—¡Silencio y adelante!...—pudo al fin contestar el sargento, vendiéndose involuntariamente á la perspicáz travesura del mancebo.

—Pero confieso,—insistia este,—que la eleccion del confidente me satisface por mayor; y que la parte interesada estuvo en ello discreta y merecedora de loa y encarecimiento.

—¡Tales manos lo hilaron!...—iba diciendo á media voz Talabarte, con mal disimulado aire de satisfaccion por los floreos del rapaz.

—Y cuento tambien, por lo que á mi hace, con la sana voluntad y buen seso del mandadero.

—La suerte está echada, y hombres de mi ley no recojen los dados sin meter en aventura todo su caudal.

—De audaces es la fortuna, y de cobardes nada hay que se pueda leer.

—Nostrama responderá por mí.

—Adivino perfectamente cuánto te vamos á deber y merecer.

—Puede que falte á vuesarcé lo mejor y más bien parado de la hacienda. ¡Cuerpo de tal!... ¡Pues no me quiere hacer una mala partida ese mameluco de Hudulfo!... ¡Pero antes le tengo de poner en escabeche como si fuera un atun!...

—¡Tudesco y mal cristiano, para servir á usarcé!

—Y rufian y cuero, por contera y aditamento.

—Tal amo, tal criado; Dios les cria y ellos se juntan, y si me dan á escojer sin ninguno me quedo, porque entre ruin ganado poco hay que elejir.

—¡Ya se vé! Como no permití á sus desalmados compatriotas hacer de las suyas en la refriega de marras, me quieren dar de baja y dispensarme el flaco servicio de ponerme el pié sobre el pescuezo.

—Darles, darles el pié, que ellos se tomarán la mano, ¡los advenedizos de Belcebú!...

—Mas nostrama se pone por medio, y ni ese dromedario de capitan, ni el consejo de guerra, ni el prebostazgo entero me tocarán al pelo de la ropa, ó haremos una que valga por dos.

—Quien á buen árbol se arrima...

—No, sino haceos de miel y os comerán moscas. Veremos, seores truanes, si el sargento Talabarte con siete campañas, tres heridas y dos patentes de premio, tiene puntas y puntadas de follon, y si parte peras con los enemigos. ¡voto á una legion de desesperados!

—Asi paga el diablo á quien bien le sirve. Y no te hagas de pencas, porque si los tudescos hallan la suya, ¡pardiez que te digan quiénes son!...

—Ya le pagaré al soplon las ditas con las setenas y los quebrados.

—Cuenta conmigo para esa obra de misericordia, que tambien le debo prendas de buen pagador.

—Con fiadores tales como vuesarcé y nostrama, puede cualquier súbdito arriesgar todo su haber en la jugada, seguro de no quedar por tramposo ni fullero.

—¡Como que vas diciendo algo!

El pajecillo bajó el tono, por cierto ruido que se dejó sentir en un pasillo inmediato, y los dos interlocutores continuaron hablando con mayor reserva y creciente intimidad. En estas y otras llegaron al torreon del Medio-

dia, y ante una puerta escusada del camarin de la alcaidesa dieron cabo á su lenta y sigilosa travesía. El entallado tablero fué suavemente abierto; el pajecillo penetró por bajo de su gótico dintel, y el sargento se dió á pasear por la galería con ojo despierto y vigilante.

Elvir se encuentra en el ingreso de la puerta con la benévola Cunegunda, que luego de cerrar el postigo cuidadosamente y de correr sobre el alfeizar un pesado tapiz, le condujo por la mano al cómodo camapé en el testero principal de la habitacion. Amplia copa de azófar brilla á uno de sus lados, provista de récia y copiosa lumbre; y al otro se ostenta un aparador cubierto de botellas, pastas, confituras y apetitosos regalos.

Ya hemos podido adivinar que la alcaidesa mira con buenos ojos al lindo rapazuelo, y que no se han hecho esperar las insinuaciones y las llamadas á su temprano corazon; y tambien vamos trasluciendo, que el afortunado huésped se propone, como cuerdo y aleccionado por la ocasion, sacar partido de la aventura contra el riesgo y malandanza que á su señor acuita, y de que está resuelto á participar en toda contingencia. La maniobra que proyectaba, era medianamente árdua, aun para años más crecidos y de mayores esperiencias. Era por cierto un noviciado de galantería, bastante á dar crédito y fortuna á galanteadores asáz duchos y machuchos en el enmarañado arte de Lovelace y de don Juan.

Sentándose á la vez la singular pareja sobre cojines de rojo tabí, la alcaidesa presentó á su favorecido un búcaro de malvasía: mas este movió graciosamente la cabeza en ademan negativo á la espresiva fineza, á guisa de niño mimado, y se puso á pellizcar con las tenazas del fogon las orejas de un blanco y rollizo gato flamenco, que dormia sobre la alfombra, y que la brujesa cuidaba y regalaba con esmerado afan.

—Déjele estar á mi Tirol, y tenga juicio por media hora mi travieso cautivo; —decíale á El-

vir la matrona con blanda y halagüeña confianza.

—¡Tirol! Nombre de capricho. Mejor hubiérais hecho en ponerle como su paisano y concolega el manilargo Jurés.

Y al pronunciar este nombre, aplicó al lucido animal con cierto involuntario movimiento de enojo la punta de un badil caldeado, que entre las áscuas tomó distraido; y el pobre Tirol, como si le picase una víbora, se levantó sobre sus cuatro piernas, enarqueado el lomo, espeluznada la piel; y lanzando un estupendo bufido, marchó dando tumbos y corcovos por la estancia, mientras el paje reia de la gracia, estupenda y homéricamente. Y ¡lo que son las flaquezas humanas!... La flamenca, que en otra ocasion hubiera hecho desollar á palos sin conmiseracion á cualquier desventurado que osára poner la pecadora mano sobre el sibarítico cuadrúpedo, ahora celebraba tambien con joviales carcajadas la fazaña del pajecillo y la fuga desatinada del aventado Tirol.

—Vamos, Elvir,—decia luego la bondadosa Cunegunda,—déjate de niñerias y aprovechemos el tiempo que vas á estar junto á mi.

—¡Qué dulce es el ambiente de la libertad!...—reponia el doncel, abandonándose sobre el sitial y como ensanchando las interioridades de su pecho.

—Pues á pique estás de aventurarla con la vida, si no procuras que nos entendamos formalmente; y pones de tu parte lo que importa para el logro de mis pensamientos, todos en tu bien y mejor conveniencia.

—¿Sabeis, *colendíssima padrona*, que ese diantre de mesa es una tentacion opípara en que yo no habia parado mientes, menguado de mi, á riesgo de desairar vuestro gusto y largueza?

Y levantandose muy espedito, fué al aparador, destrozó con la mayor soltura un pastel, comió algunos bocados y probando varias golosinas, terminó su refaccion con un cubilete de agua, perfumada con esencia de rosa.

—¿Podremos ya ocuparnos de lo que conviene, á la ocasion?. . .—preguntó la huéspeda, dando á sus palabras todo el interés posible.

—Lo sé todo,—contestaba el paje, distraido en chasquear con un bizcocho al loro, que se desesperaba cada vez que tirando un avance con su corvo pico á la confitura, la veia escapar y se quedaba en blanco, mientras el adolescente se triscaba la apetecida racion.

—¿Pues cómo?—repuso la interesada con cierto aire de curiosidad.

—¿Verdad que lo sé, aguilucho mal criado?... Vamos, responde, y te doy este almendrado antes de que te se salten los ojos por él.

El ave lanzó un graznido, movió la cabeza y agitó sus tornasoladas alas.

—No contesta por cortedad, pero ya veis que lo dá bien á entender.

¡*Pien... pien*!. .—gritó el avechucho en su áspera y salvaje articulacion gutural.

—¡Hola, hola!... ¡Cómo se conoce que hay en casa quien hable de abolengo el buen romance!...—decia el paje riéndose á su placer —Albricias al discípulo, en honra y loa del esperto y concienzudo maestro.

Y dió al pájaro un mantecado riquisimo, en tanto que la brujesa, entrenida con las ocurrencias del adolescente, le dijo luego:

—Veamos lo que alcanzais, seor zahori, en el cuento de mis intenciones y buenos deseos.

El loro, que habia devorado sin melindres su golosina; se puso en este momento á cantar con timbre chillon y desentonado, el principio de aquella antigua letrilla:

«Ten, amor, el arco quedo,
Que soy niña...»

—¡Calle el glotón!...—le gritó Elvir al pájaro, rociándole á la vez con una copa de vino de Jerez, que le hizo acurrucar en la jaula, sacudiendo las plu-

mas lácias y empañadas por el impensado chubasco.

—Sois taimado é indiscreto, seor verdegay, y mereciais haber nacido cernicalo y ser desplumado en vida á manos de algun chiquillo impertinente y holgazan;—terminando su reprimenda el doncel con estrepitoso papirotazo sobre la alambrera, que hizo al volátil caer aturdido desde el círculo pendiente de su centro en la escudilla de los alimentos, donde se embadurnó perdidamente entre los restos de salsa y grasitud, quedando hecho el pobre volátil una estupendisima facha.

—¡Es delicioso... delicioso!...—decíase interiormente la alcaidesa encantada por la ocurrencias del adolescente, y bien divertida por las travesuras con los mimados bichos, de que iba dando tan buena y espedita cuenta; y que merced á su disposicion de espíritu parecíanla donosos alardes de discrecion y de viveza. Pero en medio de todo, su situacion se habia despejado y creia tener hecho lo más de su intento La casual parleria del loro hízola comprender que el paje no tenia mucho que adivinar en el punto de sus tiernas interioridades, y ahorrábala ciertos pormenores escabrosos y dificiles de abordar. Así, pues, aprovechando tan singular coincidencia, que equivalia para el buen entender de ambos, á toda una esplicacion, quiso ya colocar el asunto en terreno claro, y dijole al entretenido y perspicáz jovencillo:

—¿Y qué pensar de ello?

—Que me quereis abrir las puertas de par en par, amabilisima protectora, y que os voy á deber mi salvacion y la de mi paternal bienhechor. ¡Pardiez!... que no es preciso tener para ello el don de profecía, ni ser un prodigio de sapiencia.

—¡Muy adelante vá mi ahijado y no es corto de intencion!

—César ó nada.

—¡Bien para el voluntarioso y descontentadizo! ¡Comedido y á espacio vá viniendo su merced!...

—Quien dá obliga, y quien recibe queda obligado.

—Dar para cobrar no es dádiva, granjería es.

—Sutil andais, aunque de todo puede tener el comentario.

—Pero veamos: ¿qué podria yo cediciar del cautivado garzon?

La pregunta era al alma, como suele decirse; pero Elvir la tenia prevista, y no quiso que le hiciese hablar.

—Ciertamente; ¿qué podria el prisionero, el desvalido, el que no es dueño de sí, ofrecer á la matrona rica, halagada por la fortuna y con poder y altas estimaciones?...

La alcaidesa no quedó satisfecha del éxito de su tentativa, para estimular la iniciativa del pajecillo; pero atribuyó la evasiva á sencillez y falta de mundo, por lo favorablemente dispuesta que se hallaba hácia él.

—En efecto,—contestó con marcada significacion de triste ironía,—con riquezas y goces materiales, con poderío, valimiento y todas esas prendas de bienestar ¿qué puede desearse en el mundo, ni apetecer el más melindroso, para ser íntima y cordialmente feliz?

—¡Ah!... ¡Ya doy en ello, menguado de mí! Hay positivamente un vacío en vuestro corazon. Falta algo á tanta felicidad.

La flamenca sintió ensancharse su alma, creyendo que Elvir habia entendido el doble concepto de sus palabras y que iba derecho á lo árduo y anhelado de su plan. No quiso con todo venderse sin garantías, y repuso con la más sencilla apariencia:

—¡Cuidado, no quiera soñar despierto y venga á dar en cualquiera fantasía sin color ni sabor!

—Lo estoy leyendo en vuestro semblante, como si fuera un libro recien salido de la estampa.

—¿Si será que lees en tu propia imaginacion?...

Tampoco este hábil disparo llegó al blanco, pues le paró el doncel en el broquel de su frivolidad bien estudiada; y volviendo el tiro, sin darse por sentido ni perder las ventajas de su posicion, continuó:

—¡A ver: negadme con juramento que no estoy en lo cierto y reservado de vuestra mente, si no es demasiada condescendencia!

Y clavó una mirada fija y serena sobre la dueña, que sintió calor en sus mejillas y esquivó los ojos del pajecillo con pretesto de derramar unos perfumes en el fuego del filigranado calorífero. Elvir se hizo cargo de la evasiva, aunque á fuer de discreto y cortés, apartó su vista de la alcaidesa, y como que no tomó acta de aquel mal disimulado retraimiento, que bien podria pasar por femenil coquetería.

—Sepamos, pues, lo que piensa el adivinador de puridades;—repuso despues la brujesa, estrechando al doncel, y queriendo á todo trance aventurarle á una insinuacion.

—Lo mismo que pensais vos.

—Esas son palabras de fórmula, que suenan bien, pero que no pasan de frívolo y vano entretenimiento.

—La prueba al márgen.

—Recojo la prenda.

—Soy reo de Estado, prisionero de guerra, comprendido en una proscripcion...

Un suspiro ténue y fugaz se escapó del pecho de la alcaidesa: el pajecillo cuidó de no quererle oir.

—Me sacais de un encierro; me traeis á este camarin vuestro; me recibis espléndida y regaladamente; me dispensais honra y confianza... y todo ello con alguna contingencia para los intereses y aumentos de vuestra casa y hacienda, y comprometiendo, acaso acaso, cosa de mayor cuantía, por la traza y la sazon.

—Algo cuesta lo que algo vale.

—¿A qué estoy yo aquí? ¿Para mal?...

—Ofensa fuera tal imaginacion.

—Pór ende, para el bien.

—¿Y serás agradecido?...

—¿Con qué se pagan la vida y la libertad?

—¿No dice algo de ello la adivinanza?...

—Dirálo mi plática. Desconocido, estraño, y aun encontrado hácia vos, me acojeis desvalido, me cuidais maltrecho, me agasajais desventurado. Esto pudiera ser enhorabuena generosidad y bizarria de sentimientos.

—¿Es esa la primera página del libro encantado?...

—A la vuelta de la plana están mi salida de la prision, la entrada confidencial en este apartamiento, y la hora y el misterio y la intimidad de esta recatada visita, que pudieran dar ocasion á malicias fáciles y temerarias invenciones.

—¿Y eso cómo se llama en el vocabulario del discreto lector é ingenioso intérprete?

—Quizá lo hallemos en otra hoja de los secretos.

—Pasen las en blanco, si es que no te place poner en ella algun párrafo original.

—Soy por la presente mero y terminante traductor. Para caridad, fuera esceso; para amistad, no hay por dónde; para buena obra, peca en lo inverosímil y desmesurado.

—El capítulo vá siendo enmarañado y nebuloso para el desempeño de la leyenda.

—La letra es clara, pero la materia tal cual revesada. Quien no obra por gracia del prójimo...

—¿Obra en provecho de sí?—le interrumpió como picada la interlocutora.

—O en interés comun,—repuso con flema el jóven sin cortar la frase.

—¿Y qué puede interesar entre ambos?

—Hay ciertos impulsos de nuestro sér..

La flamenca escuchaba con afan impaciente; y el pajecillo, que lo comprendia con su perspicácia veloz, iba llevando, como por la mano, aquella emocion al punto donde queria dar al episodio conveniente y segura solucion. Aquella, que ya creyó al adolescente en terreno claro, quiso por su parte colocarse tambien en situacion

accesible; y ensayando uno de esos papeles tan sabidos de las mujeres en ocasiones tales, hizo como que traslucia en la respuesta cierto sentido de galantería intencional, y bajando los ojos, cual entre sorprendida y empachada, decia con el más esquisito remilgo:

—¡Impulsos del sér!... ¡No sé qué quiere decir... ni qué motivo haya podido dar!...

—¡Hay tendencias imposibles de dominar en el alma... tendencias inesplicables!... Eso pasa todos los dias en el mundo, y no hay para qué tomarlo como una batalla campal

—¡Elvir!... ¡Elvir!...—murmuraba la alcaidesa queriéndose ruborizar.

—Hace largo rato que los dos estamos al cabo de todo ello, y ¡mal año para tanta prosa como hemos malgastado!...

—Calla... calla el arcano de mi corazon...

—¡Que me place, pardiez!... Le respeto y le encarezco, y le reconozco por deuda de rendida y vehemente gratitud.

—¿Como quien eres?...

—Como quien soy.

—¿Y serás para mí?...

—Como el hijo más leal y afectuoso, que llenar pudiera el anhelo de vuestro tierno y generoso ánimo

La flamenca quedóse más que regularmente absorta, cuando el paje salió con ese inesperado registro: pero Elvir, sin dar tiempo á más y comprendiendo que de aquel momento dependia la situacion, se apresuró á continuar:

—Y ved ahi por qué os decia que faltaba algo á vuestra felicidad, y que teneis un pedazo de menos en el alma, para poderos llamar completamente dichosa. Es claro como la luz del dia. Ejerceis poderio, teneis fortuna, gozais valimiento, poseeis los bienes de la vida material; pero todo esto no os basta. Y ya que por un desvío de la naturaleza no os debe el sér un objeto querido, deseais que

os deba la existencia un ahijado de adopcion. Yo soy el que anhelais; y yo seré digno de vuestra preferencia.

Elvir habia logrado más de su propósito; pues no solamente condujo el diálogo á un terreno apto para recusar impunemente todo compromiso, y donde la alcaidesa no pudiera retroceder; sino que llegó á apoderarse de su ánimo, y á producir en él profunda é inesperada impresion. Pero queriendo asegurar el efecto, y empeñar definitivamente á la confusa alcaidesa, añadía con espresivo fuego:

—Ese delicado sentimiento, ese instinto noble esplica y legitima cuanto habeis hecho y por mí quereis hacer. ¿Cuál otro móvil pudiera inspirar tan bizarra conducta? ¿Ni qué otro movimiento puede suscitarse en un pecho ennoblecido por tan bella aspiracion? Tanta benevolencia no puede tener menos de un orígen puro y espléndido Solamente asi se comprende el desvelo de vuestros cuidados, la eficácia de vuestros favores y la abnegacion de vuestros sacrificios. ¿Y qué cosa puede satisfacer mejor tan dulce deseo y llenar esa alma benéfica, que el reconocimiento perenne y la adhesion cordial de quien os vá á deber segunda vida, para bendecir la mano de su salvacion?

Estas palabras del jóven, dichas con énfasis y natural vehemencia, produjeron en la alcaidesa un efecto estraordinario. Jamas habia oido tal lenguaje, ni comprendido la elevacion de tales ideas. A la presencia de aquel adolescente, que interpretaba sus beneficios como una emulacion instintiva del amor maternal, como un rasgo producido por el mas alto y escelente de los sentimientos, se sintió pequeña y humillada en sus desalumbrados antojos. Aquella voz vibrante y calorosa, aquella espresion de afectos, aquel perfume de gratitud y candidez, que se evaporaba de los acentos animados del mancebo, despertaron en su alma alguno de esos acentos adormecidos más ó menos con el beleño de las pasiones. Y comparó aquella

figura infantil y sin sombra de mal pensar, con la suya empañada por vapores de lóbrego color; y se avergonzó de sí misma, considerándose como el génio de la tentacion, estraviando á quien vá entrando por los umbrales del mundo con todas las flores y tesoros de la alborada de la vida. Y puso en parangon el amor escelso y sagrado de hijo, que rebosaba en los lábios risueños del adolescente, con el falaz y mezquino devaneo suscitado en lo recóndito de sus deseos; y retrocedió corrida y abrumada por la odiosidad y miseria de su debilidad. Porque al influjo supremo de una afeccion santa é inmaculada huyen del espíritu los viciosos y efímeros desvarios, como falsos meteoros al brillo purificador y clarísimo del sol.

Todo esto pasó en el interior de la alcaidesa brevísima y simultáneamente, como un movimiento eléctrico é instintivo, como una emocion mágica, que opera sin el impulso de la voluntad ni espacio para la reflexion, y que sin saber cómo, trueca en un punto las disposiciones del ánimo y dá nuevo giro á los más íntimos afectos. Así es que, por un efecto espontáneo, sin darse cuenta casi de ello, y acaso como para rehabilitarse ante su propia consideracion, sacó de su limosnero los pergaminos del alcaide, y alargándolos al pajecillo, le dijo bastante repuesta de tan honda sensacion:

—Hé aquí las albricias de mi madrinazgo.

Elvir desarrolló los manuscritos, pasó por ellos la vista, y colocándolos entre el cinturon de su tabardo:

—Contad con todo lo que soy,—respondió á la alcaidesa, poniendo la mano sobre sus lábios en forma de cruz. Y proseguia luego, levantándose con viveza:

—A caballo ahora mismo, y decid lo que importa á mi señor.

—¿A donde?

—Al señor almirante regente, en su misma casa y real.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta algo menos de lo que sea menester.

—¡Cuenta con comprometer en ello la suerte de tu noble capitan!

—Queda seguro como bajo mi guarda y lealvigilancia.

—¿Y si el alcaide?...

—Seria cómplice de mi fuga.

—Y yo tambien.

—Tanto mejor. Figuraos que antes ó despues de los tres dias, quisiese hacer con mi dueño una felonía; figuraos que este salvo-conducto, escrito de su letra, firmado de su puño, y timbrado con el sello de la alcaidía Imperial, llega entonces á poder del señor gobernador, y figuraos, por ende, que incurre en nota de mal servidor y desleal súbdito de S. M.. y figuraos...

—Es decir...

—Que para vos la gala y el agradecimiento del beneficio: para él la responsabilidad y la revancha.

—Yo fio por él.

—El es quien se fia á si mismo.

—Parte pues. En ese vestuario hay loriga, capacete y ferreruelo. Los caballos están esperando á sus ginetes. Talabarte será tu compañero. Es hombre leal y seguro para los dos. Animo y diligencia.

En tanto que Elvir se acomodó en el contiguo camarin su traje de camino, al sonido de una campanilla tañida por la señora del castillo, compareció Talabarte, y recibió una órden escrita, y este mandato de palabra:

—Del alcaide al capitan llavero, para la salida de dos mensajeros en servicio real.

El sargento se retiró á cumplir su encargo; y marchaba por los pasadizos de la fortaleza, frotándose las manos con cierta satisfaccion maliciosa; y á la vez salió Elvir del gabinete armado y listo para la jornada, riéndose tambien con parecido tenor.

—¡El buen Hudulfo....—decia taimadillamente,—que tambien juega su cabeza por mí!... ¡Más vale que se pierda el, que un hombre de bien!...

CAPITULO VI.

Moros en la vega.

Elvir ha desempeñado su comision como el hombre más ducho y esperto en achaque de reservadas mensajerías. Pero hizo una pequeña variante en su embajada; pues en lugar de dirijirse al respetable don Fadrique Enriquez, tuvo sus razones para enderezar la visita á la interesante doña Ana de Cabrera, que le recibió en audiencia secreta dentro de su palacio señorial. Largo coloquio tuvo la ilustre dama con el confidente de don Pedro Giron, que aprovechó bien el tiempo, para ponerla al corriente del aprisionamiento de su señor, y de cuanto concierne al objeto de su venida. La condesa comprendió fácilmente todo el interés de su mediacion en el asunto, para sacar al duque del compromiso en que le habia puesto el mal encuentro con los vivaqueadores realistas en el montuoso páramo de Peñaflor; compromiso que contrariaba sus proyectos más recónditos sobre el caudillo de las Comunidades, aunque aparentemente servia la conveniencia de su parcialidad. Para proceder con seguridad y acierto, hizo que el paje refiriera los detalles de la aventura, solazándose en gran manera con la discreta y vivaz conversacion del travieso doncel, cuando le oia enumerar los cintarazos repartidos á letra abierta sobre los

camaleones imperiales, y el chasco del flemático alcaide de Torre. Pero exijió como condicion precisa, para tomar sobre si el buen despacho del empeño, la revelacion del objeto de la viajata á Tordesillas; y Elvir, que conocia éste como todos los secretos de su señor, tuvo que fiar á la de Módica todo el pasaje con don Bernal; asi porque era una necesidad de la situacion, como porque estaba al roce de lo que mediaba entre la rica-hembra y el gallardo infanzon. Cuidóse por tanto de pintar con todos los toques y perfiles la repugnancia de Giron á las altas fortunas del enlace real, su desabrimiento con el noble mensajero de la Córte, y su resolucion terminante de escusarse á una alianza por razon de Estado, contra las querencias de su voluntad; haciendo entender á la dama la obligacion de salir al pró y bienandanza de un caballero, que por su obsequio y leal correspondencia estuvo á pique de la mayor contingencia en manos de aquellos desalmados, y que, en vez de ascender á la vera del sólio, ha bajado los escalones de una prision, trocándose, de árbitro y acaudillador de un reino, en reo, á discrecion de sus enemigos, y aventurando sin empacho todas las prendas de su nombre, de su fortuna y de su ley. Menos que eso necesitaba la de Módica, en realidad, para tomar su partido, aunque queria cubrir á su satisfaccion las apariencias ante el avispado servidor del duque: mas los proyectados esponsales de la infanta, que suscitaron en su memoria pasadas tempestades y mal reparadas competencias, tocaron en sus más intimas combinaciones, y la decidieron á representar poderoso y decidido papel. Y bajo el pretesto de una inmensa deuda de gratitud y fiel desempeño, seguia trabajando la condesa en la cuenta de sus pensamientos más hondos y temerarios.

En la misma noche de esta entrevista despachó la condesa un mandadero á Medina con avisos para el conde de Haro, que allí se acuartelaba con una buena porcion de gente de guerra, en espectativa de las operaciones de Gi-

ron y sus lugar-tenientes. Tambien dispuso la salida de algunos emisarios secretos para Tordesillas, donde mantenia inteligencias entre algunos palaciegos, con oro y poderes para ganar parciales entre los defensores de la liga. Por su instancia y consejo tambien se dispuso la marcha de algunas banderas, a intentar un golpe de mano sobre Ampúdia, con objeto de llamar por aquella parte la atencion de Valladolid, donde Padilla juntaba fuerzas importantes, para una empresa al parecer de consideracion. Nadie sabia ni atinar pudiera el conato de tales disposiciones, tomadas por la matrona con una eficácia y confianza que honrarian al más esperimentado caudillo. Luego de puestos en ejecucion esos y otros varios acuerdos, tomados por ella en voz y nombre de la regencia, y cuando ya iba entrando la madrugada, salia la dama por las puertas de su villa, vestida de payesa, sobre un jaquillo con aparejo campestre, acompañada del consabido Naraya, y por Talabarte y Elvir, convertidos en aldeanos completos, con sus tabardos y burdas calzas, además del birreton de piel de cordero y su gabardina de pardomonte. Iban bien enharinados en las personas y vestimentas, figurando al vivo una tropa de panaderos, que regresaban á sus hogares despues de acomodar en la villa sus tortas de leche y sus bollos de agua. Todo ese aparato fué tomado y pagado largamente á unos tahoneros de Zamba, con las acémilas, sacas, cestones y demás menesteres de su oficio. De modo que bajo tales arreos, y con los rostros, barbas y melenas copiosamente empolvados, caballeros en pacíficas bestias y con una récua de ganado de carga rematado detrás, nadie podia imaginar la calidad de los viajeros, ni pensar en lo mucho y bueno que guardábase tras el rústico disfraz. Verdad es que no es para todos los dias, y menos en temporales tan revueltos, eso de atravesar los caminos ásperos y desabridos de los páramos campesinos una de las más ilustres y poderosas damas de Castilla, en haz y faz de humilde labriega, ca-

balgando á mugeriegas entre costales y canastas, cubierta con el rebociño casero de la aldea, y sin más pajes ni escuderos que unos villanos de poco fuste y menos limpio continente.

En tal manera y apariencia hicieron nuestros pasajeros su jornada, sin azar ni inconveniente, llegando á Torre á boca de noche; habiéndose detenido en el lugarcejo de San Pelayo el espacio bastante para encubrir su llegada á Lobaton con las sombras del crepúsculo, evitando que pudiera ser conocida la condesa y divulgada la fama de su espedicion, con los comentos y bachillerías de sus buenos vasallos.

Cosa de ver fuera ciertamente los aspavientos y zalamerías del panzudo Van-Kirchen, cuando en la panadera, de los humildes briales se halló nada menos que con la señora de su vida y hacienda, con su soberana feudal. Quedóse en el primer momento estático y desorientado; luego que se repuso del pasmo, quiso alborotar el cotarro, haciendo disparar la artillería, y tañer pífanos y tamborinos, reunir el concejo y sacar los gigantes con chirimías y botargas, repicar las campanas y hacer alarde militar. Pero doña Ana se opuso terminantemente á toda demostracion, previniéndole bajo la responsabilidad del empleo, guardar el más absoluto secreto sobre su incógnito, dejando al obtuso aleman con tal advertencia más desalumbrado y confuso de lo que convenia á la sazon. No así la señora Cunegunda, su cara é íntima mitad; pues con la mayor cortesanía y respetuoso desembarazo hizo á la condesa una recepcion tal y tan buena, como pudiera exijir el más perfilado palaciego.

Recibidos los agasajos y cumplimientos de bienvenida, la condesa puso mano á la ejecucion de los proyectos que allí traido la habian; siendo su primera atencion sacar del calaboze al duque, y disponerlo alojamiento en una estancia reservada con el esmero y tratamiento á su persona correspondientes. Naraya fué el encargado de

hacerle saber el arribo de su señora al castillo, y de instalarle en su nueva habitacion; despues, por supuesto, de besar las manos a la ilustre libertadora.

Pero cuando el acompasado escudero quiso cumplir su mandado, ya Elvir habia penetrado en la torre y dado á don Pedro la fausta nueva con narracion precisa y concisa de su romancesca espedicion. No es dificil de adivinar el efecto maravilloso de las palabras del paje en el ánimo del caballero; pues aun cuando no habia querido partir, sin dejarle algunas esperanzas en el corazon, y tenia el duque en mucho el afecto y perspicáz celo del mensajero, ni por asomo podia imaginar tan sorprendente como afortunado éxito. Sin embargo, en aquella revelacion el duque no veia el recobro de su libertad, y acaso la salvacion de su existencia. Lo único que encontraba y que le hacia inmensamente feliz, era la presencia de doña Ana en aquellos sitios, y el dulcísimo, el heróico interés que la obligaba á arrostrar por él las eventualidades y compromisos de tan valerosa resolucion.

Salió, pues, el ilustre prisionero de su encierro, y en la primera entrevista con doña Ana, despues de los rendimientos y galanterias propios de personas bien queridas y mejor halladas, concertóse entre ambos su salida de la fortaleza en completa incondicionada libertad. Nada quiso preguntarle la condesa, con tacto tan diestro como oportuno, acerca de sus pensamientos sobre la infanta; y cuando el duque, á fuer de obligado y leal, soltar quiso prendas, la dama le dió á entender, que respetaba los compromisos de su posicion, como hombre de Estado, y que comprendia la dificilísima alternativa en que le tenia colocado el favor de la princesa. Esta circunspeccion estudiada le pareció al duque la prueba más brillante y discreta de nobles afectos y elevacion de caracter. Ya sabia doña Ana que Giron habia de pensar asi, y que le deslumbraria y comprometeria más con esa desinteresada consideracion que con encarecimientos y exijencias

desembozadas sobre su voluntad, como pudiera hacerlo en el fuego de las pasiones una enamorada novel, ó de vulgar y obcecado entendimiento. Quedó por ende acordada para entre nuestra amartelada pareja su partida de Lobaton al anochecer de aquel dia, por supuesto con la reserva conveniente y sin darse á conocer de propios ni de estraños.

Todo estaba dispuesto para la jornada. El avanto Van-Kirchen se iba resignando á la idea de soltar su prisionero, y renunciar á los aumentos y provechos que se prometia por su leal y esmerada custodia.

Porque la condesa lo queria, y era preciso atemperarse á su voluntad con fuerza de ley; si bien contaba el tudesco sacar en compensacion crecidas adealas de su bizarra señora. Nada podia oponerse á la evasion, pues que la condesa, desde su llegada, habia reasumido el mando de la fortaleza, recibiendo las llaves, los sellos é insignias de jurisdiccion de manos del alcaide, que conservaba, en la apariencia nada más, el uso de su autoridad. Ya habia sonado en el castillo el toque de queda, cuando los viajeros tomando sus humildes cabalgaduras en el patio, con iguales avios y representacion que enantes, escepto don Pedro Giron, que vestia un traje de campo del más rico pechero de Lobaton. Ya están fuera de los postigos del alcázar, y enderezan su marcha por la via de Peñaflor, costeando las colinas que por aquella parte dominan la murallada villa. Llevan andado con silencio y recato tal cual pieza de camino, y van ganosos de alcanzar la tierra del páramo, menos natural para celadas y encuentros por los bajos y cuencas de aquel revuelto y pantanoso valle. Al asomar la cabalgata por las cumbres de las vertientes sobre la vastísima llanura, Talabarte, que iba delante como esplorador, creyó escuchar á lo lejos por los pedregales el galope de un caballo; paró su jaco, y con ese oido perspicáz de los hombres habituados á la guerra

púsose á escuchar, y convencióse luego que efectivamente eran pisadas de ligero y bien herrado corredor aquel ruido que turbaba el silencio de las sombras. Volvió, pues, la grupa y dió cuenta á sus señores de la observacion.

Si bien no la dieron grande importancia, determinaron esperar apercibidos y no dejarse sorprender. Formando, pues, un grupo, y colocando en el centro á la condesa, adelantóse un tanto don Pedro, requiriendo una afilada gumia que llevaba entre los pliegues de su gaban. Atravesose animosamente en la vereda, cuando percibió que la carrera del desconocido traia la misma direccion de su marcha, y á poco distinguió la móvil silueta de un ginete, que con la voz y las piernas animaba su palafren. El duque á distancia competente le dió una voz de alto; pero el viandante, sin tomarla en cuenta, viendo interceptado el camino, cuartea con las riendas su montura, y atravesó por el flanco del duque como una flecha perdida, como un fantasma de la soledad. Ya habia rebasado á toda brida la altura del grupo de los viajeros, cuando Giren quiso revolver sobre su pista, que se iba alejando entre la oscuridad; pero en la fuerza de su escape, el caballo resbaló sobre los pedruscos del erial y rodó por el suelo, cojiendo debajo una pierna á su inconsiderado caballero. Viendo este que no podia desasirse del estribo, y que el peso del animal rendido de la fatiga le magullaba tenazmente el pié, dió voces y llamó hácia el á los entre-parados transeuntes. No se hicieron sordos á la demanda el duque y sus servidores; y despues de levantar estos el jadeante corcel y de sacar ileso al medio sofocado dueño, reconocieron en él un correo del ejército realista. Motejado por el duque de inconsideracion y descortesía, con breves pero oportunas palabras, escusábase con la importancia y apremio de su comision, y con la necesidad de ganar horas en su arribo á Torre. Y no sabiendo otro medio mejor de agradecer el beneficio recibido, llamó á

don Pedro con muestras de grande reserva y le dijo para entre los dos

—Los Comuneros vienen sobre Lobaton: acaudillados por Padilla, que levantó ayer su campo de Zaratan. Sus batidores ya se hallan en Peñaflor, y cortan el camino real. Lo juro en Dios.

De seguida saltó sobre la silla y tornó á su estrepitosa corrida.

El duque, sin sorprenderse por la revelacion, comunicóse inmediatamente con la condesa, y de consuno trataron sobre el partido más aceptable en la ocasion. Ir adelante era una temeridad; flanquear sobre Castromonte al través de la campiña es imposible, por las grandes lagunas que las aguas llovedizas forman en los terrenos del páramo; á la derecha estaba el terreno dominado por las fuerzas de la espedicion. No quedaba más recurso que retroceder sobre la plaza y ganar despues la vuelta de Simancas. La condesa y el duque creyeron punto de honra el hacer su suerte comun, y lo era efectivamente. Ni estaba en su ley de caballero leal y agradecido permitir que la dama regresase sin su compañía á Torre; ni doña Ana podia consentir que Giron renunciase con sus amigos y soldados, sin obligarse á libertarle á todo trance por segunda vez. Volvieron, pues, pié atrás al mejor andar de sus cabalgaduras, y sus domésticos siguieron el movimiento; cuidando todos de caminar con oido atento y despierta vigilancia. Así don Pedro como la condesa iban un tanto imaginativos con la dificultad de su respectiva situacion, en la contingencia de un alcance por los esploradores de Padilla. Azar era este, que podia comprometer á un descalabro la nota del leal y buen comunero, y poner en lenguas la fama de la fiel y esclarecida desposada. Al general de la liga le creian todos en Tordesillas ocupado en los esponsales de la infanta; y á la almiranta de Castilla nadie podia conceptuarla sino en el cuartel imperial, entre los negocios de gobierno que rodeaban á

su velado, el primer regente de la Monarquía. Y hallarles juntos, descaminados y á deshora, á la vera de los montes, á través de los páramos, en ropaje vulgar y con más traza de fugitivos que de gente de buen vivir, habia de ser materia de ruido y de malicia, sin fácil ni satisfactoria esplicacion. Mas acomodándose ambos á lo que deparar pudiera la fortuna, entraron luego en coloquio, á propósito de la campaña abierta por el caudillo de Toledo y su intento de asedio á la plaza y castillo de Torre. Con este motivo Giron reveló á la de Módica que la marcha y maniobra de Padilla eran consecuencia de órdenes suyas, como jefe de las Comunidades, y que formaban parte de su plan de campaña. Consistia la combinacion en tomar la iniciativa vigorosa y simultáneamente con todas las fuerzas populares, sitiando á la vez los tres puntos más importantes de los regentes: Rioseco, Lobaton y Simancas. Contra el almirantazgo debia marchar él mismo desde Tordehumos, con el grueso de gente á su inmediato mando reunida; el sobrante de la fuerte y escojida guarnicion de Tordesillas tenia el encargo de tomar la atalaya del Duero; y Padilla con las tropas alojadas en las cercanías de Valladolid forzar la entrada de Torre y sentar allí su campo, dándose la mano sus alas con la córte y el cuartel general. La operacion era atrevida y segura, porque ninguno de los reales espugnados podia reunir refuerzos, ni ponerse en combinacion con fuerzas esteriores. Pues si bien el conde de Haro se hallaba en Medina del Campo con la masa más crecida y acondicionada de los imperiales, nada podia intentar por las atenciones que necesitaba cubrir desde aquel centro de accion. No podia desguarnecer aquella populosa villa, porque sus moradores llenos de ódio y resentimientos, que no se cuidaban de ocultar, contra los realistas, por el bárbaro tratamiento cuando la campaña de Fonseca, levantarian de fijo el estandarte de la insurreccion, en el momento de verse un tanto desahogados de la férula de aquellos des-

almados dominadores, sacudiendo el yugo de la sujecion material. Tenia tambien que estar en guardia sobre Avila, Segovia y Salamanca, ciudades todas comprometidas en el levantamiento, y que podian enviar fuerzas sobre su retaguardia, en el momento que quisiese acudir á cualesquiera de las plazas hostilizadas por los Comuneros. Tampoco le era dado dividir su gente, no tan fuerte en número y pertrechos como era para ello menester. Necesitaba mirar tambien por la conservacion de Alaejos y Portillo, que sin su proteccion quedaban á merced de cualquiera intentona por parte de Valladolid. Y no era prudente tampoco alejarse de su acantonamiento principal por los páramos de Campos; pues si bien podia hacer frente en detall á los tercios populares, no le seria posible contrarestar su superioridad, si llegaban á oponérsele en junto y de concierto. Proponíase Giron con ese plan de campaña arrancar á los imperiales de su mejor línea de accion y comunicacion, privarles de los recursos y elementos que así en las plazas como en el pais circunvecino sacaban para sostener la guerra, y desde donde ponian en rebato los castillos y destacamentos de la Liga contando además el general con el efecto poderoso que estas ventajas producirian en la opinion y en el espíritu de amigos y adversarios. Una vez dueño de los puestos sitiados, dominaba sin obstáculo hasta las márgenes del Duero en toda su prolongacion, desde la confluencia con el Pisuerga hasta la frontera de Portugal; y entonces ya estaba en actitud de reunir todas sus fuerzas en Tordesillas, y marchar resueltamente en busca del conde de Haro, para decidir en campal jornada sobre los llanos de *Tierra del vino*, la enojada litis entre la nacion y sus opresores puesta al fallo de las armas. El éxito no era dudoso en el órden regular de las probabilidades, así por el número y entusiasmo de los respectivos ejércitos, como por el sentido escelente de los pueblos; y si el de Haro quedaba vencido en la contienda, era muy posible cortarle

su retirada hácia los pinares de Soria, harto distantes para impedir á sus tropas de una desbandada, que las guarniciones de Cuellar, Izcar, Olmedo, Peñafiel y demas apostamientos comunales debian trocar en batida general.

En estas y otras recíprocas intimidades deshicieron los viandantes el camino andado, no tan pronto empero que dejase de frisar la noche en los filos de su mitad, cuando arribaron á los murados contornos de Lobaton, donde la condesa queria detenerse nada mas que el tiempo preciso para poner en armas la plaza y tomar una escolta, que asegurase su jornada hasta Simancas, poniéndose antes de la madrugada fuera del alcance del ejército sitiador. En el postigo de la villa encontraron reventado por la fatiga, lleno de sangre, sudor y lodo, el caballo del correo imperial, que les habia ganado dos horas de delantera, haciendo circular por la fortaleza la nueva de la aproximacion del enemigo en son de guerra y anunciando á sus defensores el próximo asedio. Van-Kirchen tenia ya reunidos los oficiales de la guarnicion, la justicia y regimiento de la villa, la clerecía y personas de cuenta en consejo formal, y con ellos deliberaba sobre el modo y manera de defender honrosamente el puesto hasta la última estremidad. Porque es de saber, que en cuestiones de campaña el bueno del flamenco era un solemnísimo cero, y hombre al agua, sin su asesor Hudulfo, que para andar á cintarazos se mostraba siempre pieza de rey. El bohemio, pues, llevaba la guia en aquella sesion, que se hallaba en lo mejor y mas animado de los belicosos propósitos, cuando la condesa hizo saber secretamente su inesperada vuelta al atortolado gobernador. Volvióle, como suele decirse, el alma al cuerpo la presencia de la condesa, pues temia algun mal encuentro con los Comuneros, al decir del aventado emisario, y recelaba pagar culpas ajenas, si al señor almirante llegaba á antojársele que no habia jugado limpio en tan desatinado

negocio. Tampoco la señora Cunegunda las tenia todas consigo respecto de los viajeros, y mucho más, habiendo esplorado detenidamente al portador de la noticia, y no pudiendo adivinar el partido que habria tomado la sorprendida dama en tan inesperado como perentorio compromiso. Recibiéronla por ende ambos consortes con encarecidas muestras de satisfaccion y desahogo, aunque con la reserva conducente al rigoroso incógnito de su ilustre huéspeda. Lo único que el obtuso alcaide no alcanzaba á esplicar era la vuelta de su prisionero, á quien ya creia libre y dueño de sus acciones en el campo de Padilla. Y le devanaba los sesos y le sacaba de tino, que viniese nuevamente á ponerse en manos de sus enemigos, pudiendo estar á paz y á salvo con sus camaradas, despues de haber librado de gruesa avería en tierra firme. Pero como el flamenco era aprovechado y positivista, no le desagradaba del todo la recuperacion de su presa, y allá para su capote, destinaba al imaginado capitan para rehenes y garantía de su vida y hacienda en un trance apurado del asédio. Sonreia disimuladamente el bellaco con tal idea, cuando la condesa hízole quedar tamañito y desconcertado, pidiendo caballos y comitiva para partir inmediatamente de Torre-Lobaton. El alcaide puso mal de su grado manos á la obra: pero mientras preparaba con eficácia la cabalgata, ocupábase en discurrir modo y manera de evitar la marcha de la condesa y la evasion con ella del interesante capitan. Tenia para ello las poderosas razones de su sobrenatural egoismo. La presencia de la condesa era una prenda, si cabe, mayor. Calculaba pues, y con sobra de fundamento, que si la retenia en su fortaleza, el almirante habia de librar la plaza del asédio á toda costa, y contra viento y marea; suponia que, cuando no, en todo evento, la condesa lograría una ventajosisima capitulacion, y hacia cuenta, y cuenta puntual, de que si el lance salia mal, no respondia de nada, y saliendo bien, doña Ana le habia de conceder lo mejor, siquiera por

mantenerle á su devocion. Paseábase inquieto y pensativo el castellano, dábase uno que otro sonoro palmetazo en la frente y sudaba tinta, sin acertar con un medio de salir con su traza. Pero como nada hay más sutil ni fecundo que el amor al individuo, ni hay sapiencia que iguale á la imaginacion de los pobres de espíritu, cuando se trata de lo que atañe á la conservacion de la piel, dió al cabo con ello, y respiró, como si de encima hubiéranle quitado el peso de la torre de Babel. Y era para él tanto mas satisfactorio el parto de su magin, cuanto que por primera vez de su vida habia logrado tener una idea propia, y deliberado sin acuerdo de asesor. Bien que en esta ocasion no podia contar con su Hudulfo, enfrascado, como se hallaba, en el consejo militar; y menos con su cordial Cunegunda, que suponia no entraria en sus proyectos por adhesion á la condesa y correspondencia á su generosa proteccion. Resuelto pues á poner en planta su espediente, y encomendando á soldados y palafreneros la pronta y buena ejecucion de sus mandatos, subióse á su aposento, donde se ocupó brevemente con un cabo tudesco, antiguo camarada y su confidente mejor, en las disposiciones necesarias al logro de los recatados intentos. El flamenco salió en seguida del castillo por una falsa mina, y el alcaide volvió á dar razon de su cometido ante la impaciente y desvelada condesa.

CAPITULO VII

¡Santiago y Libertad!

De pasada vá la noche, y los primeros despuntes de la mañana encuentran á los habitantes de la fortaleza desabridos y mal sosegados. Durante las horas de la velada no parece sino que anduvo el diablo suelto por la villa, que á poco se convierte en trasunto y remedo del campo de Agramante. Al fin todo ello redújose afortunadamente á ruido y aparato, sin que el escándalo llegase á entrar en ella por mayor. Las descubiertas de los Comuneros, que á la nueva luz asomaron sobre los alcores del contorno, vinieron á poner en órden los ánimos, y el son de sus arcabuzazos y el eco de sus marciales gritos, disiparon los más reácios vestigios de tan inesperado como turbulento desatino. El cañon de la plaza respondió inmediatamente al belicoso saludo de los soldados de Padilla, y tremoló en el tope del homenaje la bandera imperial. En el momento resonó por las calles el toque de alarma; las campanas tañeron el rebato popular; y en cuarteles y alojamientos militares la llamada de combate convocaba soldados y gentes de armas tomar, al puesto del valor y de la obediencia. «¡El enemigo!...»—decianse unos á otros los militares, que iban á reunirse aceleradamente con sus escuadras y banderas.—«¡El enemigo!...»—repetian los ve-

cinos pacíficos, cerrando á piedra y lodo puertas y ventanas, con apresuramiento y estrépito; «¡el enemigo!» se repetian á media voz con cierta socarronería algunos paisanos más curiosos de lo que fuera menester, guiñándose disimuladamente el ojo y apretando la diestra: «¡el enemigo!» era la palabra de todas las bocas y la ocupacion de todas las imaginaciones. Echanse los rastrillos y ferradas compuertas; las represadas aguas del riachuelo llenan con sus desbordados caudales la honda y escarpadísima cava; los muros se erizan de ballestas y espingardas; riela sobre los torreones en yelmos y armaduras el rayo del naciente sol. Cuadrillas de obreros cortan en lo interior de la villa las bocas-calles y avenidas con defensas improvisadas; aquí levantan un parapeto; allí construyen una palizada; en una parte oponen anchísimas zanjas al acceso de los sitiadores; en otro lado obstruyen el trayecto con carros volcados, piedras, ladrillos, muebles y otros materiales en amontonado y confuso hacinamiento. Abrense los copiosos repuestos de la fortaleza, y cárganse en ellos acémilas de armas, vituallas y enseres de guerra. Ya son haces de picas y ballestas, ya ámplios serones de pelotas y bolaños de piedra para las bombardas y serpentinas; por una parte salen cajones de misto y rollos de mechas para los arcabuces, y por otra se distribuyen mosquetes y espingardas, venablos y hachas de armas. Reatas de aporreadas bestias arrastran fatigosamente hasta los muros sobre los carros de labranza pesadas bocas de fuego, montadas en toscos cureñajes, para artillar las baterías del recinto esterior. Por todo el terraplen á la redonda se enfilan las bombardas y culebrinas de mayor alcance, se hacinan pilas de proyectiles, y se amontonan pilones de pez, odres de aceite, y leñas y sarmientos, y todo cuanto puede contrarestar al enemigo en el trance de una escalada.

En tanto los Comuneros van dejándose ver en gruesas bandas por la cúspide de las colinas inmediatas, esten-

diendo simultáneamente sus líneas y circunvalando la villa de posicion en posicion Parece que son los brazos desmesurados de un gigante, que desperezándose de los sueños de la noche, quiere abarcar á la poblacion en su monstruoso cerco y estrecharle en su caricia colosal. Está asentada precisamente la plaza en la cuenca de un valle largo y tortuoso, sobre cierto cabezo, que el terreno hace en aquel punto, y dominada por las cumbres de los alcores, que forman las vertientes de los páramos convecinos. La hondonada traza dos ramales; el uno sobre el camino real, que por el pequeño pueblecito de San Pelayo, conduce á Medina de Rioseco; y el otro que, arrancando desde aquel en las cercanías de la villa, se separa en línea travesera y direccion occidental, dibujando un ángulo irregular, que desde el vértice rejistra perfectamente en su doble prolongacion la torreada y elevadísima fortaleza. Las cimas de los recuestos se hallan á corto trecho de la poblacion, y desde ellas es ventajosamente espugnable y mucho más con tiros gruesos que puedan contrarestar los fuegos del castillo, cuyas baterías más elevadas no logran superar el nivel de las posiciones de asédio. Además, una vez dueños los sitiadores de todas las laderas, lo son tambien de los valles desde su embocadura, y pueden cerrar fácil y seguramente el paso á cualquier refuerzo ó socorro, y tambien impedir la evasion en retirada de los cercados. Pues como los caminos y avenidas siguen el fondo de la vallejada, y se hallan superados en todo su trayecto á uno y otro lado por las prominencias; tomadas estas por el enemigo, nadie puede aventurarse á ganar las tierras altas, sin ser holgada y casi impunemente batido desde tan ventajosos puntos, y sí empeñar una série de combates y de conquistar á viva fuerza cada palmo de tan largo como difícil via. Esto, sin contar otra insuperable contingencia. Pues si los espugnadores tienen la idea de hacer en las corrientes del Hornija, que fluyen por la hondonada, grandes represas y cortaduras,

no tardarán sus caudales en rebosar el mezquino álveo, y encharcar los terrenos bajos, inundando el camino y haciendo imposible el pasaje. Tambien el país comarcano bullia en alteraciones, y no tardaria en ponerse en armas, estimulado y favorecido por la presencia de los Comuneros. Pues el freno que únicamente contenia al paisanaje en sus tendencias á la insurreccion, era la guarnicion de Torre y la carencia de todo apoyo y sostén contra las escursiones de los encastillados realistas. Una vez variadas las condiciones de la situacion por el asédio, el rebato popular iba á sonar en todos los pueblos del rádio, y á auxiliar eficázmente la empresa intentada contra Torre-Lobaton. El dia, pues, entraba á todo andar, y el ejército sitiador ya estaba enteramente á la vista de la villa, en fuerza de seis mil peones y quinientas lanzas, con un parque de artillería, en el que se contaban algunos tiros gruesos para hacer la batería. Inmediatamente de tomar las avenidas y puntos dominantes, lanza Padilla algunas banderas de gente de á pié sobre el arrabal, que no estaba comprendido en el perímetro de la fortificacion. No se hicieron en verdad de pencas, como decirse suele, los animosos infantes á quienes confiára el caudillo esta primera demostracion: sino que, precipitándose á la carrera al puesto enemigo, á pesar de sendas rociadas de arcabuzazos, que tras de las cercas y desde las bohardas disparaban los parapetados imperiales, penetraron sin dificultad en sus mal guardados límites, haciendo retirar mas que de prisa de murallas adentro á los aventados sostenedores del tiroteo. Algunos más arriscados se iban sosteniendo de esquina en esquina, tirando sobre los grupos de Comuneros que cruzaban las callejuelas: pero hubieron al cabo de ceder del todo el terreno, que aquellos ganaban con impávido teson. Padilla, no obstante que habia aventurado este golpe de mano, en la confianza de sorprender á los realistas, toda vez que venia sobre ellos de improviso y que habia curado durante la marcha de de-

tener los pasajeros y tomar los espías, estaba en actitud vigilante sobre la arremetida de los suyos al arrabal, y tenia en ordenanza un grueso respetable, para secundar en cualquiera eventualidad el movimiento. Pero la villa no tomó parte en la escaramuza, limitándose á reforzar con un centenar de escopeteros los almenares de la parte contigua y á otras providencias puramente defensivas interiormente. El éxito de la intentona salió á placer de los planes y esperanzas del caudillo popular, que dió á su vanguardia órden de hacer asiento y estancia en el arrabal ocupado, haciéndose allí fuerte del mejor modo posible, como línea avanzada de sus acantonamientos. Circunvalada por ellos completamente la plaza, Padilla, cumpliendo con los buenos usos de la guerra, llamó un capitan de caballos ligeros y le dijo con militar laconismo

—Id, buen Mendoza, y requerid á la villa de entrega y rendicion dentro del dia, bajo apercibimiento de todo el rigor de las armas.

El mensajero, seguido de cincuenta ginetes, partió á galope; y presentándose ante las puertas de la villa con gentil bizarría, mandó tañer á su trompetería una tocata belicosa, y luego hizo en voz alta la intimacion; terminando su encargo volviéndose á sus mesnaderos y gritando enardecido ¡SANTIAGO Y LIBERTAD!... Los soldados secundaron con brío la aclamacion, que el ejército todo repetia desde las cumbres, y cuyos ecos se difundian por los valles en vaga y prolongada vibracion. La estrepitosa descarga de unos cuantos tudescos, que habian acudido á la muralla, contestó al requerimiento del oficial y á los vítores de su caballería. Arremolinóse esta al estruendo inesperado de los arcabuces; cayeron varios jacos, arrastrando consigo á los ginetes; salió tal cual lisiado algun buen español, y gracias al atoloadramiento y torpeza de los tiradores, no fué impunemente arcabuceada la mitad del escuadron de Mendoza. La sangre fria y animosa diligencia de este, reparó instantáneamente el desconcier-

to y metió en órden la gente, jurando y renegando de todos los tudescos conocidos y por conocer. Y sin dar tiempo, ni necesitar la llegada del socorro, que á toda prisa venia en su apoyo desde el cuartel general, intimó nuevamente al son de sus clarines y con acento más vigoroso y decidido el mensaje de rendicion á la plaza, y repitió su grito de combate. Esperó el valiente, firme sobre su caballo y cara á los muros, respuesta á su requerimiento. Y luego con igual solemnidad y mayor ardimiento lo reiteró por tercera y última vez, arrojando despues un guantelete dentro de la villa, y retirándose luego lentamente á la cabeza de su banda y al compás atronador de todos sus trompeteros y tañidores.

Padilla comprendió desde luego que tenia precision de entrar en la villa por la fuerza de las armas, y mucho más en vista del recibimiento de su intimacion. Indignóle profundamente, no obstante, la alevosía usada contra el capitan, quebrantando las prácticas y respetos de la milicia, y dió desde luego traza de poner en facha la artillería gruesa, para tener listo y aprestado el cañoneo al dia siguiente. Pues aunque se creia, y estaba en efecto, autorizado por la conducta de los imperiales con su parlamentario, para romper inmediatamente el fuego, quiso pecar de circunspecto y esperar durante el plazo concedido para la rendicion, en gracia de los vecinos inofensivos, y por la nobleza misma de su corazon. Cuadrillas numerosas de obreros empezaron inmediatamente los trabajos, para la colocacion de la batería sobre uno de los cerros, que por el costado oriental dominan la poblacion, lugar elejido por el jefe de las fuerzas sitiadoras, que trazaba y dirijia por sí mismo el órden y construccion de la obra. Y aprovechando las condiciones naturales de sus paisanos, á unos los hace abrir ámplia zanja en derredor del puesto, á otros los destina para terraplenes y parapetos; manda al cercano monte partidas fuertes con objeto de cortar leña, y destina escuadras enteras á hacer

estacas para empalizadas, y formar haces con que reparar en sus trincheras los destrozos que pudiera causar la artillería de la fortaleza. En tanto, sus gentes establecen cuarteles por toda la circunferencia Levántanse barracas, fórmanse vivaques y fabricanse cobertizos, quedando al cabo de algun espacio de tiempo convertido el contorno en un campamento tal y como era propio de la campaña. La gente montada se alojó por los lugarcejos más próximos; quedando en el campo sitiador algunos gruesos destacamentos, para hacer frente á cualquiera tentativa de los cercados y protejer los cantones de la infantería, conducir convoyes, y rondar los caminos y avenidas. Por frente de cada una de las puertas de la villa; pero fuera del alcance de las bocas menores de fuego, se situó una guardia avanzada, al abrigo de los vallados de las heredades y de otros reparos improvisados al intento y sobre las salidas de la carretera para Simancas y Medina de Rioseco situáronse poderosas descubiertas de tropas ligeras, para resguardo del cuartel general. El aposentamiento de Padilla y sus oficiales de campo fué dispuesto al raso, sobre la punta que forman las alcoradas en la confluencia de los valles, y muy cerca del sitio destinado para la colocacion de la artillería Nada de pabellon militar, ni tienda de campaña. Al igual del último guerrero, el virtuoso caudillo queria estar á la intemperie, participar de todas las fatigas é incomodidades, y dar ejemplo de sobriedad y fortaleza. Una ligera estacada, en cuyo centro tremolaba enhiesto sobre la pica de un soldado el pendon de Castilla, era la estancia del jefe sitiador, y señalaba al enemigo el mejor blanco para sus disparos. Bajo la sombra de la morada enseña trataba con sus capitanes y consejeros el medio y modo de dar cima á la empresa, con lo demás importante y propio de la ocasion. ¡Tiene, por cierto, algo de poético y no poco de interesante esa conferencia celebrada al descubierto, al pié de una bandera tan querida, al son de las canciones

del soldado y de las herramientas de los operarios, en medio de cañones y pertrechos, entre el movimiento, ruido y animacion del campamento; sirviendo al Consejo de mesa el escudo de un caballero, asentado sobre los timbales de su mesnada; de sitiales las piedras mal cortadas del páramo, cubiertas con los reposteros de los caballos, y de alfombra el marchito césped, que acaso iban á regar con su limpia y generosa sangre! Mientras los jefes de la Liga discurren acerca de los lances de la guerra, y hacen cuestion de vida y honra la suerte de la patria, cruzan por los alrededores del real las gentes del pais atraidas por la llegada del ejército, y por esa curiosidad y escitacion que producen los espectáculos militares y particularmente la vista de un campamento. Ya es un corro de lugareños, que se pára entre los tiros de batir con un palmo de boca abierta, por las bolas que les cuenta un soldado viejo con puntas de chusco y decidor; ya es una pareja de bonitas aldeanas, que van brindando con leche y tortas de miel, y que se ponen coloradas con el granizo de piropos y floreos de la gente moza y bien humorada. Por allá dá vueltas un pastor con blanquísimo hato de tiernos recentales, que vende al mejor postor; en otro lado andan los rúcios cargados de pan y otras vituallas caseras. Aquí se establece un mercado de gallinas y regalados víveres, y junto á él una abacería de bacalao, tocino rancio y amarillos arenques, ó un puesto de lo rico y castizo de Rueda y Bez-de-Marban; tambien llegan de cuando en cuando alborozados grupos de mozos del confin, á tomar plaza en las tropas populares, ganosos de cobrar fama de buenos y de sacar á los tudescos la revancha de los vejámenes y demasías con que tenian abrumados á los moradores y concitado el ódio general. Los pudientes y hacendados llegan con servidores y familiares á ofrecer sus haberes y buenas voluntades; las personas de gerarquía y autoridad vienen á besar las manos del bien quisto jefe; las gentes sencillas se afanan por ver

su semblante y darle muestras de leal querencia. Por todo el ámbi.o del acantonamiento reinan la animacion y el entusiasmo. Los soldados de la hueste, exentos de fatiga, ya limpian y acicalan sus armas, ya platican en esparcidos corros; y mientras unos duermen á pierna tendida, para desquitar la mala noche, otros cantan alegremente polos á la morena que dejaron en su aldea, ó punzantes coplas contra los flamencos de manos largas y uñas de gavilan.

Al declinar la tarde, empiezan á encender hogueras y fogatas; que hacen semejar las puntas de los collados á luminosos volcanes de tranquila y pintoresca erupcion. En torno de ellas se disponen y condimentan los ranchos para las tropas regladas; degüéllanse reses, acópianse legumbres, y distribúyense tasajos y raciones. Los hombres del pueblo, que guerrean por su cuenta, arréglanse como pueden: quién se ocupa en degollar un cabrito; quién cuece al fuego una docena de patatas; aquel se las ha con media docena de ensartados chorizos, y esotro se prepara á dar cuenta de cierto pedazo de cecina y otro de curado queso de Villalon. El sol en tanto llega al ocaso; suena la retreta, y empieza entre el silencio la velada militar.

CAPÍTULO VIII.

Lo de adentro y lo de afuera.

Y vélase efectivamente en el campo y en la villa. Pero lo mas interesante que ocurre en la actualidad es que la condesa doña Ana y don Pedro Giron, retirados en segura estancia de la fortaleza, discurren los medios de salir de su rara y comprometida situacion. Un caudillo militar sitiado por sus mismas tropas y que se halla *velis nolis* en el real del enemigo contra quien dispone y ordena la campaña, no es escena que ocurre todos los dias. Y una dama ilustre que en medio de los defensores de su parcialidad guarda el más esmerado incógnito, y está de inteligencia con el jefe de sus contrarios, tampoco deja de ser un fenómeno poco visto y menos comprensible. El asunto es de veras difícil, y merece bien la cuenta en que le tienen y la desazon que cuesta á los pensativos personajes... Si Torre-Lobaton cae, el duque no ha de poder dar esplicaciones que le prohiben su corazon de amante y su calidad de caballero; y su lealtad puede verse formalmente en lenguas y malicias. ¿Y cuál seria la suerte de la condesa en el rebato del vencedor? Cierto que tambien parece cosa del diablo el ensarte de sucesos, y hay para dar por las paredes con tan embrollada aventura. Quisieron partir de la villa, y los Comuneros les atajan el paso,

Intentan luego una nueva salida, y los flamencos del presidio, sin saber cómo ni por dónde, se amotinan y cercan la fortaleza, gritando cual energúmenos ¡*traicion*! con destemplada garganta y feroces ademanes. De pronto nadie supo lo que deseaban ó recelaban aquellos desalmados. Los más piadosos creyeron que todo ello era vino por mayor, y pudo ser que acertáran; porque tudesco habia en la gresca que no le cabia la lengua en la boca, y cuya cabeza estaba reñida con los piés. Ni habia medio de hacerse entender con aquella sarta de insensatos que haciéndolo todo cuestion de pulmones, única y esclusivamente atendian á su tema, que era no dejar á yente ni viniente franca la puerta de la fortaleza; y si algun momento, calmada la furia del tumulto, intentaba traerles á buen término cualquiera persona de valer ó de valor, reproducíase como por encanto la grita y el desórden, como si aquella masa obedeciese á un impulso eléctrico ó hubiese una mano suelta é interesada en mantener el desatinado é incomprensible somaten. Si alguno hubiese tenido el ánimo libre, quizá hubiera visto que este accidente no tenia mucho de natural y que le tocaba más cerca de lo que aparentaba su ver. Pero cuando la fantasía se halla embebida en cualquiera ilusion, el hombre no vé claro y no quiere ni por ventura puede comprender lo que no cuadra á sus imaginaciones. Bien que así el interesado ahorró todo mal pensamiento y juicio temerario, que en Dios y en conciencia hubiera carecido de fundamento, como saben los que están en antecedentes. Ello es, que á la fechoría de la soldadesca, los huéspedes del castillo tuvieron que renunciar á su propósito de viaje y cerrarse á piedra y á lodo, hasta que ya clareando la mañana, aquellos salvajes roncos, soñolientos y desvencijados, dispersáronse al primer grito de los soldados de Padilla. Formalizado de seguida el cerco, cesó toda oportunidad para alejarse de Torre, y esta es la hora en que el duque y la condesa detenidos y guardados contra su volun-

tad, imaginan el partido que tomar en vista del rumbo de los sucesos. La condesa habia empezado por instar á don Pedro que partiera al campo comunero á ocupar su puesto: pero el duque comprendia que su honor estaba empeñado en correr la misma suerte que doña Ana, y por nada del mundo hubiérase alejado de la hermosa, toda vez que por él corria tanto compromiso, y que en el trance de la guerra podia necesitar su compañia y personal defensa. Y estas consideraciones, que bastarian por sí solas para quien quiera y así comprenda los empeños del honor, eran mucho más fuertes y decisivas habiendo por medio un corazon poderosamente apasionado y jugando en la partida todas las ilusiones de un amante ciego y desvanecido No hay, pues, que pensar en que don Pedro haya de apartarse del lado de la condesa, aunque tampoco se ocultan á su comprension las complicaciones que puede ocasionarle, si bien se lisonjea de poder dominarlas y salir á la orilla desde tan revuelto golfo de contrariedades. Esto podria consistir en que vemos las cosas del lado más acomodado á nuestros gustos, y deseamos engañarnos siempre y cuando que necesitamos transijir con el grito de la conciencia. Todas las instancias de la de Módica fueron ineficaces contra la decision del caballero; y al par que aquella redoblaba los estímulos de su generosidad y nobleza, este tambien se aferraba con mayor ahinco en llenar hidalga y bizarramente sus compromisos de agradecimiento y adhesion. Aquello se convirtio al cabo en una contienda de honor, donde ninguno de los interesados queria quedar por menos, ni mostrarse indigno de su competidor. Colocado el caso en un punto de vista y habiendo de correr paridad en el lance, quedaban dos recursos para conjurar la borrasca. Esperar valerosamente dentro de Lobaton el éxito del asedio, ó salir á todo trance, ya por astucia, ya por vias de la fuerza La espectativa era prudente, pero arriesgada en algun modo. Si los Comuneros toman la plaza despues de una resistencia tenáz, la

ley de la guerra es inexorable, y de nada ni de nadie se puede responder. Una evasion al través de las l neas de las tropas sitiadoras es un propósito desesperado, que solamente puede tentarse en la ocasion crítica. Entrar la villa en capitulacion, sin combatir, es un imposible á toda luz. Sobre estos temas cavilan y departen los indecisos próceres, y ya llevan buena pieza de tiempo sin hallar espediente ni via de provecho. Pero la condesa vino á dar en un discurso, que podia resolver tan embarazoso como difícil estado. Reducíase su combinacion nada menos que al levantamiento del sitio, antes de que la plaza tuviese necesidad de ceder ó transijir. Comunicó el intento al duque; pero reservándose el medio de ponerlo por obra, y como haciendo punto de amor propio femenil el llevar á cabo por sí y ante sí tan árduo y descomunal proyecto. Giron nada podia ni tenia que oponer al pensamiento de su amada, puesto que la salvacion de sus vidas y honras iba en la buena salida del lance, que á tanta estremidad les traian los juegos incontrastables de la suerte. Quedó por ende á cargo de la animosa matrona la pronta y espedita ejecucion de su intento; debiendo entretanto esperar, haciendo mantener á la villa puramente á la defensiva y sin escitar por su parte la contingencia del sitio. Creia doña Ana su combinacion de tan eficáz y seguro éxito, que no se cuidó siquiera de escogitar con el duque ningun otro término de solucion para aquella andanza, y dedicó todo su conato, luego que se apartaron concluida su conferencia, en mandar un aviso al conde de Haro, para que levantando su cuartel general, viniese á marchas forzadas y con todo su poder sobre Torre-Lobaton. Era el plan de la condesa muy bien concebido y calculado. El movimiento del ejército imperial constituia una poderosa division para los intentos de Padilla. Llamada la atencion del comunero con él, necesitaba hacer frente á los imperiales, ya distrayendo parte de las fuerzas del sitio, ya saliendo con todo

el grueso al paso del enemigo, dándole campal y decidida batalla. Para lo primero no traia el de la Liga bastante número de gentes, y le tenia más cuenta suspender las operaciones del sitio, que no dejar en las trincheras una corta masa, que pudiera muy bien ser envuelta por alguna salida vigorosa de la guarnicion de la plaza. Padilla, pues, tenia que optar por el único partido, yendo al encuentro del de Haro, y atajándole el camino con el total de sus combatientes. Cualquiera que fuese el resultado de este choque, la condesa llenaba su objeto, alejando de su residencia al sitiador, y haciéndole dejar libre el contorno, durante un intervalo más que suficiente á verificar la evasion y ganar tiempo de ponerse á buen recaudo.

El plan era ingenioso y positivo, aunque no dejaba de tener un tanto caviloso á Giron la idea de que, si bien indiscretamente y mal de su grado vencido por insuperables consideraciones, estaba contribuyendo á la conveniencia de los imperiales y al desconcierto, quizá á la paralizacion de una campaña ordenada por él mismo y empeñada por sus amigos y partidarios; y dábale alguna grima su forzada connivencia en semejantes clandestinidades, no obstante de tener la completa conciencia de su honor y la más alta seguridad de sí mismo. Lisonjeábale además desquitarse luego á fuerza de bazañas y de victorias su forzada contemporizacion con los realistas, y esta esperanza le daba aliento para arrastrar tan esquivosa situacion, y acallar los retientos de su pundonor comprometido. Y como, merced á la fascinacion de su alma por la condesa, creia firmemente que todo ello refluia en provecho de la causa del pueblo, y que de los sacrificios y riesgos que se estaba imponiendo, cojeria el país larga cosecha de ventajas en la contienda pendiente, llegaba á persuadirse el buen doncel que todos verian en el asunto tan claro como él, y que el aplauso y loa universal coronarian tan árduo como singular episodio.

Mientras que la condesa se dió en la fortaleza buena

maña para el mejor despacho de su mensaje, en el campo sitiador estaban dispuestos á la primera luz de la mañana todos los menesteres para el ataque de la plaza. Los Comuneros tampoco habian desperdiciado las horas de la noche. Un puesto fortificado de tiros gruesos descollaba por la colina más inmediata á la villa y estaba pronto para lanzar contra sus murallas el estruendo y la ruina. El disparo de una bombarda anunció al real la nueva aurora, y el animado son de las cornetas y atambores hizo la salva militar. El campamento despertó á las bélicas armonías, y cuando el sol asomó por el horizonte, ya cada combatiente estaba en su puesto y las huestes en ordenanza apercibidas Padilla, seguido de animosa cabalgata, recorrió todas las líneas y estancias, siendo recibido donde quiera con aclamaciones de entusiasmo y muestras de valerosa lealtad. Practicada su revista situóse en la batería, mandando enarbolar la bandera roja y hacer la señal del rompimiento con una descarga de todas las piezas de la batería. Crujió la ronca detonacion; los proyectiles cruzaron en arrebatado vuelo por encima de las torres de la plaza, y el eco de la artillería se prolongó tristemente por cumbres y hondonadas entre el silencio de todo el confin. La fortaleza de Torre iza tambien pabellon de guerra y responde con la voz de sus cañones á la hostil demostracion; y como si Padilla esperase solamente tan resuelto arranque, para dar formal comienzo á la espugnacion, sus bocas de fuego tronaron repetidamente, lanzando á las cercas voluminosas pelotas con objeto de abrir brecha para la escalada. Retumbaba el estampido de las serpentinas y bombardas á menudos intervalos, y cada proyectil que acertaba á derribar una almena ó hacía venir á tierra un pedazo de fábrica, era seguido de cien gritos de combate exhalados por la impaciente muchedumbre. El murallaje, bastante sólido y bien acondicionado, no cedia empero á la violenta accion de las balas, y esperimentaba menos daño del que los sitiadores apete-

cian y esperaban. La fortaleza por su parte tampoco estaba ociosa, y ponia en juego contra ellos sus piezas de mayor alcance y calibre. Algunos tiros más certeros lograron producir cierto destrozo en la batería de los Comuneros, rompiendo el montaje de un gran trabuco y derruyendo porcion de los parapetos y banzos de tierra, que servian de reparo y asiento á la posicion. Este incidente hizo suspender el cañoneo y produjo alguna inquietud en el campo, pues creyóse que los sitiados intentáran á tal sazon alguna salida contra la batería, que por no pocos se creia punto menos que inutilizada. Limitóse á pesar de eso la plaza á redoblar sobre ella sus tiros y á coronar el muro batido con una barda de arcabuceros, para contener á varios destacamentos que Padilla hizo salir de sus líneas en actitud de guerrillear, mientras duraba la reparacion del puesto, poniéndolo á seguro de algun golpe de mano. Cambiaron unas cuantas descargas y otros tantos apodos y pullas de parte á parte, riéndose los castellanos con estrepitosa algazara de las estropajosas lenguas de los tudescos, y remedándoles los más chuscos donosa y lindamente. Este arriesgado entretenimiento duró corto espacio; pues recompuesto el atrincheramiento y sustituida la desmontada boca de fuego, no obstante los disparos continuos de la fortaleza, el cañon de Padilla tornó á crujir otra vez, y á su estampido se retiraron las avanzadas, aunque no sin ofrecer á los flamencos una visita cordial y aprovechada. Y para mayor trisca y contentamiento, uno de los tiros alcanzó con su pelotazo á tal bandada de aventureros, echando á rodar lisiados y maltrechos media docena poco más ó menos, y haciendo á los demás ir á puto el postre, cariacontecidos, espiritados, y atropellándose á pisotones, codazos y aspavientos. Las cuchufletas, los chistes y bufonadas de los Comuneros ante tan grotesco percance, fueron mayores y más picantes de lo que permite la caridad cristiana; y cuando un flamenco se levantaba estropeado y quejumbroso, osotro

iba torcido y de medio lado, rengueando y dándose á Barrabás; cuando veian á este lleno de lodo, desmelenado y aturdido meterse á gatas tras el antepecho de los adarves, ó contemplaban á los demás caidos y revueltos, forcejear, revolcarse y despachurrarse, sin saber cómo ponerse en pié cuanto antes, para tomar las de Villadiego, dejándose los sombreros y arcabuces por aquellos suelos, habia hombre que se apretaba los hijares y quien se hallaba más holgado y horro que en los novillos de su lugar.

El fuego de los sitiadores hacia sin embargo poco efecto sobre la fortificacion enemiga, en razon de la solidez que por aquella parte presentaba contra los cálculos y esperanzas de Padilla. Así es, que no obstante el calibre grueso de los tiros y la proximidad de su posicion á la villa, fueron precisos muchos disparos para conseguir la rotura de un murallon. Luego que el caudillo vió abierto el boquete, aunque de cortas dimensiones y difícil acceso, ordenó un asalto al descubierto. Arrojaronse al portillo dos banderas de gente escojida, en tanto que otras compañías dirijíanse sobre diversos puntos de la muralla. Sanchez Cimbron y Hurtado de Mendoza comandaban las fuerzas de la escalada principal, que sin reparo al fuego de la plaza avanzaron intrépidamente hasta el mismo pié de los bastiones. Los capitanes treparon seguidos de los más valientes por los escombros; pero desde el almenar caia sobre ellos una nube de piedra y todo género de proyectiles ofensivos, que derribaron á muchos, y algunas veces hicieron cejar la acometida. Grande era allí y en todas partes el rebato y griteria de los combatientes que peleaban por todo el circuito asediado. El objeto de este movimiento general sobre la villa era diseminar la guarnicion y haciéndola acudir á todo el radio, evitar que pudiesen cargar grandes refuerzos sobre el portillo asaltado y hacer que tuviesen más ventajas los tercios encargados de esta arriesgada operacion. Tenian, sin embargo,

que luchar con graves obstáculos y que contrarestar en el acceso la mejor y más aguerrida parte de la guarnicion, allí aglomerada de antemano. Varias veces ganaron un amontonamiento de escombros, que servia de rampa á la aportillada muralla, y otras tantas cejaron bajo la tormenta de arcabuzazos, ballestas y manojos de sarmientos encendidos, que descendian sobre ellos desde las bien guardadas almenas. La sangre de los generosos castellanos habia ya enrojecido aquel escabroso derrumbamiento y algunos habian sellado con su existencia el juramento prestado á los pendones de la libertad. Cimbron y Mendoza, impertérritos en aquel sitio, consiguieron mantener el combate y se esforzaban por arrimar la escala á los muros. Empresa era esta más árdua de lo que parecia, en razon á que no pudiendo maniobrar muchos hombres á la vez sobre el apilamiento de la ruina por lo reducido del ámbito, aquellos útiles se manejaban mal, en tanto que los defensores podian á su sabor y conveniencia incomodarles y causarles daño. El empeño era vivo y tenaz por ambos lados; y para protejer las intenciones de sus gentes, Padilla envió una cuadrilla de escopeteros, que apostados oportunamente impidiesen que desde los adarves se resistiese por los tudescos con tanta ventaja la arribada á la brecha. Este refuerzo, escojido de cazadores campesinos y montañeses, avezados al manejo del arcabuz en las batidas y ojees, con escelente punteria y serenidad á toda prueba, hizo aflojar la resistencia de los cercados, que apenas podian asomarse á los antepechos, ni menos ocupar la parte desmantelada de los terraplenes. Bajo la proteccion de sus compañeros, los asaltadores lograron arrimar dos escalas á una muralla, decididos á trepar por ellas con ciega decision. Pero pusiéronse á punto de desesperar, cuando despues de tanto afan y empeño de pelea, vieron que no alcanzaban al borde del portillo y que era imposible ganar por ellas su elevacion. Bajáronse mústios y desabridos algunos soldados,

que sin ver ni oir mas que su ardimiento, ya se iban encaramando por los banzos con la daga en la boca y el arcabuz á la espalda. Pero nadie decayó de ánimo; y todos aquellos valientes bajo las balas y flechas del enemigo, pusieron mano resuelta y animosamente á empalmar las escalas unas con otras, para doblar su alcance, segun la traza y pensamiento del imperturbable Cimbron. En lo más animado de la tarea, mientras unos retorcian cuerdas, otros traian maderos para apuntalar los empalmes, y otros se afanaban en aumentar y consolidar con piedra, cestos de tierra y fuertes tablones la parva de escombros que iba á servir de asiento á las escalas, desembocó por un postigo inmediato y dió sobre ellos de rebato, récio escuadron de imperiales al mando de don García Osorio, capitan gobernador del real. El objeto de tal arrojo era arrebatar á los Comuneros los menesteres del asalto, arrollándolos con una salida poderosa, y volver á entrar con su presa en la plaza, antes de que pudieran venir en su apoyo fuerzas superiores. Pica en ristre y espada en mano entraron á los operarios, consiguiendo al pronto sembrar algun desconcierto y logrando apoderarse de unos pocos útiles. Pero al acento resonante de Cimbron, que derribó de un fendiente al primer adversario que tuvo á mano, rehiciéronse como por encanto sus gentes, y revolvieron contra los de Osorio con las herramientas é instrumentos más adecuados de los que traian en uso para su labor. El encuentro fué breve, pero aprovechado en sacudidas y lisiaduras. Blandianse las lanzas y esgrimianse los aceros, y tambien crujia el arcabuzazo á manteniente seco sobre las molleras tudescas como habia quien armado de una larguísima alfangia desparramaba por la arena á los asendereados realistas, como el gigantesco mazo de un batan. Pero estos, viendo burlado su intento y que los Comuneros les volvian las tornas á más y mejor, no aguardaron la llegada de las espingardas y ginetes, que á todo correr se acercaban para sostener la

pelea, y volviéronse á la plaza á buen andar y sin dar tiempo á mayor descalabro. Y á poco éntranse con ellos por el postigo, revueltos y arrebatados unos cuantos plebeyos que les iban á los alcances, llevados de su ardor y desordenado apetito de aporrear las costillas á los servidores de S. M. Cesárea. Los aprestos para el asalto continuaron luego con doblado vigor y actividad, hallándose prontas y consistentes de allí á poco, dos escalas muy bastantes para alcanzar á las esplanadas de la fortificacion. Dada la señal de ataque por el valeroso Cimbron, treparon en pos suyo por la difícil pendiente sus denodados mesnaderos y avanzaban osados al escarpado aportillamiento. Mas de repente cae sobre ellos una nube de cal viva y una granizada de piedras enormes arrojadas de lo alto, cuando ya iban á tocar los bordes de la brecha. El capitan resistió impávido: pero algunos soldados quedaron inútiles y mal compuestos, arrojándose á tierra desde los altos banzos, que ocuparon á porfía otros no menos valientes y arriscados. Seguian pues su azaroso ascenso, y los flamencos continuaban desplomando materiales ofensivos, sin lograr ver un punto la escala vacía de enemigos, ni detener su incontrastable resolucion. El combate se habia empeñado á la vez por varias avenidas de la plaza. Los sitiados intentaron recuperar el arrabal, así para arrojar á los Comuneros, que desde su caserío dominaban el murallaje, imposibilitando la defensa de aquella línea, como por llamar allí la atencion de Padilla y entretener mayor porcion de sus tropas. Pero la vanguardia allí apostada era muy suficiente para sostener el puesto, y evitar sus camaradas la molestia de habérselas mano á mano con los incorrejibles realistas. Dirijieron estos su intentona contra un casaron antiguo, donde se habia acuartelado el grueso de la avanzada; y atravesando con arrojo y firmeza á paso largo las calles, entre el fuego que desde los edificios contiguos disparaban los Comuneros por ventanas y boardillas, trataron de forzar á todo trance la es-

tancia. Empeñóse pues un combate vivo, y cada cual iba haciendo lo más que podia. Inútilmente quisieron desde la calle escalar por las rejas y balcones, pues los defensores del cuartel derribaban lisiados y rotos á los que osaban tan arriesgada ascension, costando á varios tudescos la mohosa y amoratada piel. Bajaban mal de su grado más de prisa que subian los temerarios trepadores bajo los fendientes y mandobles de los Comuneros apostados en los vanos del ventanaje, y convencidos de la costosa inutilidad de su empeño, discurrian cómo echar abajo el porton, disparando sobre la cerradura nutridos y abundantes arcabuzazos. Ni por esas cedia la aferrada barrera, y ya trataban de traer una pesadísima viga para batirla con ella, á guisa de improvisado ariete, cuando dió sobre los acalorados tudescos una cuadrilla de peones ligeros que salió del aporreado albergue por las tapias de una corraliza accesoria, y tomando un rodeo, cojióles los flancos, al mismo tiempo que abriéndose de par en par el postigo, salió á mano armada un tropel de Comuneros repartiendo cintarazos y lisiaduras por mayor. Armóse, por ende, en medio de la calle un zafarrancho, que no habia más que ver. Los realistas cercados por todas partes, incomodados por los disparos de las casas contiguas, y recibiendo al descubierto á tantos enemigos, no cejaron así como quiera, y volvian las tornas con aplomo y valentía. Agrupados y dando cara á todas partes, no cedian un palmo de terreno y mantenian á raya á los Comuneros. Cargados no obstante cada vez con más vigor y recelando ser cortados en su regreso á la plaza, empezaron á retirarse en buena ordenanza, sin dejar de sostener el animado y mortífero combate. Lenta y trabajosamente hacen su movimiento retrógrado, dejando marcado su rastro por senderos de sangre y por muertos y heridos, que caen á los tiros de los mosquetes enemigos y de las ballestas populares. Ya van muy cerca de la poterna, por donde verificaron su agresion, y se hallan al abrigo de

los fuegos de la muralla, dando por concluida la jornada. Pero antes de rebasar las últimas bocas-calles salen por ellas dos fuertes piquetes de Comuneros, para cerrarles el acceso y envolverles definitivamente. Intentan exasperados romper por medio de las nuevas fuerzas interpuestas ante la avenida de la plaza, que ni aun puede protejerles con sus disparos, porque en aquella confusion y mezcla ofendian tanto á unos como á otros combatientes. En estos momentos críticos la voz de fuego se deja oir y vuela de boca en boca con la rapidez del pensamiento. El acuartelamiento de los Comuneros arde en hoguera voraz. El cartucho inflamado de un arcabuz penetró en un sótano henchido de heno y produjo su combustion, que cunde rápidamente por todo el edificio. Buena porcion de Comuneros parte á la carrera en auxilio de sus compañeros, comprometidos acaso en el imprevisto azar Los realistas cobran ánimo nuevamente y toman la ofensiva; y entre la pelea y el incendio, está hecho una nueva Troya el atronado arrabal.

Mientras parte del destacamento se afana valerosamente en cortar los progresos de las llamas, el resto se las há mano á mano con los reanimados imperiales, que intentan romper por entre ellos y ganar el postigo del murallon. Tan grande es el rebato y estrépito, que vienen fuerzas del presidio, mandadas por el jefe de la plaza, en defensa y amparo de aquella avenida, y que coronan las almenas con resuelto ademan armadas las ballestas y encendidas las mechas de los mosquetes. Mas no se atreven, ni pueden hacer una salida sobre los de la Liga, que era el recurso más propio de la ocasion, porque estos vigilan con ojo atento el rastrillo del baluarte, prestos á aprovechar cualquiera oportunidad de forzar el paso y penetrar á fuerza de armas dentro del bastion. La pelea continúa mientras en las calles del barrio, sin aflojar cosa importante, y los imperiales van convenciéndose de que su acceso á los postigos ofrece más que mediana dificul-

tad. Cargados cada vez con más ahinco por los Comuneros, su posicion se hace por momentos tan crítica, que va tocando en insostenible y llegará á ser desesperada. Demandan con desaforados gritos socorro á la guarnicion de la plaza, y votan y juran como energúmenos en inestricable algarabía, cuando ven á sus conmilitones mano sobre mano en lo alto de los terraplenes como meros espectadores en tan comprometido lance. Despechado y ciego alguno de los arremolinados flamencos, arroja al suelo la pica ensangrentada, y apostándoles con el puño cerrado á sus cobardes camaradas, pateando la escarapela imperial y mesándose lindamente las barbas, se fué al lado de los Comuneros, y entregóse voluntariamente sin reserva ni condicion. El ejemplo no ha sido en vano, pues un buen trozo de la compañía siguió el mismo derrotero con armas y pertrechos, ofreciéndose además en reproche y despique, á volverlas contra los que tan inhumanamente les abandonaban á merced del vencedor. Los Comuneros desecharon con noble altivez esta vengativa propuesta, y desarmando á los prisioneros, les remitieron al cuartel general sin lesion en sus cosas ni personas.

El incendio mientras tanto se habia propagado á otros edificios, y trazas iba tomando de abrasar el desdichado arrabal. El cuadro iba siendo imponente y desolador. Los tristes moradores, guarecidos en sus viviendas para librarse del furor de las armas, las abandonaban forzados de un peligro mayor, y salian á las calles confusos y atolondrados, para evitar ser pasto de las llamas. Unos conducian consigo los efectos mas necesarios ó de más estima; otros escapaban sin más que de sus personas hácialos campos y alrededores. Quiénes querian acojerse á los tudescos, que teniendo mucho que mirar por sí, les rechazaban brutalmente; quiénes iban á acojerse á los Comuneros, teniendo más confianza en los compatriotas que en los estraños y advenedizos. Las tristes mujeres y los infelices niños vagaban de calle en calle, exhalando lamentos y

alaridos, y los inocentes tendian sus manecitas temblorosas y débiles á cuantos al paso encontraban, pidiéndoles su favor y amparo contra aquella deshecha tempestad. Algunos, ya estenuados de fatiga y atemorizados como pajaritos en medio del turbion, se acurrucaban en los rincones de las calles y en los vanos de las puertas, y sin valor para llorar siquiera, dirijian á todas partes miradas intensísimas con sus ojos preñados de lágrimas, y los cerraban los miseros llenos de terror y asombro, cuando alguna escena de sangre y violencia hería en lo más hondo sus almas infantiles.

En estos críticos momentos aparece Padilla en la entrada del arrabal, caballero en su arrogante tordillo y al frente de algunas banderas de peones ligeros. Creyendo comprometida su gente contra fuerzas mayores y por el incendio del caserío, venia en alas de su denuede á decidir la jornada. Pero cuando vió ante si el espectáculo que ofrecia el desordenado barrio, comprendió que allí solo tenia que emplear la clemencia y la magnanimidad In, mediatamente mandó al trompeta de su guardia hacer seña de suspender las hostilidades. La bocina hizo oir su aguda y penetrante nota, todos los clarines de las mesnadas repitieron en seguida la órden, y en alas del viento se difundió á poco por todos los ámbitos del real. Pero cuando llegó el mandato del generoso caudillo al sitio principal de la pelea, ya estaba el negocio orillado, y los más temerarios flamencos se hallaban vencidos en toda regla y poniéndoles á buen recaudo las gentes de los Comuneros. Nada, pues, más fácil para el sitiador, que poner á la plaza en un apuro decisivo y obligarla á rendirse á discrecion.

Sin más que dejar correr el incendio por la línea de los edificios, que tenia algunos puntos de contacto con el recinto murallado de la poblacion, las llamas habrian penetrado en ellas, y obligadoles á optar entre la destruccion ó el vencimiento; pero los Comuneros, ni necesita-

ban ni querian echar mano de tan inhumano recurso. Les bastaba, para vencer, la justicia de su empeño y la fortaleza de sus corazones. Su esclarecido capitan mandó cortar á todo trance los progresos de la combustion; recojer en paraje cómodo y seguro los niños, las mujeres y personas indefensas, y prohibir con severas intimaciones hacer demostracion alguna contra la villa y sus defensores. Destinó á este objeto algunos destacamentos, que cumplieron noblemente tan hidalga voluntad, en tanto que gruesas bandas de sus voluntarios aislaban el fuego, derribando con lo que más á mano habian algunos casuchos de las inmediaciones. Merced, pues, á tal valor y generosa obediencia, en pocas horas se consiguió dominar el incendio, reduciéndole al aislamiento y á la incomunicacion. El atalayero de la plaza dió el toque de tregua y parlamento. Padilla hizo corresponder benévolamente á la invitacion. Retiróse la guarnicion de los adarves. Acamparon fuera del arrabal las fuerzas sitiadoras, y la calma reinó en aquel recinto, que antes habia sido teatro de la mas desatinada confusion. Bajo la salvaguardia del honor militar vinieron luego al cuartel de Padilla los parlamentarios de la plaza, que eran gente de lo mas granado y considerable entre sus moradores; el jefe de la Liga les recibió digna y cortesmente con todas las formalidades de la ocasion; y reunido el consejo de sus oficiales superiores dió audiencia á los enviados que venian á proponer el rescate de los prisioneros, la entrega de los habitantes del arrabal puestos al amparo de los Comuneros, y para la salida de los vecinos de la villa, que no quisiesen correr las contingencias del asedio y una tregua de ocho dias á condicion de rendir la plaza, si no recibia en tanto socorro esterior. El consejo se negó á todo trato, pero mandó entregar sin rescate ni condicion los arrabaleños guarecidos á su proteccion; y acordando mantenerse sobre el terreno, les otorgó un plazo de doce horas para aceptar una capitulacion.

CAPÍTULO IX.

La fuerza de las cosas.

Mientras entre los defensores de Torre-Lobaton se trataba con acaloradas diferencias sobre la intimacion de Padilla, en lo más reservado del alcázar ventilábase entre doña Ana y el de Giron otro negocio de mas importancia y no menor dificultad. Las cosas habianse enmarañado de tan rara y endiablada manera, que no tenian fácil salida ni acomodamiento. Era, pues, el cuento de ahora el mismo de antes, sin quitar ni poner. Y á su buen despacho dirijianse todos los conatos y pareceres de los comprometidos personajes. Su evasion de la villa cercada, les ocupaba única y absolutamente; y el cómo y el cuándo de la empresa, estaban siendo materia larga de encontrados propósitos y discursos; pero la tregua concedida por los Comuneros vino á dar algun respiro y á mostrar camino de salvacion. Instintivamente comprendieron nuestros interlocutores que era llegada la oportunidad de la salida y que era preciso aprovecharla con talento y decision. Así es, que sin duda ni retardo, convinieron en verificar durante la suspension de armas su tantas veces frustrado proyecto. Quedó, pues, fijada su ejecucion, para las doce de aquella misma noche, toda vez que la tregua duraba hasta una hora despues. Debia acompañarles

el animoso Talabarte con algunos hombres de confianza, porque en el estado de las cosas no era prudente caminar sin resguardo, y entregarse inermes al azar.

Los adelantos que en solo un dia de sitio habian logrado hacer los Comuneros, les obligaban mayormente á tomar su partido. Era dificil que la villa se aviniese al requerimiento del sitiador, segun lo levantados y ariscos que se mostraban los flamencos, y los medios de resistencia que ofrecia la poblacion. Padilla por su parte conservaba las ventajas del dia; sus soldados campaban a. frente de la brecha practicable del recinto esterior desmantelado y casi indefendible por el fuego de las trincheras. Era dueño del arrabal, que servia de acantonamiento á fuerzas considerables y dominaba una de las salidas de la plaza. Habia tambien batido á los tudescos, causándoles descalabros y haciéndolos un centenar de prisioneros; y sobre todo habia conquistado superioridad sobre el enemigo, y esta consideracion dá en el arte de la guerra una fuerza de accion y una importancia moral, que son las mejores prendas de victoria. Era, pues verosimil, que rechazado por la villa el trato de capitulaciones, Padilla se resolviese á dar un asalto por el portillo de la primera línea, y no se podia esperar á semejante rebato; y nadie mejor que el duque comprendia la probabilidad del suceso. Las órdenes que rejian la operacion de los Comuneros, habian sido dictadas por él, y conociendo el génio impetuoso de Padilla, sabia de antemano que debian ser perentoriamente cumplidas; y conocia sobre todo que el ejército de la Liga traia el tiempo tasado, y que no podia gastar muchos dias ante Lobaton. Era de grande urjencia ganar las comunicaciones con Toro y Zamora y tenia que anticiparse á los realistas, haciendo la campaña conforme á las reglas y con visos de pronto y afortunado éxito. Todo era muy cierto, y la esperiencia no tardó en venir á demostrarlo así. Pero no anticipemos las cosas.

La media noche habia llegado, y enojosa y fria por demás. La oscuridad era densa; menuda y casi helada la lluvia, se desprendia por intervalos de los espesos nubarrones amontonados sobre la atmósfera; el rumor del cierzo que batia los campanarios y azoteas, venia á completar el desapacible aspecto del temporal. Los viajeros le consideraban como una verdadera dicha; la lluvia apagaba las fogatas de los Comuneros, y dificultaba sus rondas; los puestos de guardia tenian que colocarse al abrigo de las barracas, y los centinelas hacian con dificultad frente á la intempérie. Todo favorecia el intento de los fugitivos.

Era casi imposible ser vistos en medio de tan cerradas tinieblas, y el mismo viento servia para ocultar el ruido de la marcha entre sus rumorosas oleadas. Fiados, pues, en tan propicia coyuntura, y al amparo de la más esquisita reserva salieron los ilustres amantes de la fortaleza, por una poterna inferior, que desemboca desde los sótanos á la escarpa del foso, y fácilmente ganaron el camino del valle en direccion de los cercanos montes. Sin tropiezo ni obstáculo salvaron las líneas del campo sitiador, que no estaban tan vigiladas, como era menester, por la inclemencia del temporal, y porque no permitia constituir un asedio tan rigoroso como la organizacion de los ejércitos permanentes lo ha conseguido despues.

El duque armado en regla no se apartaba un punto del lado de doña Ana, que vestida á usanza de las hidalgas del pais, guiaba su ligera jaca por las enojosas veredas, con una presencia de ánimo verdaderamente varonil. Precediales Elvir con algunos escuderos, y seguiales Talabarte con otros buenos servidores de la casa ducal. Todos iban bien armados y apercibidos á cualquier evento, aunque sin trazas ni arneses militares, para no lamar l atencion. Tomaron el camino del valle en direccion de Villabrágima, amparándose de la hondonada, y

apartándose del camino real, por ser menos arriesgado encuentros y estar menos vigilada aquella avenida, y salir más directamente al bajo de la campiña. Caminaron algunas horas en esta manera y direccion; pero adelantando poco en su marcha por las dificultades de la noche y del camino. Ya iba bien entrada la madrugada, cuando notaron que se habian estraviado de su ruta, metiéndose por la pradera adentro, y sin poder recobrar ni atinar el sendero perdido. Despues de muchas revueltas y rodeos y cada vez más desorientados y confusos dieron con una pobre alquería, escondida en medio de aquellas cuencas y vallejadas. El aguacero arreciaba con fuerza; el piso estaba encharcado, y la lluvia impelida por el viento azotaba con tal ímpetu á los viajeros, que sus cabalgaduras se acorralaban unas contra otras y era imposible hacerlas caminar. La condesa no decaia de ánimo y aunque tenia empapadas de humedad las vestimentas y el frio la causaba incomodidad, intentára ir adelante, si las dificultades no fuesen superiores á su propósito. Cedió, al fin, á la necesidad y al consejo de don Pedro, que no podia consentir se aventurase á tanto, y resolvieron guarecerse en aquel caserío, para tomar aliento y dar espacio á que aflojase el turbion. Talabarte golpeó las puertas con su hacha de armas, despertando á los rústicos labradores de lo mejor y más profundo de su tranquilo sueño. Una villana salió refunfuñando entre dientes á un ventanillo, y aunque opuso alguna resistencia, y se hizo de rogar, para franquear el paso á la vista de tantos ginetes, las cortas palabras del duque vencieron su repugnancia, que Elvir y Talabarte ya se apercibian á allana, con más perentorias y significativas maneras. Entraron; pues, en el portal los viandantes alumbrados por el mugriento candil de la campesina; echaron pié á tierra, y mientras Talabarte se iba á colocar la gente y las monturas en un cobertizo cercano, Giron y la de Módica fueron introducidos en la cocina, donde se sentaron al amor

de la hermosa lumbre, que Elvir se dió prisa á poner en el hogar. Mas humanizada ya la recelosa labriega con la presencia de la bella dama y su gentil caballero, los ofreció con llaneza su pobre hacienda y buena voluntad. Don Pedro agradeció con benévolas frases la oferta, aun cuando nada habian menester mas que fuego para secar sus calados ropajes, y abrigo por algunas horas contra el temporal desapacible.

Tenian, pues, cuánto necesitaban, y no habia para qué exijir más de la trasformada payesa. Movida, sin duda, de respeto á los desconocidos personajes, ó por uno de esos instintos de cortesanía que se revelan á veces en nuestros más humildes campesinos, intentó retirarse y dejar en libertad á los viajeros; pero el duque, sea porque no confiase enteramente de la villana, ó por adquirir algunas noticias importantes á su situacion, la hizo detener, y aun no tuvo á menos entrar con ella en conversacion con las más desembarazadas apariencias de sencillez y naturalidad.

Corria, pues, el diálogo entretenida y sosegadamente, mientras doña Ana oia en silencio, y recatándose todo lo posible de cualquier conato de curiosidad por parte de la aldeana. A vuelta de algun rato, ya sabia don Pedro que se hallaba casi á una legua de su camino, habiéndose corrido muy á la izquierda hácia el estremo de uno de los vallecitos, que suben á los páramos por el lado opuesto de su verdadera direccion. La campesina, que pecaba de tanto cuanto maliciosa y despejada, iba dando en pensar, que se las habia con una enamorada pareja, que traia cuentas pendientes con algun hermano descontentadizo, si no es ya con cualquier marido, más largo de vista de lo que fuese menester. No se le ocultaron á don Pedro estas imaginaciones, y resuelto estaba á no permitir sobre ello la menor indiscrecion; en lo mejor de la plática vió pendiente de la ahumada pared un broquel abollado y roto, que por las trazas debia haber servido recientemen-

te á su dueño. No se le escapó á don Pedro esta singularidad, y creyó que en una situacion como la suya nada debia ser desatendido. Tomó de aquí pié para algunas indicaciones á que la huéspeda no se mostró sorda ni reácia. Antes bien, con la mayor franqueza del mundo le dió tan cumplida satisfaccion, como podia apetecer. El marido de la villana es un mancebo alentado y fuerte, que se halla en el ejército de las Comunidades. Puesto por su valor y buenas partes al frente de una escuadra de mozos del país, hace raya entre lo más florido y granado de la mesnada popular. Los flamencos saben bien á su costa que el rústico labrador es un soldado de punta, y que así se mete con la pica entre las filas enemigas como con la hoz entre la rubia y sazonada mies. Aquel despedazado escudo es un trofeo de valentía, es la primicia de la guerra.

Hizo el labriego su estreno militar en la toma de Ampudia, donde lo ganó á don Francés de Beamonte, combatiendo pecho á pecho sobre lo alto de un terraplen; y si el caudillo realista no pone á tiempo tierra por medio, no ya el broquel, sino algo más interesante deja en manos del animoso paisano. Ahora se encuentra con sus camaradas ante las murallas de Lobaton, abandonando en defensa de la patria la paz de su hogar y el amor de su familia.

Esta breve historia, contada por la mujer del campesino con sinceridad y firmeza, hizo mucho efecto sobre ambos personajes. Aquella mujer jóven y agraciada refiriendo orgullosa las proezas de su velado; aquella humilde hija del pueblo castellano que habla con entusiasmo y casi con alegria de los riesgos y aventuras del valiente por la defensa del pró comunal; aquella ruda campesina que con un corazon varonil, quisiera compartir la suerte de su esposo y de los buenos, que han salido al amparo de la ley; esa mujer sorprende y cautiva á sus oyentes, dándolos mucho que admirar y no poco que aprender.

Doña Ana, educada en los palacios y entre las falsias cortesanas, jamás habia oido el lenguaje arrebatador del sentimiento público, que sonaba en boca de la vehemente labradora. Y Giron, que habia tomado por suya la causa de los humildes, sentia cierto placer en aquella escena, que revelaba el alma de una matrona bajo apariencia tan vulgar. Bien que eso no es un fenómeno en este pais, donde tan á menudo han salido de los campos y de las aldeas impertérritos campeones del honor nacional.

Un golpe sonoro y prolongado resonó sobre la puerta de la alqueria. El diálogo se interrumpe, y los interlocutores se miran en silenciosa espectativa. La llamada se reproduce otra vez y otra vez con intervalos iguales en medio del más profundo silencio.

—¡Mi marido!—prorumpe arrebatadamente la villana; y quiere correr á abrir el porton. Pero Elvir aparece en la entrada de la cocina, y pide órdenes con los ojos á su señor.

—¡Mi marido!—repitió la campesina, como para obligar al paje á que la permitiese salir. Y en tanto que el duque cambiaba con la condesa algunas palabras á menos de media voz, Elvir firme en el umbral no se daba siquiera por entendido, y cerraba el paso con resuelto ademan. Talabarte llega en esta sazon, y comunica en secreto con él, quedándose á esperar órdenes en el inmediato portal.

—¿Quién es?—preguntó al fin el duque á su leal sirviente.

Pero la impaciente huéspeda, tomando por suya la respuesta, dijo por tercera vez:

—Mi marido y señor natural.

—Su marido, mi noble señor,—continuó el pajecillo,—con una banda de ginetes, que están echando pié á tierra en la cancela del zaguan.

—Cerrado para todo el mundo;—esclamó el duque con decision.

La villana quiso hablar: pero Elvir, sin dar tiempo á

ninguna réplica, asióla por un brazo, y echándose fuera de la habitacion, la entregó á Talabarte, repitiéndole la órden del duque para su inteligencia y puntual cumplimiento.

Han menudeado los porrazos en las puertas esteriores, como que se empezaban á amoscar los recien-venidos. Alzóse luego una voz robusta y vibrante, que llamó por su nombre á la dueña del caserío. Nadie contestó al nombre de la interesada. Repítese el llamamiento, y aumentan los gritos, hasta formar un coro atronador. Y para más efecto y armonía, los cuentos de las lanzas y las culatas de los mosquetes aporrean destempladamente la fuerte tablazon del postigo. El silencio, no obstante, es completo en lo interior de la vivienda; el tiempo pasaba, y la gente de afuera estaba ya decididamente dada á Belcebú. Ya pensaba alguno de aquellos espiritados descerrajar la puerta á mosquetazos ó hacerla saltar en astillas con el hacha de arzon; pero los respetillos al valiente arrendador de la granja detenian tan inmoderados ímpetus. Este no podia atinar, por más que revolvia su imaginacion, con la causa del suceso, y buscaba traza para penetrar de cualquier modo en la alquería. Ocupábase de este propósito con algunos de su compaña, que discurrian diversos medios, á cual más desatinados y violentos. Quién proponia echar abajo las puertas; quién pegarlas fuego para mayor brevedad, y quién tomarla al asalto por las ventanas y corredores de menos elevacion. En lo más acalorado de la controversia, le dió á un jaco gana de arrimar las narices á un resquicio de la puerta, y despues de olfatear un rato, con el cuello estendido, las orejas tiesas y arqueada la cola, lanzó un relincho que llamó la atencion de la soldadesca.

—¡Hay caballos dentro de la granja!...—esclamó vivamente uno de los mesnaderos.

Otro relincho agudo y cercano, que rujió en la parte opuesta del caserío, respondió á la observacion.

—¡Cuernos del malo!—prorumpió el susodicho.—Mi pasi-largo Cain tiene tanta razon como cualquier hombre de bien!...

Y el animal hizo sonar nuevamente su alegre rujido, que no fué contestado por esta vez.

—¡Apuesto á que hay yeguas en campaña!—decia muy ufano el ginete, acariciando el cuello de su troton.

—¡Sois un sabueso muy atravesado y alborotador; pero de aventajada nariz!...

La cabalgata entre tanto estaba revuelta y desasosegada. El arrendador especialmente se agitaba entre confusos y encontrados pensamientos. Determinaron, en fin, franquear á la fuerza el paso, y arreglaba su gente para poner en planta el allanamiento. El mismo á la cabeza de los más arriscados debia forzar la entrada, mientras otro grupo de sus guerrilleros saltaba los tapiales de una corraliza y guardaba la salida accesoria, que daba á espaldas de la avenida principal. Cada uno se aprestaba á desempeñar su parte en el somaten, cuando por el ventanillo de marras asomóse el bigotudo Talabarte, diciendo en voz de mando:

—¡Alto allá!

Y con ella sola redujo como por encanto al silencio á los alborotados y pendencieros de la parte de afuera.

—¡Hola, camaradas;—continuó el sargento, como si fuese el dueño del cotarro;—á ver cómo despejais bonitamente, si no ha de haber la de Dios es Cristo!

—¿Y quién es el escomulgado,—prorumpió á grito herido el amostazado granjero,—que así manda en casa ajena, y á mis barbas la echa de amo, como si esta hacienda fuese galera de piratas de Argel?

—¡Eso y más, seor mal criado, si no reporta esa lengua de escorpion!

—¡Por vida de!...

—Nada de juros, que no estais entre moros, y al cabo del cuento nos hemos de entender.

—Abrid la puerta,—esclamó el de abajo,—ó haré una, que suene cien leguas á la redonda.

—Adelante, buen mozo, adelante; que vais á encontrar la horma de vuestro escarpin.

—¡A ellos, amigos!

—¡Quieto el corcho, pecadores; que siempre hay tiempo para hacer una barbaridad!

—¡Pero esto es cosa de dar por las paredes!...

—No hay que tomar el techo con las manos. Un poco, un poco de cachaza, compadre; y todo irá bien. ¡Qué diablo! Teneis, hermano, unos humos, que me van gustando, aunque en verdad, son poco católicos y caritativos.

—Tengo los que me dé gana.

—Lo mismo hago yo. Un motivo más para que seamos muy amigos.

—Con mil de á caballo, ¿abrís ó no?

—A eso iba precisamente. ¿Tendreis deseos de abrazar á vuestra jóven y linda mujer, eh? ¡Picarillo! ¡Ya se vé! Despues de tanta ausencia...

—¡Hay de vosotros, si la habeis tocado al pelo de la ropa!

—¡Bah!... Nosotros guardamos los mandamientos. ¿Lo entendeis? Dais en camino de creernos judios ó cosa así, y eso no es regular.

—¡Mi mujer! ¿Y qué es de ella? ¿Dónde está? ¿Quién sois?

—A espacio, amigo, que no soy costal.

—¡Oh! Responded... responded...

—Una sola cosa por todas. Vuestra mujer está dónde, cómo, y tal cual la dejasteis, al partir para Lobaton.

—Juradlo por el Santo Patron.

—Jurado, y adelante.

—Pero...

—No hay pero, ni peral. ¿Quereis vuestra casa, vuestra mujer y...

—¡Vaya una pregunta, voto al mal ladron!

—Todo está en vuestra mano.

—Reventad de una vez.

—Reviento á vuestra salud. Respetad á quien está aquí; y quien está aquí respetará á vuestra mujer y vuestra casa.

—¡Gitano de Barrabás!

—Vida por vida, honra por honra, prenda por prenda. Así queda en el fiel la balanza.

—Pero, ¿quién está ahí? ¿Quién se ha entrado en mi hacienda, como Pedro por su casa? ¡No hacen otro tanto los salteadores de Torozos!...

—Sois un estúpido, seor guapo, y no mereceis que esta buena moza os dé cara en semana y media.

—¡La madre que amamantó al bellaco con leche, habiendo rejalgar!...

—¿Hacemos algo, compadre?

—Paciencia, y barajar.

—A las tres vá la vencida...

—¡Fuego en el rufian y todos los suyos!

—¡Hasta la primera, amado prójimo; ya vereis la que le cae encima!

Y Talabarte se quitó de la ventana, cuya hoja entornó con estrépito.

—¡Oiga el desalmado!...—gritó el campesino con todos sus pulmones.

—¡Diga el espiritado!—replicó el sargento abriendo la boharda.

—Es cosa hecha.

—Gracias á mil santos que ya vais siendo persona racional.

—Dadme mi mujer y contaos por seguros.

—Con tiento, hermano, que no es copla de repente.

—Vá en ello mi palabra de castellano viejo, que lo menos, vale tanto como la del Emperador.

—Y más, si se os antoja. No hay miedo que yo lo contradiga. Mas con eso y con todo no echemos de carrera,

y empezad por alejar vuestra gente á tres ó cuatro tiros de mosquete.

Los paisanos hicieron oir un rumor sordo y prolongado de resentimiento y desagrado.

—Entendámonos;—decia el campesino;—¿por cuenta de quién vais haciendo la guerra? ¿Qué casta de pájaros hay en la jaula?

—Eso es lo de menos.

—Eso es lo de más.

—¿No sabeis un adagio?

—¿A ver?

—Este pájaro que no canta, algo tiene en la garganta.

—Chanzonetas á un lado, y sepamos...

—Nada hay que saber. El trato es trato, y cada cual es cada uno. Y basta de coloquio; que ya tengo el gaznate más seco que un rastrojo.

—Manos á la obra.

—Despachais esos muchachos; los mios salen despues; y cuando unos y otros se hallen á igual distancia de la alquería, usarcé y yo, mano á mano, concluimos la partida.

—¡En marcha, muchachos, hasta la cuesta del Cerro gordo!

Los paisanos salieron al trote; Talabarte desapareció del ventanillo; el granjero se afirmó sobre los estribos, y amartilló un pequeño arcabuz, pendiente de su arzon delantero.

A poco rato se abrió lentamente el postigo de la puerta grande, y asomó su aguileño busto el consabido sargento, como en ademan de esplorar el terreno y dar una ojeada por los alrededores.

—No hay moros en la vega;—le dijo el arrendador.

—¡Entre bobos anda el juego!...—contestó lacónicamente el militar.

Y cerró la compuerta, no sin cerciorarse de que la cosa iba saliendo á medida de su deseo.

El silencio y la oscuridad eran completos.

Un cuarto de hora apenas trascurrido, partia de la granja despacio y en buen órden la cabalgata consabida, que tomó el camino de los páramos. Pocos pasos se habia alejado cuando salió del caserío un grito sonoro y enérgico que resonó por todas las cercanías.

—¡La esposa del almirante!... ¡La esposa del almirante!!

Era la voz aguda y vibrante de la campesina, que desde lo alto de la azotea denunciaba á los desconocidos con toda la fuerza de su garganta y con los más vehementes ademanes. La aldeana habia visto á la condesa en una romería; se fijó en su rostro y gentil aspecto con esa curiosidad de las gentes vulgares hácia los poderosos, y conservó puntualmente el recuerdo de su imponente hermosura. La pudo reconocer, y la reconoció efectivamente, así que la recibió en el caserío, porque en las facciones de la bella doña Ana habia algo estraordinario y desconocido, que, una vez visto, no podia despintarse nunca de la imaginacion. Y no obstante sus retraimientos y disimulos, desde el primer golpe de vista sabia la granjera con quién trataba, sin aventurar sobre el incógnito de la dama temerarias malicias. Y sea por respeto ó por cálculo no se dió por entendida; y tampoco parára mientes en la importancia del descubrimiento, sin la llegada de su marido y demás consecuencias. Entonces comprendió, por una de esas revelaciones del egoismo que valen por un millon de reflexiones, que la condesa era un tesoro puesto en su poder por la casualidad, y que locos y menguados fueran en dejarle ir de las manos sin aprovecharse de la fortuna, que se les habia entrado por las puertas de la casa.

Gritó pues desde el terrado, y gritó tan fuerte y tan á tiempo, que la importante nueva llegó clara y distintamente á los camaradas de su marido, que sin esperar á mas y como empujados por un resorte, tomaron á todo correr la vuelta de la alquería, y echaron luego por el

camino tras los no lejanos viajeros, mientras Talabarte y el belicoso arrendador se entendian hombre á hombre dentro de la granja. Queria nuestro veterano que á todo trance se cumpliese lo prometido, protestando vengar estrepitosamente en los villanos cualquier desaguisado á sus señores y compañero; y el labriego por su parte, juraba hacer una inaudita barbaridad, y no dejar titere con cabeza, antes que manos airadas llegasen á su parienta, que era como tocar á las niñas de sus ojos. Pero hubieron de suspender su acalorado debate por el inesperado alboroto, y montando á caballo apresuradamente, dirijiéronse al mejor galope en busca de su respectiva tropa, para lo que pudiera entre ambas ocurrir.

Talabarte corria á defender á su señora.

El comunero volaba en busca de un trofeo para su causa.

Ni una palabra medió entre ellos: pero picaban á más no poder.

Los viajeros habian tambien oido las voces de la granjera; pero seguian su marcha sin alteracion, como el medio más adecuado para desmentir con las apariencias el importuno descubrimiento. Y recibieron con la mayor sangre fria á los aventados ginetes, que les dieron alcance sin tardanza, antes de ganar los alcores de la esplanada. Con grande alboroto y no menos descomedimiento, llegáronse á los viajeros, mandándoles detener su marcha, y mostrándose resueltos á cualquier tropelía. Sin más cortesía ni perfiles, se abalanzaron hácia la condesa, en ademan de apoderarse de ella: pero se interpuso don Pedro Giron, y detuvo á los atrevidos en actitud tranquila, aunque resuelta y firme.

—¡Hola!—les apostrofó el caballero.—¿Y á dónde bueno tan de prisa y con tal atropellamiento?

Callaron los campesinos, desconcertados por el tono y ademan del duque; y éste, aprovechando esa ventaja, les dijo con la más perfecta indiferencia.

—Pasen los impacientes adelante, y Dios les guie por buen camino.

—¡A la condesa, camaradas! —gritó el más osado de los guerrilleros.

—¡A la condesa!...—repitieron todos poniendo mano á sus armas.

—¡Ah!—prorumpió el duque en tono de mofadora admiracion.—¿Vais contra una mujer? ¡Pobre señora! ¡y cómo se creerá digna de tan alta honra!

Y terminó su punzante ironía con una carcajada de hiel y de reconcentrado enojo.

—¡Idos en paz,—dijo luego,—idos en paz, y pedid al cielo que os haga mejores de lo que sois!

—¡La condesa!... ¡la condesa!...—esclamaron nuevamente los Comuneros con vehemencia creciente.

—¡La condesa!...—repitió su amante con la más sosegada apariencia.—¿Y eso es todo lo que os trae tan solevantados y fuera de razon? ¿y para nada más salís en son de conquista á un camino real? ¡Vaya una proeza de honra y provecho!...

—¡Adelante!...—vocearon con ímpetu los aludidos.

—¡Plaza á los valientes!...—repuso Giron asegurándose sobre los estribos.—¡Paso á los héroes, que van á pelear con una dama en batalla estupenda y descomunal!

—¡Insultos á nosotros!....—dijo á esta sazon un cabo de los mesnaderos.—¡Insultos á nosotros, buenos defensores de la Liga y fieles soldados del conde don Gomba!...

—¡A él, compañeros, á él!...—gritó otro campesino adelantando á don Pedro su caballo y apuntándole su arcabuz.

Don Pedro, con un revés de su maza de armas, hizo rodar por el suelo el mosquete y al dueño con él; y entonces se interpone entre la gente de Giron, que iba dando al aire sus espadas, y el grupo de paisanos, tambien ya en haz de rompimiento, la dama, que estaba á espaldas

del alentado y generoso caballero. En silencio habia observado su altercacion con los campesinos, sin dar muestra de flaqueza ni de asombro; pero cuando vió las cosas á punto de ir á vias de fuerza, y que iba á ser ocasion de costosas pendencias, arrojóse de su montura, y colocándose en medio de los opuestos grupos, esclamó resueltamente:

—¡Ténganse á mi los mios y los estraños! ¡Ténganse á la esposa del almirante de Castilla!...

Todos refrenaron sus caballos y dieron tregua á sus enojos.

—Vuestra soy, Comuneros. Nada de escándalo ni de sangre por mi.

Los paisanos lanzaron un grito de júbilo; la gente de la condesa se miraba entre sorprendida y desorientada.

—Me doy por prisionera,—añadió la dama sin esperar otra réplica;—pero con una condicion.

Nadie contestó á esta desconocida exijencia.

—Voy con vosotros,—continuó doña Ana,—al cuartel general de don Pedro Giron.

—¿A Tordehumos?..—repuso entonces el cabo de los de la Liga.

—A Tordehumos.

—Cabalgad, y en marcha.

La condesa subió en su jaca y luego cambió al oido unas cuantas frases con el duque.

Los Comuneros entretanto disputaban, con cierto calor, sobre el destino de tan rica como inesperada presa.

—¡Que vaya con nosotros al campamento de Padilla!

—Más vale llevársela á la Santa Junta de Valladolid.

—La oferta es deuda, y dejémonos de conversacion.

—Tenerla con nosotros, que á nadie le debe nada.

—Que nos pague el almirante un buen rescate por la prenda.

—Si, sí; que afloje la mosca su señoría y que se quite el pelo.

—Mejor es pedirle en cambio la entrega de la villa.

—O que sirva de rehenes por los prisioneros de Simancas.

—Pongámosla en manos del conde don Gombal.

—¡A Urueña, pues, con ella!

—¡A Tordehumos;—esclamó el cabo de escuadra,—á Tordehumos, y punto redondo, voto al caballo del Cid!

Y la cabalgata tomó el camino de la plaza fuerte, para entregar la prisionera á su castellano don Pedro Giron.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

PARTE TERCERA.

TORRE-LOBATON.

CAPITULO I.

¡Cierra, España!

La fortuna es una deidad engañosa, que se parece en muchas ocasiones á las sirenas de la fábula, y sus favores suelen ser cebo traidor, con que brinda y seduce á los incautos. Pocos son los que consiguen fijar la rueda de su volubilidad, y menos aún los que dejan de embriagarse con el néctar de su quebradiza copa, y parece que la fugitiva diosa se complace principalmente en jugar á u capricho con los grandes hombres, elevándoles sobre los aires de la prosperidad hasta la cúspide del deseo, para despeñarles luego en la sima de la perdicion. Cualquiera diria que se asemeja á esas mujeres hermosas y descoradas, que se atraen los amantes con pasajeras caricias, para burlarse despues de su credulidad, y gozar en

los impíos frutos de su decepcion y su falsía. Y como si la historia de las ilusiones humanas no hubiera registrado en su libro hartos y elocuentes ejemplares de la instabilidad de los destinos, el bravo y leal Padilla fué comprendido tambien entre los insignes varones que ofrecen á este propósito alta y nunca bien aprovechada leccion.

Despues de las ventajas conseguidas por el jefe comunero sobre los sitiados en los primeros dias del cerco, siendo dueño del arrabal, y teniendo una brecha abierta en la muralla, quiso dar espacio á la plaza para un acomodamiento, que evitára más efusion de sangre. Gastó, pues, tres ó cuatro dias en esta noble esperanza, sin estrechar resueltamente el asédio, ni intentar cosa decisiva; y daba lugar al propio tiempo para la llegada de los refuerzos que debian venir desde Valladolid, á completar el cuerpo de operaciones. La villa en tanto no daba muestras de ceder ni sus defensores disminuian la resistencia á los intentos del sitiador. Asi las cosas en el campo popular, tampoco los imperiales se descuidaban en sus maniobras. Conociendo el almirante la importancia de Torre-Lobaton, como punto militar y centro de sus comunicaciones, y considerando que la toma de este presidio por los soldados de la Liga no solo era de gran daño material, si que tambien amenguaria el prestigio y consideracion de las armas cesáreas, no quiso empezar la campaña con tan estrepitosa pérdida ni desalentar á sus parciales con tamaño borron en sus banderas.

Decidió, pues, el temerario regente salvar la plaza á toda costa, comprometiendo en la empresa todas las fuerzas reales y todo el crédito de su autoridad. Concertóse al efecto por el Consejo un plan de campaña, que debia concluir con Padilla, y resolver de un golpe la cuestion; asi al menos lo imaginaban sus autores en el lisonjero desvanecimiento de su vanidad y su inesperiencia. Consistia la idea en un movimiento general concén-

trico de todas las huestes imperiales, establecidas en varias comarcas de Castilla, sobre el campo de los Comuneros. Las guarniciones de Portillo, Simancas, Alaejos y otros puntos fuertes, debian con el sobrante de sus contingentes formar un grueso de gente capaz de hacer sobre el campamento una diversion importante, cortando el camino real de Valladolid.

El condestable, que ocupaba á Búrgos con sus numerosas mesnadas, recibió órden de salir á marchas forzadas y concurrir al éxito de la combinacion. Debia este caudillo flanquear el paso de Palencia, por la parte del Norte, y corriéndose á lo largo de la Nava de Campos, entrarse por la Vega del Juncal, y faldeando las vertientes del paramo, interponerse entre Torre-Lobaton y Tordehumos sobre la carretera de Medina de Rioseco, con el objeto de protejer á esta plaza contra cualquier propósito de Padilla, y de impedir el paso á los socorros, que desde su real podia enviar á las fuerzas sitiadoras don Pedro Giron; y el conde de Haro, que ocupaba á Medina del Campo con lo mejor del ejército imperial, debia caer directamente y por interpresa sobre el enemigo, y obligarle á una batalla campal, donde la superioridad de su caballeria habia de conquistarle el honor de la jornada. El cálculo no estaba del todo mal imaginado: pero su dificultad consistia en la larga marcha que el condestable tenia que verificar, parte de ella por comarcas dominadas por los Comuneros, y debiendo de salvar el obstáculo de una poblacion principal y poderosa como Palencia. Pero fiaban los regentes en la superioridad de las tropas del caudillo realista, para vencer esas contrariedades; y sobre todo, la necesidad hablaba más alto que cualquiera otra consideracion, y por la salvacion de Torre habia que arrostrar hasta la última contingencia. Contaban además con que ninguna fuerza importante podia oponerse al avance del condestable; y que caminando este á la ligera, no daria tiempo á que se intentase contra él ninguna re-

sistencia ni entorpecimiento. Todas las fuerzas enumeradas recibieron órden de moverse con oportunidad, para afluir simultáneamente y en un dia dado sobre el cuartel de Padilla, al modo que los rádios de una circunferencia confluyen al foco general; pero era preciso que la plaza prolongase su defensa por el tiempo suficiente á la realizacion del plan. En su consecuencia, se hicieron llegar al gobernador las más terminantes órdenes, prohibiéndole bajo pena de la vida toda capitulacion y avenencia, y con instrucciones para entretener por todos los medios de fuerza y de ingénio al ejército de sitio.

Podia entretanto ocurrir el accidente de que el grueso de gentes acantonado en la Vega del Sequillo, bajo el mando inmediato de Giron, viniese á reforzar el cerco, y apresurase la toma del puesto, haciendo fracasar el éxito de las medidas del Gobierno realista; pero tranquilizaba un tanto sobre ello á don Fadrique Enriquez, que era el alma de la Regencia, la rivalidad que su profundo criterio político le hacia vislumbrar entre los dos jefes Comuneros, y que sus emisarios atizaban entre las respectivas parcialidades, y contaba tambien con algo bueno por parte de la condesa, cuyo génio y varonil audácia conocia bien; como hombre práctico, no obstante, en los laberintos de la gobernacion no quiso sacar un soldado siquiera de Medina de Rioseco, cuya guarnicion debia mantener viva la atencion del castellano de Tordehumos sobre su flanco izquierdo, é impedirle desmembrar sus tercios para socorrer á Padilla en su belicosa demanda. Comprendia además el astuto gobernador del César, que la operacion sobre Torre-Lobaton no podia ser un hecho aislado, sino que formaba necesariamente parte de algo más trascendental y vasto; y no apartaba los ojos de su villa y principal asiento, presumiendo que Giron tuviese algun intento contra ella, y que espiaba solo la ocasion de arrancarle tan codiciada presa. Puede muy bien ser que entrase por mucho en estos cálculos la pasion personal.

El almirante tenia en la rica y numerosa capital de *Campos Góticos* su casa feudal, sus inmensas riquezas y su bellísima mujer; y es natural que no le agradase ver prendas de tal valía en manos de sus intransigentes adversarios; porque aun cuando el buen señor queria mucho al César, debia quererse más á sí mismo, otro tanto á sus grandezas, y así al modo á su cara y apetecible mitad. Medina de Rioseco era á mayor abundamiento la residencia del Gobierno, y tenia ante propios y estraños una decisiva consideracion. Contenia en sí muchos aprestos y elementos de guerra, era un punto de importancia militar, y el opulento empório del comercio castellano. Su conquista podia proporcionar á los Comuneros armas, víveres, dineros y toda clase de menesteres abundantes y poderosos para el triunfo de la insurreccion; y sobre todo, una victoria sobre esa plaza era el vencimiento material del Gobierno, y bastaba por su influjo, significacion y consecuencia para arruinar la causa de los imperiales. La seguridad de su Córte era para don Fadrique la base de la campaña, la piedra angular del gobierno y el ojo derecho de sus flaquezas individuales.

Atados en esta guisa todos los cabos de la intrincada madeja, en cuyos hilos devanábase el seso de tantos hombres de pró, iban los acontecimientos marchando á su desenlace, y cada uno de los partidos contaba llevar en él la mejor y más aprovechada parte. Habian trascurrido unos cuantos dias y Juan de Padilla recibió en su campo la gente de *los Gelves*, enviada de refresco por la Santa Junta, para robustecer su accion y completar sus contingentes. Esta reunion de fuerzas era inconveniente á las combinaciones de la Regencia, que bien hubiera querido impedirla y estorbarla. Mas ni contaba con gentes á mano, para disputar el acceso de los socorros al cuartel popular, ni la convenia tampoco empeñarse en un choque anticipado, que podia trastornar ó poner en aventura la proyectada espedicion sobre el campo de Padilla.

Tenia además tanta confianza en su realizacion y buena conveniencia, que nada le parecia bastante á contrastar aquel supremo y desmesurado esfuerzo.

Padilla por su parte, ya reforzado con los veteranos susodichos, estaba enteramente tranquilo, y cada dia más seguro de su posicion. Cerrado habian ya varios dias de cerco, y la noche habia cerrado húmeda y tenebrosa. El campo sitiador estaba en silencio y calma, bajo la vigilancia de los puestos avanzados. Las fogatas de los vivaques se habian ido estinguiendo sucesivamente; y el grito ronco y lejano de los centinelas turbaba de tiempo en tiempo únicamente la nocturna quietud. Las horas iban trascurriendo lentamente, y la velada habia sido hecha con la mejor fortuna y ordenanza. El relój de la villa dió las tres con lentas y sonoras campanadas, cuyos ecos prolongados vibraron por el contorno, repitiéndose por los lejanos ámbitos del horizonte. Una descarga de mosqueteria se hizo oir de seguida, sobre las cumbres del páramo, y la artillería de la plaza rompió el fuego en todas direcciones sobre el cuartel de los sitiadores. Y por las avenidas de Peñaflor tambien estalló un estrepitoso rebato: ¡á las armas!...—gritaron los escuchas apostados en los alrededores: —¡arma! .. ¡arma!...—repitieron á su vez las guardias avanzadas, haciendo tronar sus arcabuces;—¡al arma! ¡al arma!...—era á poco la voz atronadora en toda la línea de los atrincheramientos populares. Y el estruendo y la gritería y el ruido de las armas iban en rápido y cada vez más próximo incremento Y eran efectivamente los imperiales, que daban de sorpresa sobre los tercios Comuneros. Habia llegado el momento de poner en ejecucion el plan combinado por los regentes, y tenian al efecto instrucciones terminantes las fuerzas encargadas de llevarle á cima feliz. Todos habian emprendido oportunamente su movimiento, y nada se habia traslucido de su direccion y objeto. El conde de Haro salió á su turno de Medina del Campo al anochecer del dia anterior

con la mayor reserva posible y aparentando una marcha falsa sobre Valladolid, para deslumbrar á los paisanos. A cierta distancia rectificó su ruta tomando directamente la via de Torre-Lobaton, con muchas fuerzas escojidas, y mandadas por los más diestros y esforzados capitanes. Sin hacer alto, ni esperimentar interrupcion, llegó á media noche á los confines del páramo que dominan la posicion de la villa, y cuyos alcores formaban lo más fuerte de los cuarteles comuneros. El caudillo realista detuvo su marcha, como á media legua de ellos, para ordenar sus gentes y esperar la ocasion marcada. Dividió la fuerza en tres grupos. Unos centenares de soldados viejos debian intentar un golpe de mano sobre el portillo, llamando aquí la atencion de Padilla y disimulando con esta diversion el verdadero objeto de la sorpresa. Otro destacamento diriji lo por Osorio, señor de Valdunquillo, hijo del alcaide de la plaza, debia penetrar en tanto por el arrabal y entrar á los sitiados un refuerzo, que demandaban con razon y gran menester. Y el grueso de los espedicionarios con el general en persona iba á ir de frente sobre el campamento popular, que debia por la otra banda ser simultáneamente atropellado por el tercio venido de Simancas, y batiéndole por las avenidas de Medina de Rioseco las tropas del condestable.

En el instante que el horario de la villa hizo resonar la hora designada para la operacion, las fuerzas del de Haro rompieron adelante sobre los puestos populares. El destacamento de veteranos dió el primero con una guardia del real, y trabó el tiroteo más anticipadamente de lo que convenia á la combinacion. El combate hizo sonar la alarma por el campo sitiador, y fué como la seña del general rebato. Los Comuneros corrieron á sus puestos; la llamada de trompeta y atambores volaba presurosa y resonante por todos los ángulos del acuartelamiento, y las mesnadas se reunian y ordenaban con tanta celeridad como concierto. Padilla, que velaba con algunos oficiales en

una barraca, saltó sobre su caballo á los primeros arcabuzazos y se lanzó al galope hácia el sitio de la escaramuza. Su guardia venia batiéndose en retirada, para ponerse al abrigo del real contra el avance de fuerza mayor. El Comunero escuchó atentamente por algunos minutos el ruido de las descargas enemigas, y dijo en seguida á sus amigos con acento firme:

—No es aquí el lance esta noche. ¡Que velen por la defensa del arrabal!

Y cual respuesta á esto, una detonacion de escopetería retumbó por aquella parte de la poblacion.

Y un ginete llegó á toda brida con la noticia de que el campo era combatido al arma blanca por la vereda de Peñaflor.

La plaza en tanto atronaba los aires con el estampido de sus bocas de fuego.

La situacion era difícil de resolver, y ofrecia inmensa dificultad. Padilla, en medio de sus asombrados valientes, esclamó con la mayor sangre fria:

—Todo eso es apariencia y vana demostracion. La jornada es hoy en el camino de Medina del Campo.

Sus oyentes no comprendieron todo el significado de esta inspirada revelacion.

Pero el caudillo adivinó instintivamente las intenciones del enemigo. Por el estruendo breve y poco nutrido de la arcabucería, calculó la poca importancia de las fuerzas que venian en la direccion del fuego, y comprendió que era una falsa llamada, para encubrir el verdadero objeto de la operacion. Y la coincidencia de no percibirse hostilidad por el camino de Medina del Campo, único punto de donde podian partir fuerzas bastantes, para habérselas con él, le hizo ver claramente que en él estaba el grueso de los imperiales, y que allí era el verdadero blanco de su intentona.

Hechas estas apreciaciones con increible rapidez y fuerza de imaginacion, Padilla dictó sobre el terreno las

órdenes oportunas, para rechazar la sorpresa realista. Reforzó con una bandera de peones el acceso al campamento por el flanco izquierdo de su posicion, envió al sostén de su retaguardia algunas compañías de arqueros, y mandó que todas las demas tropas, escepto cierta porcion de hombres escojidos que debia estar en reserva para reparar cualquier descalabro, afluyese sobre el centro de su vanguardia, hácia donde partió con algunos ginetes, toda vez que el arrabal contaba con guarnicion bastante á su seguridad. Antes de llegar á la desembocadura de la carretera, tuvo Padilla la confirmacion de sus cálculos. El fuego copioso y prolongado de los tercios del conde convirtió aquella conjetura en realidad. Cuando á través de cárcavas y pedregales llegó al sitio del encuentro, ya estaba empeñado el combate. Porque oyendo el de Haro el avance de sus destacamentos por una y otra banda, mandó adelantar su guerrilla sobre la línea contraria, y llegó sin oposicion hasta los mismos límites del atrincheramiento. Creyéndola pues indefensa, y que engañados sus vigilantes habian corrido á los estremos, donde sonaba el choque, se atrevieron á todo los desalumbrados realistas y se metieron por el real adelante de tropel. No tardaron en arrepentirse de su ciega confianza. En lugar de engañar, fueron ellos los engañados, y pagaron á buen precio el cambio de papeles. Los Comuneros de aquel puesto habian sentido la aproximacion de los acometedores, y les dejaron acercar pacífica y desembarazadamente, para dar sobre ellos sobreseguro y á placer. Pero así que los imperiales pusieron el pié de trincheras adentro, levantáronse de las zanjas y torrenteras donde estaban agazapados, y cerrando por todas partes sobre los atolondrados mercenarios, atajáronles los imprudentes pasos y desbarataron sus felices ilusiones. Mas no se dejaban arrollar así como quiera. Fiados justamente en la próxima llegada de la hueste realista, volvieron con calor las tornas á los Comuneros, y se batia el cobre, que

era una bendicion. Ya habia sangre de por medio, cuando Padilla sobrevino al terreno de la pelea Su presencia enardeció el ánimo de los suyos, que en poco tiempo lograron echar fuera del real á los invasores corridos y deshechos. Pero no tardó en renovarse el ataque. Comprendiendo el de Haro que, frustrada la sorpresa, era menester intentar un golpe decisivo en los primeros momentos, y antes de que los Comuneros tomasen actitud, lanzó á la carga trescientas lanzas, con órden de forzar el paso á todo evento. Esta columna cayó resueltamente sobre el campamento, arrollando con el nuevo ímpetu la guardia y los primeros refuerzos. Padilla con unos cuantos ginetes ligeros, que formaban su escolta, se arrojó sobre los imperiales, y logró destrozar las primeras filas, rehaciéndose en tanto su gente, que revolvió en órden sobre el teatro de la refriega Combatíase de ambas partes con igual ardor y encarnizamiento, y la ventaja estuvo suspensa por buen espacio entre los contendientes. Y tan solo el fogonazo de los arcabuces y la llamarada de los tiros de la artillería iluminaban en desiguales intervalos, cual fugitivos meteoros, aquel choque sangriento y rudo entre las tinieblas de la noche. El impaciente conde, por la duracion y creciente estrépito de la lucha, comprendió que sus parciales estaban más comprometidos de lo que era razon, y envió en su apoyo una batalla de veteranos alemanes. Pero los Comuneros habian sido tambien reforzados con los tercios que Padilla iba haciendo venir del cuartel general: asi es, que sus adversarios no ganaban un palmo de terreno; y cuando los tudescos entraron en fuego, se hallaron con una banda de escopeteros segovianos, que fué como dar con la horma de su zapato. Asi estuvieron las cosas un buen rato, y ya iba vencida la madrugada, cuando los imperiales empezaron á dar muestra de inferioridad. Y no lo pasaban mejor en los demás lances de aquel empeño. La guarnicion del arrabal habia dejado penetrar en su recinto al capitan Osorio, que inter-

nándose por las callejuelas con imprudente confianza, dió en la celada y comprometió la suerte de toda su compañía. Creyó el inesperto mozo, que los Comuneros habian desalojado el barrio al ruido de la embestida, y, como dice el refran, que no habia más que llegar y besar el santo. Echaba el inocente la cuenta sin la huéspeda, y salió bien alcanzado en la liquidacion. Porque luego que se halló bastante avanzado en las encrucijadas, desde las ventanas y corralizas del caserío tomadas por los Comuneros, rompieron sobre la cuadrilla un fuego copioso y bien aprovechado. Conocieron á su estruendo los recien llegados su imprudencia y su comprometida situacion: pero ya era tarde. Y aunque con ánimo y diligencia respondieron sus arcabuces á los tiros de la guarnicion, nada podian hacer de provecho. La lucha era muy desventajosa, y fuerzas humanas no bastaban á impedir sus condiciones y resultados. Los Comuneros disparaban á mansalva y sin desperdiciar ninguno de sus mosquetazos sobre los arremolinados imperiales, que al descubierto, en medio de la calle, y por todos lados circuidos de gente enemiga, veian mermar sus filas, sin compensacion ni posible defensa. Los proyectiles de sus armas de fuego se estrellaban contra las paredes; no veian á sus adversarios mas que al resplandor instantáneo de los fogonazos, y no podian encontrar blanco siquiera para su puntería. En vano quisieron cobijarse en los marcos de las puertas y en las revueltas de los esquinazos, para responder con alguna seguridad á la récia granizada. De todas partes llovian plomos y pelotas, y donde quiera eran alcanzados por tan arrebatada lluvia, que caia en ellos, ni más ni menos que en un dia de lujoso bateo la confitura arrojada desde balcones y azoteas sobre la turba plebeya y vocinglera, que se la disputa por los suelos á empellones y batacazos. En vano intentaba Osorio con más denuedo que buen seso traer sus gentes á mandamiento, y en vano corria de aquí para allá buscando algun medio de penetrar

en la plaza. El tiroteo le cortaba en todas direcciones, y ni gritos ni diligencias conseguian reunir sus desbandados combatientes. Furioso y despechado el intrépido mancebo por el chasco sufrido en su primera campaña, tuvo que poner piés en polvorosa, dando á los suyos la órden de retirada, que las bocinas estendieron por el atronado arrabal. Y por cierto que no hizo el mejor efecto sobre los realistas que espada en mano habian entrado el campamento por la avenida de los páramos. Sorprendióles en lo mas récio de su escaramuza, vigorosamente trabada, aquel toque ignominioso, que pregonando iba por los cuarteles el descalabro del temerario mozo, que desconcertaba el éxito general de la operacion. Y dejándose cojer de esa impresion galvánica, bastante conocida en los azares de la guerra, y que malogra en un punto menguado muchas horas de esfuerzos y ventajas, decayeron súbitamente de ánimo, y cedieron fácilmente el terreno ganado á buena costa. Los Comuneros apellidaron «¡victoria!» con estrepitosa griteria, y por aquella banda quedó asegurado el real.

La aurora iba clareando, y el conde de Haro vió á su primera luz malogrado en todas partes su propósito; y comprendió que, frustrado el golpe nocturno y deshecha la combinacion del ataque general intentado sobre el campamento, todo debia esperarlo únicamente de una batalla campal. Hizo, pues, á sus fuerzas desistir de la toma de los puestos enemigos, y las mandó replegar sobre las reservas que mantenia á espaldas de su posicion. Hízose esta evolucion con acierto, precision y firmeza, sosteniendo este movimiento retrógrado algunas mesnadas del grueso que no habian tomado aun parte en la accion; y fué tanto más fácil y hacedero, porque Padilla, recelando si seria una falsa demostracion, no quiso que sus gentes saliesen muy lejos de las trincheras en persecucion de los vencidos.

El sol asomaba en aquel momento por el horizonte.

El caudillo popular mandó á sus trompeteros tañer *la diana*, en señal de júbilo por el buen suceso de la pelea; y la marcial sonata se hizo oir por todos los alcores del contorno, como el saludo de los valientes á la llegada del nuevo dia; como el eco alborozado de aquellos corazones reconocidos á la Providencia, que les permitia contemplar salvos y contentos la nueva y deseada luz.

CAPÍTULO II.

El canto de la sirena.

Un tanto mohino y un cuanto amoscado el bueno de don Pero Fernandez de Velasco, conde de Haro y señor de muchos campanarios, por no haber salido con la suya, iba y venia por esos páramos disimulando la quemadura con la posible longanimidad el pobre señor. Así cuentan los inteligentes que suele andar el zorro, escamado del redil por los dientes del lebrel. Pero debia de ser algo duro de mollera, y queria tomar el desquite, á fuer de arriscado jugador. A bien que el caudal con que hacia la partida no era de cuenta de su señoría, y se libra bien sobre las costillas del vecino; que los reyes y potentados no han sabido tener en mucho las vidas y haciendas de los hombres, cuando se trata, como aquí, de hacer su voluntad contra la voluntad de todos, y de sobreponer su interés personal al interés comun; y al señor de *los Infantes* así le data en esta razon por la interesante salud de sus mesnaderos como por los cerros de Ubeda. Y á trueque de volver las tornas á los insolentes que tan mala noche le habian dado, veria el caritativo prócer de la mejor gana hacer giras la piel de sus más amados súbditos, en honra y gloria de la Cesárea e Imperatoria Majestad, y en gracia y pró de su respetabilísima persona.

Serian como las nueve de la mañana, cuando el caudillo realista formaba sus gentes en haz de batalla al través de la llanura. Pero aun cuando se le habian ya reunido los destacamentos desmembrados de la hueste para el rebate anterior, aun deseaba ganar algun tiempo, antes de ir á las manos contra los Comuneros. Suponia con razon, que el condestable debia estar muy próximo y era de mucha cuenta su socorro en aquella ocasion. Y no atinaba con el motivo de su retraso, que habia hecho fracasar la intentona contra el real, y que podia comprometer todo el resto de la operacion Ibale esto poniendo en cuidado y lo daba cien vueltas en su magin; y por más que miraba y escuchaba, haciéndose todo ojos y oidos, ni en el ancho horizonte se dibujaba una sombra, ni el viento le traia ningun rumor. Pero como es condicion de nuestra naturaleza creer lo que se desea, el impaciente conde confiaba aún en el pronto arribo del espresado caudillo y le tenia repartido papel en la próxima funcion; y no podia familiarizarse con la idea de tomar el camino de Tordesillas desairado y corrido, dando tan menguada cuenta de su persona á la Córte del Emperador. Era preciso empeñar una accion cara á cara, y quedar bien puesto el honor de sus armas; mientras llegaba el instante del rompimiento, se ocupaba en ordenar y apretar la tropa que tenia en tres porciones dividida. El cuerpo derecho de su frente general de batalla consistia en un grupo de trescientas lanzas, al mando del precipitado señor de Valdunquillo, y que avanzadas una regular pieza de terreno del alineamiento del centro, debia servir para envolver al enemigo en una contingencia oportuna con un avance del flanco. El grueso central que tenia el conde de Haro á sus inmediatas órdenes era fuerte de cuatro banderas, cuyos ginetes armados de capacetes y coracinas, con los caballos guarnecidos de récios caparazones, hacian una muralla fortísima, que los peones difícilmente podrian romper; y un grande escuadron dirijido por Her-

nando de Vega, señor de Grajal, un tanto retirado del grueso principal, formaba el ala izquierda y servia de reserva para cualquiera eventualidad. El de Haro reconocia las estancias, daba instrucciones, ofrecia recompensas, y procuraba por todos los medios enardecer el corazon de sus soldados.

En lo mejor de esta faena le sorprendió el grito de sus corredores, avisándole la aproximacion de los Comuneros, que saliendo de sus cuarteles venian á banderas desplegadas sobre la posicion de los imperiales; y asi era en efecto. Cansado Padilla de aguardar alguna nueva demostracion contra su campo por parte de la hueste imperial, y viendo pasar las horas del dia en tan estraña inaccion, comprendió que el jefe contrario no las tenia todas consigo, y que esperaba algo que debia serle muy necesario para probar otra vez fortuna; y no queriendo que se le fuera de las manos la ocasion de trasquilar á los que iban por lana, echóse al campo con ocho compañías de gente de á pié y tres ó cuatro centenares de caballos ligeros, dejando los demás en guarda del real y servicio del asédio. Los muchachos estaban acalorados con el chamusconcillo de la velada, y habian tomado de tal modo el sabor á las costillas de los fieles servidores del Príncipe gantés, que todos querian salir á pagarles el cumplido, y fué preciso echar á la suerte los puestos de esta faccion, en que los favorecidos se disputaban luego el primer lugar. Padilla dió su vanguardia á una batalla de ginetes madrileños, al mando del bravo capitan Juan de Mendoza, con más trescientos ballesteros y escopeteros de Soria y la Alcárria, que marchaban interpolados entre las filas montadas. Una bandera de piqueros salamanquinos, otra igual de pinariegos de Portillo y montaraces de Benavente, la de escopeteros montañeses de Leon y los arcabuceros de las sierras de Avila, hacian el grueso mandado por Padilla, con tres mesnadas de caballería volante, donde se contaban los mozos de Castilla la Vieja, que tan

diestros se hacen en el arte de cabalgar con sus revueltas mulas de labranza; y cerraba la espedicion el bravo conde de Salvatierra á la cabeza de un buen golpe de infantería toledana y burgalesa, cuyos costados iban guardando dos récios pelotones de ginetes buroneses. En tal guisa y ordenanza avanzó el comunero hasta cerca del puesto imperial. El de Haro lanzó inmediatamente al señor de Valdunquillo con su caballería, sin dar tiempo á que el comunero tomase actitud de batalla y con objeto de desconcertarle con un golpe de mano anticipado y sorprendente. Venian los imperiales á toda brida y lanzon en ristre, á modo de un torbellino, sobre la gente de Padilla, que hizo alto y esperó á pié firme su impetuosa embestida; y ya muy cerca de la vanguardia, se abrió en dos mitades con un movimiento rápido; y no bien habia despejado el frente de la escopetería, recibieron de esta los realistas tan fuerte y certera descarga, que sembró en sus filas el desconcierto, y contuvo su primer ímpetu. Cayeron mal parados muchos ginetes, heridos unos caballos, y asombrados otros con el ruido y la humareda rompieron la formacion y dieron á correr, atropellando cuanto encontraban por delante, y la caballería del alentado Mendoza, aprovechando aquella escena de confusion y desvanecimiento, dió con briosa mano sobre los atolondrados imperiales por ambos cabos de su desbaratada línea, entrándose por sus claros á tajos y reveses, é imposibilitando que se pudiesen rehacer. El de Haro, viendo rota ya su vanguardia, mandó avanzar en su apoyo cien lanzas borgoñesas, que la ciudad de Utrech habia regalado al Cardenal para guardia y decoro de su persona. Pero antes de llegar al terreno de la escaramuza, Padilla mandó á su trompeta mayor dar á la gente comprometida en ella, órden de recojerse al abrigo de los peones; y no porque temiese que los bigotudos de Borgoña hubiesen de arrollar á sus buenos mozos de Madrid; pero mezclados y revueltos en el choque los suyos con los adver-

sarios, su arcabucería no podia hacer fuego y quedaba en la inaccion. Además, su caballería no era tan fuerte como la enemiga, y necesitaba reservarla para una ocasion decisiva, utilizando antes las armas de fuego de su gente de á pié; ventaja poderosa que contrabalanceaba la superioridad de las fuerzas montadas del enemigo en tan descampado terreno, y á la cual no podia ni queria renunciar, y máxime siendo tan de buen agüero el principio de la jornada. Contó tambien con que el caudillo realista, alucinado por la pronta retirada, la tomaria por signo de debilidad ó de respeto á sus numerosos escuadrones, y que avanzaria sobre sus infantes, hasta colocarse bajo la jurisdiccion de sus disparos; y nunca hizo cuenta que mejor le saliera.

Luego que los soldados del capitan Mendoza se desenredaron de la cuestion de cintarazos, que tenian pendiente con el vecino de enfrente, replegaron á su campo en buen órden, aunque de mala gana y rabiando para sus adentros, como el goloso á quien se hace dejar la mesa á lo mejor y más sabroso del banquete.

El conde entonces movió toda su línea sobre los Comuneros, en ademan de darles una carga general y concluyente; y así lo hicieran en verdad, si no se halláran con una especie de fortaleza humana, que en medio del llano se mostraba con aspecto airado y provocador; y era que, mientras el encuentro de las avanzadas habia reunido seis banderas de su infantería, y formado con ellas una masa de cuatro frentes iguales, defendianla dos filas de piqueros con la erizada valla de sus enristradas partesanas y á cuyo resguardo la arcabucería disparaba en todas direcciones espesa y crecida municion; y como sirviendo á ese castillo viviente de baluartes y resguardos, alzábanse á corto trecho de las caras laterales unas corralizas de ovejas, tras de cuyas paredes de piedra, se habian parapetado dos mesnadas de tiradores y los arqueros de á vanguardia. La masa de hombres montados formaba

compacto grupo al flanco derecho, en actitud de arrojarse sobre los imperiales cuando fuese menester.

El conde reunió toda su fuerza y dió denodadamente sobre los Comuneros. Tremendo fué el choque de los numerosos ginetes contra las apiñadas filas de los peones; pero los recibieron sin desconcertarse. Los piqueros firmes en sus puestos dejaron llegar los caballos enemigos hasta clavarse de pechos en las puntas de sus alabardas, y siendo no pocos de ellos atravesados tambien por las contrarias lanzas.-¡SANTIAGO Y LIBERTAD!-gritó Padilla en aquel instante con una voz de trueno, y agitando en sus manos desde el centro del cuadro la morada enseña de Castilla.-¡SANTIAGO Y LIBERTAD!—respondieron sus valientes; y una inmensa detonacion rompió el viento entre una nube de fuego y humo, como si fuese el aliento de la tempestad. Y era la arcabucería castellana, que disparaba á quema-ropa sobre los caballeros del conde, y que rechaza impávidamente su impetuosa carga Y no de otro modo que si hubieran chocado contra un valladar de peñascos arraigados hondamente en aquel suelo, se estrelló en las firmes hileras de los peones la violenta embestida; y su columna de cuatro frentes se asemejaba á una ancha y sombría fortaleza con los muros erizados de aceradas puntas, y vomitando desde su interior el abrasado aliento de mil bocas de fuego. Cerrada y copiosísima lluvia de balaños y pelotas caian sobre los acometedores, y se cruzaba al través de su línea en todas direcciones. Caballos y ginetes, caian atravesados por el hierro de las picas y el plomo de los tiros, al mismo pié de la maciza infantería. Y algunos partesaneros populares, tambien pagaron con su sangre el costoso honor de recibir en primera línea el bote de las lanzas imperiales; pero otros se arrojaron á llenar los enrejecidos puestos que aquellos valientes dejaban sellados con su noble sacrificio por la libertad y la gloria de Castilla. Repelida vigorosamente la caballería, el de Haro repitió la acometida con igual ó

mayor denuedo; y esta vez con más fortuna, pues logró desconcertar uno de los estremos del frente combatido. Y ya uno de sus hombres de armas aportillaba con su enorme caballo la línea de batalla, derribando hombres al empuje violento del animal. Pero la gente apostada en el aprisco más inmediato notó el descalabro, y descargó tan pronta y réciamente sobre ellos, que derribó en tierra atravesados de parte á parte gran porcion de enemigos, y entre ellos los que habian penetrado entre los peones. Revueltos dieron en tierra soldados y caballos, haciendo ensangrentado y palpitante valladar, que impedia el arribo de los demás combatientes al portillo abierto en la columna de infantería; que aprovechando este respiro, y sin cejar un palmo de terreno, rehizo su línea, y tornó á presentar á los realistas el frente cerrado y compacto de sus imperturbables partesaneros. El fuego entonces era general en todas las posiciones de los Comuneros. Sus descargas se sucedian sin interrupcion, y siempre habia una línea de arcabuces apuntados á la caballería imperial, que casi no podia mantenerse en ordenanza bajo tal turbion de proyectiles. Desde las paredes de los rediles especialmente, se cruzaban los disparos al través de los escuadrones, y ofendian los flancos de su masa, hasta el punto de causarles desórden y trastorno. La caballería de Padilla que vió el percance ocurrido á las tropas de á pié, vino en su socorro sobre el costado izquierdo de los escuadrones enemigos. El conde comprendió que se iba á ver envuelto entre la accion combinada de una y otra fuerza, si no contenia los ginetes que se mostraban en ademan de cargar, y cuyo acceso de flanco era muy difícil de contrarestar; y destacó sobre ellos para impedirlo, la mitad de sus lanzas, quedando la otra en el terreno del empeñado combate. Cosa de gran consecuencia fué esta de partir su gente, y debilitarse en lo más comprometido de la jornada.

El conde de Haro cometió en esa desmembracion un

error indisculpable, que llenó cumplidamente los deseos del caudillo popular, y le dió una ventaja tan eficaz como bien aprovechada. Envió pues corredores al intrépido Mendoza, para que empezase el combate á todo trance con los que salian al encuentro, hasta conseguir su derrota y dispersion. Y como aquel buen mozo no se hacia el sordo en eso de batir el cobre con los devotos del señor Rey de Romanos, á la obra, arremetiéndoles lanza en ristre con las quinientas lanzas que habia traido del campamento. El escuadron realista, casi igual en numero y condicion, no esperó á pié firme sino que se adelantó gallardamente á recibir á sus competidores. Y aquellas dos masas aceradas, que con estrépito creciente y rapida carrera se iban acercando una á otra entre torbellinos de polvo y ráfagas de luz, parecian sombrias y turbulentas nubes, que se encuentran en su camino al impulso de los huracanes y á cuyo violento choque ruje el trueno y estalla la tempestad. El encuentro de los combatientes fué impetuoso y pujante, y retumbó por aquellos campos, como el zumbido ronco y prolongado del vendabal. El valor y la fuerza eran iguales y por ámbas partes se peleaba con el mayor ardimiento. Todas las filas se mantuvieron compactas á la tremenda colision, como si hubieran chocado dos montañas al impulso de un terremoto, rechazándose mútuamente con la fuerza de su percusion. Repelidos así los encontrados escuadrones, sin romper su ordenanza, retrocedieron á la vez, para tomar espacio y lanzarse á nueva contienda, como solian en el palenque los justadores de los antiguos tiempos. Pero esta vez no se mantuvo en el fiel la balanza de la fortuna. El centro de los imperiales cedió al empuje de la carga, y aprovechando el denodado Mendoza este momento de flaqueza, redobló su esfuerzo sobre él y logró arrollarle cortando su frente de batalla.

Este descalabro hizo vacilar á todo el resto de la línea y comprometia su posicion. La pelea, sin embargo, se

trabó con el mayor encarnizamiento, y de parte á parte se blanceaban sin misericordia. Aquello, mas bien que accion de guerra, era casi una lidia personal, donde cuerpo á cuerpo se esgrimian las armas blancas sobre el enemigo más cercano, y donde no se desperdiciaba golpe ni habia más medio que ser vencido ó vencedor. Pero duró corto tiempo, como todos los combates de esta especie. Mendoza con cien hombres de armas, que habian atravesado en su pos el desembarazado centro de los imperiales, cayó por la retaguardia sobre una de sus álas, y este movimiento decidió la lucha. Cargado allí el enemigo por el frente y por la espalda, en breve se vió envuelto y acorralado en lo mejor de la jornada. Comprometidos y empeñados con los adversarios que tenian delante y que les daban harto que hacer, cuando los imperiales se quisieron apercibir de la evolucion de Mendoza, ya le tenian encima como rápido y desatinado alubion. Y aunque deseasen hacer frente al instantáneo ataque, ni era tiempo, ni lo permitió lo crítico del lance. Pero como era preciso responder á las lanzadas del capitan ó dejarse hacer trizas á sabiendas, los más cercanos al peligro le dieron cara, mientras los demás se las habian con los Comuneros por la vanguardia. Desde este momento quedaron dislocadas las filas imperiales. Cada cual atendia á si propio, y combatia á su placer y cuenta. La confusion fué consecuencia inmediata de tal atolondramiento; el desórden no se hizo esperar, y nada pudo retardar la derrota. Pocos momentos bastaron á los Comuneros para hacerla sentir á los desconcertados ginetes, que entregados á si propios, fueron puestos en tumultuosa corrida. Desembarazado Mendoza de tan dura refriega, dirijió sus vencedores soldados contra el cuerpo derecho del enemigo, que mantenia con brio su puesto, y no daba muestras de ceder en el empeño; y dió sobre su flanco con vigorosa arremetida, haciéndole cejar considerable porcion de terreno. En vano intentó rehacerse y

avanzar á su primitiva estancia. El alentado capitan movió á una voz toda su fuerza, y atajó la carga con un ataque general. Los imperiales cruzaron otra vez sus lanzas con los defensores de la libertad; pero vieron frustrado este decisivo y temerario esfuerzo. El empuje de los ginetes Comuneros, reunidos en una fuerte masa y envalentonados con las ventajas ya obtenidas, fué tan récio y poderoso, que arrolló cuanto se le puso por delante. Y al modo del rio, que hinchado con la crecida del invierno, rompe todo vallado y se derrama arrebatadamente por la llanura, el escuadron de Mendoza henchido de ardor y de entusiasmo atropelló la valla de lanzas enemigas, que intentaron detener su carrera, derribando y pasando por encima de sus malandantes adversarios.

Creian estos ser socorridos por algun destacamento del grueso, que estaba á su espalda operando sobre la infantería de Padilla. Pero los encastillados peones se daban tan buena maña, que para tenerles á raya, necesitaba el de Haro toda su gente, y no podia atender á lo demás. Los Comuneros, en tanto con la punta de sus adargas y el galope de sus caballos, iban violentamente por entre los asendereados imperiales, destrozando sus lisiados restos y reduciendo á nada airada la más reacia y desesperada resistencia. El ala izquierda oprimida por la superioridad numérica, desprovista del apoyo del cabo opuesto y abandonada por el general en jefe, cedió el campo á la caballería vencedora, despues de dar buena razon de su honra militar. Vencida en toda la línea y empujada irresistiblemente sobre la fuerza del conde, que combatia á retaguardia, se replegó atropelladamente á su abrigo. Pero este movimiento retrógrado, hecho sin conexion ni ordenanza, en vez de servir para reunir á su base las fuerzas dispersas, fué causa del desconcierto general. Pues los escuadrones deshechos y perseguidos dieron en su retirada sobre la gente del conde, y sem-

braron en ella la turbacion y el desconcierto. Los que corrian desatentados penetraron por sus filas; otros no podian contener su carrera, y otros atropellaban á ginetes y caballos; y todos, en suma, estrechados y repelidos por las picas enemigas, fueron á dar á sus compañeros el deplorable testimonio de su vencimiento y menguada fortuna. Eléctrico y vehementísimo fué el efecto de este trastorno de la caballería del conde. Cortados y descompuestos por el turbulento reflujo de los fugitivos sobre sus líneas; interrumpida su accion sobre la infantería castellana; amagadas por el vencedor Mendoza con sus bravos alanceadores, y despues de tantas horas de mal perdidos esfuerzos, la moral del soldado tiene que relajarse, como consecuencia inmediata y precisa del decaimiento de su espíritu. Así fué que el desórden introducido entre ellos por sus derrotados compañeros, y ese desaliento, esa flaqueza de ánimo, que en la guerra se comunican los vencidos como un viento glacial y ponzoñoso, tardaron muy pocos momentos en dislocar y confundir las huestes de los imperiales. En tan crítica escena salió de entre la soldadesca un grito atronador, que suele ser en las batallas la voz del génio del mal y que vence á los más osados corazones.—¡Qué nos cortan!—esclamó allí un acento estridente y fatídico.—¡Qué nos cortan!—repitieron como el eco de un gemido colosal cien voces confusas y atribuladas. Y esta voz de traicion ó cobardía, como si hubiera sido el estallido de un torrente, hizo á tantos valientes presa de una deplorable alucinacion. Y creyéndose irrevocablemente domeñados por sus enemigos y abocados á una catástrofe universal, oyeron el consejo de la debilidad humana y pensaron en buscar la salvacion por el camino de la deshonra. Nadie pudo ya entonces dominar los sucesos, ni impedir su natural desenlace: Los soldados, sin escuchar ni ver mas que el riesgo y la perdicion por todas partes; sordos á la voz de sus jefes y rebeldes á toda disciplina, salieron

de sus puestos; se remolinaron en tropel confuso y rompieron, por fin, á correr por los páramos en tumultuosa desbandada. No es esta la única leccion de este género en los anales de la guerra, ni la vez primera que una voz imprudente, infundiendo un terror pánico sobre miles de corazones, hace caer las armas de las manos, y arranca al que debia ser vencedor el laurel de la jornada. Los imperiales poseidos de su influjo siniestro iban á toda brida por los pedregales, como si corriera en su pos una nube de combatientes. El geceral y conde, con los escuderos de su casa y algunos oficiales que se encontraban á su lado, tuvo que seguir el derrotero lastimoso de los aventados ginetes. Y aunque la crónica no dice lo que pensaba para su capote el cabizbajo y cejijunto señor, ello es que tomó tambien á buen trote la ruta de Simancas, dando, como es de pensar piadosamente, á todos los diablos á los plebeyos, que así alarmaban á la gente de pró, en guarda y defensa de su bien ganada libertad.

La suerte sonrió á los Comuneros en esta primera jornada. Pero ese favor fué como el halago de las sirenas de la fábula: que atraen con su voz á los viajeros, para perderlos por medio de tan traidora seduccion.

CAPÍTULO III.

NUBES EN EL HORIZONTE.

En tanto que los victoriosos ginetes de Mendoza corren lanza en ristre por los páramos de Torre tras los ahuyentados realistas, y que Padilla con sus peones vuelve al campamento entre las aclamaciones y muestras del más vivo entusiasmo, echaremos una ojeada por otros pasajes, que están llamando nuestra curiosidad. Venia desde Búrgos á marchas forzadas el susodicho don Iñigo Fernandez de Velasco, condestable de Castilla, etc., etc., en obediencia y puntual cumplimiento de las órdenes de los señores regentes de estos reinos y señoríos. Habia ganado ya la tierra de Palencia, y se las contaba muy felices hasta el cabo de su espedicion. Pero, por arte del malo, no faltó quien diese aviso de su tránsito á varios alcaides de la comarca, que no desaprovecharon la noticia y trataron de hacer al respetable señor de Briviesca y Villalpando una que valiese por dos. Y poniéndolo por obra, tal y como les habia ocurrido, de concierto con la Junta de Valladolid, aprestáronse á impedir el paso de los espedicionarios por aquella comarca y á estorbar el logro de sus propósitos. Y les salió la traza á pedir de boca; porque las gentes del condestable que no caminaban con el apercibimiento

competente por esceso de confianza, dieron en una celada bien dispuesta por los Comuneros, en cierto bosquecillo poco distante de la populosa villa de Becerril. El sol tocaba á su ocaso, y el sitio era escabroso y poco practicable, por las espesas junqueras que levantaban sus récios mimbres sobre aquel suelo desigual y pantanoso. Entraron los espedicionarios en la maleza, y adelantaban á la desfilada por el angosto camino, que serpeaba entre las elevadas vallas que á uno y otro lado formaban los enmarañados arbustos; y no marchaban en el mejor órden con la prisa de llegar á cierto lugarcejo, que sobre un altozano se divisaba, como á media hora de camino. Ya iba bien caida la tarde y empezaba á empañar el horizonte la penumbra del crepúsculo cuando el sonido de una trompeta resonó en medio de la selva. A esta señal, los Comuneros agazapados tras de las espesuras, se lanzaron valerosamente contra los soldados del condestable, cojiéndoles de improviso y sin darles tiempo para ordenar su formacion. La hora, el sitio y la ocasion, hicieron completo el resultado de la sorpresa. Y no hizo poco el caudillo imperial en lograr una retirada tal cual sostenida, si bien dejando en manos del bravo Juan de Mendoza algunas compañías de las que estaban más internadas en los matorrales, y que se rindieron á discrecion. Quisieron, es verdad, hacer un esfuerzo para reponerse un tanto del primer descalabro, pero nada de provecho pudieron conseguir. Como cometieron la indiscrecion de caminar sin batidores, les era desconocido el terreno, y no osaron aventurarse entre los arroyos y mimbreras de la emboscada. La poca luz los hacia más impracticables y arriesgados; y era imprudencia evidente lanzarse á buscar en ellos á los Comuneros, que les ocupaban en todos sus estremos. Y aun que el condestable replegó oportunamente la fuerza, que todavia no estaba dentro del cañaveral, y pudo atraer hácia sí algunos pelotones de los menos avanza-

dos, con lo cual opuso aun en batalla más de tres mil peones, no consiguió tomar la ofensiva sobre el ventajoso enemigo. Pero le bastó esa actitud, para conservar su centro de accion, y ejecutar una contramarcha ordenada, salvando aquel contingente y las piezas de artillería, favorecido por las sombras de la noche, que cerró por su ventura cruda y tenebrosa. Los Comuneros tampoco tenian empeño en picar su retirada, no obstante contar con cuatro tercios escelentes de soldados campesinos, muy abonados para poner como nuevos á los vasallos del Emperador. Conseguido su intento de cerrarlos la entrada por tierra de Campos, y contando por gajes unos centenares de prisioneros, diéronse por contentos, y dejaron ir por donde habia venido al buen condestable, con bastantes ínfulas de menos y muy buenos cintarazos de más.

Pero si en el campo realista no salian las cuentas á gusto de los contadores, tampoco entre los Comuneros dejaba de haber su más y su menos, y no era todo coser y cantar. El proyectado enlace de la infanta doña Catalina con don Pedro Giron, como prenda de alianza y seguridad entre el pueblo y la real familia, nada habia adelantado desde su primera proposicion. La Córte creyó naturalmente que el favorecido prócer se apresuraria á rendir á S. A. el homenaje de su agradecimiento por tan distinguida preferencia: pero iban corriendo los dias, y no se habia, por lo visto, curado de tan cortés y obligada correspondencia. En Palacio se comentaba de varios modos su estraña conducta, que nadie podia esplicar satisfactoriamente, y que burlaba los cálculos de todos. Los émulos del duque tomaron pié de aquí, para morderle, y sus parciales se veian embarazados contra las ofensivas murmuraciones. Y como en los palaciegos nunca hubo mucha caridad cristiana, y cada cual no tiene más prójimo que sí mismo, llegaron á oidos de la infanta ciertos rumores, que empezaron á cambiar las

disposiciones de su corazon como princesa y como mujer. El efecto estaba bien calculado, y sin ser gran maestro en el juego de las pasiones, podia adivinarse con seguridad. Porque la princesa tenia interés de afeccion para con el jefe de la Liga, y se prestaba además á concederle su mano por las altas razones de conveniencia, que siempre median en tan ilustres enlaces. Pero por muy indiferente que para la mujer sea un hombre, si ella se entiende desairada no puede menos de sublevarse su amor propio; y no pocas veces llega á convertirse en pasion ardiente la ligera ofensa de la vanidad. Tales son los contrastes de la naturaleza humana. La susceptibilidad femenil hizo su natural oficio en el ánimo de la escelsa prometida, y la consideracion de su dignidad se allegó para encender la llama del resentimiento, por la desatencion y poco miramiento de quien, debiendo creerse muy afortunado por su elevacion hasta el tálamo de los reyes, se mostraba tan remiso y poco reconocido á la elevada merced. Y la humiliaba mucho, que ni sus prendas personales le atrajesen un amante fino y ardoroso; ni su rango deslumbrador, al caballero agradecido y leal. Estos enojos nacientes, hábilmente estimulados por los envidiosos é intrigantes de la camarería, fueron poco á poco tomando carácter y perdiendo en el ánimo de la infanta al comunero Giron; y la jóven princesa llegó, en el despique de su dignidad herida, á declararse libre del compromiso nupcial tan mal pagado por el desatento magnate.

Verdad es, que las apariencias condenaban al duque, y que su posicion se iba haciendo algo comprometida y escabrosa. Ya de antemano habia cometido la imprudencia de no concurrir á la asamblea de Matallana, y ahora tenia contra sí mayores descubiertos. Como jefe de partido, el pro-comunal le habia llamado á Tordesillas, donde la mano de una infanta iba á alzarle al nivel del sólio castellano, por símbolo de alianza entre la Reina y Li-

bertad; y como caudillo de las armas, el órden de la campaña le mandaba ir en son de guerra sobre Medina de Rioseco, asiento del gobierno enemigo; y ni el hombre político ni el soldado habian respondido á tan altas obligaciones, defraudando la real benevolencia y la confianza del voto comun. La infanta habia sufrido un desaire cruel, y habia esperado en vano que el noble jóven, tan enaltecido por su favor, volase á besar sus piés y ofrecerla el homenaje de la gratitud y la caballerosidad, y los Comuneros tampoco habian visto al capitan que debiera conducirles á plantar el pendon castellano sobre las torres del Almirante; y era tanto más estraña y tentada á malicias esta omision, cuanto que se trataba de un plan de campaña ordenado por él mismo, en cuya realizacion debia tomar decisivo papel. De modo, que mientras los demás jefes desempeñaban la tarea que habia designado en la empresa á cada cual, por parte cabalmente del jefe y cabeza de todos, quebraba y salia manca la combinacion.

Pero el caudillo de la Liga no veia la pendiente resbaladiza y fatal donde tenia puestos los piés, y se deslizaba insensiblemente por ella ciego y deslumbrado, sin divisar el abismo á su fin: de tal modo vencen y desorientan las pasiones á nuestra frágil humanidad; y eso que en el vulgo de las gentes pudiera tener disculpa, si no reparacion, en el alma de los dueños del poder puede dar ocasion á la ruina de los Estados. Por eso los grandes repúblicos están siempre apercibidos contra esa tentacion fascinadora, y caminan por el mundo como el piloto por el piélago sembrado de traidores escollos y desconocidas corrientes. Empezaban, pues, en el campo de los Comuneros las habillas y murmuraciones por la ausencia del duque y la inaccion de sus tropas á la vista de una plaza enemiga, y cuando otras fuerzas populares cojian laureles en los páramos de Torre y en las Navas de Becerril. Y como en las di-

sensiones civiles la sospecha de los pequeños contra los grandes es una sierpe escondida, pero siempre pronta á morder, la malicia de la gente menuda comentaba poco avorablemente el comportamiento de su general; y se acordaba de que era rico-hombre de Castilla, y que habia tenido gracia con el Emperador, y que era muy acariciado por la Córte de los regentes. El aura popular es viento muy movedizo, y tórnase de apacible brisa en violento y tumultuoso huracan; y en el horizonte de la opinion una pequeña nube produce deshecha y airada tormenta. La muchedumbre siempre impresionable no necesita más que una ocasion cualquiera para derribar el ídolo, y apagar el astro en pos de cuya luz corria poco antes con admiracion; y en la historia de las veleidades humanas, basta un momento para dar al traste con el edificio de la fama y con los recuerdos de la gloria. Escitada, pues, la desconfianza por cualquiera contingencia, la fuerza de las cosas hace lo demás, y se fija la atencion en circunstancias antes desapercibidas; y se traen á cuento las cosas más indiferentes, y no se desperdicia nada para el capítulo antojadizo de acusacion. A ninguno le habia ocurrido hasta ahora mirar como tacha y óbice en don Pedro de Giron, sus condiciones de familia y posicion para el mando de los Comuneros: antes bien habian sido estimadas como prendas y fianzas de prestigio y buena fortuna. Mas desde que la duda ligera é inconsiderada habia asomado su cabeza de áspid bajo aquella flor de tantas esperanzas, esas mismas dotes y ventajas eran motivos de inseguridad y de recelo; y los pobres por ser rico, los villanos por ser cortesano, los pecheros por ser noble, y cada uno, en fin, por aquello en que se diferenciaba de él, dieron en mirarle de reojo y en no considerarle ligado á ellos en causa comun. Bien que no era todo efecto de la vulgar inconsecuencia ni del capricho de la fortuna.

Desde los principios de la guerra se habia suscitado

cierto antagonismo entre el duque y Padilla, sobre el mando militar de las fuerzas populares. Quizá no eran ellos los causantes de esa rivalidad, ni ella tenia su alimento en las ambiciones de aquellos personajes. Pero ya fuera promovida por el celo exagerado de amigos ó aduladores; ya debiera su orígen á las encontradas corrientes del favor público, la emulacion existia y se agitaba entre las respectivas parcialidades; y fundados estos en que el duque gozaba más consideracion política é importancia social, para dar fuerza á la Liga, al paso que aquellos pretendian que el caudillo toledano reunia mayores compromisos, y entraba más de corazon en la causa de la Comunidad, todos querian lo mejor de la contienda, y ponian al uno sobre el otro competidor. La Córte no despreciaba esta disidencia, para crear dificultades y desconcertar la accion de los Comuneros; y atizaba secretamente los ánimos de las acaloradas banderías.

Sus agentes y ocultos partidarios, esplotando el descontento producido por la conducta del duque, esparcieron hábilmente entre la plebe armada rumores de desconfianza y especies equívocas sobre su lealtad y sus intentos; y las venales sugestiones cundian por el ejército de boca en boca y de oido en oido, é iban tomando cuerpo y consistencia, á medida que se alejaban de su orígen, á semejanza del arroyuelo, que nace murmurando entre las guijas de la pradera, y alimentado en su curso por las corrientes, que recoje al paso, crece y se hincha, hasta ser soberbio y poderoso rio, que se despeña con estrépito en el seno de los mares. En tiempos de revueltas políticas y entre el tumulto de los partidos el espíritu público es muy susceptible, y la imaginacion del vulgo sobrescitado por el vaiven de las pasiones es un misto, que se inflama con la más ligera chispa. Como consecuencia de ese estado febril, se inclina á esplicar los acontecimientos, no en sus causas razona-

bles y ordinarias, sino en el terreno de lo inverosímil y exagerado; y como este juicio carece de regulador, no se detiene en términos medios, y siempre vá á las últimas conclusiones en la esplosion de su fanatismo. Los tribunos tienen que ser los dioses ó las víctimas de la multitud. Cuando sobrevienen reveses ó los sucesos se complican más de lo natural, la fantasía del vulgo vé sombras y quimeras por todas partes, y atribuye á motivos desconocidos y siniestros lo que es efecto lógico y preciso de los más sencillos antecedentes. Entre tales observaciones no ha sido la menos comun, por desgracia, la de achacar á deslealtad ó prevaricacion procederes estraños completamente á tan odiosos móviles. El error de entendimiento, un conjunto inesperado de circunstancias, la interposicion de una contingencia estraña, mil causas reales é invencibles pueden darlos honrosa esplicacion. Pero la muchedumbre deslumbrada no sabe, ni puede oirla, si ante un acontecimiento misterioso y aventurado, la boca emponzoñada del mal consejo susurra á su oido la palabra «traicion.» Y sobre los que suministran las historias, buen ejemplo tenemos en don Pedro Giron.

Cierto es que su porte se prestaba harto á discursos y comentarios desfavorables, y que habia algo de irregular y enigmático. En vano se preguntaba por él; en vano habian trascurrido varios dias en creciente espectativa.

Nadie daba razon de su paradero, y en parte alguna se recibian noticias ni correspondencias suyas, cuando precisamente empezaba lo récio de la campaña. En Tordesillas se habian frustrado las esperanzas de su llegada, en el asédio de Lobaton se peleaba sin su presencia; las fuerzas acantonadas en derredor de Tordehumos, para obrar á sus órdenes, se impacientaban en la inaccion; la Junta de Valladolid se veia incomunicada con el general.

Cosas eran esas, para llamar la atencion pública y

CAPITULO IV.

JORNADA CÓMICA.

Ya oimos á los más curiosos de nuestros lectores murmurar del silencio que guardamos acerca del paradero de don Pedro Giron y la bella doña Ana de Cabrera; y se preguntan en voz baja unos á otros, y se encojen de hombros los mejor informados, y vienen á dar luego sus impaciencias sobre las costillas del cronista. Casi, casi, tienen razon; aun cuando eso de pensar mal del prójimo sea algo impropio de su buen deseo y fina voluntad para con éste su más seguro y atento pecador, etc., etc. Y en descargo de la paciencia que os ha hecho gastar, ¡oh bellas lectoras (para mi todas lo son porque estoy bien educado) y benévolos lectores! en compensacion de lo que se os ha hecho desear el desenlace de esa aventura, y para que perdoneis al autor la chanza de haberos dejado en lo mejor del cuento á media miel, como suele decirse, quiere pagar en buena moneda y con usura, si tan poca es vuestra caridad y tal la dureza de entrañas. De capítulo en capítulo aguardábais el anudamiento de la interrumpida relacion; y os habeis chupado un buen petardo en cada folletin. Pero son cosas de la gente de letras, naturalmente antojadiza y poco disciplinada, que suele á lo más intere-

sante echar por los trigos, dejando á su auditorio con un palmo de narices, hasta que le dá gana de entrar en el buen sendero. Travesuras son esas, que vosotros no comprendeis, y que debiérais agradecer, antes que amostazaros, porque nunca sabe mejor el pan, que cuando se ha despertado bien el hambre. Pero como al buen pagador no le duelen prendas, y dámele que pueda, que yo le haré quiera; como más vale tarde que nunca, y á palabra por decir, nunca le falta ocasion; y como las buenas cuentas, hacen los buenos amigos, nuestros amables conocidos van á salir á la escena sin novedad en su importante salud. Y así quedaremos en paz y jugando, y echaremos el público y nos pelillos á la mar. El vivaracho y decidor Elvir, se ha encargado voluntariamente de poneros al corriente; y como es un mancebo de buen magin y linda parla (aunque algo entrometido y malicioso) cumplirá como un hombre, y os dirá cosas reservadas, que el perillan no ha querido á nadie descubrir mas que á su buen señor y padrino. Platicando está con él mano á mano en su camarin de noche del palacio de Tordehumos, en la misma noche y á las pocas horas de haber llegado á su cuartel general el duque, solo y sin camino conocido. Hace pocos momentos que vá empezada la conversacion, y el caballero, despues de recibir con marcada benevolencia los cumplidos del pajecillo, dióle á besar su mano, y dijo amigablemente, señalándole á su lado un sitial:

—Siéntate ahora, y hablemos como antiguos compañeros de prision.

—Mejor es cantar como el pájaro que, escapado del lazo, bate por el bosque sus alas en libertad.

—¡Siempre chancero y acalorado de magin!

—Ya sabeis que pico un tanto en trovador y romancesco: por lo demás, soy tenido en todo y por todo como persona formal.

—¡Pues dígalo si no el romance de marras, que tan

suscitar invenciones y bachillerías, que cada uno trataba á su sabor; y con razon ó sin ella, la fama del duque iba poniéndose en lenguas, cuando más necesarias eran la unidad y la buena inteligencia entre los defensores del pais.

El conde de Urueña tambien estaba un tanto picado de su ilustre pariente, y no veia claro en su modo de proceder, aunque nunca ponia en tela de duda su lealtad y firmeza. Esta consideracion le contenia, para no romper con él abiertamente.

No se habrá olvidado que el noble don Gombal fué el enviado de la Reina cerca de la Comunidad con el mensaje de matrimonio entre la infanta y el jefe de los Comuneros; y tambien se tendrá en la memoria la entrevista del conde con Giron en la fortaleza de Tordehumos, y el plazo de tres dias que se concertó entre ambos, para responder á la real eleccion. Y no tendremos necesidad de repetir que el de Urueña salió para su castillo algo desazonado con el poco éxito de su embajada, y dando al diablo los melindres y sentimentales bizarrías de su jóven deudo, que así se hacia de pencas para aceptar la mano de una princesa, y andaba con repulgos de empanada en tan deshecha fortuna. Renegando á sus anchas el aguerrido anciano de las mujeres bonitas y blandas de corazon, que así beben el seso á los hombres de calidad, y haciendo pagar á su pobre caballo los arranques de mal humor, llegó á su empinada villa, y dió desde ella á S. A. cuenta de su comision. Allí esperó durante los tres dias aplazados, entreteniendo su impaciencia en acopiar armas y en reparar sus muros y en adiestrar sus mesnadas para la pelea. Aun en medio de ese tráfago marcial, los tres dias se le hicieron tres siglos, y subió cien veces á los adarves para ver si llegaba algun corredor con la ansiada respuesta, si es que no venia el mismo duque á terminar la honorífica negociacion. Pero ni su persona ni cosa de su casa

se dejó ver, y el intervalo consabido trascurrió, y el acuerdo de ambos personajes no dió resultado alguno, poniendo en fuerte compromiso al desazonado don Gombal.

Fiado en la palabra de su sobrino, habia ofrecido á la Reina ir al cuarto dia con el cumplimiento de su mision; y ese empeño no se podia cumplir por la falta de Giron al suyo.

Embarazado y desabrido el conde con la inesperada situacion, voló á Tordesillas para dar por su parte descargo y cuenta de todo á la familia real. De boca de sus altezas supo que don Pedro no habia comparecido en la Córte, mostrándose indiferente á la elevada honra que la augusta benevolencia le dispensára, y haciendo un agravio indisculpable á la hija de sus Reyes. Y tanto la infanta como su noble madre declararon formalmente, que retiraban su favor y gracia al inconsiderado personaje, y que el proyecto de nupcial alianza quedaba roto definitivamente, autorizándole para manifestarlo así á la Santa Junta en su real nombre y voluntad. Ni faltaron tampoco reconvenciones para el viejo conde, que habia sido el autor y eficáz agente de aquel gran pensamiento, estimulando á la Princesa y aconsejando á la Reina para su adopcion y breve traza. Quizá don Gombal fué muy adelante en su negociacion, atreviéndose á responder de la buena disposicion del duque, fiado en la influencia de su parentesco y consideracion, y suponiendo naturalmente que su sobrino se daria por muy satisfecho con tan elevada union, así por su honra personal cuanto por el interés del Estado.

El buen anciano veia las cosas por el prisma de su sencillo y recto corazon y no contaba en su propósito con las pasiones humanas, que interponen sus encontrados influjos en la corriente de los sucesos como los aires de la tormenta al curso de la barquilla en el camino de los mares.

Doña Juana, por fin, se limitó á una queja severa, pero circunspecta, del desaire á que se habia hecho aventurar su dignidad de madre y su condicion de Reina. Pero doña Catalina añadió al reproche de su categoría lastimada la queja de su corazon de jóven y su sentimiento de mujer, tan mal correspondidos y deslealmente pagados; y la triste niña en el desahogo de su alma herida por esa primera decepcion, acusaba al conde de haber despertado en su inocente seno la primera ilusion amorosa, que se deshacia como una gota de rocío desecada por el abrasado aliento de la tempestad.

El conde era efectivamente reo de esa culpa por sus sugestiones, encarecimientos y buenos oficios en pro del duque; pues tanto habló de sus altas prendas y merecimientos; tales pinturas hizo de la elevacion de sus pensamientos y de la grandeza de su carácter; y tan bello y espléndido fué el cuadro de felicidad y gloria trazado á los ojos de la régia jóven, que consiguió trocar el afecto infantil que ella profesaba al noble caballerizo mayor de su madre, en otra impresion más ardiente y fascinadora.

Porque es de saber, que Giron ocupó aquel puesto distinguido en la Córte del último Felipe, siendo despues de su fallecimiento uno de los más ardientes y poderosos defensores de la Reina viuda, que le dispensaba grandes muestras de estimacion y confianza. Siempre tuvo en Palacio notable aceptacion, que el estado de salud de la augusta viuda y el estado de las cosas públicas convirtieron en el más poderoso ascendiente. Esta intimidad con las augustas personas, su constante estancia en la real casa, como uno de los jefes de la servidumbre, y su nunca desmentido celo, engendraron en la infanta que crecia á los ojos del prócer, esa afeccion instintiva que los niños sienten por los amigos de su padre, y que los débiles esperimentan por los que les prestan con su fuerza proteccion y apoyo.

El duque la habia prestado paternales atenciones en las horas de soledad y desamparo á que se habia visto condenada por la misteriosa dolencia de la Reina; y la pobre niña le veia siempre como una sombra tutelar, que velaba su infancia y defendia el umbral de su existencia.

Con tan favorables precedentes, don Gombal lo halló casi todo hecho, para su plan de casamiento; y le fué muy fácil hacer entrar en el propósito á la Reina é interesar el corazon de la infanta. Las conveniencias políticas venian tambien abogando en su favor, y el rompimiento de la guerra hizo de aquella union un negocio de Estado. Pero precisamente fracasó tan noble intento por quien debiera ser más interesado en su buen término.

Lecciones del mundo son esas, que enseñan á descifrar el libro de la esperiencia. Y así contaba el conde con que su sobrino hubiese de ser el obstáculo á sus miras, como por los cerros de Ubeda. Ello es, que el desengaño le tenia fuera de tino, y se veia formalmente comprometido ante los enojos de la Reina y las querellas de la infanta. Y como era hombre sencillo y de carácter íntegro y leal, no conocia los dobleces del corazon humano, ni sabia de esos juegos tenebrosos que en el mundo hacen las pasiones y que son la clave de muchos grandes acontecimientos.

Imposible le era, por ende, comprender y dar esplicacion de aquel enigma, pero tomó sobre sí el empeño de dejar bien puesto el decoro de la régia prometida y obligar al duque á rendirle solemne y cumplido desagravio. Todo eso era preciso, para salvar honrosamente la falsa situacion, en que habia venido á dar el conde; pues siendo el principal motor de la proyectada alianza y habiendo tomado formalmente la representacion de la real casa en la negociacion, le incumbia salir á la defensa de las augustas personas desairadas y sostener su compro-

miso personal en todos los terrenos. Solamente así no podia tachársele de consentidor, si no de cómplice, de la desatentada conducta de su sobrino, ó de imprudencia en el propósito de las bodas y debilidad en el desempeño de tan notorio compromiso.

Así iban asomando en el horizonte político del caudillo comunero las primeras nubes, que empañaban el sol de su gloria y su fortuna, y que formaron luego la tempestad que estravió al pilote é hizo zozobrar la nave del Estado.

mal rato está dando á los comensales del insigne Emperador!...

—¡Así hubiera sido un cañon de ciento y diez!..

—¡Cuenta que si nos ganan la partida, vas á tener que habértelas con la Santa y Suprema de Valladolid!

—¡Antes cieguen que tal vean, los hijos de su madre!

Y como si fuera contestacion á ese apóstrofe, resonó á lo lejos la voz de un atalaya, que cantaba sobre el muro con lenta y vaga entonacion:

¡Castellanos, castellanos,
Los fijos de buenos padres;
No asintais á tal disfama;
Guaresced la libertade!

—¡Bien dicho!...—prorumpió entusiasmado el pajecillo,—mal que le pese á S. M. Católica, y á toda la Flandes oriental y occidental.

—¡Juicio, Elvir, juicio, y hagamos lo posible por libertarte del chamuscon!

—No se librarán ellos tan fácilmente del que les aguarda en manos de Satanás.

—¡Quién sabe! La guerra es un juego enmarañado y azaroso, donde no siempre ganan los que tiran en buena ley.

—Y la suerte se parece á las buenas mozas, que suelen enamorarse de lo peor.

—¿Tambien sabe de eso el rapaz?

—Dígalo si no el derretido y afogonado Men de Barbán, sargento de los tercios montados de vuestro tio y señor.

—Déjate de donaires, y refiéreme cosas de mayor importancia é interés.

—Voy tan derecho, como una flecha al blanco.

—Te llamo para eso, y quiero que no te hagas desear.

—Pues, como iba diciendo, no hay burlas con el amor.

—Toma el camino que te plazca, con tal que vayas al fin.

—El amor es un arrapiezo travieso y mal criado, que se mete *alicuando* (como decia mi preceptor al pellizcarme las orejas) en donde no le llaman, y suele poner las cosas, que no las conoce la madre que las parió.

—Adelante, seor filósofo de quince años.

—Menos tres meses y once dias, segun el Almanaque de mi lugar. Pero, ¿quién diria que aquel rapazuelos ue suele andar en cueros vivos con flechas y atavio, enatorios, habia de tener la mala tentacion de meterse el cuerpo pecaminoso y encorazado de tan atento y eguro servidor?

—¡Pobre Barbán! Más le valiera haber dado en las manos del Cardenal, que en esa lengua de escorpion.

—Nada de eso. Antes soy su apasionado que más le uiere y estima.

—Al fin y al cabo es prójimo, y no haces cosa de sobra.

—¡Y algo más queria ser el espiritado!

—¿Habrás hecho con él alguna de las tuyas?

—¡Poca cosa!...

—¡Con todos has de tener cuenta abierta!...

—Que se lo impute á sí mismo, y que abra los ojos para otra vez.

—Como te dejen hablar, no haya miedo que te quiten la razon.

—Vais á fallar sobre el mérito de la jugada.

—Refiérela por entero, para que veamos el mérito del jugador.

—Pero ya estais en algunos pormenores, y seria ocioso...

—No importa. Quiero oirlo de tu boca desde el principio al fin, porque así el cuadro es de más efecto, y tú pintas á las mil maravillas.

—Lisonja de vuestra bondad...

—Además, que lo poco y apresurado que pudiste de-

cirme en aquel fementido cuarto del meson, que me servia de encierro, como supuesto jefe de la gente de armas de la condesa, no basta ni con mucho á satisfacer mi curiosidad, ni á darme cumplida idea de tus habiles dades. Y ahora que el auditorio está libre y seguro, puede el historiador lucir su gracia y el héroe hacer gala de sus travesuras, para su pró y mi contentamiento.

—Allá vá el narrador, y permitidme que unas veces hable en mi nombre y persona, y otras como simple cronista, porque sea más amena y variada la relacion.

—Haz como te plazca, y usa libremente de tus derechos y preeminencias de buen contador; pues, en cuanto á mi, de cualquier modo he de hallar en ello sabor y esparcimiento.

—Figuraos, pues, que la noche de marras, cuando veniamos la vuelta de Tordehumos bajo la custodia del consabido sargento y sus guerrilleros (que recien venidos á Castilla de los Estados de vuestro tio en Andalucía, no nos conocian por fortuna personalmente, ni estaban en ciertos pormenores), habia entre nosotros quien iba devanándose los sesos, por hallar una salida en aquel diabólico compromiso. El tiempo estaba desatinado; la noche más oscura que las cavernas de la Inquisicion, y el camino de mar á mar. Una ráfaga de viento arrebató á mi señora la condesa, que caminaba algunos pasos delante de todos, la toquilla de acolchado terciopelo. Afortunadamente vino á dar sobre mi arzon, y me cupo la honra de devolverla á su señoría, dándome espacio para deslizar á su oido esta corta advertencia:—Haced que nos detengamos en Castromonte por cualquier medio.—Y antes de que el sargento ni nadie pudiese apercibirse de mi accion, volví á mi sendero, sin esperar respuesta.

Como á media hora de la villa, la condesa, que no habia despegado sus lábios durante la marcha, empezó

á quejarse de un violentísimo dolor de corazon, y detuvo el paso de su dócil cabalgadura.

—Por cierto,—interrumpió el duque á esta sazon,—que lo creí al pié de la letra, y hubiera jurado que era verdad.

—Continúa el historiador,—respondió el pajecillo.

Todos acudieron á la doliente dama que estaba próxima á desmayarse y que hubiera caido desde su montura al suelo á no haber sido sostenida por su caballero y cierto pajezuelo que estaban á su lado y á quienes demandó esa atencion. Ningun socorro se podia prestar en aquel descampado y á tales horas, y nada absolutamente era dable intentar en su favor. El sargento de la caballería señorial mandó hacer alto á la escolta y propuso á la ilustre prisionera entrar en el próximo lugarcejo para atender á lo que exijia su situacion.

El perillan queria, bajo la apariencia de esta gracia, cerciorarse por medio de algun curandero de la certeza del mal de la viajera, sobre el que tenia sus correspondientes dudas; pero se clavó de medio á medio.

Aceptado aquel partido, enderezamos nuestros pasos á la aldehuela y nos instalamos militarmente en el ahumado y arrieril meson, echando de él, *velis nolis*, á todo estante y transeunte.

Como la condesa habia manifestado deseo de ser únicamente asistida por el susodicho pajecito, y el sargento no halló reparo que oponer á ello, mientras S. S. descansaba en el humilde lecho, aparejado con lo mejor de la casa, nuestro camarero sentado junto á él esperaba la llegada del interesante Galeno.

Hay quien opina, que ni la enferma dormia ni el rapazuelo callaba; pero si eso sucedió, la cosa fué tan disimulada y bien vestida, que el centinela colocado al umbral esterior de la pieza, asi lo entendió como si tuviese los sentidos á componer. Avisado por un mesnadero el físico del concejo, llegó á poco rato con su estu-

che bajo del sobaco y las antiparras sobre la nariz. Entró en el cuarto, acompañado del sargento, y enterado por mí del estado de la noble dama, dió comienzo al desempeño de su cometido. Por supuesto que antes de todo yo le habia endilgado unas cuantas frases laudatorias, salpicadas con sendos trozos de *crispa latinitate*, que ardian en un candil; por de contado tambien que cuando el buen quirúrjico me dió la mano, en signo de buena crianza, yo metí suavemente en la suya varias doblas de oro, con un apreton muy espresivo de cordial inteligencia. No se hizo afortunadamente de rogar, y á pretesto de buscar su tabaquera sumerjió la vergonzante *pecunia* en el insondable bolsillo de su grasiento gaban. Y sorbiendo luego una racion de lo rojo con nasal estrépito, dijo grave y sosegadamente:—¡Palpitaciones!... ¡Opresion de los ventrículos!... ¡Dificultades circulatorias!... ¡Oh!!!—Y seguia frotándose con el pulgar y el índice la amoratada nariz, y haciendo ascender por sus cavidades torbellinos de rapé.—*Etiam domine;*—le repuse yo con magistral desenfado.—Y él, para atortolarme con su sapiencia, dijo misteriosamente:—*Cor cordis; qui potest capere, capiat; malus mala malum, et vel ex vel de.*—¡*Optime magister!*—prorumpí con arrebato. Bien venido á esta casa la flor y nata de la sintáxis, del hiperbaton y de la cacofonía. ¡Dichosa la madre, que acertó á echar al mundo tan curvilíneo másculo, y dichosa la tierra que posee tal pozo de prosopopeya y rapsódia greco-latina!—Desde este arranque oratorio fuí un oráculo para el desvanecido charlatan. El sargento contemplaba absorto nuestro diálogo, y hacía gran efecto en su ánimo mi alarde escolástico. Y como él era precisamente el escollo más fuerte al logro de mi plan, creí que habia encontrado el camino, para apoderarme de la situacion á fuerza de audácia y de ingénio. En esto ya se hallaba en actitud el macarrónico rapa-barbas. Penetró en el retrete de la condesa, en pos de mí, alum-

brándonos el militar con un velon de gran tamaño. Coloquéme al lado de la cabecera, el veterano á los piés, y el quirúrjico en el medio, pero junto á mí. En esta posicion empezó á hacer su oficio, como pudiera el doctor de más campanillas. La condesa parecia estar en estado de laxitud, y como que no se apercibió de nuestra entrada. Quise llamar su atencion; pero maese Gatillo me lo impidió, porque queria observarla antes á su satisfaccion. Y lo hizo efectivamente, poniendo una mano sobre las cejas á modo de pantalla, y montando otro par de anteojos sobre el ángulo facial. Hecha esta inspeccion preliminar, anuncié á la condesa la presencia del profesor, y pedila permiso, para que pudiera servirla en lo que fuese menester. Doña Ana con voz débil dió la licencia solicitada, y tendió su brazo hácia el facultativo. Con el mayor respeto y énfasis marcado tomó este el pulso de la noble paciente; y mientras pensativo y ensimismado atendia á las vibraciones de la arteria, murmuraba entre dientes, y como hablando consigo mismo:—*Ars longa, quercus non dabit palmas, negominorem subsuntam.*

Y despues de un rato de observacion, durante el cual arrugó el entrecejo, enarqueó las cejas y miró al techo, soltó la torneada muñeca, diciendo enfáticamente:

—Desentonacion orgánica. Pulso inarmónico, centrífugo y discolo. En treinta y seis pulsaciones escede á la regla general. Esto manifiesta un aflujo fortuito de humores espirituosos.—Y pidió la otra mano á la condesa, y repitió la pantomima anterior con aditamento de visajes y estravagancias.

—¿Qué siente usarcé?—preguntó en seguida á la noble dama, cuyo título y gerarquía no se le habian dado á conocer.

Doña Ana puso su mano derecha sobre el corazon.

—*Inteligenti pauca*,—dijo el lancero; y quiso poner la palma de la suya sobre el pecho de la con-

desa, que con un ademan imperioso se la hizo retirar.

—¡*Spoliato supini!*—se limitó á contestar el desconcertado maese.

—Perdonad,—le dije yo entonces dándole un pisoton soberbio,—en gracia del pudor de mi jóven y bella señora.

—¡*Mulierem formosam!* que dijo un autor en medicina legal.

—Bien: pero ya sabeis que otro ha dicho, muy oportunamente; *femina sola reposcit.*

Cargué la espresion sobre el adjetivo atizándole al mismo tiempo un codazo de mi flor. Comprendió la indirecta el mata-sanos, y me dió su guiñada de inteligencia.

—Efectivamente,—contestó á mi cita:—pero habeis de saber, hijo mio, que los hombres de la facultad no somos de carne y hueso.

—¿Mas los profanos al incorpóreo gremio?... ¿*Profanum vulgus?* que decia el clásico.

—*Caret utroque,*—contestó mi interlocutor;—es decir, que deben tomar las de Villadiego.

—¿*Nemine discrepante?*...—repuse yo largándole un espresivo pellizco, para hacerle comprender mi intencion.

—*Nequaquam;*—repuso inmediatamente, frunciendo los hocicos, y dando un resoplido gutural; y añadió mirándome con los ojos como candiles:

—Quedaos, seor paje, quedaos, porque me vais á ser preciso en la operacion.

—¡*Perge, Catilina!*...—prorumpí yo entonces con aire de autoridad, señalando al sargento con mi mano la puerta de la estancia, y tomando de la suya la luz.

—*Per porta pavorum;*—añadió el profesor Gatillo con tono jurisdiccional. El militar, que no atendia á nuestro coloquio, sino que fascinado por la belleza de doña Ana, la devoraba con los ojos y estaba profundamente embe-

bido en contemplarla, quiso resistir la salida de la alcoba: pero á una señal imperativa de la condesa cedió humildemente, y evacuó el puesto, no sin lanzar á la hermosa prisionera miradas abrasadoras de desordenada aficion.

Libres de la presencia de Barbán, abordé franca y resueltamente al cohechado Gatillo, diciéndole sin más preámbulos:

—Hermanito; sois un hombre de provecho, y no me dareis motivos para mudar de opinion. Y lo habian de pagar las costillas de usarcé; porque yo soy para amigo, que ni pintado: mas para lo otro, tampoco quedo atrás.

—*Amicus Plato...*—me interrumpió el susodicho.

—Déjate por ahora de latines, y procura entender el castellano. Esta dama está doliente del corazon; no puede continuar su viaje por ahora; es de absoluta precision que permanezca aquí; nadie la causará molestia ni hará contradiccion sin permiso mio, como encargado de la asistencia y ejecucion del plan curativo de vuesa mercé, que hará en todo y por todo lo que sea de mi voluntad y agrado.

—*Finis coronat opus;*—dijo el maese con la mayor humildad.

—*Dixi;*—contesté con aire enfático é imperativo.

Con estas y otras advertencias y merced á mis insinuaciones monetarias, el físico desempeñó su papel maravillosamente. El sargento, que ya no era dueño de su persona por el efecto que le causára la beldad de doña Ana, se avino á todos los preceptos, y resignó en mí su poder. Pero iba siendo preciso enterar de mis propósitos á la ilustre prisionera; y luego que nos quedamos solos, mientras Barbán acuartelaba su gente y el maese desempeñaba cierto encargo importante, aproveché la ocasion. Durante el camino, yo venia sobre mi cuartago, mohino y caviloso, sin hablar y haciendo como

que dormitaba entre el embozo de mi ferreruelo borgoñon.

Hícelo de malicia para engañar á nuestros guardianes y ver de sacar partido de la añagaza. Nunca eché cuenta que mejor me saliera. El cabo y otros soldados, que iban en pos de mí, cayeron en el garlito con la mayor candidez del mundo. Creyéndome vencido del sueño, por haberme hecho el sordo á varias insinuaciones y llamadas, que, para cerciorarse, me dirijieron, diéronse á platicar de nosotros y calcular los provechos de tan ventajósa presa.

Aunque hablaban á media voz, yo tenia un oido de legua y media para cojer al vuelo palabras suficientes á revelarme lo sustancial y útil de su coloquio. El bendito del cabo sabia que don Pedro Giron no estaba en Tordehumos; pero que se hallaba allí el conde de Urueña, su deudo y valedor; y que como prisioneros hechos por gente suya, debiamos serle entregados; y añadió el socarron, que, por ende, habia consentido en los tratos del sargento, quien tendria que tragarse la equivocacion y hacer de la necesidad virtud para con su señor y capitan.

Figuraos la polvareda que levantaria en mi cacúmen tan halagüeño descubrimiento. Ya no quise saber más, y con un estornudo estrepitoso puse fin á la conversacion; y momentáneamente concebí la idea de libertar á la condesa y al duque de un mal paso, impidiendo su arribo á la plaza y á la presencia de don Gombal.

Mi plan era muy sencillo. Suspender la marcha, detenernos en un pueblo del tránsito y ganar veinte y cuatro horas, para enviar un aviso á Medina de Rioseco, y que una fuerza de aquella guarnicion viniese á procurarnos la libertad. Castromonte me pareció muy á propósito para poner en planta el proyecto, por su adhesion á la casa y persona del almirante, como señor de la villa y dueño del alcabalatorio. Los vecinos son

sus colonos y tributarios, y ninguno se negaria á poner de su parte lo conveniente, tratándose del servicio y amparo de la ilustre y feudal soberana; y no estaba fuera de mi cálculo, si las cosas urjian demasiado, instigar á los más acalorados parciales de don Fadrique para levantar un rebato en la poblacion, que dando á viva fuerza sobre nuestro alojamiento echase de la poblacion á los Comuneros y nos arrancase de sus manos.

Todo marchaba viento en popa. El cirujano era mio, gracias al *auri sacra fames* de la pícara humanidad; siendo á mayor abundamiento un furioso realista, que debia su plaza á la influencia de don Fadrique sobre el concejo y hombres buenos del lugar.

Era persona segura, y por su mediacion pensaba yo ponerme en contacto con cierto familiar del Santo Oficio, que por su empleo disfrutaba mucha preponderancia entre los villanos, y que, como recaudador de los tributos del almirantazgo, tenia para con la condesa obligaciones personales que desempeñar en la demanda.

Inmediatamente le hice avisar por el maese, que á pretesto de registrar el meson para cosas de su incumbencia, se avistase conmigo con la mayor diligencia. Doña Ana por su parte me indicó algunas otras personas de confianza, y con cuyos buenos oficios podiamos contar, mostrándome una órden de los regentes á todas las autoridades, vasallos y servidores del Emperador, para que la complaciesen y obedecieren como á ellos mismos, y confiriéndola sobre vidas y haciendas la autoridad y fuerza del Rey.

Pero cuando se empezaba á poner en juego tan complicada máquina se nos entró por la puerta la fortuna que suele gustar de la gente del bronce; y en mi ánima, que nunca le ha parecido mejor la voluble diosa á este humilde aprendiz de pecador, que cuando no está preso le ván buscando, que tiene muchas hechas y todas por pagar, y que ni pone ni quita rey, pero ayuda á su señor.

CAPÍTULO V.

La fruta vedada.

Donde menos se piensa salta la liebre, dice el proverbio vulgar de los castellanos viejos; y nosotros añadimos, que nunca falta un roto para un descosido, pueque quien las sabe las tañe, y el que es bailarin castizo no se para en lo temblado. Todo esto es una verdad como un templo, y cae aquí como pedrada en ojo de boticario.

Ni se nos diga que es pintar como querer y que á luengas tierras luengas mentiras, ó que no es oro todo lo que reluce; porque la liebre del susodicho refran es el consabido sargento, que se hallaba fuera de quicio y no sabe lo que se pesca desde que la belleza de doña Ana hizo en él tan honda y ardiente impresion.

Esta flaqueza humana que el derretido mozo no supo disimular, venia como de molde, y era un escelente auxiliar con que yo no contaba para el buen despacho del lance.

Era preciso dar cartas en la partida al inesperado jugador, y echársela con él de tahur para ganar las bazas. Convine, pues, las cosas con acuerdo y beneplácita de la condesa para verificar la evasion en la noche siguiente, y puse manos á la obra que la señora creia

imposible y el duque llamaba una temeridad ó una locura.

Durante el dia de nuestra estancia en el meson, el familiar y maese Gatillo hicieron con cautela y sagacidad cuanto les fué encomendado, y al anochecer ya sabia yo con certeza que estaban bien anudados los hilos de la trama.

Entretanto habia procurado familiarizarme con Barbán, bebiendo en amor y compaña sendos tragos de lo blanco de Rueda y dejándome ganar á los dados unos cuantos maravedís. No me fué muy difícil la conquista de su confianza, y en el calor del juego y de la bebida llegamos á tratarnos como buenos camaradas. Verdad es, que el bueno del sargento me daba pié á más y mejor; y no solamente se prestaba maravillosamente á mis insinuaciones, sino que tomaba la iniciativa y se anticipaba á mis deseos; porque tenia el bellaco sus miras sobre la condesa, y para salir con ellas, érale preciso ponerme de su parte, ganándome á cualquiera costa. Era, pues, la jugada un trato de gitanos en que iba el embrollo de quién á quién.

Empezó á congraciarme, como ya se ha visto, con sus condescendencias y buen trato, permitiéndome estar en libertad y al lado de la condesa como su paje de camarería, y que en la habitacion de S. E. no se hiciese sino lo que fuese ordenado por mí; y de una en otra llegué á salir del cuarto por la ilimitada benevolencia de mi protector, á recorrer á mis anchas toda la casa y hablar en sus aposentos con los demás prisioneros y á mandar á todo el mundo en el meson; y con mis chistes y travesuras hasta conseguí caer en gracia á la soldadesca de la escolta, que me tomó por entretenimiento y me tenia por un rapaz delicioso, porque mandé al patron escanciarle buenos jarros de lo tinto á mi salud; y los bergantes trasegaban el aloque de lo lindo y se iban poniendo calamocanos, sin darles un comino por

la ordenanza militar; y como me hacía mucha cuenta ponerles fuera de combate, tiraba de largo y no dejaba que se les secára el garguero ni que se viera el fondo del tonel.

Mis gentes entretanto por la parte de afuera hacían todo lo demás.

Un mensajero de confianza galopaba para Medina de Rioseco con una órden para el gobernador de la fortaleza concebida en estos términos:

«Cien hombres de armas caerán á las diez de esta noche sobre el meson de Castromonte ocupado por un destacamento popular, y rescatarán lo que tienen en su poder.—Por la Regencia.—El Almirante de Castilla.»

El familiar de la Inquisicion, que oportunamente vino con su notario y alguacil al aparente registro de la posada, recibió de mi mano la siguiente nota:

«A las diez de la noche dos caballos á la puerta del terradillo.—Don Fadrique.»

Esas cartas, que con otras firmadas en blanco por el almirante, la condesa lleva consigo cuando sale de viaje, fueron escritas por mí en la clave conocida de sus partidarios y servidores. Eran, pues, de la mayor autoridad para ellos, y debian recibir puntual y forzoso cumplimiento.

El cirujano, que entraba y salia á menudo con pretesto de la ilustre doliente, me informaba por menor de cuanto se hacia, y cada vez me confirmaba más en el buen término de la conjura. Pero cuando hallé el hilo de tan enmarañada madeja, fué de sobremesa con el mal ferido Barban.

Habíame convidado á merendar y lo habiamos hecho como dos Padres gerónimos. El cuitado queria ponerme de su parte y cambalachar mis buenos oficios: pero compró al diablo por su dinero. La refaccion fué tan larga y picaramente aderezada, como en los mesones de Castilla se ha usado siempre, y no dejará en mucho

tiempo de ser uso y mala costumbre. Ensalada de verza cocida en escudilla de barro; truchuela con cebolla y guindillas que ardian en un candil; arroz con tocino rancio en una cazuela negra y desbochicada y con varias morcellas escapadas del rescoldo de estiércol que llenaba el hogar, y media liebre trasnochada, mal guisada y bien ahumada, salpicon de cecina de macho cabrio; puerros y pimenton, y siete ú ocho sardinas amarillas en escabeche asturiano sobre una escudilla desborcellada de loza verde, con un pájaro pintado en medio y sendos garrapatos alrededor; y para limpiar el molino, queso de cincho con más ojos que el Guadiana, aceitunas comunes adobadas con orégano, aceite y vinagre, y por remate unas bellotas del monte de la villa, capaces de causar envidia al mismo cerdo de San Anton.

La mesa tenia tres piés sanos y uno cojo, bajo del cual hubo que meter unos pedazos de teja para buscar el nivel; nos servia de manteles un retazo de lienzo echado en casa, sin curar; y en mi cubierto, la cuchara era de laton con solo la mitad del mango, y el tenedor de palo con dos dientes de menos y desiguales los demás. Nos alumbraba un candil mugriento y sudorífero, pendiente de una caña silvestre en medio de la habitacion. No teniamos más que un vaso de asta para beber; pero en cambio, habia para el líquido potable una batería de jarros de barro cocido y empezgados hasta los bordes por la parte interior.

Habiamos hecho los honores á la sedienta vianda, por aquellas reglas de que á buen hambre no hay pan malo, y que el comer y el rascar no quieren más que empezar; y estimulados nuestros gaznates por las diabólicas salsas de la cocinera, nos entreteniamos por via de apéndice y aditamento en hacer la razon á la mistela y el retostado para favorecer la buena digestion de tan fuertes vituallas: en este terreno esperaba yo al sargento y se me vino como por la mano. Ya durante el convite

me habia dirijido algunas indirectas que yo iba oyendo con un aire de amable aquiescencia, bastante significativo para escitarle á mayores confianzas.

Animado por mi buen talante y jovial acceso á sus primeras insinuaciones, me consideró tan manso y condescendiente como era de desear, y empezando á lisonjearse con la seguridad de hacerme su mediador y cómplice. Dábale yo cuerda al compás de su paso, y á la conclusion de los postres habia ya entre los dos valor entendido. Al principiar la sobremesa, tomé una racion de anisete, y levantando el vaso en alto, esclamé mirándole con maliciosa sonrisa:

—Brindo por mi bella y bien amada señora, seor Barbán, con vuestra licencia y superior agrado.

—Y señora tambien de mis pensamientos y de toda mi voluntad.

Y arrancóme el búcaro de la mano, y se lo metió de un sorbo entre pecho y espalda, prosiguiendo despues:

—Brindo, Floridor, brindo por la más apuesta y hermosa de las hembras castellanas, por la gala de lo bueno y nata de lo mejor.

—¡Uf!... ¡Qué calor hace!...—repuse yo en tono de amistosa zumba.

—Yo tambien quiero brindar en su honor aunque el más humilde de sus admiradores.

—Toquemos los vasos y vaya un sorbo á su interesante salud.

Y lo hicimos simultáneamente al pié de la letra.

—¡La hermosa y bien amada!...—dijo Barbán á renglon seguido;—¡Pardiez, camarada, que nunca has dicho cosa más cabal!

—Callen cartas y hablen barbas;—repuse con buena dósis de socarronería.

—Muy hermosa, ¡cuerpo de tal! Tanto como la salida del sol, y tan amada como la luciérnaga de los caminantes

—Ya vá soplando el aire de Andalucía.

—Los cuatro reinos se moririan de envidia, si la viesen una sola vez.

—Bien por el rey de los sargentos.

—Floridor, Floridor (era mi nombre supuesto en aquella aventura): ¡cuánto podrias hacer por mí!

—Estalló la bomba—dije yo para mis botones.

—¡Y,—añadió mi comensal,—qué no haria yo en tu favor!

—Brindo al buen logro de vuestro mejor deseo.

Esta indirecta hizo el efecto de una mecha sobre el cebo de un arcabuz.

—¿Quieres ser libre, Floridor?—me dijo el acalorado sargento en el arranque de sus ardores.

—Eso es hablar de la mar.

—Lo eres desde ahora mismo, tan cierto como eres cristiano viejo.

—Están verdes, dijo la zorra mirando la parralera.

—¿Quieres que te lo juré por el santo de mi nombre? ¿que te lo escriba de mi puño, como prenda y fianza de cumplimiento?

—¿Pero eso es una mala tentacion?

—¡Esto es que estoy loco!...

—¿Y quieres hacerme perder los estribos, por aquello de que un loco hace ciento?

—Yo puedo hacerte libre, y tú puedes hacerme feliz.

—Cero mata cero y llevo nada.

—Bien sé que te pido mucho... pero te doy en cambio todo lo que puedo.

—Vamos á cuentas como buenos amigos.

—Mas cuento contigo... ¿no es cierto?

—Allá veremos.

—Haz que sea mia, y aunque tenga que vender el alma á Satanás.

—¡Muy alto pica el buen mozo!

—Burlate enhorabuena de mi insensatez, pero evítame cometer un desatino.

—Eso es más que darse al diablo.

—Seré capaz de acudir á la última violencia.

—¡Por las barbas de un sátiro! Ya sabeis que por proezas al símil han colgado de la picota á más de cuatro hombres de pelo en pecho.

—En tiempo de guerras, la fuerza es la ley.

—Veamos, pues, el cargo y data del negocio: si me niego á daros mi ayuda, lo cual es muy probable...

—Vais conmigo á Tordehumos ó Urueña, os pongo en manos de don Gombal, por espía ú otra cosa así, y se meten donde no veais en mucho tiempo la luz del sol! si no le dá la gana, que tambien es muy probable, de colgaros de los matacanes ó haceros arcabucear.

—Salgo alcanzado en la suma y no quiero hacer bancarrota, que no es propio de buen mercader.

—Pero si sois dócil y buen muchacho, tomais sano y salvo las de Villadiego con todos vuestros compañeros y podreis por ello alcanzar merced del Emperador.

—Algo es algo: pero ya que sabemos lo que valgo, sepamos ahora para qué sirvo.

—Para hacerme dueño de tu hermosísima señora.

—¡No es cosa lo del ojo, y lo llevaba en la mano!...

—El que algo quiere, algo le cuesta.

—Y á buen bocado, buen grito, podiais añadir ainda mais. ¡Por las chispas de Baco, que no pedís casi nada. ¡Si seguís con tales antojos, no está segura ni la serenísima Emperatriz!

—Será lo que quiera; pero ha de ser.

—¿Y cómo?

—¡Qué sé yo! Eso es lo de menos.

—Eso es lo de más, con vuestro perdon.

—Como ello sea, me importa poco la manera de llegar allá.

—Entonces, ¿cuál es mi papel en la aventura?

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEON

—Discurrir el modo más pronto y mejor: pones manos á la obra, y que hayamos despachado antes de anochecer.

—¡Para eso poco!...

—Te doy carta blanca para todo cuanto te agrade.

—¿Qué os parece un rapto? La noche es oscura; los montes están cerca, y ya vendrá como llovida alguna ocasion.

—Vas comenzando á interesarme cada vez más.

—Por algo se empieza.

—Convenido el robo. Ahora me dices lo que para ello es menester.

—No es copla de repente, ni coser ni cantar; pero si lo fiais en mí, puede que se ocurra algun espediente para salir inocente.

—Por fiado y en marcha.

—Tengo que poner en órden las ideas que bullen en mi magin, no vaya á costarme la torta un pan.

—Bebamos. El vino es un escelente consejero en los negocios de amor.

—Grande amigo de los que pierden la chabeta por una mujer.

Y dimos paso por nuestras gargantas á una razonable porcion del aloquillo toresano.

—¿Vamos viendo claro? me preguntó el sargento, despues de paladear regaladamente el prolongado sorbo.

—Poco á poco se vá lejos,—le respondí con evidente malicia.

—Camaradita,—dijo dándome unas palmaditas en el hombro;—sois más picarillo de lo que es regular.

—Aunque lisonja lo estimo, y vá bola.

—¡Ah!... ¡ah!... ¡ah!... Por lo visto, somos tal para cual.

Y el sargento reia de mis cuchufletas á mandíbula esplegada.

—En efecto, habeis dado con la horma de vuestro zapato.

—Dios los cria y...

—Dime con quién andas, te diré quién eres; cada oveja con su pareja, y tan bueno es Pedro como su compañero.

—¿Y á cuántos estamos de lo consabido?

—Estad corriente para las diez de esta noche.

—¿Y qué más?

—En el momento oportuno sabreis de mí todo lo preciso; hasta entonces, buenas noches nos dé Dios.

—Pero...

—No hay más que hablar.

—Dadme esos cinco.

—Tomad los diez.

—¡Vaya un mozo travieso y aventajado!...

—¡Y qué sargento tan derretido y emprendedor!...

—El muchacho es tan cuerdo como un hombre.

—El hombre es tan loco como un muchacho.

—Lo dicho, dicho.

—A lo hecho, pecho.

Y salí del aposento dejando á Barbán mano á mano con un tarro de moscatel.

CAPÍTULO VI.

LA DAMA PAJE.

Las diez de la noche están sonando en la maciza y vetusta torre de la iglesia de Castromonte; pues aunque allí no habia por entonces relój de campana para marcar las horas á los honrados habitantes de la villa, el señor cura tenia su horario de arena, y á la décima vuelta, mandaba dar al sacristan el tóque *de la queda* y los esquilones de la parroquia la anunciaban á la poblacion con otros tantos tañidos pausados y soñolientos. No bien hubo vibrado en los aires la última campanada, cuando estrépito de armas, caballos y gritos de guerra se difundió por todas las avenidas del lugar.

No parece sino que una legion de espiritados vá suelta por los aires y que dá sobre la villa como nube de verano cargada de estruendo y de confusion. Al principio se oyó un rumor sordo y desacorde; luego fueron dejándose percibir carreras de ginetes, choques de arneses y voces de soldados; hasta que acercándose precipitadamente y creciendo en fuerza y en tumulto, como la corriente desbordada que se arroja sobre los valles, llegó á convertirse en el ruido atronador de un rebato á mano armada.

A juzgar por las apariencias, era gente montada, que

haciendo resonar á todo galope las herraduras de sus corceles sobre los guijarros de las calles, entraba en son de algarada, y aproximábase hácia el meson, rompiendo cuanto encontraba por delante. Pero no fué tan aprisa, que los Comuneros alojados en él, no pudieran cerrar el porton y atrancarle réciamente por dentro, aprestándose con diligencia á rechazar cualquiera acometida de la parte de afuera.

Para complemento de alboroto y gresca, el esquilon del Concejo empezó á tocar á somaten, y los vecinos más arriscados salian de sus casas en ademan de asonada y escandalizaban la vecindad á voces y arcabuzazos. De modo que el lugarcejo tan callado y tranquilo poco antes se veia, sin saber cómo ni por dónde, hecho una pequeña Babel, en menos tiempo que el preciso para contarlo.

Este era el momento que yo esperaba para la realizacion de la trama. Asi que dió principio la barahunda por las calles del lugar, y en tanto que los hombres de la escolta se ocupaban en poner á cubierto la entrada del meson de aquel golpe de mano, llamé á Barbán á un aposento apartado, y le dije sin más rodeos:

—Al negocio, mi sargento, y salga lo que saliere.

—Pero...

—No hay pero que valga. La ocasion es calva, y el tiempo corre, que le lleva Barrabás.

—La ocasion, á lo que parece, más es de andar á triunfos con esos desalmados, que no de cosas entretenidas.

—Sois un chico de la escuela, seor Barbán; y perdonadme la comparacion.

—Oid, oid la tramontana que traen los escomulgados por esos cotarros.

—Es cuanto necesitamos para salir adelante.

—¡Lástima de tiro de cañon!

—Ni por donde cae. ¡Esos escomulgados son unos

guapos mozos, á quienes debemos besar las manos, porque lo hacen á las mil maravillas!

—¡Y se entran á roso y velloso por la poblacion con trazas de cualquiera fechoría!

—Para algo son vasallos del señor don Cárlos, y están al servicio del almirante, mi amigo y dueño.

—¡Imperiales! ¡Voto á los cuernos de cien lunas! ¿Y qué demonios tienen que hacer aquí?

—Colgaros del rollo por vuestras pícaras entendederas.

—¡Cómo!... Pero... ¿Es decir que?...

—Que os lo doy todo hecho, y que sois un recluta en travesuras de amor.

—¡Menguado de mí, que habia tomado el ruido al pié de la letra!

—A rio revuelto... ya sabeis lo que se sigue. Con que al avio.

—Pero, entendámonos.

—En tres palabras. Esa partida real viene decididamente á atacar el meson, y arrancaros los prisioneros. Es fuerte de cien lanzas, y no hay resistencia posible.

—Mas, ¿quién ha sido el traidor?...

—El diablo. ¿Qué os importa?

—¿Y el diablo tambien ha armado ese motin entre el paisanaje?

—Como querais. Ello es, que esa tropa y esos villanos hacen lo que les ha mandado, y que son capaces de pegar fuego al meson, por salirse con la suya.

—¡Pero no victorean al Emperador!...

—En boca cerrada no entran moscas, y ya saben ellos el por qué.

—No veo claro del todo.

—¡Topo de Barrabás!... Teneis la ocasion delante de los ojos y... ¡vaya! ¡vaya! Más pareceis un abate que un valentón con más barbas que el Gran Capitan.

—Aquí hay un hombre, para todo lo que haga el mejor.

—Mientras vuestra gente se las tiene entre puertas con esos importunos visitantes, que les han de dar bastante que hacer, os colais bonitamente con la condesa por cierta puertecilla accesoria, que desde el cobertizo sale á unas callejuelas escusadas, que van directamente al postigo del terradillo. Allí encontrareis caballos listos; y en una galopada de media hora llegareis á la casa del monte, donde no hay actualmente nadie que os pueda incomodar. Es un sitio, que ni hecho de encargo para una aventura de este tenor.

—La condesa vá á negarse á salir, sabiendo que gentes de su bando vienen en su favor.

—Se la dice que son de la mesnada de don Pedro Giron. Esto basta para hacerla correr hasta el fin del mundo.

—¿Pero y si esos endemoniados gritan, y dan á entender á la condesa lo que son?

—No dirán esta boca es mia.

—¿Quién se lo impide?

—El que puede; y ya se guardarán de quebrantar esa consigna.

—Puede haber un imprudente...

—¿Y quién os quita de asegurar entonces que el vocinglero es uno de vuestros partidarios? Además, que ni el estado de la condesa, ni lo crítico del lance permitirán tan prolijas menudencias.

—Hay pues que meterlo á barato.

—Y no andarse en repulgos de empanada.

—Estoy al cabo de todo.

—La evasion de los demás prisioneros ha de ser antes de vuestra salida.

—Vayan benditos de Dios.

—Entretened vuestra gente en el zaguan delantero con los aprestos para la defensa de la casa, mientras yo hago lo demás por la parte interior.

—Ahí va la llave de la panera que guarda la gente

menuda, y la del aposento del capitan de la guardia de la condesa.

—Despues de un cuarto de hora dejais los vuestros con cualquier pretesto, encargándoles que hagan todo el truido posible, para amedrentar á los enemigos, aparentando que hay aquí mucha gente de armas tomar; penetrais á oscuras en la estancia de la condesa, y...

—Lo que sigue hasta el fin.

—Por la ventana, que es grande y con celosía fácil de romper, ganais el corral, y deslizándoos á lo largo del cobertizo, estais al instante en la puerta accesoria, que tiene una tranca sin candado... y que quizá encontrareis abierta de par en par.

—¡Mejor que mejor!

—Ya fuera, echais á la derecha, hasta encontrar un callejon, que guia á la salida del lugar.

—¡A más ver!...

—Y picad bien, porque la condesa cabalga tanto y tan bien, como un caballerizo de la casa real.

—Cada mochuelo á su olivo.

—Buen viaje y mejor despacho.

—*Así quiero yo á los* pajes.

—*Yo así á los* sargentos *quiero.*

Salió el afogonado Barbán, como una flecha, del cuartucho, y yo me fuí á buen paso á las cosas de mi incumbencia. Mientras la condesa avisada por mí dejaba el lecho, y se ataviaba para la fuga, corrí al apartamiento del duque, que salió de él ya apercibido y corriente, para esperar á doña Ana. Dí suelta inmediatamente á Talabarte y sus compañeros, mandándolos ensillar nuestros caballos con el mayor sigilo, y salir con ellos á la callejuela por el postigo del corral. Todo fué hecho como por via de encantamiento, y sin sentirlo las moscas. Verdad es, que Barbán con los suyos traia en el portalon de adelante una batahola de marca mayor. Ello fué que á los pocos momentos doña Ana y el duque atra

vesaban los umbrales de la puerta escusada del cobertizo, y en seguida deslizáronse por ella como sombras, los ginetes realistas, con sus caballos de la mano, sin oposicion ni inconveniente. La condesa fué la primera que montó en su hacanea, y todos siguieron su ejemplo tomando inmediatamente la callejuela oscura y solitaria, y logrando salir sin tropiezo extramuros de la poblacion.

Ahora entra la parte cómica de la funcion. Quedéme yo en la posada, mal grado del duque, que, contra viento y marea, queria que me fuese con él. Mi presencia era precisa allí, para llevar adelante la farsa del robo y mantener en el engaño al consentido Barbán, mientras los fugitivos se alargaban lo bastante, y se internaban en el monte del Carvajal, donde ya no podrian ser buscados ni interrumpidos en su marcha. El duque suponia que el sargento, viéndose burlado y corrido, tomaria el cielo con las manos, y que quizá intentaria hacer conmigo alguna barbaridad de municion. Yo tambien pensaba algo de eso: pero habia tomado mis medidas, y no me importaba una higa la rabieta del chasqueado perillan. Luego que vi en salvo á mi señor y á la condesa, retiréme á la salita baja, y vestido y calzado me agazapé en la cama, que esta acababa de dejar. Y fué bien á tiempo, pues á poco entró Barbán, que, á tientas y de puntillas, se dirijió á la alcoba, donde creia hallar el codiciado cebo de su desatinada tentacion. De la mejor manera que pudo, y un tanto embarazado por lo peliagudo del paso, me dirijió la palabra; y aproximándose al lecho, me fué diciendo punto por punto cuanto habia oido de mí, con la diferencia, que, ó por algo de atolondramiento, ó por hacer más efecto, lo dijo todo de una vez; empezando por el embuste de haber sido entrada la villa por gentes del ejército de Giron, y concluyendo por brindarse á ser mi salvador. En suma, no me quiso perdonar nada de cuanto al propósito saben mis lectores, con el aditamento y contera de las exageraciones y ho-

jarasca, que usa la gente de la tierra de Dios. Ese atropellamiento me ahorró contestaciones y réplicas; y veniame de molde, para no comprometer mi incógnito. Hice, mientras le oia, unos pocos estremos de sorpresa y de temor; dí treinta suspiros, ahogué algunos sollozos bastante bien contrahechos, y finji con la mayor conciencia lo que de una ilustre y acuitada dama exijia la situacion; pero todo ello sin soltar una sola palabra. Y era cosa de desternillarse de risa, los rendimientos, las bizarrías y fogonazos que mi pantomima arrancaba al aventura lo militar, que se iba animando á más y mejor con mi tácita aquiescencia á sus propuestas. Luego que las hube oido, y finjiéndome dominado de grande pavor, le hice entender en voz baja, y como entrecortada por el llanto, de modo que el metal no se pudiese distinguir, que aceptaba su proteccion. Barbán se fué á esplorar la salida y dar un vistazo á su gente, que tenia el portal convertido en una plaza de armas; y en tanto, me aderecé para la espedicion nocturna. Un manto de la condesa y la sobretoca de viaje me trasformaron completamente; y cuando Barbán vino en mi busca, tenia yo concluido mi tocador. Echó por delante de mi, despues de asegurarme que el paso estaba enteramente desembarazado, y con cautela hicimos la travesía hasta la misma puerta, por donde momentos antes habia salido la fugitiva cabalgata. Al mismo tiempo rompió á la entrada principal del meson una tormenta furiosa. Las gentes del Almirantazgo con los villanos, soliviantados por instigaciones del familiar, deseosos de calentar las costillas á los Comuneros, querian forzar el paso y entrar como en plaza tomada por asalto. Y aporreaban violentamente el porton y descargaban sobre la cerraduras sendos escopetazos, y gritaban, y producian un ruido infernal, como si un terremoto hiciera estremecer las paredes de la casa. Gracias á las instrucciones que yo habia hecho llegar al capitan de los mesnaderos de don

Fadrique, por medio del susodicho agente del Santo Oficio, el ataque se dirijió esclusivamente sobre la avenida delantera, y merced á la anticipacion con que yo empecé á obrar, la salida accesoria estuvo libre, y ni soldados ni lugareños venian á estorbar el uso de aquella importante comunicacion. Los Comuneros no se hicieron de pencas á las perentorias insinuaciones de los acometedores, y desde las ventanas y troneras del tejado los enviaban muy buenos bodocazos y escelentes rociadas de gragea de arcabuz. Ello es, que en un *sancti-amen* se batia el cobre, que era un alabar á Dios; mientras mi robador y yo desfilábamos recatada y sigilosamente por las tortuosas y fementidas callejas, que van á las afueras de la villa. Allí nos esperaban caballos, que tenia de la rienda un labriego; y sirviéndome de estribo su rodilla, me coloqué á mujeriegas sobre uno de los jacos, saltando sobre otro Barbán, y largándose el paje con el restante, metiendo en su caperuza unas monedas que le dí de propina. A buen trote emprendimos de seguida la ruta del monte del Tenadillo, que el sargento me habia indicado ser nuestra direccion. Durante el camino ya empezó mi hombre á querer darse á entender, animado por la soledad del sitio y la oscuridad de la noche, Colocóse á mi lado, y con pretesto de sostenerme, cuando los pedruscos del páramo hacian tropezar mi cabalgadura, me oprimia dulcemente el brazo, despues que se atrevió á querer tomar mi mano, que yo retiraba con dengosa coquetería, y aun quiso deslizar un abrazo disimulado al derredor de mi cintura, esceso que yo impedí con una corbeta de mi jaca. Estimulado por mi equivoca resistencia, empezó á lanzar suspiros al aire, y luego á enderezarme ternezas y flores con tan derretidos ademanes y sentimentales arrobos, que era cosa de alquilar balcones. Y tuve que hacer heróicos esfuerzos, para no oltar cien veces la carcajada ante el grotesco amartelamiento y acalorado babeo del atolondrado seductor,

y me queria hacer mimos, y se derretia en lindezas, é iba el pobrete hecho un verdadero loco de atar por mis desagradecidos pedazos. Rato más divertido no le ha dado nunca el mejor entremés. Sobre todo cuando no pudiendo haberme á las manos, me tiraba besos con las suyas, y me llamaba ingrata y cruel, tirana y homicida. En estas y otras varias llegamos á la vera del monte, que por este lado crece en récios y cerrados matorrales. Entramos á buen andar por la senda que dirije al caserio del montaraz, estrechada á uno y otro lado por altas y enmarañadas espesuras, á modo de rústicas murallas que á trechos no permitian marchar dos ginetes á la vez. En uno de los sitios más densos y oscuros finji haberseme caido la limosnera, y el sargento sin esperar otra indicacion, se lanzó de su montura al suelo, para recojer la prenda. Como casi se veia, tuvo que ponerse á buscarla por el sendero que traiamos, alejándose de mí insensiblemente un razonado trecho. Descargué entonces sobre su caballo, que estaba inmediato al mio, tres ó cuatro latigazos, y el animal rompió á correr camino arriba como una exhalacion. El sargento se vino hácia mí, al ruido de tan estraña evolucion, y diciéndome entre sorprendido y esperanzado:

—Bien ido sea, si la hermosa me permite subir á la grupa de su corcel,

Y se disponia á encaramarse de un brinco encima del arzon trasero de mi montura, sobre la cual yo me acomodaba en tanto á horcajadas con varonil talante.

—Perdone por Dios, hermano;—le dije con una magnifica risotada en mi voz y natural carácter. Quedóse el raptor de mi hermosura en una pieza, y yo le disparé otra andanada.

—La hermosa, seor Barbán, os dá gracias por vuestra incomparable candidez, y os ruega que otro dia no gasteis la pólvora en salvas.

—¡Infierno!...—esclamó entonces el sargento con un

rujido cual el de un leon, y lanzándose á mi caballo con desatinada furia.

Pero yo cuarteando mi jaca, y dándole un besamanos, le contesté con la mayor afabilidad:

—Aquí se acaba el sainete; perdonad sus muchas faltas.

Y rompí á escape al través de los espesadales, mientras el pobre Barbán pateaba y tomaba el cielo con las manos por el petardo, en lo cual tenia muchísima razon. Y decia el energúmeno á juros y voces lo que cualquier dia vendrá diciendo un buen poeta español (1):

¡Mal hubiese el majadero,
Que de pajancos se fia!

(1) TIRSO DE MOLINA en su bellísima comedia «*La celosa de sí misma:*» sin más variante que la sustitucion de la palabra «*escudero*» con que termina el primer verso en el original del célebre autor.

CAPÍTULO VII.

FUNCION DE GUERRA.

Mientras don Pedro Giron y la condesa, despues de tantas aventuras y compromisos, se dirijen precipitadamente hácia la aldehuela de Valverde, donde llegan á más de media noche sin azar ni mal encuentro, quedándose la dama con Talabarte y su cuadrilla en el pequeño palacio, que allí para sus esparcimientos habian los almirantes hecho levantar, y partiendo el duque para Tordehumos con sus dos escuderos y entrando en su alcaidia antes de amanecer, bueno será que veamos lo que ocurre en el empeñado cerco de Torre-Lobaton.

Y puesto que por ahora nada tenemos más importante que contar, dejaremos al atrevido Elvir salir del Tenadillo, libre y lejano del mal andante galanteador, atravesar el monte de Villabrágima y entrar en Tordehumos una hora antes que su señor; y no nos detendrán tampoco en el camino los pobres soldados de Barbán, que cercados en el meson tuvieron que ceder á la fuerza mayor y darse á partido, despues de haber descalabrado á unos cuantos jayanes del señor familiar y hecho rodar algunos lanceros del Almirantazgo, sin haber recibido por su parte lesion ni personal menoscabo. Y si estos se daban luego de calabazadas por la desaparicion

del sargento y de los prisioneros, sin hallar esplicacion ni soldadura, los realistas se quedaron con un palmo de boca y una legua de narices, cuando al entrar en la posada en son de conquista, se hallaron sin lo que venian á buscar.

Allá unos y otros se las hayan, y vamos adelante para ser testigos de los hechos de armas que ván á tener lugar en la villa sitiada por las fuerzas de la Liga.

Desbaratado el plan concebido por la Regencia con la derrota del conde de Haro y la forzada contramarcha del condestable por el descalabro de Becerril, Padilla quedó libre de enemigos y pudo continuar seguro y tranquilo su operacion. Le daba que pensar únicamente la inércia de la hueste acantonada en Tordehumos y pueblos inmediatos, que debia ir sobre Medina de Rioseco, á las órdenes del duque. Este ataque debia haber sido simultáneo con el de Torre, y tenia el objeto de impedir que la guarnicion del Almirantazgo pudiese socorrer á la villa asediada por el caudillo toledano, y de conseguir á la vez la toma de las dos plazas más importantes de los realistas en el teatro de la guerra, y base, digámoslo así, de su dominacion en esta parte del reino.

La Junta creyó, y lo creia bien, que ese triunfo seria un golpe concluyente para la causa imperial; porque no solamente ganaba dos fuertes centros de accion con ventajas estratégicas y políticas para las campañas de los Comuneros y sus medios de gobierno, si que tambien aseguraba á su obediencia la inmensa estension del pais que se dilata desde el Duero á las fronteras de Portugal, y circunscribia el terreno de las hostilidades á casi el territorio de Valladolid solamente, sobre el cual podian afluir todas las gentes de las Comunidades; y contaban tambien los jefes de la insurreccion, que el efecto moral de tamaña victoria generalizaria el movimiento por toda España, arrancando en ella al Imperio los restos de su odioso y tiránico poder. Pero empresa de tan altas

esperanzas habia quedado sin efecto en la parte que el jefe de la Liga habia de tomar sobre sí, comprometiendo en cierta manera la posicion de Padilla sobre Torre, dislocando el plan general de campaña adoptado por la Junta gobernadora, y dando lugar á que el condestable hubiese ocupado la Tierra de Campos, á no haberle atajado la jornada los alcaides de aquella parte de la Merindad.

Padilla comprendia todas esas contingencias y no acertaba á darse razon del descubierto en que se estaba poniendo don Pedro Giron, de quien nadie sabia decir el paradero y cuyas fuerzas estaban acantonadas en la inaccion más estraña é inoportuna. Pero el capitan de Toledo, atento sobre todo al lance empeñado contra la villa imperial, aumentaba cada dia el vigor del cerco, y resolvió no admitir tratos ni acomodamientos.

Despues de la rota del conde de Haro nadie habia osado intentar diversion alguna sobre el campo de los sitiadores. Estos, no obstante que podian haber apresurado holgadamente con aquellas ventajas el término del asedio, quisieron dar espera á la villa, para entregarse á la generosidad del vencedor, antes de someterla á los trances desapiadados de la guerra; pues aunque tenian buenas ganas de haber á las manos á los enemigos tras de sus murallas guarecidos, y en especial á los tudescos que más instaban á la resistencia y se habian opuesto á una pronta capitulacion, no querian que los vecinos pacíficos y las familias inocentes pagasen la locura de aquellos desalmados, ni que el triunfo costase más de lo que fuese absolutamente menester. Pero los aventureros alemanes, que nada perdian en poner las vidas y haciendas de los vecinos al riesgo de una rendicion á viva fuerza, y que antes bien ganaban mucho en mancomunarlos en su temeridad y loco empeño, hicieron estéril la parsimonia y buen deseo del jefe sitiador, y cerraron las vias á otro desenlace que el de las

armas, sin darles una higa, y gozando quizá en que el suelo castellano se enrojeciese con la sangre de sus hijos, en fratricida lucha derramada.

Trascurridos iban, pues, muchos dias, y Torre-Lobaton ni daba muestras de flaqueza ni cedia de su tenacidad. Sus murallas estaban aportilladas y hendidas por la artillería del enemigo; sus defensores no tenian esperanzas de socorro; sus medios de resistencia iban agotándose á cada batida de los Comuneros; y, sin embargo, sus puertas no se abrian y el águila imperial flotaba orgullosa sobre el tope del homenaje. Cansado Padilla de inútiles y mal pagadas contemplaciones con tan rudas gentes, determinóse á emplear todos los rigores de las armas.

El dia 1.° de marzo intimó por última vez á la villa la rendicion á discrecion y sin más garantía que su clemencia para con las personas y bienes de los moradores inofensivos, y apercibiendo con entrar á fuego y sangre si le ponia en tan dura estremidad la negativa á este requerimiento. No habiendo tenido efecto alguno, y cada vez más tercos los cercados en su propósito, el Comunero, aunque forzando su benigno y noble natural, hubo de apelar á lo que ciega é inconsideradamente se le obligaba, resolviendo tomar á viva fuerza la indócil poblacion.

El asalto fué el medio elejido en el cuartel general, y se comunicó á las tropas en la órden del dia, siendo recibido con entusiasmo y escitando viva emulacion en las mesnadas sobre la preferencia para ir al enemigo. Pero no habia de ser un ataque nocturno, de sorpresa ni á mansalva, sino un rebato á la luz del sol, á escala vista y con bandera alzada.

Padilla, con generosa bizarría, designó anticipadamente la hora, el dia y el lugar, por donde la escalada iba á verificarse, determinando además el número de combatientes destinados á esta arriesgada cuanto heróica

funcion, y haciéndolo saber á los sitiados, para que pudiesen aprestarse con conocimiento á rechazar la embestida.

Pero á fin de hacer menos costoso y sangriento el triunfo de los suyos, resolvió batir en brecha la fortificacion durante todo el dia mediante hasta el señalado para la decisiva jornada. Encomendó especialmente á una batería de tiros gruesos, compuesta de cuatro bocas mayores de fuego, que eran, al decir de algun cronista, el San Francisco, la serpentina, una culebrina y un pedrero, el cañoneo contra el murallaje, hasta que por los aportillamientos pudiesen pasar compañías enteras en órden de batalla; y mandó que otras piezas menores distribuidas en los puestos más ventajosos de las líneas molestasen de continuo á la plaza con sus disparos, para que la guarnicion se hallase continuamente en alarma, y tuviera que atender á muchos puntos y debilitar por consiguiente la resistencia en la parte más comprometida.

Rompió el fuego la artillería nuevamente para esta empresa definitiva, y durante el tiempo prefijado lo sostuvo con incansable persistencia. Pero Torre-Lobaton, en vez de ceder á tan terribles demostraciones y darse á buenas como Padilla deseaba y entendia, respondió á las descargas de los Comuneros con el son de los cañones desde los adarves de su orgullosa fortaleza; y tal era el teson y tanto el fuego de los ánimos en ambo. cuarteles, como si fuera el primer dia de combates Grande descalabro causaba la batería gruesa de los sitiadores sobre los muros acribillados incesantemente con pelotas y bolaños de marca mayor.

Los cercados, viendo que su artillería no lograba dominar á la más numerosa y mejor montada del enemigo, colocada al alcance de sus arcabuces, quisieron utilizar esta ventaja, para suplir en cierto modo su inferioridad en aquella arma; y estableciendo sobre los alme-

nares destacamentos de los más diestros tiradores, emprendieron vivo y cerrado tiroteo contra la gente empleada en el servicio de los ingénios. De modo que llovia sobre la batería un granizo de balas, porque los espingarderos se relevaban de tiempo en tiempo, para mantener el fuego en constante viveza y nutricion; mas no surtió grande efecto este recurso, porque Padilla hizo que unas guerrillas de arqueros y escopeteros saliesen de las fuerzas avanzadas, y protejidas por las cercas de las heredades, los casuchos de las eras y algunos matorrales de zarzas se aproximasen, en cuanto posible les fuese, á la fortificacion, y contrarestasen con sus tiros los disparos que venian de los almenares.

La gente en ellos apostada quiso impedir esta operacion, dirijiendo sobre los tiradores populares gruesas y copiosas rociadas de mosquetería, y haciendo jugar sobre ellos algunos sacres, aparejados sobre la plataforma de un cubo inmediato; y los Comuneros entonces, en lugar de adelantar su marcha en cuadrillas, que ofrecian mucho blanco á la puntería de los imperiales y embarazaban la rapidez necesaria á su movimiento, deshicieron sus filas y echaron á la desbandada por los arroyos y setos de aquel campo, para cumplir á su abrigo y resguardo la faccion que les era encomendada; y efectivamente, mientras que los realistas desde sus parapetos no podian enfilarlos un solo arcabuzazo, nuestros muchachos colocados, cuál de ellos á espera, rodilla en tierra junto al mojon de un otero, cuál otro echado á la larga tras el linderon de un barbecho, y cuál agazapado en un chozo de pastores, ojeaban lindamente con tino y aprovechamiento á los que osaban asomar por las almenas, enviándolos un buen cartucho ó una voladora jara, que casi nunca hacian en balde el viaje; y era tan certero el ojo y diestra la mano de los ballesteros y tiradores del real, que dicen las crónicas de entonces, de autoridad por cierto no parcial ni sospechosa, que

no podia salir hombre á la vera de los muros que no quedase clavado por las viras ó descalabrado por los bodocazos.

Asi se fogueaban y mantenian en incesante pelea los encarnizados contendientes, sin más tregua que la noche, cuya oscuridad se interponia entre ellos, como una inmensa venda, que cerrando el paso á la luz, les impedia hacerse mútuamente y sobre seguro, mira de sus tiros y proyectiles.

Pero unos y otros mantenianse en sus puestos y donde quiera se vigilaba con toda diligencia contra los ardides y sorpresas del enemigo.

La gente de Padilla tenia la ventaja de relevarse en tan arriesgado y molesto servicio: al par que la guarnicion de la villa no tenia gente de refresco y estaba continuamente sobre el terreno del combate y sin soltar las armas de la mano. En esta actitud y belicosas muestras ibase empleando el dia concedido á la plaza para esperar el asalto, y nada estraordinario habia ocurrido hasta la hora de anochecer, que se trabó tal cual escaramuza, y se cambiaron de parte á parte muy buenos cintarazos.

Fué el caso, que á las repetidas percusiones de los tiros gruesos para ampliar la brecha derrumbóse un trozo de muralla arrastrando en su ruina una docena de hombres que hacian la guardia del terraplen. El puesto avanzado de los Comuneros se lanzó á la ruina, con objeto de favorecer á los comprometidos en el hundimiento que rodaban miserablemente entre los escombros y descendian á los fosos envueltos con las piedras, los cascotes y ripios de la fábrica en rápido y confuso torbellino; y ni les pasó por las mientes en aquel momento aprovecharse de la ocasion para dar un rebato sobre las fortificaciones por el espacioso portillo, ya en ellas practicable, sino que en un arranque de hidalga generosidad acudian á hacer bien á sus enemigos, posponiendo el en

cono y la pasion de bandería á la noble llamada de la humanidad.

Pero los imperiales no comprendieron tan loable intencion y alto rasgo sino que entendieron que la aproximacion de la patrulla era con objeto de dar un golpe de mano sobre el bastion derruido, ó que al menos querian apoderarse, en clase de prisioneros, de los soldados que habia cojido en su desmoronamiento el roto murallaje; y sin más espera ni respiro, corrieron los más próximos al boquete y plantándose con bizarría encima de la berma, dispararon de récio y á quema-ropa sobre los que venian, haciéndoles detener en su irreflexiva carrera; pero no volvieron pié atrás: sino que, viéndose provocados y ofendidos tan brusca como desacordadamente, echaron mano á sus armas y arremetieron de firme contra los que correspondian á su benéfica intencion con tanta indignidad y bárbaro tratamiento. Enzarzáronse, pues, en un abrir y cerrar de ojos los de afuera y los de adentro, y no se daban manos á deshacerse mútuamente la piel.

Puestos en banda los alemanes delante de la brecha, que cerraban con sus pechos, resguardando á los lisiados y atascados en el derribo, que algunos buenos vecinos trataban de poner á salvo, resistieron bizarramente el ímpetu de los Comuneros y conservaron firme su posicion.

Favoreciales al efecto el foso que se estendia por delante de sus filas é impedia el acceso desde el esterior hasta ellos. Aprovechando esta ventaja y protejidos por las enormes piedras y montones de escombros del derrumbamiento, que dominaba la orilla esterior de la zanja, donde estaban los Comuneros, les combatian con superioridad y confianza, sosteniendo el puesto de poder á poder; pero la guerrilla se componia de esos hombres que nunca dejan las cosas á medio hacer; y sin maldito embarazo echáronse al foso y atravesáronle por cima

de los escombros, que cegaban en aquel trecho buena parte de su fondo y hacian menos difícil la subida á la empinada escarpa.

Los imperiales estimulados por tal bizarría les ahorraron la mitad del camino, saliendo á recibirles gallardamente en medio de la cava y trabando allí con ellos récia y sangrienta escaramuza. Como eran por la estrechez del sitio y los muchos combatientes inútiles los mosquetes, heríanse furiosamente con las dagas y otras armas menores que suele llevar siempre la soldadesca para los encuentros y pendencias personales. Revueltos y enfrascados con el calor del choque, peleaban cuerpo á cuerpo y esgrimian hombre contra hombre los afilados aceros; y no tardó el foso en estar copiosamente regado de sangre, que enrojecia las manos y salpicaba los rostros de los enconados combatientes. La noche por fortuna vino con sus sombras á poner fin á la contienda.

La plaza tocó la retreta, porque temia que á favor de la oscuridad y del estrépito del combate pudieran los Comuneros intentar algo sobre la brecha; y Padilla tambien mandó hacer desde el campamento señal de recoger, para no anticipar la jornada decisiva. Retiráronse pues los destacamentos á sus respectivas estancias, con la peor gana posible, y á no poder más, aunque no sin dejar de una y otra parte unos cuantos hombres fuera de combate en el foso, y llevándose otros tantos con sendos girones en la piel. Tanto los de aquí como los de allá íbanse loando de llevarse lo mejor del lance, y se consolaban de lo que habian recibido con lo que habian dado; lo cual no será muy saludable, pero en cambio tampoco dá ni quita pizca de razon.

Despues de ese sangriento episódio los ánimos quedaron mucho más acalorados y vengativos, ansiando la ocasion de venir resueltamente á las manos

CAPITULO VIII.

Aníbal en Cápua.

Sin tardanza llegó la prueba deseada por los valientes, y todos vieron con júbilo aparecer la aurora del dia designado para el asalto. A sus primeros asomos las fuerzas del cuartel sitiador formaban en sus cantones, para ocupar los puestos que en la operacion tenian destinados. Padilla desde el dia anterior tenia dadas las órdenes y providencias necesarias al concierto y buen resultado de la embestida; y en consejo celebrado con los jefes de los tercios y procuradores de las ciudades se echaron á la suerte las compañías que debieran dar la escalada, porque todas querian la preferencia, y disputábanse con ahinco el honor de esta arriesgadísima jornada. Determinóse que la columna de asalto se compusiera de ochocientos peones, para que la victoria se debiese al valor y no á la superioridad numérica; y no contando la villa con más de otros tantos centenares de defensores, los Comuneros quisieron llevar á la brecha una fuerza igual, aunque podian disponer de masas mayores y entrar en combate con superioridad decisiva. ¡Noble y generoso alarde, que hace más glorioso el laurel de la victoria! Una compañía de escopeteros toledanos, la arcabucería de Valladolid, con los piqueros de la

sierra de Salamanca y los veteranos madrileños, fueron las tropas favorecidas por el sorteo para la toma de la plaza; y dióse el mando superir de la huesto al capitan vallisoletano por deferencia á la antigüedad del reino de Castilla la Vieja. El grueso de las tropas populares debia mantenerse sobre las armas en sus estancias, dispuesto á tomar la ofensiva, y la artillería batir el castillo y demás fortificaciones dominantes del circuito. Las puertas y postigos estaban cuidadosamente vigilados por fuerzas especialmente establecidas, para impedir cualquiera salida que pudieran intentar los sitiados; además de grandes guardias adelantadas que atendian á la seguridad del campo por la parte esterior sobre las avenidas del páramo. Asi arregladas y atendidas las cosas y puesta en ordenanza la columna de ataque, al pié de los cerros donde asentaba la batería gruesa, Padilla mandó verificar el avance; anunciándolo con el toque de batalla que dieron sus trompeteros de órdenes, y que hicieron oir en seguida todas las tropas de tañedores con rápidos y estrepitosos acentos.

A esta belicosa señal el capitan de Valladolid levantó sus banderas, y rompió la marcha, gritando con patriótico entusiasmo: ¡SANTIAGO Y LIBERTAD!...—¡SANTIAGO Y LIBERTAD!...—contestaron los suyos, alzando sus picas y agitando sus estandartes; y una inmensa aclamacion partia de todos los límites del campamento en múltiples y calorosos ecos, que prolongábanse, vibrando por los aires las mágicas palabras de ¡SANTIAGO Y LIBERTAD!... llenando de emocion las almas y de ardimiento los corazones. Luego todo quedó en silencio y concentrada suspension. La columna de asalto marchaba rápida y concertadamente hácia la rota muralla, en medio de la universal espectacion de amigos y contrarios; y en el corto intervalo que tardó en recorrer el espacio, casi nadie se atrevia á soltar su respiracion. ¡Tal y tan solemne era el momento, y tanto embargaba los ánimos la

terrible escena que el furor de las armas iba ante ellos á representar! Los escaladores veian coronado el muro de espingardas y ballestas armadas apuntadas, y prontas á descargar sobre ellos sus mortíferos proyectiles; veian humear las mechas de los arcabuces, y brillar las espadas en manos de aguerridos combatientes: y no obstante tan imponente perspectiva, adelantábanse con paso firme y rostro sereno, y entraron en haz de batalla bajo el alcance de los tiros enemigos. En el momento resonó por toda la línea frontera una descarga formidable. Cayeron varios hombres de la columna muertos ó mal heridos; pero el impávido Quiñones grita con acento vigoroso: «¡adelante mis valientes!...» Y ellos sin desordenar sus filas, ni vacilar un punto, siguen al denodado jefe. La detonacion se repite otra vez y otra; las balas y las aceradas viras cruzan los espacios con siniestro silbido; atruena el viento disonante y prolongado fragor; y la llama de los fogonazos brilla entre la humareda, como los relámpagos entre las negras nubes de la tempestad. Los escaladores ven clarear su batalla por el encendido turbion del fuego enemigo: pero nada logra detener su impetuosa arribada. Al través de los plomos y las pelotas, que por do quiera caian sobre sus cabezas; en medio de los dardos y venablos, que, cual bandadas de fatídicos pájaros, revolaban entre sus mermadas filas; arrostrando á rostro firme y pecho descubierto el fuego y el hierro, que oponian á su ardor aterradora valla, llegaron al pié de la brecha, tendieron los pontones sobre el foso y arrimaron al muro las escalas. Trepan osadamente por ellas los capitanes castellanos seguidos de sus intrépidos soldados, con las espadas en la boca y los mosquetes á la espalda. Cada peldaño sostiene un escalador; y el que cae atravesado por una bala ó clavado de parte á parte por un ballestazo, es de seguida reemplazado por otro, y jamás hay un puesto vacío. Pero los sitiados se defienden valerosamente. Disparan casi á

quema-ropa sobre los Comuneros copiosas é incesantes rociadas de arcabucería; diestros y numerosos arqueros desde las torres inmediatas les barren por los flancos con las voladoras jaras, y llueve sobre ellos ráudo turbion de destructores proyectiles. Un bolaño disparado por cierto falconete, montado sobre uno de los cabos de la cortina, acertó á dar en una de las escalas, y la derribó al foso con todos los que sobre ella estaban encaramados; y otra casi á la vez se tronchó al medio, no pudiendo resistir el peso de la muchedumbre, y rodaron á tierra los que la ocupaban, con el estrépito y confusion hiriéndose con sus mismas armas, aplastándose unos á otros y volteando por los aires en su violenta caida; y amontonados en el fondo de la cava en informe y agitado hacinamiento, entre gritos, ayes, blasfemias y lástimas, los que sanos y salvos veianse de tan desastroso despeñe, agitábanse y luchaban entre los muertos y lisiados, y hacian supremos esfuerzos por salir de entre el monton sangriento y palpitante, de aquella pila monstruosa y desordenada de hombres y de armas, de rotos miembros y trájicos despojos. Los defensores de la brecha alentados con esa ventaja, muy considerable ciertamente, aumentaron el vigor de sus esfuerzos. Ya daban por rechazado el asalto en la alucinacion de su deseo, y cargaron á la vez sobre los que subian por las escalas que habian quedado en pié, para dar con ellos en tierra con un golpe irresistible y definitivo. El bizarro Zapata, capitan madrileño, encaramado sobre el último banzo llegó á tocar el borde de la brecha, y saltó sobre ella con denodada intrepidez. Cerró con el primer flamenco que halló al frente, largándole un soberbio fendiente, que hizo saltar os sesos de su mollera. Pero antes de embestir con el inmediato, le alcanzó el bodocazo de un espingardero, y dió con el valiente al traste, haciéndole rodar por los escombros. Los soldados, que le iban en pos, desconcertados con la pérdida del oficial, quedáron-

se parados en lo mejor de la subida. Los sitiados, aprovechando ese momento de incertidumbre, arrecian contra ellos y les hacen ciar y perder muchos peldaños de la escala, costosamente ganados y muy difíciles de recobrar. El asalto llevaba trazas de desgraciarse, á juzgar por los principios de la jornada. De las cuatro tropas de escaladores ya solamente se hallaba en accion la compañía toledana: pero la grande porcion de enemigos agrupados al punto de su arribada la impide avanzar mucho, y opone obstáculos poderosísimos á su arrojo y tenaz empuje; y no decae su ánimo, por verse casi sola en el combate: antes bien redobla y hace heróicos esfuerzos, para dar espacio y ocasion á que tomen nuevamente la ofensiva sus maltratados compañeros. No tardan en verificarlo á porfía y con más ardimiento que al comienzo de la embestida. Repuesta en su sitio la escala derribada por el tiro de artillería, los pinariegos sorianos á la órden de Arellano, toman por sus travesaños arriba, con la agilidad y firmeza que trepan por los erguidos árboles de sus bosques y montañas; y los bizarros salamanquinos del fogoso Pimentel, viéndose sin medio de llegar al rompimiento del muro por la rotura de su pertrecho, imaginan formar una torre de hombres, empinados unos sobre otros, al modo de esos gigantescos grupos de los modernos gimnastas, y lo ponen seguidamente por obra, y ganan en breve una altura de treinta palmos. La pelea se generaliza en todos los puntos de la escalada, y adquiere cada vez mayor intensidad y encarnizamiento; y á la vez la artillería juega de ambas partes con inaudita violencia. La plaza no solamente dispara sobre las baterías del real, si que además hostiliza á las fuerzas populares formadas en las líneas de circunvalacion, y prontas á entrar en fuego; y el campamento bate con incesante cañoneo la torre grande del castillo, donde los sitiados piensan hacerse fuertes, despues de perdido el recinto esterior de la villa; y entre el rujir

de las bombardas y culebrinas, el granizado y presuroso tiroteo de la escopetería, los gritos de combate, el choque de las armas, el estrépito de la contienda y el tumulto de los bélicos furores, resuena en los vientos un fragor; cual el trueno de cien tempestades, y como que retiemblan los collados y montecillos del contorno.

En el escalamiento de la brecha se peleaba furiosamente. Cuando los imperiales vieron á los Comuneros, á quienes consideraban bien escarmentados y casi á punto de abandonar la embestida, recobrarse instantáneamente del primer descalabro y tornar á la carga con mayor brio y como si hubiesen llevado lo mejor de la contienda, comprendieron que se las habian con gentes duras de cabeza y poco cuidadosas de su piél, que no cederian de su empeño sino cuando no pudiesen más; y como los susodichos realistas eran tambien hombres de pelo en pecho, y no se dejaban llevar así como quiera, no les plugo ser menos, y aceptaron á vida y muerte la partida. Apiñados y firmes en lo alto del portillo, recibieron á los escaladores con la mayor sangre fria y unidad de accion. Voluminosas piedras, grandes trozos de troncos de árboles y costales de guijarros, descendian con arrasador ímpetu desde la altura de la brecha y hacian rodar filas enteras de hombres por las escalas abajo. Pero otros se lanzaban á la subida, arrostrando los haces de leña inflamada, los torrentes de agua hirviendo y la lluvia de áscuas encendidas, que los sitiados arrojaban en aluvion interminable. Ardian las ropas y abrasábanse las carnes de algunos trepadores; que para apagar a combustion, se lanzaron en el agua de los fosos, y tornando sin descanso ni respiro á la pelea. Pero tambien entre los que consiguieron poner el pié sobre la brecha, unos cayeron precipitados por la violenta repulsion del enemigo, otros fueron clavados en las picas, y no pocos sucumbieron luchando brazo á brazo con triple ó cuádruple número de adversarios. Esgrimianse

las dagas, y rasgábanse los pechos con las gúmias acera-das; hacíanse saltar los sesos con tiros á boca de jarro; y no teniendo á veces tiempo para cargar los arcabuces, blandíanles los contendientes á manera de hercúleas clavas, tomándoles por el estremo del cañon, y aplastándose los cráneos con las duras y ferradas mazas. La bandera de Valladolid ondeó antes que todas sobre el escalado aportillamiento. Los Comuneros han logrado establecerse sobre la brecha; pero no está vencida la dificultad.

Sobre el aportillado muro se traba entonces frente á frente la pelea. Pero ya no es una accion de guerra: es un combate personal, donde cada hombre lidia por su cuenta y riesgo, pero contribuyendo al esfuerzo comun. En el reducido y escabroso terreno que ofrecia el roto terraplen de la muralla, hacinábanse los combatientes; y en denso y agitado remolino se chocan, se empujan, se confunden, y disputan al precio de la vida cada palmo de aquel ensangrentado y costoso antemural. Se ven brazos levantados, armas vibradas sobre las cabezas, golpes descargados con violento furor, espadas que chocan con otras y saltan al aire en flamígeros pedazos. Unos avanzan; otros cejan y pierden el espacio ganado; quiénes que iban de vencida, se rehacen y arrollan á sus vencedores; y cuáles están batallando de igual á igual, sin adelantar ni retroceder un paso, hasta que una oleada de guerreros recien llegados arrastra á unos y otros en su impetuoso aluvion. Mas los Comuneros se refuerzan, porque las demás banderas de escaladores han logrado ganar la altura del portillo; y vencido una vez el difícil cuanto disputado acceso, iban saltando sobre la brecha más y más guerreros, y entrando codiciosamente á la parte en la enconada lucha. Aquello era un hervidero incesante, una marea alborotada y creciente, de cuyo fondo salian gritos de ira, rujidos de coraje, rumores fatídicos y sones estridentes, entre nubes de humo y relámpagos de llama. Los imperiales, viendo imposible

arrojar al enemigo de la brecha, y no pudiendo resistir más al poderoso impulso de los refuerzos esteriores, se replegan al sonido de una bocina, y abandonan el insostenible puesto. Los Comuneros quieren lanzarse tras ellos: pero detienen su pié sorprendidos y confusos. Por la parte interna de la muralla y en toda la estension de su ruina habian los defensores de la plaza abierto un ancho contrafoso, en forma de semicírculo, cuyo fondo está sembrado de abrojos, cardos silvestres y otras plantas espinosas; y sobre el borde se levantaba un parapeto de cofres llenos de piedras, sacos de tierra y haces de fagina. Los realistas en su movimiento retrógrado salvaron la cortadura por un puente levadizo, y apostáronse tras el improvisado atrincheramiento; y rompieron desde allí nuevamente el fuego con vigor y confianza. Todo fué obra de pocos instantes. Corta es la vacilacion de los Comuneros, ante el inesperado é imponente obstáculo. Avanzaron hácia adelante con actitud resuelta. Los más arrojados se lanzan al contrafoso, para escalar unos sobre otros la opuesta orilla, destrozándose los piés y las manos con los punzantes arbustos; hay quienes intentan vanamente cruzarle con un salto colosal: pero el capitan de Valladolid acierta con lo mejor, haciendo traer las escalas que habian servido para tomar la brecha, y tendiéndolas sobre la espaciosa escavacion, hacen camino hasta el parapeto.

Emprende con los más animosos la travesía sobre el angosto y resbaladizo andamio. Como casi no podian ir más de tres hombres de frente y tenian que sentar el pié sobre los largueros y travesaños para no pisar en vago, el tránsito era lento y dificultoso; además, los flamencos les ofendian desde su reparo con seguridad y destreza, aprovechando el tiempo y la superioridad del puesto.

Sus armas podian apuntar sobre seguro á los que avanzaban, sin poder usar de las suyas, y arcabucearles

uno á uno, como suelen los cazadores en las esperas hacerlo con las piezas que vienen incautamente á colocarse bajo el alcance de su escopeta.

Algunos Comuneros rodaron atravesados por los cartuchos y aceradas puntas del enemigo: pero nadie retrocedia, y nunca habia un claro en sus filas. El capitan vallisoletano, héroe de la jornada, marchando el primero con la bandera morada en alto, llevaba adelante la hueste y desafiaba á rostro descubierto el plomo de los cañones dirijidos contra su pecho.

—¡SANTIAGO Y LIBERTAD!...—gritaba el valiente, y avanzaba paso á paso entre los venablos, las jaras y los plomos del enemigo.

Protejian su prodigioso pasaje las fuerzas escaladoras, que no pudiendo entrar en el improvisado ponton, se estendieron por toda la márgen esterior del contrafoso y trabaron certero y sostenido tiroteo contra la gente de allende. Causáronla con esto algunas pérdidas y grande molestia, privándola sobre todo de hostilizar á mansalva á los comprometidos en la travesía y ataque del parapeto. Esta arriesgadísima operacion debia durar, y duró en efecto breve rato. Los Comuneros á la primera embestida tenian que ser vencidos ó vencedores. Así es que, mientras de orilla á orilla de la contra-cava se cruzaba una descarga permanente y espesísima de balas, dardos, bodoques y guijarros, los del tercio de Valladolid con su bizarro jefe á la cabeza lograron penetrar hasta la trinchera. Así que el caudillo de la empresa puso el pié con los que le venian más cerca sobre la pequeña berma ó banzo de terreno, que mediaba entre el vallado y la zanja, lanzáronse sobre él, para allanarle á viva fuerza y abrir camino á los compañeros que iban llegando en pos de ellos. La cosa no ofrecia grave dificultad, porque el antepecho no tenia mucha elevacion y consistencia; y ya se consideraban, por ende, al fin de su empresa.

Pero de repente resuena la campana del Concejo en rápido y alborotado son; los imperiales se replegan á cierta distancia del parapeto, como haciendo una falsa retirada, y estallan con estrépito y violencia dos ó tres hornillos de mina en el fondo del contrafoso. La voladura no cojió afortunadamente de cerca ningun hombre, pero hirió á unos cuantos con las piedras y materiales que hizo saltar al aire, y causó algun desconcierto entre los peones con el torbellino de chispas, humo y polvo que esparció en derredor; y no solo esto, sino que los espinos y zarzales que obstruian el cáuce, al contacto del inflamado misto empezaron á arder furiosamente, convirtiéndolo en un rio de fuego. El incendio se propagó con rapidez á las faginas y cestones del atrincheramiento, y á los pocos instantes los Comuneros estaban rodeados de un círculo abrasador.

El enemigo entonces avanzó sobre los más adelantados, para hacerlos repasar el contrafoso ó precipitarles en aquel hervidero de llamas; y los defensores de los bastiones inmediatos les hacian fuego á la vez por la espalda, de modo que la situacion era por demás falsa y comprometida. El jefe del asalto lo comprendió inmediatamente; y sin desconcertarse ni dejarse dominar por el peligro, hizo repasar á los suyos la encendida cava y levantar las escalas; de suerte que, cuando quiso tomar cuerpo la combustion, ya estaban todos fuera de su alcance y libres de tan diabólico ardid; pero no perdieron el terreno ocupado de murallas adentro, ni desampararon la conquistada brecha: mas colocados en el centro del semicírculo trazado por el incendiado atrincheramiento, esperaban, como podian, el término de la quema, no sin abrasarse con el calor ni sin ahogarse con el enrojecido ambiente que les rodeaba; y tampoco se descuidaban en contestar con sendos ballestazos y rociadas á los guardianes de los adarves, logrando enfrenar un tanto su gana de reñir.

Su situacion no era ciertamente cómoda ni desahogada, y el compromiso hubiera llegado á ser formal si los imperiales hubieran podido cortarlos por la espalda, tomando el terreno de la brecha y cerrándolos la comunicacion con las fuerzas esteriores. Pero aunque intentaron hacerlo con resolucion valerosa, bajando desde los terraplenes próximos algunos hombres arrojados por las escabrosas pendientes del aportillamiento, la gente que sucesivamente iba subiendo á él, y que notó la evolucion, les detuvo á balazos en el aventurado descenso, obligándoles á desistir del propósito y á deshacer de prisa el camino andado.

El plan del enemigo estaba, pues, frustrado en su mayor parte; porque ni habia logrado cojer á los Comuneros en la voladura de las minas, ni les habian aislado y envuelto entre las llamas y las puntas de sus picas.

Cualquiera de las dos cosas hubiera podido perder á los que estaban ya de murallas adentro, y hacer inútil y desastroso el asalto para los sitiadores. Quiñones impávido y lleno de inteligencia, comprendió que los sitiados habian hecho en esa combinacion el esfuerzo supremo; y aunque tenia ante sí una valla de fuego, ya contaba la plaza por suya. Así es, que no esperaba mas que acabasen de arder las leñas y materiales que alimentaban el incendio en la contra-cava, como tenia que suceder sin tardanza, para lanzarse sobre las calles de la rebelde y temeraria villa, y lo hizo al pié de la letra; pues luego que la colosal hoguera fué abatiendo sus furiosas llamaradas y se redujo á los límites del humeante y enrojecido cáuce, el bravo capitan hizo restablecer el ponton de pasaje, y atravesando impetuosamente por entre la humareda y el torbellino de pavesas y chispazos que salian del embrasado foso, se arrojó espada en mano con sus valientes soldados por la poblacion adentro, en busca de los reconcentrados imperiales.

Contaban encontrarlos á su frente ya rehechos y ordenados para dar una batalla en las calles, hacer una fortaleza de cada casa, y mantener el terreno de esquina en esquina. Pero no tuvieron valor para tanto; sino que, aprovechando la detencion de los invasores por el incendio, se replegaron todos al castillo, para prolongar la resistencia y dominar desde allí á la rendida poblacion: que despues de comprometida loca y malamente por ellos para la repulsion de los sitiadores, la abandonaban en el trance crítico á merced del vencedor.

¡Grande leccion, en verdad; elocuente y memorable ejemplo de lo que pueden prometerse los pueblos que dan albergue á estranjeros mercenarios, y que posponen su propia causa á la causa de odiosas y antinacionales tiranías!

La columna de Valladolid entró como un torrente por las calles de Torre-Lobaton; no sin que desde las atalayas y almenares de la fortaleza se hiciese sobre ella tenaz y nutrido fuego. Los Comuneros seguian avanzando, no obstante que las balas enemigas se aprovechaban bien en sus filas apretadas, en aquellas callejuelas estrechas y tortuosas, que dominaban en claro los cañones y baterías del fuerte; y veíanse maltratados y barridos por las descargas, sin poder tomar revancha ni hostilizar con fruto á los encastillados tiradores. Bramaban de furor y querian ponerlo todo á sangre y fuego: pero les mantenia en órden su valeroso é impertérrito capitan, que con ademan triunfante les conducia hácia la Casa consistorial.

En la más alta de sus azoteas, con su gente formada en la plaza, bajo las fulminantes bocas del cañon imperial y en medio de una poblacion enemiga, el denodado Comunero alzó la bandera castellana, gritando con patriótico entusiasmo:

—¡SANTIAGO Y LIBERTAD! *¡Torre-Lobaton por las Comunidades de Castilla!*

PARTE CUARTA.

EL AMOR DE LA CONDESA.

CAPITULO I.

TIRIOS Y TROYANOS.

Castilla se halla hecha un campo de batalla. Donde quiera se han cruzado las armas y corrido la sangre. Los pueblos y el tirano han apelado á la última razon. Desde Búrgos á la Coruña, desde Leon á Madrid, el estandarte morado flota victorioso sobre las fortalezas y campanarios.

El pais todo se encuentra en ademan de guerra, y el rebato suena continuamente, como la llamada de la religion en defensa de la libertad, como el acento de Dios respondiendo á la voz justiciera de los pueblos. ¡Espectáculo sublime el de un pueblo, que fuerte con su derecho, revindica de un poder desaforado la santidad de su orígen y la dignidad de la especie! ¡Magnífica escena la de una nacion, que sobre la balanza del destino pone de

un lado su vida y del otro su gloria, su honor y su independencia!... (1)

La lucha está empeñada irrevocablemente de poder á poder, y no hay para todos más porvenir que la victoria ó la muerte. Terrible es la partida; y los combatientes, resueltos se hallan á aventurar todas sus fuerzas. Los Regentes por su parte levantan tropas, acopian recursos y apelan á los medios más desesperados. Comprendiendo bien que la causa de la Comunidad deberia halagar sobremanera el instinto popular, temieron con razon sobrada un levantamiento en masa, que ningun esfuerzo humano seria bastante á resistir.

Encastillado el Gobierno desde el principio del levantamiento en Medina de Rioseco, como único puerto de refugio en tan deshecha borrasca, desesperaba de salir adelante por el trance de las armas, y dábase á maquinaciones y cábalas por el consejo de su pavura y aviesa intencion.

Achaque fué siempre de palaciegos y malos gobernantes guerra tan torcida y desleal, propia de gentes sin corazon ni propia estima. Rodeaba al Almirante una Córte entre teocrática y militar, que no se daba mucha prisa en arriesgar su conservacion á la buena dicha de la causa cesárea.

En ella figuraban el conde de Benavente, poderoso magnate, que capitaneaba casi tres mil hombres de su casa y Estados; el marques de Astorga, que aún anda mohino y cariacontecido por el mal encuentro con los clérigos zamoranos; el conde de Lemus, con un crecido golpe de infantería gallega; el conde de Valencia, con sus peones ligeros; Hernando de Vega, señor de Grajal, al frente de su mesnada, y otros señores de vasallos que hacian mucha sombra en la parcialidad del Emperador; y luego se reunió á estos desalumbrados personajes, el

(1) Véase la nota 1.ª al fin de la novela.

conde de Haro, nombrado general de S. M. I., por merced y buena voluntad, sin duda, de su discreto y aprovechado padre, co-regente del Almirante y del Cardenal. Vino enviado por él desde Búrgos, y trajo consigo al campo realista este improvisado caudillo un cuerpo respetable de tropas regladas, con copiosa dotacion de bocas de fuego, sacadas de Navarra, acompañándole el mariscal de Fromesta, el conde de Oñate y el de Osorno, el marqués de Falces y otros caballeros, con las gentes de sus casas.

Bullian además en la Córte de don Fadrique varios señores de menos cuenta, que desalojados de sus fortalezas y alcaidías por el alzamiento de los Concejos, venian á vender á la Cesárea Majestad el servicio de salar sus respetables dias á costa y cargo del ajeno sudor. Y era tal la influencia y valía de estos infanzones, que no faltó quien, como el conde de Luna, trajera consigo por falanje bélica los domésticos y camareros de su casa solar; y no pocos vinieron con su cuerpo gentil, y con más ganas de crecimientos personales en intrigas de antecámara, que de honrosos desempeños frente por frente á los arriscados enemigos de su mal querido señor.

Pero entre estos y los otros y los que por decir qu dan, en gracia de la brevedad, ello es que en la villa del Almirante se llegó á reunir un grueso respetable de gente de guerra con todos los avios y menesteres del caso, para una campaña récia y decisiva.

Constaba, pues, el efectivo del cuartel imperial de doce mil combatientes de todas armas y atavios; y si bien parte de esta banda de hombres era gente allegadiza y mal dispuesta, habia en ella una masa considerable de tropas á sueldo y con buena organizacion militar.

Los tercios de á pié componianse de ballesteros, arcabuceros y partesaneros, con una bandera de peones,

empavesados con picas y bacinetes, que servian de núcleo y cuerpo de batalla á tan crecida como bien pertrechada fuerza. La caballería era fuerte en número, y en calidad aventajada. Los cuatro centenares de caballos ligeros, á las órdenes del de Haro, eran sobre todo la parte más lucida y segura del arma, sin que los trescientos ó cuatrocientos más de las mesnadas del de Dénia, Miranda, Chinchon y otros señores, los quinientos ginetes con sus cotas y casquetes, y las siete ú ocho compañías de hombres de armas, hiciesen mal contraste en el escuadron real; formando una banda de dos mil caballos, más que menos. De manera, que solamente las tropas de plaza y prest formaban un conjunto de ocho á nueve mil combatientes, capaces de salir al campo, sostenidos por una docena de falconetes, pasavolantes y bombardas de las maestranzas del Estado, y por tres millares de mesnaderos, que los señores feudales sustrajeron oportunamente á los aprestos de la Liga.

Guarecidos los Regentes tras las fuertes cercas de Medina de Rioseco, sin temor á los levantamientos esteriores, formaron con esa milicia la base y principal contingente del ejército del conde de Haro, que salió sin tardanza á campaña, para establecer su centro de operaciones en Medina del Campo; reservándose solamente la fuerza precisa para el presidio y guarnicion de la villa, donde anudaban sin riesgo la red traidora, en que habian de ahogar al leon, cuyo vengador rujido resonaba por todos los ámbitos de la Península.

Esto acontecia á principios de octubre, antes de la época en que dá comienzo el relato de esta romancesca y desconocida historia.

Los Comuneros desde entonces tampoco malgastaban el tiempo, ni se ahorraban prenda, para salir al cabo con su heróica demanda. Y en los dos meses próximamente trascurridos, por virtud de los aprestos de la Junta y de las órdenes de Giron, habian llegado á este

refuerzos de las ciudades y comunidades. Don Pedro Maldonado llegó al real con peones de Salamanca; la gente de Leon, á las órdenes de Gonzalo de Guzman; la de Valladolid, acaudillada por el procurador Sanabria; la de Toro, bajo el gobierno de Hernando de Ulloa; la de Zamora, con el infatigable y poderoso Acuña; y las bandas y compañías de otras ciudades y concejos reuníanse diariamente al cuartel general, sito en Tordehumos, y ponian á la Liga en disposicion de emprender operaciones imponentes y decisivas. Pues si bien la gente, en parte, carecia de la disciplina y pericia de las tropas regladas, en cambio la sobraba el entusiasmo y bizarría, que inspiran la defensa del propio fuero y el amor á la tierra natal. Y entre el hombre independiente que se bate con espontaneidad y por conviccion; que sigue en la pelea los impulsos de su corazon y la voz de su conciencia; que, soldado de su propia bandera, libra en la demanda su bienestar, su conveniencia y su sentimiento; entre el ciudadano, pues, que lidia por su país y su libertad, y el guerrero, que no reune esas condiciones, hay tanta diferencia como del alma al cuerpo, como de la idea á la materia, como del libre albedrío á la ciega fatalidad. Roma debió á sus legiones de ciudadanos su gloria y su grandeza de pueblo libre: y la Roma del Imperio debió á las bandas Pretorianas su degradacion, su esclavitud, su vergonzosa y trájica caida. Los antiguos castellanos con sus escuadras concejiles bastaron para salvar la pátria, la fé y el honor contra las huestes de Escipion, de Aníbal y de Tarif, en una campaña de muchos siglos. Ciudadanos fueron tantos héroes de nuestras glorias y libertades, que en todos tiempos y ocasiones han dado voz á la fama y asombro á la posteridad.

Reunidos en su mayor parte al real Comunero los contingentes de las comarcas comprometidas en la insurreccion, organizadas en poderoso y enardecido ejército, contando con grandes centros de accion en toda

Castilla y entusiasmado hasta el fanatismo el pais, la causa de los imperiales presenta muy triste aspecto, y era cada dia cosa de menos valer. Dueña de pocos puntos fuertes en esta parte del reino, sostenia á duras penas la guarnicion de Simancas, para impedir ó dificultar la comunicacion entre Tordesillas y Valladolid, aislando el Gobierno de la metrópoli; temia mucho por Portillo, y habia perdido á Torre-Lobaton, especie de centinela formidable, que los Regentes querian tener sobre la residencia de la Reina, para evitar un golpe de mano contra Medina de Rioseco; como vigilaban á Toro con la fortaleza de Villalonso, y á Palencia con el presidio de Mormojon. Pero perdiendo iban cada dia por leguas el terreno, y se presentaba su posicion más aislada, crítica y apremiante. Las cosas estaban á punto de no poder esperar más, y todo anunciaba entre las partes aventuradas en tan famosa contienda, pronto y desesperado rompimiento.

CAPITULO II.

Campaña de invierno.

No se hizo esperar mucho tiempo el violento trance. Los ánimos estaban asaz calorosos y desazonados, para dar esperas al comienzo de la postrera y definitiva jornada. Preciso era, por otra parte, aprovechar la buena coyuntura de las cosas en el campo popular, para aventurar una intentona en grande contra los apurados y cada dia más mal compuestos realistas. La contestura de las tropas comunales no permitia tampoco dilaciones, ni ociosidades; y el estado del país exijia sobre todo la apremiante terminacion de la contienda.

Aguijado por estas circunstancias y quizás por otras conveniencias de Estado, dispuso don Pedro Giron mover su campo sobre la villa del Almirante y darla un rebato con todas las fuezas reunidas bajo su órden y direccion. Al efecto una mañana, á la caida del estío, mandó batir llamada general por sus cuarteles y hacer un alarde militar de su gente á campo raso. Al son de los atambores y trompetas, que se estendió rápidamente por los acantonamientos, fuéronse juntando en la estensisima vega, orillas del perezoso y menguado riachuelo, y al pié del cabezo donde asienta Tordehumos, y coronado con la poderosa fortaleza, las compañias, escuadras y banderas

de la *Santa Liga*. Llegando iban sucesivamente al son alegre de los pífanos y atabalillos, por las sendas y caminos que guian al real desde los pueblos á la redonda[s] Y corren alborozados en su pos los habitantes de las aldeas, con sus trajes de fiesta como á tranquila y sabrosa romería. Tambien acudeu á la vistosa demostracion los alcaldes y rejimientos, con sus altas varas y sus negros cerreruelos, entre los jurados y hombres buenos de cada hermandad. Y alegres cuadrillas de jóvenes lugareñas y mancebos campesinos, ellas con rojo brial y tocado de gala, y de ellos cada cual con su menos burdo y más limpio sayo, atravesaban las veredas con estrepitosas muestras de contentamiento, triscando y saltando en derredor del tamborilero del lugar, ataviado y listo como para la funcion de su bendito y deseado patrono. No permanecia, pues, en las casas ni alquerías hidalgo de magro rocin, ni pechero mal ó bien acomodado, ni mozo, ni sano, que de buen grado quedára sin participar del pintoresco y bizarro espectáculo.

A cosa del medio dia ya estaban todas las milicias en el punto de reunion. El temporal es claro y apacible; uno de los hermosos dias del avanzado otoño; ilumina el cuadro un sol tibio, que alegra con su ténue rayo el marchito verdor de la pradera y riela sobre el débil oleaje del riachuelo. Corre un vientecillo manso, que apenas hace oscilar las descoloridas copas de escasos y melancólicos árboles. Es uno de esos dias otoñales tan suaves y agradables, en que la naturaleza parece una matrona lánguida y dulcísima, que pasado el brillo vigoroso de la juventud, camina á su ocaso con las gracias mórbidas y perfectas de la belleza en su último esplendor. Los pastores aquedan apresuradamente sus rebaño en los rediles; los labradores traban sus yuntas y dejan sus oteros; los caminantes interrumpen su jornada y se suben á las lomas vecinas; todos en espectativa de la belicosa muestra, y ganosos á porfía de saciar el delicio-

so resábio de la curiosidad. Bien que la escena valia el trabajo del pecadillo venial, y la prisa que tan honradas gentes se daban para verla y comentarla á su leal saber y entender; porque el real estaba en aquella sazon pintoresco, y de sobra estimulante para la más fria y poco fácil atencion.

La plaza de Tordehumos está situada sobre la vertiente oriental de un escarpado cerro, en cuya cúspide enhiesta y espaciosa descuella una antiquísima fortaleza, con su ceñidor de almenado murallaje, su ámplia plaza de armas y su colosal torre de bandera. Desde el recinto esterior de este alcázar arranca una cortina de cerca rasa, que rodea y defiende la villa con adarves y ladroneras, bajo la inmediata proteccion de aquella culminante fortificacion, cuyas culebrinas gruesas barren en casos de ataque con sendas pelotas de piedra las calles principales, trazadas con tal cuidado en direccion longitudinal al asiento del castillo. Copioso y animado gentio ocupaba la ladera del alcor que dá sobre la vega, pero colocado fuera de la zona militar del fuerte, que defendian inexorables arqueros como precaucion de guerra. Los campanarios, azoteas y tejados de la villa tambien servian de miradores á los más arriscados y firmes de cabeza, y por el ejido, en fin, pululaba el paisanaje del contorno en bulliciosa multitud. Las huestes han dejado las armas en haces y pabellones, y se solazan en animado esparcimiento, mientras llega el momento de la faccion. Unos departen con sus deudos y convecinos; otros en variados grupos mantienen alegres coloquios de marcial franqueza, donde se trata de guerra, de mujeres, de juegos y lances de fortuna, y de todo en suma lo que regocija el alma del soldado y le hace olvidar su dura condicion. Allá andan los dados por el aire; aquí van cuatro ó seis partesaneros tras de una morena de ojos negros y garboso talle, diciéndola donosas bizarrías, que hacen subir al rostro de la niña las

rosas del candor, mientras el más ufano de ellos se retuerce el mostacho con alarde de irresistible galanteador. En aquel corro de segovianos y campesinos, se discute la altura de la picota en que se ha de colgar á Ronquillo, y cómo y cuándo haya de ser estrangulado el Cardenal, en justo y merecido pago de sus fechorías contra tanto hombre de bien; otros tratan de dar un buen susto á la Santa Inquisicion, y no falta quien proponga prohibir el vino á los flamencos, para que se mueran de sed; mocion que, dicho sea de paso, fué acojida con cordial salva de aplausos y contentamiento. En estas y otras variedades entretenian las horas los actores y espectadores de la jornada, cuando de la atalaya una trompeta dá la esperada señal. Inmediatamente se repite la sonata por aquellos campos, y á su estrépito acuden á sus puestos los numerosos Comuneros. Júntanse las escuadras, fórmanse las compañías, y á poco rato está en ordenanza la hueste popular. El caudillo sale á propio tiempo por las puertas góticas de la fortaleza con sus capitanes, escuderos y fuerte escolta de la guarnicion. Cabalga el caudillo sobre arrogante tordo rodado de la loma de Ubeda, con jaeces de anteado cordoban pespunteados con seda carmesí, y oprime sus lomos lujosa silla, á la gineta, de finísimo ante con recamadas orlas; y sobre la grupa una rica gualdrapa de terciopelo escarlata, ricamente bordada de oro, y tapafundas del mismo gusto y esquisita labor. Viste el caballero completa armadura de negro esmalte, cincelada de plata, con penacho de morada pluma sobre el pesado yelmo, y pendiente á su cinta la antigua y costosa espada, que el fundador de su raza llevó en la jornada en que salvó al rey de Castilla sobre su propio caballo. Desciende del collado con su lucido cortejo, ataviado en traza de guerra, y las miradas de todos se fijan en él. Recíbele en el descenso una aclamacion inmensa, y las bandas de clarines y timbales, de añafiles y tamborinos saludan al

caudillo con regocijado son. Ya está al frente de sus hermanos de armas, y saluda sus banderas con el desnudo acero. Nutrida y dilatada es la línea de formacion; su aspecto es de multiforme y abigarrada perspectiva pero marcial el continente y alentada la apostura. En el cuerno derecho encabezan los ballesteros, al mando del procurador Guzman; gente ligera y resuelta de las montañas de Leon, de la sierra de Avila y los montes toledanos, acostumbrada á matar con sus dardos los osos y jabalíes, y á no temer el hielo ni el sol; luego copiosas filas de peones armados de arcabuces y otras armas de fuego, dirijidos por el incontrastable Lasso, por Sanabria y por Ramiro Nuñez; hueste compuesta por las cuadrillas y gremios de las ciudades insurrectas y acostumbradas á ejercicios tales en las facciones concejiles. Más adelante porcion de compañías de piqueros fornidos y duros habitantes de las tierras llanas, rejidos por el denodado Ulloa, que les comunica su espíritu batallador. Despliega á continuacion la caballería sus formidables alas, bajo la autoridad de Maldonado, que sobre su negro bridon las recorre y ordena con voz de estentor. Las escuadras ligeras, formadas de salamanquinos y madrileños; las compañías de hombres de armas, donde forman los labradores de Campos, de la ribera del Pisuerga y de las llanuras de la Mancha; las lanzas de Acuña y Bravo, entre las cuales milita la flor de la poblacion de ambas Castillas; y las bandas de ginetes del valle de Buron, de las dehesas del Tera y de las pastorías del Castañar, unos con sus yelmos y coseletes, otros con petos y cotas de malla, y otros con coletos de gamuza y anchos sombreros de durísimo fieltro; quiénes con pesados lanzones; quiénes con espadas de largos gavilanes ó con fortísimos montantes, prolongan rio abajo sus hileras en deslumbrante visualidad. Y en el cabo izquierdo remata el órden de batalla buena porcion de tiros mayores y menores, servidos por vecinos de Segovia y

de Toledo, y arrastrados por el ganado agrícola de estos confines. Don Pedro Giron pasaba sus ojos de águila sobre los veinte mil combatientes guarecidos bajo los morados pendones castellanos, que debia conducir á la cumbre de la gloria, ya por el florido camino de la victoria, ya por los ásperos y sangrientos senderos del martirio.

Sale á galope; pasa por delante de las ordenadas milicias; dirije á unos una palabra de satisfaccion; envia á otros en su sonrisa la esperanza; saluda almete en mano á los defensores de Medina; tiende su diestra á los enlutados huérfanos de Segovia, y siembra en los ánimos la confianza y el valor en los corazones. Un grito inmenso de entusiasmo exhalan conmovidas las milicias á la vez.

El de Giron tomó en su mano la bandera de Toledo, y con voz de fuego dice á sus valientes:

—Castilla ha aceptado el reto del tirano. Los castellanos saldrán con su demanda ó sucumbirán en el campo del honor. ¡SANTIAGO Y LIBERTAD!—Y tremoló con su fuerte brazo el morado pendon de Lain y Fernan Gonzalez.

Momentos de delirio siguieron á la breve pero vehementísima arenga.

—¡SANTIAGO Y LIBERTAD!—repetian con estrepitoso ardor millares de bocas; los guerreros agitaban sus armas, los paisanos libres de la rigidéz militar, arrojan sus birretes y chambergos á los aires; las madres vierten lágrimas de honda emocion; las doncellas ondean sus cendales; los ancianos sienten latir de nuevo su corazon, y envidian la juventud y la fuerza de sus hijos; y todas aquellas almas palpitan bajo un eléctrico y unánime sentimiento: el amor á la patria, el instinto de la gloria y la ventura del pais.

En medio del entusiasmo y del ardor, los Comuneros querian ir incontinenti al enemigo y demandar al

general con briosas esclamaciones el asalto del cuarte imperial.

Giron arrebatado por su deseo dá con la bengala de mando la órden de marcha, y se coloca con sus oficiales y servidores al frente de las tropas. Muévense acompasadamente los tercios; rielan las armas heridas por el rayo solar, como las ondulaciones de una corriente de líquida plata; relinchan los corceles al son de las trompetas, y empieza el ejército á desarrollar sus masas, como si fuesen los escamados anillos de una serpiente colosal. Vuelta de Medina de Rioseco avanza en buen órden, ganoso é impaciente de haber los realistas á las manos y de entrarse á todo trance por su cuartel. Rompia la marcha el alentado Sanabria con un escuadron de corredores á caballo, descubriendo el campo y sirviendo de guia y esplorador.

Unas cuantas piezas de artillería menor hacen la cabeza de la vanguardia, sostenidas por un golpe poderoso de caballeria, con ginetes de Maldonado y la escuadra de Lasso armada de punta en blanco, y por una banda de peones acaudillados por Acuña y otros principales cabos. A cierta distancia viene el grueso de la gente, formando el cuerpo de batalla, con los tiros y grandes piezas de batir, fuertes tercios de lanzas y espesas filas de infantería armadas con bocas de fuego, con paveses y camisetas, y pareciendo sus compañias, apiñadas y crecidas, castillos de hierro, erizados de picas y revestidos de acerados muros.

En tal guisa dispuestos y concertados, iban acercándose al alojamiento de los imperiales con banderas desplegadas, á tambor herido y en haz de arriesgar sus vidas y honras al trance y azar de una batalla.

CAPÍTULO III.

Entre la espada y la pared.

El campo de los Comuneros está sobre Medina de Rioseco. Vivaquean sus fuerzas en la estensísima pradería del Aguachal, y se dilatan por los viñedos y ejidos que median desde el camino de Valverde á las colinas que dominan al Occidente la poblacion. Sobre estas se halla colocado un grueso aparejo de artillería mayor, con una banda de mosquetería y doscientos batidores, para tener en respeto al real enemigo y contestar á los fuegos de la fortaleza.

Allí han aderezado una especie de atrincheramiento con haces de sarmiento y fardos de tierra, bastante á defender la posicion contra una salida vigorosa de los realistas, y á mantener la batería el tiempo bastante á los socorros del cuartel general.

Las cabañas de los pastores, los rediles y albergues de los contornos están ocupados militarmente por la gente de guerra; y las alquerías de labor, las granjas de recreo de las josas y plantíos sirven de alojamiento á los cabos y oficiales superiores. Sobre el mismo puente de tabla está el puesto avanzado de las milicias populares, y otros destacamentos ambulantes cierran las avenidas de

la villa y cortan por aquel lado las comunicaciones. Partidas de corredores á caballo rondan los alrededores, dejan tienen los emisarios, se apoderan de las vituallas, y mantienen un bloqueo bastante bien aprovechado. El general de la Liga ha establecido su aposentamiento en el Palacio que los Almirantes tienen en la próxima cuenca del Valle-verde; especie de sitio de solaz y apartamiento con ricas corrientes, frescas arboledas y pintorescas alamedas, y donde los sirvientes, colonos y labriegos del prócer forman con sus rústicas viviendas una aldea alegre y tranquila, como las ficciones de Teócrito y de Boscan.

Desde este punto esta el caudillo á la vista de sus cuarteles, interceptando el camino de Medina de Rioseco á Torre-Lobaton; imposibilitaba la inteligencia entre ambas plazas realistas, y corta así la evasion de los asediados imperiales, como cualquiera diversion que intentar pudieran contra Tordesillas, que habia quedado con escaso presidio y tiene que hacer frente á Simancas y Alaejos.

Ocupa el duque con su comitiva el pequeño alcázar, teniendo á las inmediatas órdenes su compañía de lanzas y dos banderas de gente de guarda, con algunos sacres y bocas menores de fuego aparejadas sobre la vertiente del cerro de los Molinos para defender el puesto por el acceso del camino real.

Este edificio, medianamente trazado, tiene por defensa única cierto torreoncillo, que servia tambien de atalaya en contingencias como la presente. Ciñele por la parte esterior una huerta espaciosa con sendos tapiales de cantería, que en su recinto contiene bosquecillos, emparrados, vergeles y otros campestres esparcimientos. Dá salida sobre las afueras del sitio un postigo accesorio, cuyos quiciales están resguardados por una zanja empalizada y unos tablones que sirven de puente levadizo.

Tanto esta como la entrada principal del palacio se custodian celosamente por puestos de guardias, además del crecido reten establecido en el pórtico de la iglesia, y que tiene á su cargo la seguridad del aposentamiento. Los arcabuceros patrullan con las mechas encendidas, y suena de continuo el grito de alerta por los centinelas y puestos avanzados.

Es ya bien entrada la noche, y hará como cosa de una hora que llegó al postigo de las afueras nuestro conocido Elvir, haciendo escolta con dos hombres de armas á cierta litera cerrada con vidrios y cortinas de terciopelo verde, montada sobre un par de robustas y empenachadas mulas. El oficial del puesto dió entrada franca y el paje se metió por la huerta adentro, seguido solamente del vehículo y dejando á los demás en el cuerpo de guardia.

Atravesó el plantío por la calle de árboles que se estiende en toda su longitud, y pararon al pié del torreoncillo, frente á una pequeña y ferrada puerta junto al ángulo de la maciza pared. Llamó Elvir con tiento y de cierto modo especial, y abrióse inmediatamente una de sus hojas sin ruido ni dificultad.

Colocada la litera frente del postigo, de modo que la portezuela estaba en línea con el vano del arco, la persona que venia en ella saltó dentro del umbral sin atravesar espacio ninguno. El porton se cerró en seguida, y Elvir colocándose en la silla, arrellanóse sobre el blando cojin, para esperar más cómodo y recatado la salida del nocturno viajero.

Recibido por un caballero armado que le esperaba en el ingreso, dióle su brazo y emprendió la marcha por la estrecha y poco cómoda escalera que desemboca sobre un vestíbulo reservado que se comunica con las piezas principales del edificio. Entráronse de seguida en un camarin lujosamente decorado al gusto y carácter de la época; y sentados delante de buen fuego en sendos sillo-

nes de filigranadas molduras y puntiagudos respaldos, mantienen há buen rato interesante y animado coloquio. Los interlocutores se hallan por la presente á lo mejor y más bien hablado, y Dios sabe cuándo hubieran puesto término á la entrevista sin el sonido de una tocata de los trompeteros de guardia, que se oyó clara y rápidamente en el camarin, y que hacia los honores militares de primera y más alta distincion; y no era, por cierto, demás, pues que en aquel momento se apeaba á la puerta grande del castillejo y se metia por el patio adelante como si estuviera en su propia casa, un personaje de monta y que venia allí en tal sazon, como un nublado al comienzo de vendimia; nada menos, pues, que el arisco y tempestuoso conde de Urueña, que andaba de unos dias á esta parte bebiendo los vientos por don Pedro Giron, y que venia desde Tordesillas á mata-caballo á su cuartel general.

El capitan Benavides hizo al prócer los honores de la primera recepcion, y dejándole en el salon de estrado con otros oficiales, salió á dar al duque aviso de la llegada de su ilustre pariente.

No tardó el jefe de los Comuneros en acudir al llamamiento penetrando en la cámara por una puerta situada en uno de sus testeros, ricamente esculpida de filigranas y cresterías talladas en el lustroso nogal, y cubierta por la parte interior con espesa cortina de tapicería holandesa; cerróla tras sí inmediatamente y se dirijió á don Gombal con el más afable talante, tendiéndole la mano que el viejo conde tomó con frialdad y severa política. Despues de los primeros saludos y cambios de fórmulas corteses, Giron mandó retirar á los demás circunstantes, porque supuso que el de Urueña queria hablarle en puridad y entera confianza.

Fácil era esto de adivinar, teniendo en cuenta lo que entre ambos habia pendiente. Mas, sin esto, el adusto semblante de don Gombal y su ademan acre y mal dis-

mulado bastaban para dejar comprender al menos avisado, que su venida no era de paz, y que aquella mina cargada, al primer choque haria ruidosa esplosion. Así es que, apenas se vieron solos y frente á frente los nobles deudos, el recien llegado prorumpió sin ambages y con tono de desazon marcada:

—Os he dado mi mano, sobrino don Pedro, por no causar un escándalo ante vuestras gentes; pero hubiera debido negárosla, así me salve Dios.

—Fuerte venís contra un caballero que no ha dejado de serlo, mi noble señor y respetable tio.

—Vengo como os mereceis y algo menos de como venir debiera.

—Pero contra mí, por lo visto.

—Razones me sobran y las sabeis de memoria.

—Quizá no tantas ni tan buenas como os las pintan las apariencias.

—¡Buena es esa, pardiez! ¡y están saltando á los ojos y cojiéndose á puñados!...

—Ahí vereis lo engañoso y antojadizo de nuestros sentidos!

—¡Por vida de no sé quién! ¡Con que yo no veo, ni oigo, ni entiendo!... ¡Esa es más grande, señor don Pedro Giron!

—Veis, ois y entendeis, señor conde; pero ni lo veis claro, ni lo ois todo, ni lo entendeis bien.

—¿Y vais á negar que una y dos son tres? A bien que ni yo me trago ruedas de molino, ni soy tan chiquillo que vaya á creer en brujas.

—Me estais ofendiendo sin motivo ni temperamento, y eso no es conveniente para vos ni para mí.

—Eso es, haceos ahora el puntilloso y lo echamos todo á perder.

—Tratando así las cosas, me vais á impedir dar ninguna esplicacion.

—Eso quisiera yo ver. Precisamente van doce ó más

dias que ando en su busca, reventando potros y desollándome la piel.

—¿Qué quereis que os diga?

—¡Cuernos del diablo!... Quiero la respuesta al mensaje, que tuve la honra de llevaros á Tordehumos en nombre de S. A. R.

—Es justo, y me hallo en descubierto con la infanta y con vos.

—Cumplid con ella, que yo soy lo de menos.

—¡Ojalá pudiera quedar bien con ambos!

—Es decir, que quereis quedar mal.

—Entendámonos.

—Esplicaos de una vez.

—Ni se puede todo lo que se quiere; ni se quiere todo lo que se puede.

—No me dá el naipe en materia de metafísica.

—Más claro: no siempre están de acuerdo la cabeza y el corazon.

—¿Y qué?

—Y yo estoy ahora mismo en ese inconciliable compromiso.

—¿Y por cuál os decidis: por él ó por ella?

—Bien se me alcanza toda la razon, toda la conveniencia, todo el interés de mi enlace con la Princesa, y nada teneis que decirme sobre ello. Como hombre de Estado, como jefe de partido, como responsable de una gran causa política, he comprendido en toda su estension las circunstancias importantísimas de tan augusta alianza. Sé que es una inmensa garantía, una prenda irrevocable de unidad entre el Trono y los pueblos; que la Liga adquiriria consideracion é importancia á los ojos de propios y estraños, mancomunando en su empeño y demanda los intereses de la Monarquía española, y que echariamos á nuestro favor en la balanza de los destinos todas las afecciones á la Monarquía nacional, hermanada con las libertades públicas. Ya veis que no disimulo

ni aminoro ninguna de las altas conveniencias que trae consigo esa tan honorífica cuanto para mí inmerecida union.

—Eso hace honor á vuestro buen seso y altura de pensamiento.

—Tambien conozco que la razon de Estado, que las más poderosas consideraciones y elevados respetos me aconsejan é impelen á estrechar ese régio lazo, para responder dignamente á las exijencias de mi posicion, á la gravedad de las circunstancias y á la confianza de los pueblos comprometidos conmigo en esta encarnizada lucha, y cuya opinion me señala ese consorcio como el camino del deber y de la honra.

—Apreciais la situacion ciertamente como desapasionado juez.

—Y no creo conducente tomar acta de lo que en el negocio atañe á mis consideraciones particulares. Confiésome desde luego harto favorecido y bien tratado con la dignacion que se han servido dispensarme las reales personas, y esto vale por todo. Deuda es de agradecimiento y obligacion de leal correspondencia, que tiene difícil y duradera paga.

—El que no es agradecido no es bien nacido: adagio de nuestro pais que no quisiera ver fallido esta vez.

—Hasta aquí ha hablado mi cabeza; habeis sido el lenguaje de la inteligencia; os las habeis con el hombre en el discurso de su raciocinio y de su conviccion. Pero ahora os ha de hablar el corazon, vais á oir el idioma de las pasiones; os las teneis que haber con el hombre en la esplosion de sus afectos y de sus instintos. ¡Qué diferencia del uno al otro! ¡Qué divorcio tan hondo y radical entre los dos grandes elementos de su existencia!

—En esas luchas se prueban las almas fuertes y se forman los hombres que han de elevarse sobre los demás.

—Quizá encontreis una falta de caballerismo y pe-

queñez del alma en lo que es para mí la pauta del honor y entereza de condicion. Pero os debo la verdad, y aun á riesgo de ser mal interpretada, la diré toda entera. Si nuestro entendimiento tiene reglas invariables y la razon se atiene á términos normales, tambien nuestra facultad de sentir está bajo el influjo de leyes íntimas y constantes: tambien nuestros afectos tienen sus condiciones esenciales.

Nadie puede ir contra unas ni contra otras al capricho ó á la medida de su interés ó de su voluntad. Y en estas no menos que en aquellas, quien la contradice y desmentir pretende, puede ir á caer en la infelicidad ó en la deshonra. Esto quiere decir en suma, que si como hombre de seso tengo atenciones que respetar, tambien como hombre de sentimiento debe atenerse á prendas y consecuencias que valen por lo menos tanto como las que más. Lógica por lógica, cada uno prefiere la suya como es natural. Y de mí sé deciros, que entre la razon calculadora, egoista é impasible, y el sentimiento generoso, delicado é inspirador, doy decididamente á este la preferencia, porque es hijo del alma, porque pertenece á la parte más noble y digna de nuestro sér, y porque es más propio de quien profesa la insigne órden de la caballería española, que siempre tiene por norte la abnegacion, la generosidad y la elevacion.

—Todos pensamos así á los veinte años: pero despues...

—Pero despues y siempre cuanto más grande el hombre, mejor razon tiene que dar de su grandeza.

—Veamos por de pronto la que tengais para mí.

—Muy sencilla. ¿Qué diriais de un caballero, que ofreciese un afecto que no hay en su pecho? ¿Qué, de un hombre honrado que engañase á quien le colma de favor? ¿Qué, de un cristiano que fuese á los altares, para profanar con un falso juramento el nombre de Dios?

—Eso atañe á vos.

—¿Y qué, para decirlo todo, qué del amante que vendiese una pasion de toda la vida por el resplandor de la fortuna y las tentaciones del poder?

—Repito que atañe á vos.

—Pues bien; yo no puedo ser un mal caballero, ofreciendo lo que no tengo de dar; no puedo ser un hombre indigno, pagando con un engaño los más altos favores; no puedo ser el infiel y perjuro, que manche las aras de Cristo con una falsedad; y no puedo ser el amante descorazonado y torpe, que sacrifique á mi engrandecimiento el ídolo de mi existencia.

—Ahora que lo habeis dicho todo, voy á empezar yo.

—Habeis sido conmigo harto cruel y exijente.

—Así era menester; y no ha sido poco, que he tenido calma para oiros hasta el fin. Pero debia hacerlo; no porque ignorase lo que podia prometerme de nuestras esplicaciones, pues tenia sobrados motivos para adivinarlo; sino porque era preciso cargarse de razon, y dejaros ir hasta el término del camino.

—He ido á él con firmeza y sin doblez.

—Ya aclararemos eso. Decia, que no me sorprende vuestra resolucion. Sabia, desde lo de Tordehumos, que no aceptariais la mano de la infanta; y así se lo he dicho á S. A. R., en nuestra última entrevista.

—Me habeis ahorrado lo más difícil del camino.

—La Reina hubiera, desde el momento que se apercibió de vuestra equívoca actitud, retirado su propuesta, y puesto á cubierto el decoro de la Majestad.

—¡Que no lo hubiera hecho, aun á riesgo de ser yo el desairado y mal puesto á los ojos de la opinion!

—Imposible; porque habia conveniencias de por medio.

El pensamiento era un negocio de Estado; S. A. estaba comprometida en ello con la Santa Junta; y habia soltado á las Comunidades esa prenda de concordia y de bondad. Recojerla por sí misma; deshacer la promesa y

chasquear al Gobierno y á los pueblos, antes de vuestra terminante negativa, era tanto como quebrar su palabra y faltar á tan solemne empeño, haciendo quedar su augusto nombre en mal lugar. De aquí podian seguir graves contingencias para la causa popular, y provenir dificultades y perturbaciones para el buen éxito. Y ni S. A. queria tomar sobre sí esta tremenda responsabilidad, ni aparecer infiel á su compromiso y al político concierto entre el Trono y la Comunidad; y ha preferido generosamente ser desairada á sabiendas, antes que echar sobre sí la odiosidad y escándalo de este increible rompimiento.

—Yo arrostraré las consecuencias y responderé al país.

—Tanto, es justo. Vuestra es la falta, y vuestra debe ser la justificacion.

—Ni yo hubiera permitido que la Reina, adelantando la iniciativa en la ruptura de la negociacion, hubiese tomado la apariencia de inconsecuente, ahorrándome el mal paso de la no aceptacion, y librándome de dar cuenta á los que de ello me la quieran pedir. Eso será muy cómodo y útil, para quienes gusten de jugar un doble papel y quedar bien con todos á costa ajena; pero no vá conmigo, que me tengo por bastante leal y franco para dar la cara y hacer que sean mias todas mis acciones.

—Está concluido mi papel de embajador. Ahora empieza mi papel de caballero.

—Bien venido sea vueseñoría.

—Y vengo á pedir á don Pedro Giron cuenta de una palabra no cumplida y de una dama casi por él afrentada.

—¡Tio y señor!...

—¡Paso, señor caballero! Os habla en eso el conde de Urueña, rico-hombre de Castilla, con la espada á la cinta y de igual á igual.

—Pero considerad...

—Tres dias, señor duque de Medina-Sidonia; tres dias de espacio aceptásteis en vuestro castillo de Tordehumos, para responderme como mensajero real. Pasaron los tres dias; pasaron seis, y nueve; y no habeis estado á punto de dar la ofrecida satisfaccion. Habeis faltado á vuestra palabra; no habeis cumplido á fuer de leal y de noble.

—¡Vive Dios!...

—Dadme pruebas en contrario, si podeis, y ahorradme el disgusto de sostener esas palabras.

—Si van en son de ofensa, es inútil que hablemos más.

—En son de justicia y de irreprochable verdad. Os hago nuestro propio juez, y me someto al fallo de vuestra conciencia. ¿Es cierto que acordamos el plazo de tres dias, para dar respuesta á la régia invitacion? ¿Es cierto que?...

—No os molesteis. Cierto es todo, menos que yo sea un mal caballero.

—¡No lo entiendo, pardiez!

—Ni yo puedo esplicarlo.

—Es cosa de enloquecer.

—Pero no de desesperar.

—Yo sé que salisteis de Tordehumos, muy poco despues de mi partida, via recta de Tordesillas, segun lo convenido entre nosotros.

—Y decidido á ponerlo por obra puntual y perentoriamente.

—Pero ni llegásteis á la Córte, ni disteis razon de vos á Su Alteza.

—Así lo quiso una fuerza superior á mi voluntad.

—Muy alta y poderosa tiene que ser la que dominar ogró vuestro poder y conocido brio.

—Ahí vereis un juego incomprensible de la suerte.

—Me desvaneceis los sesos. Ibais á Tordesillas, ¿y no

llegásteis allá? ¿Luego no proseguisteis vuestro camino?

—Puede que haya de todo.

—Nada de burlas, señor don Pedro.

—El asunto vale algo más que todo ello. No es culpa mia que no me podais entender, ni yo esplicarme más claro.

—Entonces, alguien detuvo ó estravió vuestra jornada,

—Perdonad que no vaya más adelante. Tengo que no decir nada, ó decirlo todo.

—¿Y quién os lo impide, voto á todas las letras del Alcoran?

—Considerad cuán grande y sagrada será la razon de mi silencio.

—¿Y dónde habeis estado en doce dias, desde entonces acá?

—Es parte de mi secreto.

—¡Esto es demasiado!

—Pensad lo que os plazca de ello, y no querais en vano indagar lo que ni puedo decir, ni debeis saber.

—¡Infierno!... ¡infierno!... ¿Pero ignorais hasta qué punto os estais comprometiendo? Por vos, el jefe de partido, no se hace la alianza con la Princesa, que era una grande negociacion política, para la Comunidad: por vos, el general de la Liga, no se ha efectuado en su totalidad el plan de campaña, que debia dar el triunfo á nuestra causa; por vos, el hombre de gobierno, no se concurre á las asambleas, donde se decide la suerte del pais!

—¡Y sin embargo, sirvo á mi partido, á mi bandera y á mi patria, como quizá nadie le pudiera servir!

—Mas con todo; el rico-hombre ha hecho de menos á la hija de sus reyes; el caballero ha desairado á una dama; el favorecido ha sido ingrato y descortés con el favorecedor.

—Así lo pintan las apariencias.

—Pues bien; yo, como leal súbdito de la régia estirpe;

yo, como personero y valedor de una augusta doncella; yo, en fin, como portador de sus egrejios favores y depositario de su alta confianza, hago mia su causa; recibo en mi persona su ofensa, y salgo por fiador y padrino de su desagravio y vindicacion.

—¿Y sereis capáz?...

—De hacer lo que digo, y tal como lo entiendo. Vos me llevais á ese terreno, y mal de mi grado, nos hemos de encontrar en él.

—¡Es una cosa abominable! ¡Siendo parientes, corriendo por nuestras venas la sangre de unos mismos abuelos!... ¡Seria un crímen... una insensatez!

—¿Y qué medio queda, fuera de ahí? ¿Cómo vuelvo yo á Tordesillas? ¿Qué puedo decir á la Reina? ¿Cuál será mi contestacion á la Infanta?... ¿Qué cuenta daré de vos y de mí?

—En mal hora las he debido una honra, que podria superar en otro los sueños de la ambicion más levantada.

—Ni siquiera hay modo de disculparos; nada hay que decir en vuestro abono. Sois dueño de vuestra persona y acciones; sois libre de estado; gozais la más elevada gerarquia social; no estais ligado con votos á ninguna órden ni profesion; no se sabe que tengais compromisos ni proyectos de alianza matrimonial, ni aun se os conocen amores ni devaneos propios de la juventud; no hay, en fin, causa ostensible, ni razon bastante á cohonestar el desaire hecho á la inocente niña... ¡Vamos!... ¡Es cosa de echarlo á sangre y fuego!... Y venimos, por ende, á parar en que es por desprecio á su persona...

—Permitidme...

—¡Oh!... ¡sí! no lo podeis negar. A su persona, y más que á su persona, á su honra; ¡voto á la estrella de Belen!

—Rechazo esa interpretacion gratuita y temeraria.

—Es hermosa, como el sol; ilustre, como sabeis; espléndidamente dotada; embellecida con los más ricos dones del talento y de la educacion.

—Respeto á la Infanta, como quien es, y como quien soy.

—Pues bien: no pudiéndola rechazar por falta de belleza ni de blasones; por desigualdad de fortuna, ó de otras consideraciones sociales, la ofensa va derecha á prendas de más valor, y mancilla su decoro. Y esto no puede consentirse, aunque hubiese de costarnos una guerra campal.

—¡Pero esa es una lógica feroz!...

—Esto es lo que yo veo, y lo que verán todos los que tengan ojos en la cara. Esto lo que maliciarán las gentes, y lo que correrá en la opinion. Ved si habrá medio de que acabemos en paz.

—Una palabra aun.

—¡Ojalá sea bastante!

—Hay de por medio un compromiso irrevocable de amor.

—En buen hora. Pero ese amor, ¿será digno de vos, y á ley de caballero? ¿Podrá salir á la luz del dia? ¿Valdrá para hacer vuestra defensa, y colocaros en buen lugar?

—Dije cuanto debo y puedo.

—Pero yo necesito saberlo y revelarlo, para hablar por vos; si no han de pensar que es una farsa de entre ambos, y que yo tengo complicidad en el desa guisado.

—No sabreis más; y sobre lo que sabeis, os requiero el más profundo sigilo, y encomiendo el secreto á vuestro honor.

—Pues entonces, el combate.

—El combate, la muerte; todo antes que esa revelacion.

—Estamos conformes. Hé aquí mi prenda. Dadme la vuestra; y Dios sea con el que tenga justicia.

—Nos vais á perder á todos.

—Si diera con otro, creeria que no tenia confianza en su corazon

—Basta, señor. Sea, pues que me forzais á ello: pero no acepto ante el cielo ni ante los hombres tan tremenda responsabilidad.

—Cada cual cargue con la suya.

—Evitemos siquiera el escándalo y el estrépito entre nuestros amigos y parciales.

—Muy fácil. Mañana á la noche habeis de dar un ataque á Medina de Rioseco. Una hora antes nos encontramos con nuestros padrinos en las ruinas de la Encomienda de los Templarios; y entre las sombras y la soledad, quedará por dueño del campo uno de los dos. El vencido pasará por víctima de los imperiales, y nada tendrán que reprochar al vencedor.

—Ya que nos perdamos, sálvense al menos el interés público y el decoro de nuestra sangre.

—Hasta mañana en las ruinas de la Encomienda.

—A las doce de la noche; y ¡ojalá nos perdone Dios!

Diéronse las manos los ilustres contendientes, y saludáronse con la más atenta cortesanía, el conde, acompañado del duque hasta el cancel de la cámara, salió con marcial continente y tal como habia entrado, en medio de los varios caballeros y jefes, que le hicieron el cumplido de despedida hasta el puesto de guardia, donde montó á caballo y arrancó á galope hácia el acantonamiento de sus mesnadas.

Don Pedro Giron, luego que el de Urueña se hubo alejado de las antesalas, cruzó el estrado se dirijió á la esculpida puerta, por donde habia entrado, y abriéndola impetuosamente, se lanzó dentro del contiguo camarin.

Por un falsete disimulado con un grande espejo de metal, habia salido pocos momentos antes doña Ana de Cabrera, despues de oir el acalorado diálogo entre Giron y el conde de Urueña.

Desde el alfeizar de la puerta, parándose ligeramente, echó don Pedro una mirada viva y anhelosa por la es-

tancia, y fijándose especialmente en uno de los góticos y bien tallados sillones:

—¡Nadie, loado Dios!...—esclamó con acento de espansion y desahogo.—Siguió mi consejo y ya está sin duda muy cerca de Medina de Rioseco. Fortuna que no haya oido lo que acaba de pasar. ¡Y en qué ocasion se le antojó venir á ese acalorado de don Gomba!!!!... Pero pensemos en mañana, y cumplamos como buenos con nuestro deber.

Y llamando á su secretario, empezó á dictar las órdenes para la toma del Almirantazgo por las fuerzas de la Comunidad en la noche del dia inmediato, que al punto eran comunicadas á todos los acantonamientos del cuartel general.

CAPÍTULO IV.

En las cercas de Rioseco.

Por los tiempos que vamos refiriendo, la rica y po pulosa villa de Medina de Rioseco, córte y principal asiento de los señores Almirantes de Castilla, y cabeza de la tierra de *Campos de los Godos*, estaba cercada de fuertes murallas de cantería, con sus adarves y anditos, además de sendos castillejos ó baluartes, defendidos con canecillos y ferrados peines en la entrada de los caminos reales, y de los que solamente queda el gótico cerco de Ajujar.

Tenia á mayor abundamiento para su guarda y defensa la récia y bien trazada fortaleza que levantada sobre la altura meridional de la poblacion, dominaba con sus torres y atalayas la vega del rio Sequillo en tres ó cuatro leguas de estension, y que desde la época de don Alfonso el Magno de Leon, que se la arrancó á los moros, era la plaza más importante de esta frontera y el centro de la línea de castramentacion, que aseguraba el pais en aquella guerra inmortal y gigantesca. Desde los frentes laterales arrancaban las almenadas cercas, que ceñian el contorno de la villa, buscando las vertientes de las colinas, en que tiene su asiento y dejando fuera de su recinto la poblacion agrícola avecindada en los arrabales

de la parte occidental. La fortaleza sirvió desde la infeudacion de morada y residencia á los señores titulares, que debian, sin duda, alojarse en la porcion del edificio más próximo á la poblacion que daba sobre la antigua plaza titulada *de los Toros*, conocida hoy con un nombre menos bizarro y pintoresco, y por donde era la puerta principal del alcázar. Así es que, desde que salió la villa del poder realengo el año de gracia de 1301, por donacion de don Fernando el Emplazado, á favor de su tio el infante don Juan y en trueque del señorío de Vizcaya; y luego, desde la segunda infeudacion verificada en 1371 á cuando habiendo vuelto al patrimonio de la corona la villa, por las revueltas y desazones de aquellos tiempos y parcialidades, don Enrique de Trastamara hizo merced de ella, en Búrgos, á su regreso de Francia, á su hermana doña Juana de Castilla, por vía de dote al verificar sus bodas con don Felipe de Castro, infanzon aragonés, cuyo señor por falta de sucesion la cedió y traspasó á su sobrino don Alfonso Enriquez, jefe y fundador del Almirantazgo, á título de vinculacion: á contar, pues, de aquella época hasta la construccion del palacio, no hay recuerdo ni vestigio de otra mansion y vivienda perteneciente á los señores jurisdiccionales. Pero andando el tiempo y creciendo en importancia, quiso uno de aquellos opulentos magnates poseer una residencia más cómoda y ostentosa que el alcázar militar, y entonces se levantó el referido palacio, que les sirvió de estancia hasta que los Reyes, como alta medida de gobierno, hicieron á los Grandes ir á l' apital y vivir en su derredor, y los Almirantes abandonaron por ende su pequeña córte y solar de familia.

Hallábase situado el edificio al pié y á corta distancia del antiguo alcázar, sobre la cortina de muralla que por la izquierda desciende en direccion del rio, y colocado á la parte esterior de su circunferencia. Inconveniente era este no pequeño en la actualidad, porque todoaquel punto

quedaba indefenso. Pues convertido el lienzo de fortificacion en pared fundamental de la nueva fábrica, estaba completamente inutilizada para su objeto, y cortaba en toda su longitud la comunicacion y libre tránsito, por el recinto general de las fortificaciones. Otro tanto puede decirse del convento de San Francisco, frontero al palacio y levantado sobre la misma base, á lo largo de la antigua calle de *la Flor*, y en comunicacion con él por una galería de arcos paralela al andito ó terraplen del muralla; pero esto, que en las reglas del arte y de la conveniencia no tendria disculpa, se comprende fácilmente por ciertas especiales consideraciones. La guerra contra los árabes estaba ya lejos de estas comarcas; los Reyes Católicos habian puesto fin á las turbulencias y demasías de los señores y sus banderías con la concentracion del poder monárquico sobre las ruinas del feudalismo, y las discordias y campañas entre los antiguos Reinos habian terminado con la fusion de todas en una sola nacionalidad y monarquía.

No era de creer en tal estado de cosas, que las vetustas fortalezas y plazas de armas hubieran de tener servicio ni uso militar, toda vez que habian cesado por completo las causas, que motivaron su construccion y las hicieron tan poderosas y útiles en los siglos anteriores.

No habia, pues, obstáculo ni visibles desventajas en aprovecharlas para otras comodidades y empleos, aun á costa de inhabilitar sus propias funciones y de renunciar á su belicosa proteccion. Así debió pensar el Almirante, cuando mandó á sus alarifes desmontar las almenas, cegar los fosos y abatir los torreones del murallon oriental de la villa para erijir la casa señorial y el contiguo convento, prescindiendo soberanamente de las conveniencias militares y de los reglamentos de castrametacion.

Pero no contaba aquel señor con que los pueblos,

que habian combatido contra los moros en defensa de la Fé y de la Patria, y contra los feudatarios y señores de horca y cuchillo en bien de la Monarquía, hubieran tambien de luchar más adelante contra la régia tiranía, en pró y en guarda de sus políticas y comunales franquicias. Lo cual hace creer que aquellos varones no eran muy largos de vista, en achaque de espíritu público, y que creian que la nacion entraba por nada en el gobierno y que nada le quedaba que hacer al porvenir. Si tal imaginaron, como parece y las apariencias muestran, lleváronse bravo chasco, cuando vino á sacarlos de su dorado ensueño el grito de libertad, que armó á Castilla y fió su honra y su fortuna al poder de las armas, ya que en vano se habian agotado los fueros de la razon y las pruebas del sufrimiento. Culpa fué de los insensatos y ciegos, que por sostener su desatentada dominacion y personales medros, no vacilaron en aventurarla á tan despeñado trance y la colocaron con notable imprudencia, si nó con sobrada perfidia, entre la insurreccion y la servidumbre.

¡Viles ó menguados, que así armaron hermanos contra hermanos y levantaron el cadalso contra sus propios padres, y anegaron en sangre leal y generosa una generacion de mártires y de héroes, que desde las manos de los verdugos conquistaron la corona de la inmortalidad! ¡Viles y menguados, que quizá con abominable política, lanzaron á fuerza de ultrajes y desafueros en la más legítima de las luchas á un pueblo exhausto y agobiado de sacrificios heróicos por sus ingratos opresores, para vencerle sobre seguro y arrancarle los derechos y buenos usos que formaban su mejor patrimonio, su herencia de honor, de gloria y de grandeza! ¡Derechos y buenos usos, franquezas é inmunidades de las que se puede decir, aplicando la espresion de un ilustre poeta antiguo (1):

(1) Moreto.

. . . . . No dadas
Por merced de ningun rey,
Sino con sangre ganadas
De los moros á lanzadas
En defensa de la ley!

Pero ese popular levantamiento hacia necesarios todos los medios de defensa que ofrecia el pais, y restituyó, siquiera por poco tiempo, su importancia y utilidad á los castillos roqueros y á las muradas poblaciones. Comprendió tarde el Almirante y no le cuadraba ciertamente que cayesen sobre sus espaldas las consecuencias del capricho y poca aprension de su ilustre progenitor; y discurria y hacia discurrir medios y espedientes, así para poner su palacio á reparo y cubierto de las manos de los enemigos, como para no dejar indefensa aquella dilatada linea.

Levantáronse al efecto estacadas, parapetos y caballos de frisa; abriéronse cortaduras y zanjas; resguardáronse con ladroneras las ventanas de los edificios que daban vista al campo de los Comuneros, y destináronse á su guarda y defensa las mejores tropas de la guarnicion.

Entre el palacio y la fortaleza mediaba, como hemos dicho, una cortina de muralla, que por su espacioso ancho les ponia en directa comunicacion; y en ella existia entonces practicable y tapiado actualmente un postigo ó falsa salida entre la vetusta y angosta calle *de la Cuesta*, y un callejon de servicio de las fortificaciones; bien escondido, por cierto, en la curvatura ó recodo que allí hace el paredon, y no poco favorecido por lo retirado y sombrío del lugar. Esta poterna, á quien daremos el nombre de la calle contigua, porque debió llevarle naturalmente, y si no llevaria otro cualquiera, y es igual, tenia junto á sí por la parte inferior, una escalinata pegada paralelamente al muro, y que subia hasta la altura de su plataforma.

Defendido por un puente levadizo y ferrado y macizo porton, las llaves de sus lobas y cerrajas estaban siempre en poder del Almirante, y solo se abria con su órden espresa ó de quien á su nombre tuviese el gobierno de palacio y casa señorial.

El lector curioso podria aun reconocer á la primera ojeada el sitio que vamos procurando describir, no obstante que despues de esta guerra comunal, y con ocasion del desmantelamiento de las fortificaciones del pais se alteró notablemente derribando un trozo de cerca para construir la nueva puerta de *Zamora* con sus cuatro arcos, á semejanza de cuadrangular templete greco-romano, y levantar sobre ellos el pequeño y poco ostentoso santuario de la *Virgen de las Nieves*, como se alzaron otros semejantes en el torreon de *Ajujar* y nuevo baluarte de *San Sebastian*. Por ese postigo se comunican la condesa y don Pedro Giron; á quien no tardaremos en ver venir citado por ella, en consecuencia del empeño contraido con el conde de Urueña en el desabrido coloquio de Valverde, para un encuentro á mano armada, donde tomar satisfaccion de sus pretendidos agravios.

Para cumplir por su parte con este compromiso, vimos al caudillo de *la Liga* ordenar una embestida de todas sus fuerzas contra la villa del Almirante. En su consecuencia al romper el dia inmediato empezaron á moverse las tropas acantonadas sobre ella y á ocupar los puestos que el general les designára para la operacion. La principal columna de ataque se reunia en las praderas del Aguachal, entre la confluencia de los caminos de Tordehumos y Villabrágima; y fueron descendiendo sucesivamente las huestes destinadas á la empresa, que eran de lo más granado y lucido del ejército. Queria el capitan general hacer una demostracion en grande contra la villa en aquella misma mañana para tantear las fuerzas de su presidio, y poder combinar con mayores seguri-

dades el nocturno rebato; pues aunque se suponia que los imperiales no aceptarian la batalla fuera de sus cercas y á campo raso, le convenia provocarles á ella formalmente en la confianza de vencerles si salian de murallas afuera, y con la ventaja en otro caso, de practicar un reconocimiento de sus posiciones y hacer ganar á los suyos la confianza y superioridad que inspira la debilidad del enemigo.

Bajo las inmediatas órdenes de Giron formaron las tropas; iban en cabeza un tercio de hombres de armas al mando del intrépido Lasso de la Vega, un escuadron de ginetes salamanquinos con sus capitanes los hermanos Maldonados, y buen trozo de infantería compuesto de banderas de Valladolid, Zamora, Leon y Toro, con sus comandantes Juan de Mendoza, Gonzalo de Guzman y Hernando de Ulloa, á la obediencia del obispo Acuña. Seguia luego el tren de artillería con la competente escolta y gente de servicio; y venia la batalla principal dirijida por Giron en persona: componiéndose de varios tercios de á pié, armados en línea y rejidos por don Juan de Figueroa, don Hernando de Ayala, don Juan Bravo, don Juan de Luna y otros tan distinguidos como denodados oficiales: el bizarro procurador Sanabria con treinta ginetes escojidos estaba destinado para ir en la avanzada y descubierta, esplorando el campo, como corredor y encargado de la batida.

A cosa de medio dia ya estaba todo el mundo en ordenanza, y Giron mandó dar la señal de emprender la jornada: y al son estrepitoso de los atambores y trompetas rompióse el movimiento de avance sobre la poblacion, en traza y anuncio de arrollar cuanto se les pudiera por delante. Siguiendo la margen derecha del rio Sequillo, aguas arriba, adelantaban los Comuneros sin obstáculo ni oposicion, decididos á situarse en las eras de San Francisco á tiro de arcabuz de las murallas, y bajo el cañon de la inmediata fortaleza. No era esto muy

prudente ni conforme á las buenas prácticas de la guerra: pero tan arriscados estaban los ánimos de los Comuneros y tan comprometido por el retraso de estas operaciones el general, que en nada se reparaba á trueque de ir adelante con la campaña. Dentro de la villa habia habido desde muy temprano grande movimiento y altercaciones sobre el modo de rechazar la embestida de los enemigos; y no por falta de fuerzas ciertamente, para sostener con probabilidades la partida; aunque el cuerpo de tropas reunido en ella anteriormente se habia desmembrado para acudir á otras necesidades de la guerra y salido á campaña en su mayor parte; pues que temiendo el Almirante por la seguridad de su casa y villa, despues de la pérdida de Torre-Lobaton, trató de proveer á su seguridad, haciendo reunir en torno de su persona todas las gentes que estaban más á la mano.

En pocos dias consiguió su propósito, y en la ocasion presente constaba el real acuartelamiento de cuatro mil peones de tropas asoldadas, y un millar muy largo de caballería de todas armas, segun los cronistas más afectos y bien pagados por el Emperador. Los realistas no tenian mucha gana de ver las caras á los voluntarios populares, y les parecia mejor estar á cubierto de sus partesanas tras de los muros y reparos, que salir á romper lanzas al aire libre. Pero habia que hacer de tripas corazon, como dice el vulgo; y así que vieron al impetuoso Sanabria, que empezó su movimiento con más anticipacion y á más paso que el grueso de la gente aproximarse en ademan de guerrilla á los alrededores de la poblacion, con su pequeña banda de batidores, alarmando y poniendo en fuga los puestos avanzados, salió de entre las cercas el ejército real, y desplegó en batalla al pié de las alturas del castillo. El capitan de la descubierta llegaba entre tanto hasta muy cerca de la posicion, y cuando ya no pudo ir más adelante, cesó en su correría y empezó un movimiento de retirada. Que-

ria, á fuer de diestro y aprovechado, empeñar á los imperiales en su persecucion y fácil derrota, llamándoles hácia fuera, y arrancándoles de una posicion en que no se les podia combatir, protejidos, como estaban, por los fuegos de la plaza y del alcázar, teniendo cubierta su retaguardia y segura la retirada. Pero no dieron en el falso llamamiento, ni se aventuraron más lejos de sus líneas, porque veian desde ellas acercarse á todo andar la columna de Giron, que en campo abierto les era superior á ciencia cierta. Así fue que unos cuantos pelotones, que sobre Sanabria salieron por los vecinos oteros, destacados del grueso en el primer ímpetu, volviéronse á buen paso y poco menos que á la desbandada, cual suelen los zorros á su madriguera al ruido de los ojeadores. Las gentes de Giron, cuando percibieron á las tropas de la plaza fuera de sus líneas y en ordenanza de combate, imaginaron que aceptaban la batalla que durante tres dias habian rehusado tenazmente, y que iban á medirse cara á cara y de poder á poder. Inflamados los ánimos con la belicosa esperanza, aumentaron la rapidez de su marcha; y entrándose por las eras adelante, desplegaron sus líneas frente á frente de los imperiales, sin mediar entre unos y otros mas que el terreno preciso para empeñar el lance. De creer era que inmediatamente la artillería del castillo y la fuerza puesta á su abrigo en posicion, hiciesen demostraciones contra los Comuneros. Poseido sin duda de esta idea Giron hizo colocar en batería sus piezas sobre las pequeñas colinas, en que apoyaba su flanco izquierdo, para contrarestar los disparos de la fortaleza, y darse la mano con el puesto de los Molinos de viento; así como situó sobre su ala derecha, orillas del riachuelo y en la planicie de los ejidos, la mayor parte de su gente montada: pero salieron frustradas las presunciones y vanos los cálculos. Ni el castillo, ni la plaza, ni las fuerzas esteriores hicieron muestra ninguna, y se mantuvieron en de-

fensiva espectacion. Ardian las mechas de los mosquetes, brillaban en las manos las espadas, estaban apuntados los cañones: y sin embargo, los enemigos se contemplaban inmóviles y tranquilos. Todos esperaban la señal del combate, y nadie daba esa sangrienta y arrogante señal. En vista de la repugnancia de los imperiales á trabar la pelea, y visto por Giron que no querian salir de su actitud defensiva, no creyó conveniente atacarles en una posicion tan favorable, bajo el fuego de las fortificaciones, y con grandes riesgos para su gente, que tenia que esperimentar precisamente grandes pérdidas, sin poder compensarlas con otras ventajas sobre el enemigo. Firme pues en su propósito de llamarles á otro terreno más igual, mandó el jefe que un faraute, acompañado de fanfarrias, heraldos y corredores, cruzase el frente de la línea realista, y que á son de bando y pública intimacion hiciesen saber al señor Almirante, al Cardenal, y cuantos señores y caballeros se hallaban en los cuarteles de Medina de Rioseco, «como allí era venido el »ejército de la Reina, su señora, por su mandado, á ejecutar en ellos las penas, en que habian incurrido por »gobernar el Reino sin su voluntad y mandamiento, por »estar así en su deservicio y desacato asonados, y puestos en armas. Y que para este fin, les presentaban la »batalla, y les esperaban en aquel campo (1).»

Salió efectivamente el mensajero, y á voz en grito, con redoble de timbales y salva de trompetas, dijo el requerimiento varias veces, recorriendo toda la batalla enemiga, y retirándose al real, entre los gritos de «*¡Viva la Liga y muera el mal Consejo!*» que los Comuneros daban en toda la estension de su estancia. Pero no bastó tan agresivo alarde para sacar de su inaccion á los remisos imperiales. Varios oficiales y valientes Comuneros pidieron permiso á Giron para salir á provocar personalmente á

(1) Histórico.—*C. de S.*

los enemigos. Entre ellos se distinguió notablemente Fernando de Avalos, que montado sobre un fogoso caballo avanzó solo y con la visera alzada hácia el puesto enemigo, y afrontando con uno de los alféreces que llevaban la bandera del Emperador, dijo con resuelto ademan y fiero continente:—«De guerra y á muerte os requiero en campo cerrado, vasallos y servidores del Príncipe aleman. En mi honra estoy agraviado por vuestro amo y señor; y en sus franquezas y antiguas leyes lo está igualmente el buen pueblo de Castilla. Como caballero, no tiene derecho para faltar á quien es en sangre tan bueno como él; cual hijo de nuestros Reyes, carece de autoridad para tiranizar á la nacion, que es más que él. Y en esta tierra leal y valerosa todo agravio, venga de donde viniese, exije reparacion. Y yo, don Fernando de Avalos, rico-hombre de pendon y de caldera, señor de vasallos y primo del Rey de España, se la pido y demando, conforme al fuero y usanza nuestra, á presencia de los suyos, ante este su pendon y familiar enseña y en la persona de sus lugar-tenientes, visoreyes y gobernadores. Como en su nombre y representacion os la reclamo y exijo á todos, si alguno hubiese bastante honrado y bien nacido para levantar esa prenda, que os arroja al rostro el menor de los caballeros castellanos.»—Y tiró sobre el cercano abanderado con ira y gallardía, un guantelete ricamente escamado, plantándose en medio de la esplanada, lanza en mano, á esperar la llegada de algun contendiente. Pasaron algunos minutos en la más profunda espectacion; pero nadie respondió en las filas imperiales al audaz y arrogante retador. Y hasta el murmullo que se suscitó en ellas, cuando el atrevido mancebo daba término á su belicosa perorata, se fué acallando gradualmente, sin más respuesta ni consecuencia. Giron, despues de un largo intervalo de espera, mandó al puesto de artillería de campaña hacer sobre los imperiales una docena de disparos; y varias culebri-

nas hicieron llegar hasta ellos sendos pelotazos que causaron algunos desórdenes en su formacion, yendo á estrellarse contra el cerro donde asienta la fortaleza. A su imitacion la batería de los Molinos de viento hizo una descarga á la gente apostada sobre los almenares y azoteas del castillo; y otro montaje de piezas menores, colocado de antemano en los collados de Espanta-perros, al Oriente de la villa y á corta distancia del puente, lanzó sus tiros, aunque sin notable efecto, para batir el ferrado rastrillo y airosos adarves del baluarte de Ajujar, bien guarnecidos y mejor acondicionados. El estampido ronco de los sacres y serpentinas, estendiéndose vaga y sordamente á lo largo de la vega y de colina en colina en ecos prolongados y remotos, hizo creer á los Comuneros que era llegado el momento de empeñar con la plaza un hecho de armas sangriento y decisivo. Y parecia natural que, en vista de esa violenta demostracion, los imperiales emprendieran alguna salida recia y poderosa contra los Comuneros, que asi probaban el poder de sus armas, y venian á insultarles en sus mismos cuarteles. Nada de eso sucedió sin embargo, y ni los artillamientos del alcázar cruzaron sus proyectiles con los bolaños de los reductos de las alturas circunvecinas y dominadas por él, ni apagó los fuegos dirijidos certeramente sobre el portillo del *Carbon;* tampoco la fuerte y bien armada guardia de la puerta del puente gótico hizo uso de su gruesa espingardería, para contrarestar á los ingénios que la hostilizaban, ni las tropas de batalla pusieron nada de su parte contra tan agresivas demostraciones. Por el contrario; los tercios que al principio aguantaron pacientemente el cañoneo, luego que vieron descalabradas en varias partes sus filas por la gruesa municion enemiga, á la cual estaban sirviendo á pié firme de ámplio y seguro blanco, empezaron á operar su retirada con órden y serenidad. Para que los Comuneros no les molestasen, ó intentáran contra ellos

algo, durante la evolucion, avanzaron unas batallas de tiradores ligeros, y apuntaron los cañones del fuerte sobre las fuerzas agresoras. Al abrigo pues de tales defensas, entróse en la villa la hueste imperial por los postigos de *la Cuesta* y *del Carbon*, con tal presteza y buen despacho, que cuando Giron quiso lanzar contra la avanzada de escopeteros algunas gentes de su real, para ver de trabar escaramuza, ya los de la villa estaban dentro de murallas, y la guerrilla se retiró tras de ellos, sin dar tiempo á la llegada de los Comuneros. Vengáronse estos en dirijir á los realistas, mientras su ingreso en la plaza, una estrepitosa grita de befa y vilipendio, donde las pullas más picantes se mezclaban con los más crudos vituperios, y en la cual unos con belicosa indignacion y otros con mofa, chacota y burlona algazara, al tenor de los respectivos génios y temperamentos, pero todos de consuno y á porfia, trajeron á capitulo cuantas frases, metáforas y rasgos de ingénio estaban inventados contra los que no gustan del olor de la pólvora *y ganan*, como decia nuestro insigne Quevedo, *los grados del perfil*, si no se quiere decir con el amigo Cervantes, *que toman las de Villadiego;* y al simil del pacífico é inolvidable escudero:

Ponen piés en polvoro-
Por vivir á lo discre- (1)

—¡Tempranito se recojen las gallinas!...—decia con muchísima sorna un cabo estremeño de caballeria.

—Es que anda cerca el gavilan,—contestaba un arcabucero madrileño,—y les dá pepita, si están fuera del corral.

—*¡Gallinarum autem et anserum fera est natura!...*—prorumpia en una escuadra de estudiantes de Salamanca cierto legista burlon y solapado, parodiando con marcada ironia el testo original de la Instituta.

(1) El Ingenioso Hidalgo.

—¡Mala landre en los bellacos, y cómo huyen de la quema!...—gritaba un viejo mesnadero de la casa de Giron.

—¡Canalla de lobeznos,—decia desaforado y levantando el puño un sargento de Valladolid,—que ván con el rabo entre piernas, así que enseña los dientes el lebrel!

—¡Hermanos,—repuso con deliciosa socarroneria un paje de lanza del capitan Pimentel:—no murmurar, no murmurar de esos siervos de Dios, que tan puntual y cristianamente cumplen con el quinto precepto de la ley!

—¡Paso á esos niños, que les vá á comer el coco!

—¡Menguados y cobardes, que no hallan tierra donde pisar!

Y dos jaques andaluces, en son de jácara, se decian aquel picaresco romance del señor de la Torre de Juan Abad, que tiene, entre otras lindezas, aquello de

. . . No como liebre;
Pues yo á la mujer del gallo,
Nadie he visto que la almuerce (1).

La gente del bronce celebraba estrepitosamente estas y otras semejantes indirectas, en gracia y merecida loa de los ya traspuestos realistas. Y en vano se preguntaban los más sesudos y avisados la causa de tan inesperada conducta; pues si, como hemos visto, el vulgo acalorado é irreflexivo de las tropas comunales lo atribuia simplemente á flaqueza de ánimo y reconocida inferioridad, las personas de cuenta no acertaban á esplicárselo por esta clave, puesto que los imperiales por el mucho número y escelente condicion de sus fuerzas, aguerridas algunas de ellas en otras campañas, podian sostener honrosamente el choque, y allegar esperanzas de victoria. Debia haber en ello algo más grave y misterioso que un acto de cobardía; y se dejaba traslucir cierta cosa superior y estraña en la actitud pasiva é

(1) Quevedo.—*Musa* 5.ª, *Jácara* 10.

inalterable de las huestes realistas ante las provocaciones y atrevidos alardes de los Comuneros. Pues ya que no hubiesen admitido colectivamente la batalla por estos presentada, obligados por la sumision á órdenes ó conveniencias superiores, al menos debieron los hombres de corazon (y algunos habria entre los servidores del Emperador) darse por sentidos al reto insolente del capitan Avalos, y responder individualmente á su belicoso requerimiento; toda vez que en su terreno la cuestion era ya personal y podia ventilarse, aparte de la comun contienda, de caballero á caballero. Pero los realistas se hicieron sordos á todo; y ni el honor militar de las banderas, ni el decoro particular de las personas fueron suficientes para hacerles salir de su inaccion, bochornosa y chocante en todos conceptos. Indudablemente esto era estraordinario é inverosímil entre gentes de armas tomar, y aquí los estímulos del amor propio, el aguijon del marcial entusiasmo, el deseo de vengar tales afrentas y demás instintos, que tan alto gritan en semejantes ocasiones, estaban subyugados y callaban quizá mal de su grado, bajo la presion de una accion más poderosa y universal, ó al servicio de altas y desconocidas combinaciones.

Así es, que ni un grito de indignacion y rechazo salió contra aquellas arrogancias; ni un ademan de enojo y de impaciencia reveló el oculto y reprimido calor de las pasiones; ni nadie osó mostrarse alterado y descompuesto ante la audácia y mal trato de los enemigos para con sus honras y sus vidas. No parecia sino que todos obraban como por máquina y que ni tenian voluntad propia, ni ojos para ver, ni oides para oir. Sea de ello lo que quiera, el hecho es verídico y pasó, en sustancia, tal como contado lo tenemos, y le atestiguan concienzudos narradores con grandes ínfulas de autoridad y poco sospechosos de pasion y ladeamiento hácia los Comuneros, con su devocion notoria y bien aprovechada há-

cia S. M. Imperial y Cesárea; y no referimos los comentos é imaginaciones que hacen los anales de aquellos fieles vasallos y agradecidos servidores, acerca del estraño y poco limpio comportamiento de sus amigos y defensores, á quienes alguno de los cronistas de la Córte (1) apellidar quiere «los caballeros,» en fantástica y humorista retórica; y sin considerar que los maliciosos, que nunca faltan y todo lo ven de mal ojo, pudieran tomar por picante antífrasis lo que es simplemente cándida y lujosa antinomásia.

Baste decir, por muestra y señal, que hay quien lo achaca á que los imperiales eran menos, y que esperaban de refuerzo al conde de Haro con toda su gente. Tambien piensa alguno, que habia en ello gato encerrado y que esperaban más de ciertas maniobras de entre bastidores que de su razon y buen ánimo; y cada uno, en suma, dá pasto á sus cavilaciones á costa del benévolo lector y curioso oyente, procurando adecentar en lo posible el triste papel representado en esta jornada por los caballerescos soldados del César, como si el mundo estuviese en mantillas y las gentes les hubieran de creer bajo su palabra.

Digan lo que quieran y sea por lo que fuese, los Comuneros estaban pasmados y absortos con la ocurrencia, y habia quienes sobre ella daban tormento á su imaginacion y ponian á prueba todo su discurso. De las reflexiones dieron en las malicias los que tales capítulos para sí estaban haciendo; y una vez en esa via, empezaron á columbrar misterios y á hilvanar argumentos, y á levantar montes y morenas, que eran en su mayor parte antojos de su mente y sueños de su preocupacion.

Bien es verdad que una vez en el terreno de las desconfianzas, es tan pendiente y resbaladizo, que el entendimiento se desliza, sin conocerlo y sin parar hasta el

(1) Sandoval.—Historia del Emperador.

término de la caida. El son de las trompetas en toque de retirada vino á cortar el torcido vuelo de esos y otros pensamientos que comenzaban á entretener á ciertos ánimos perspicaces; y de seguida pusiéronse en ordenada y lenta marcha los tercios de Giron, regresando á sus cantones cuando el sol poniente reflejaba sobre las praderas sus pálidos y fugitivos rayos.

CAPÍTULO V.

El postigo de la Costanilla.

La causa de los imperiales está irremisiblemente perdida en el terreno de la razon y por la via de las armas: batido el conde de Haro, tomada Lobaton y cercada Medina de Rioseco, la fuerza de los Comuneros es incontrastable y los defensores del César no tienen ningun punto de resistencia, ninguna garantía de victoria; pues la esperanza que pudieran librar en los socorros del Condestable se frustró con la jornada de Becerril, y la ocupacion de Simancas como prenda de confianza, era muy precaria en su calidad de poblacion pequeña y fácil de entrar y por la actitud insurreccional de sus moradores en favor de la Liga.

Era, pues, preciso evitar á todo trance y por cualquier medio la rendicion de la plaza cercada por el jefe comunero, porque en ella se jugaba definitivamente la suerte del Imperio, mal arriesgada por imprudentes y ambiciosos cortesanos en tan acalorada partida.

Los muros de la pequeña Córte del Almirante eran el único baluarte de la dominacion austriaca, y una vez derribado por el empuje de la insurreccion nacional, arrastraria en su torrente los deshechos restos de aquel odioso poder, cual las oleadas del mar embravecido los

vestigios dispersos del por sus iras despedazado navío. Ya lo comprendió así el Cardenal y sus colegas de Regencia, y persuadidos de que sin el apoyo de Torre y con la concurrencia de sus rotos ejércitos, Medina de Rioseco sería conquistada indudablemente por el enemigo, y que perdido este cuartel no habia nada que esperar mas que la capitulacion ó entrega de los fuertes subalternos, la sublevacion de Simancas y la inevitable ruina del Gobierno, refugiáronse en la fortaleza del Almirantazgo para atender por sí mismos á su salvacion y establecer el centro de sus operaciones.

Los Regentes hicieron reunir en ella gente y vitualla de guerra en la mayor suma posible antes de la llegada de los asediadores, para resistir al sitio y prolongar al menos el éxito de la lucha. Pero el alma de estas evoluciones era en realidad la condesa doña Ana, que inspiraba á su esposo don Fadrique é imponia por este órgano su voluntad á los otros Gobernadores.

Veia que era llegado el momento de dar el golpe que tanto há venia premeditando ya, cuyo logro consagraba todas las fuerzas de su voluntad y los recursos de su poder. No era para ella cuestion de fuerza ni de estrépito; era negocio de astucia y de inteligencia, que es el terreno propio de las mujeres en todos sus negocios y situaciones. Así es, que mientras su ilustre velado y honorables colegas de mando se afanaban por poner la plaza en pié de defensa, esquilmando á los moradores con requisas y exacciones, levantando gentes mercenarias y haciendo y deshaciendo como sobre país de conquista, la noble dama seguia anudando sigilosamente los hilos del escondido lazo en que sin combate ni violencia habia de apresar al leon que osaba resistir y levantar la poderosa garra contra el águila de dos cabezas.

Dejábales, pues, hacer para cubrir las apariencias; pero con la seguridad de que los imperiales no cruza-

rían sus armas con las de los Comuneros, sino como y cuando á sus planes conviniera y fuera de su gusto; sin embargo, la tempestad iba arreciando y estaba ya muy encima: cualquier descuido podia destruir el tejido de sus arterias.

Era preciso aprovechar la buena sazon de las cosas y anticiparse á los sucesos, y tanto más, cuanto que todos los actores estaban sobre el lugar de la escena y que el tiempo era, para el negocio, no solamente el más propicio, sino que tambien el puramente preciso. Doña Ana tenia las cosas á punto, y á obrar iba determinadamente para el desenlace de sus añejos y temerarios propósitos.

Van tres dias que los Comuneros tienen su campo delante de las cercas de la villa, con ánimo resuelto de arrancarla á los satélites del Emperador: está empezando á cerrar la noche oscurísima. En el campo y en la villa las trompas militares hacen oir el toque de las oraciones. Por ambas partes se susurra y transpira que en la velada ha de ocurrir algo de importancia, y nadie cree en el aparente reposo de las cosas. Trascurren, no obstante, las primeras horas sin ostensible contingencia, y la quietud más profunda reina dentro y fuera de la plaza; y tambien reinan las tinieblas á su placer, porque la menuda y fria lluvia impide encender fogatas. Serán como las ocho, y acaba la fortaleza de hacer oir la retreta, cuando un hombre bien embozado en un ferreruelo y calado hasta las narices el capacete, sale sigilosa y recatadamente por el postigo de la Costanilla, que se abrió sin ruido para darle paso y se volvió luego á cerrar: así que se vió estramuros montó aunque con poca ligereza en un jaco, que de la rienda traia, y echó á buen trote sobre las orillas del rio á través de las eras y pantanos, y atravesando la corriente se metió por los barbechos á lo largo y á mano derecha del camino de Valverde. Al cabo de media hora de jornada logró llegar al

rente de ciertas ruinas de un antiguo convento de Templarios que se alzan á la vera opuesta de la senda. Atravesóla entonces, y llegando á la entrada de los viejos y solitarios paredones lanzó un silbido semejante al de la culebra; esperó un rato, y repitió en el mismo tono la señal. No tardaron en corresponderle desde dentro con otra igual, y eran dos ginetes bien montados y armados que habian allí venido un cuarto de hora antes, y que cobijados entre los rotos murallones del cláustro con bardas, esperaban sin duda la llegada del misterioso caminante.

Ni una palabra se cruzó entre ambos durante su espera, y á no ser por el ruido del viento que silbaba entre las grietas de la fábrica y azotaba las yedras y musgos que á guisa de fúnebre guirnalda crecian por los aportillamientos y desmantelados ventanajes, nada hubiera interrumpido el silencio que sobre los escombros y derrumbamientos deja infundido la huella de los siglos: en tal guisa estaban los retraidos caballeros recostados sobre los arzones de sus sillas y abstraidos á lo que parece en sus pensamientos, cuando vino á poner término á su emboscada, la señal hecha á la parte esterior de las ruinas.

Cerciorados, pues, de que era venido el que aguardaban, dejaron su apartamiento y aparecieron á la vista del mensajero por bajo de la resquebrajada ojiva que servia de ingreso al desmoronado edificio; así que estuvieron fuera y que se aseguraron definitivamente de sus personas, el que salia delante dijo al que esperaba, con acento de superioridad:

—¡La contraseña, Naraya!

—Dios guarde á vueseñoría,—contestó el viejo escudero poniendo mano á su capacete.

—La contraseña, el camino y la entrada,—replicó el caballero con apremiante impaciencia.

—César y Cardenal.

El hidalgo frunció las cejas, pero sin interrumpir la respuesta, y Naraya continuó como si tal cosa:

—El camino, por el llano de las Quintanas; la entrada, por el postigo de la Costanilla.

—Pica, y en marcha.

—¿Cuánto hemos de tardar en la travesía?

—La mitad de lo que hayas tardado en venir.

El escudero sacó á media rienda su jaco y tomó la ruta consabida. Su interlocutor le seguia á corta distancia, y detrás galopaba el otro compañero de viaje.

Antes de llegar al riachuelo el guia se paró, escuchó atentamente un momento y retrocedió apresuradamente.

—Adelante,—le dijo el hidalgo con viveza.

—Una ronda de Comuneros,—contestó el buen servidor tendiendo el brazo en direccion de aguas abajo.

—Ellos son,—dijo el caballero despues de breve intervalo; y volviéndose hácia el otro acompañante que ya se habia puesto á su lado, le dijo en voz baja y casi al oido:

—Sal á esa gente.

Partió el mandadero á buen trote hácia donde se percibia el ruido de la patrulla, que habiendo columbrado á nuestro caminante, se dirijia á ellos con actitud hostil.

—¡Alto!—esclamó el sargento con voz dura y concisa no bien apercibió un bulto dirijirse á él, y que detuvo el paso á la terminante intimacion.

—¿Quién vive y quién vá?—repitió la misma voz sin bajar la crudeza del tono.

—¡Castilla y Comunidades! Corredores del cuartel general.

—Avance el cambio, y apunten los mosquetes.

—Avanzo y cambio.

El ginete se llegó al veterano, que le puso la alabarda al pecho.

—Rebato y Rioseco,—le dijo pausadamente; y el ve-

terano bajando su alabarda y volviéndose á los suyos, les mandó con marcial desenfado:—¡Mosquetes á su lugar! ¡Ronda! En marcha.

La patrulla se alejó lentamente por la ribera del rio arriba, y nuestros pasajeros echando sus caballos al agua siguieron su travesía. Luego de cruzar el Sequillo, el que antes iba de rezaga se adelantó hasta emparejar con el caballero del centro, y le dijo con marcado son de sorpresa y cierta espresion de confianza.

—El sargento que manda esa ronda es Talabarte.

—Te se antojan los dedos huéspedes.

—Talabarte en persona, tal y tan bueno como cuando servia bajo las banderas de S. M. el Rey de los flamencos.

—Vaya; te alucinaste con la oscuridad ó te lo pinta tu imaginacion.

—Señor,—dijo el narrador del descubrimiento con acento firme y decidido;—no lo tomeis á entretenimiento: de juro es él, y pondria las manos en el fuego.

El tono y la espresion de estas palabras hicieron notable impresion en el hidalgo, que contestó con gravedad despues de una corta pausa:

—Sea bien venido ese buen servidor para pagarle lo mucho que le debo.

—Es buen compañero de armas; pero...

—Y un bravo soldado que me alegro tener á mis órdenes.

—Pero es algo estraña esa desercion.

—Hudulfo le queria mal; ya sabes...

—Brava cosa se le daba por las infulas del aleman...

—Pues bien: alguna desazon, cualquier cosa de esas tan comunes en la guerra, si no es ya que el amor de la patria haya hablado á su corazon contra la tiranía de los estranjeros.

—Talabarte no es hombre de abandonar á los suyos en el lance empeñado.

—Ya ves que la Liga dá plaza y empleo á los militares asoldados que vengan á nuestras banderas. Talabarte habrá venido con su gente, conserva su grado y ha empezado á hacer su faccion. Esto es todo, y malicias afuera.

—Me holgára mucho de ello; mas no lo entiendo tan liso y llano.

—Sepamos lo que te dá que pensar.

—No veo claro en esta evolucion; y si nó, decidme... ¿Quién le ha admitido en nuestra mesnada?

—Los jefes de los tercios tienen para tanto y más, atribuciones concedidas por mi autoridad. Además, eso es cosa del alférez mayor de los peones (1), del mariscal de Logis (2).

—Corriente; ¿pero os ha dado alguno de ellos aviso sobre la presentacion y alistamiento de fuerza enemiga?

—Cierto que hasta ahora no: quizás no haya habido tiempo.

—¡Y está ya haciendo servicio!... Además, ¿cómo no se ha dirijido á vos, que sobre ser el jefe de las tropas le conoceis particularmente y con motivos de alguna estima? De vos debia prometerse mejor acojida que de otro alguno. No, no; estoy seguro. Si Talabarte viniera por su gusto, á nadie se hubiese entregado sino á quien conoció lo que vale en los montes de Peñaflor.

—De mí, al menos, prometerse debió más que de los demás.

—Y no se hubiera equivocado.

—Mirado así, ciertamente que su aparicion entre los Comuneros tiene algo de singular.

—Y no olvideis que Talabarte está enteramente á disposicion y especial servicio de la señora condesa.

—Razon demás para entenderse conmigo.

—Y como no lo ha hecho así, claro es que tiene alguna razon contra vuestra razon.

---

(1) (2) Véanse las notas correspondientes al fin de la novela.

En esto llegaron á las cercas de la villa sin que el grito de un centinela se hiciese oir á su aproximacion, cosa rara en tales circunstancias, y que mostró claramente á los de la cabalgata que eran esperados y que habia quien cuidaba de que nadie se apercibiese de lo que estaba pasando, ni llamar pudiera sobre ello la atencion.

El escudero se apeó, así que hubo arribado al postigo por donde antes hizo su salida. El caballero echó pié á tierra sin esperar que le tuviese el estribo su confidente, á quien entregó el caballo, embozándose luego en su ferreruelo borgoñon. El puente estaba echado y no habia guarda en los adarves; de modo que penetraron hasta la poterna sin demora ni impedimento. Naraya llamó con el pomo de su daga de una manera particular, y el porton fué abierto pausada y silenciosamente; deslizándose por bajo de su tosco semicírculo nuestros tres espedicionarios, como fantasmas que se hunden en un antro de misterios y de tinieblas.

Es una antigua y sombría casa de la inmediata calle de la Cuesta, perteneciente al patrimonio de los Almirantes y habitada por una noble dueña de su servidumbre. La condesa doña Ana habia entrado pocos momentos antes y ocupaba á la sazon un ligero y retirado camarin. Viste un traje de terciopelo verde de Utrech, largo de falda y alto de cotilla; mangas de afollados con cuchilladas de sarga perla: ciñe su hermoso cuello la rizada valona de encaje de Bruselas, y sobre el trenzado cabello su tocado de randa de plata; haciendo un conjunto tan rico y bizarro como sencillo y bien entendido. Seductora está por cierto la ilustre dama con el asomo de carmin que esmalta su mórbida mejilla, el fuego de sus ojos y la gracia de su continente, que pudiera lisonjear la vanidad de una Reina.

Si doña Ana esperaba la llegada de alguien, poco tuvo que cansar su paciencia; pues no tardaron en sonar por las antecámaras pasos y en aparecer Naraya, levantando

el flamenco tapiz de la puerta para dar paso al embozado caballero, y retirándose luego haciendo una reverente cortesía á su señora.

—Gracias por la puntualidad;—dijo la de Módica tendiendo su torneada mano al encubierto hidalgo con seductora languidez, desde el mullido camapé donde estaba reclinada, y bien venido sea el esperado caballero.

—Yo debo ser el obligado, puesto que soy el favorecido.

Y el galante interlocutor bajó el embozo, tomó aquella linda mano y la besó con apasionado respeto.

—Está en su casa el señor don Pedro Giron.

—Don Pedro Giron en donde quiera, os desea alto honor y muy codiciada ventura.

—Tomad asiento á mi lado, y no habeis de ser lisonjero si hemos de hablar en paz y como buenos amigos.

—Permitidme admirar tan apuesta y maravillosa hermosura, en galardon siquiera de tan dulce como preciada fineza.

—Admito la lisonja; pero que sea la única, porque la ocasion es para mayor importancia.

—Sea como plazca á mi buena señora, aunque me haya de hacer mucha fuerza para acallar los impulsos de mi enamorado corazon.

—Como mi reinado vá tocando á su fin, es una delicada galantería por vuestra parte dejarme saborear sus últimas dulzuras.

—En el reino del amor, dura siempre el imperio de la belleza.

—Pero confio en que tratareis bien á vuestra prisionera..

—Tuve buen aprendizaje en la fortaleza de Torre-Lobaton.

—No ha de costaros el triunfo lo que á Padilla le vi importando su entrada en la villa del Emperador.

—Tanto menos gloria para el general de la Liga, como

más satisfaccion y buena fortuna para vuestro caballero.

—A las doce dais el rebato, y á la una es vuestra la plaza.

—¡Condesa!...

—Las armas del Almirante no se cruzarán con las de don Pedro Giron

—¡Oh!... Ya voy comprendiendo; por eso no han aceptado la batalla hoy los tercios del Almirante.

—Debiais haberlo adivinado.

—Perdonadme; pero deseaba el combate con nuestros soldados por una razon personal.

—Pues lo que han hecho de dia en campo abierto, harán esta noche tras de las cercas de la poblacion.

—Ved que aventurais en ello.

—Ya lo sé.

—¿Y aun así, quereis entregarme la villa sin resistencia?

—Tengo tambien mis razones para rendirla á merced del vencedor

—Pero la plaza cuenta con guarnicion bastante.

—De soldados sin paga, que volverán contra nosotros sus armas, si hallan ganancias en vuestro cuartel.

—Las fortificaciones son récias y bien artilladas.

—Pero no lo bastante para hacer frente al fuego del cañon.

—Vuestros muchos y fieles vasallos...

—Mis fieles y numerosos vasallos se conjuran en estos momentos para alzarse en abierta asonada y rebeldía en el punto que vuestras bombardas truenen contra el murado solar de sus señores. Vos lo sabeis perfectamente; y si lo dudárais, con dirijiros á la casa de los Duendes los hallariais reunidos en sus desmantelados salones; y en la torre, la Junta secreta que debe dirijir el movimiento. Negádmelo sobre vuestro honor.

—Calladlo por el vuestro, y no tengais por enemigos á los que siguen mi patriótico pendon.

—¡Como que soy cómplice en esas maquinaciones y en esas secretas inteligencias dentro de la villa!

—Casi dudo de lo que estoy viendo.

—Y esperan esta noche una visita del general.

—¿Está comprometida en ello mi palabra?

—Poco menos; pero cuentan de seguro con vos.

—Lo que vos haceis, bien hecho está.

—No sé cómo llegó á los merinos un aviso vuestro con tales señas y comprobantes, que lo creyeron como artículo de fé.

—Ya me direis cómo ha sido eso.

—Con tiento, no deis en manos de algun traidor.

—Percances en verdad muy propios de las guerras civiles.

—¿Y qué voy á decir á los Comuneros?

—Eso es para despues: por ahora decidme, duque: ¿recordais lo que convinimos en Valverde?

—Perfectamente.

—A ver.

—Que yo no moveria mi campo contra Medina de Rioseco hasta recibir propuesta de avenencia por parte del cuartel Imperial.

—Pues esplicadme cómo habeis mudado de parecer. Para eso precisamente os cité á esta entrevista, y espero cumplida satisfaccion.

—Estais en vuestro derecho.

—Porque no lo comprendo, á pesar del mensaje que me enviásteis por Elvir, algunas horas despues de mi regreso, con la noticia de vuestra nueva resolucion de hacer armas contra la plaza.

—Más vale que no lo comprendais.

—¿Y esa mudanza de pensamiento ha sido producida por la llegada del personaje que interrumpió nuestra conferencia?

—Decid más bien que son deberes de mi posicion.

—No disimuleis, porque lo veo perfectamente claro.

Estábais á mi lado, y nada habia más lejos de vuestra mente que venir sobre mi villa; y estábamos tan de acuerdo, que no más faltaba el modo de concluir el acomodamiento. Os apartais de mí para recibir á no sé quién, y sin descansar del cansancio enviais vuestro emisario anunciándome el rompimiento de las hostilidades. Ved si puedo con fundamento pensar, que esa entrevista inesperada y misteriosa, os hizo cambiar de opinion y alteró vuestras disposiciones. Os tengo por hombre de seso y firmeza bastante, para imaginar que deseeis por antojo semejante incongruencia. Habreis sin duda obrado con irresistible motivo, por causas estrañas y superiores á vuestra voluntad. Pensar otra cosa fuera haceros de menos, y os tengo yo en mucho más.

—Vos lo habeis dicho. Hay en ello fuerzas más altas que mi poder y que mi albedrío.

—¿Pero quién es ese hombre que con su presencia os hizo adoptar una resolucion opuesta á vuestros deseos y pensamientos?

—Quien queriendo hacerme mucho bien, me está haciendo mucho mal.

—¿Y qué pudo haceros suscribir á su preponderancia? ¿Cuál es el resorte de su imperio sobre vos? Mucho vale sin duda cuando asi os impone la ley.

—Ley absurda y repugnante en verdad, pero á la cual vos misma me aconsejariais obedecer, teniéndome por hombre de honra y de valor.

—Sería algun gobernador de la Liga?

—Los gobernadores me tratan de igual á igual.

—Un emisario con órden de la Santa Junta?

—En materias de guerra tengo suprema é ilimitada autoridad.

—¡Ah! Ya dí en ello. Mensajero es de la Reina.

—Tened; y respetemos el nombre de la triste esposa del que fué nuestro Rey.

—Bien, señor duque, muy bien. Respetaré vuestro

secreto: pero con una condicion, en desquite de mi enojo.

—¡Ah, doña Ana, doña Ana!... ¡Si supiérais algo de lo mucho que os debo callar!

—Siento que tanto os cueste lo que tan poco vale.

—No hagais enojos, dulce y bien amada condesa de mi corazon y de mis pensamientos, ni querais hacer de menos lo que vale tanto, sin precio ni compensacion.

—Pues; bizarrías, flores poéticas, y palabras que suenen bien, pero que á nada comprometen.

—¡Y está puesta en lengua mi fama y crédito; y casi corro con apariencias y visos de infidelidad! ¿Sabeis hasta dónde puede aventurarme esa sospecha y lo difícil y enmarañado de mi posicion?

—Puede que así sea; pero, ¡y yo! ¡y yo!

—Mereceis todo eso ciertamente, os debo tanto, que jamás tendré correspondencia bastante á tal cúmulo de favores.

—Hice acaso mal en ello... pero no está en vuestra mano manteneros en los límites de la razon antes del sentimiento.

—Decidme, decidme palabras de esas, que me estáis enloqueciendo de pasion y de ventura.

—¿Y qué hallo por recompensa? ¡Triste cosa es, que no soy la única dueña del corazon vuestro; que soy de menos valer en vuestra estima y preferencia, que los intereses y la ambicion y la vanagloria; y que sacrificais mi amor, mi existencia, mi suerte toda y el porvenir de nuestras más dulces esperanzas, á ídolos profanos y desconocidos que os apartan de mí y abren un abismo entre los dos!

—Calmaos, doña Ana, calmaos... y ved que me estais lastimando cruelmente.

—En vuestra mano está devolverme la calma y la confianza, que yo tengo en más que mi propia existencia.

—Entonces no querreis que vuestro amante sea tachado de cobarde y mal caballero.

—¿Y quién osaria á tanto?

—Por absurdo ó inverosímil que sea, no podria desmentir el infame reproche.

—¿Es decir, que vais adelante con el empeño?

—Me poneis entre vuestro amor y mi honra, entre el grito de mi corazon y la voz de mi sangre. Pues bien, os dejo la eleccion y me someto á ella de antemano.

—No, no; que cada uno desempeñe su papel.

—Noble nacisteis y sois amante; y tanto se os alcanza de los anhelos de una pasion, como os vá de las delicadas leyes de la hidalguía. A fuer de dama, y con la mano sobre el corazon, ya que no árbitra, sed al menos mi leal y franca consejera.

—Sin amor puede estimarse al caballero; sin honra no puede quererse al amante.

—Así os esperaba yo; y no me engañé en apelar á vuestro pensamiento y bizarría de carácter.

—Debo seguir vuestro ejemplo y mantenerme á vuestro nivel.

—Pero yo deseo más.

—Sí, que la plaza se defienda, y no se entregue á discrecion.

—Sin esa circunstancia renuncio á mi proyecto aunque me escupan las gentes en el rostro.

—¡Cosa rara! He aquí un conquistador que no quiere que le den lo mismo que desea tomar.

—No admito la rendicion, porque vuestro Estado y casa, vuestra hacienda y quizás vuestro honor y persona, serian tristes despojos de esa oscura victoria.

—Mas siendo imposible la resistencia...

—No importa: en el estado de los ánimos me seria imposible contener el enojo de los soldados vencedores. Ya sabeis los ódios y motivos de venganza que median entre imperiales y Comuneros, y de los cuales son el

blanco principal don Fadrique y sus desatentados colegas, que han hecho de esta poblacion, el baluarte de su tiranía y la guarida de los enemigos de Castilla. La Córte del Almirante es para mis gentes la presa más codiciada, y la están ya contemplando con ojo sangriento y mal reprimido deseo. Una vez dentro, nada pondria freno á la violenta satisfaccion de sus agravios, y seria terrible la esplosion del fanatismo nacional. La presencia del Cardenal, cuyo nombre y malas artes escitan la más violenta indignacion; la vista de los tudescos; el encuentro con esos malos castellanos que aquí hacen armas contra su propio pais; los recuerdos de Medina y de Segovia; la feroz justicia de las represalias; la noche, la ocasion, todo, en fin; todo produciria una catástrofe de que Dios quiera libraros y que no debemos provocar en honor y conveniencia de todos.

—¡Y renunciais por mí al triunfo de vuestras armas!

—Yo sé que podria atacar la villa con fuerzas irresistibles; que sus muros caerian al fuego de mis cañones, que el vecindario en insurreccion armada me abriria las puertas; que entraria mañana como vencedor... Pero no quiero un triunfo que sería vuestra perdicion, y cuyas consecuencias irian hasta sabe Dios dónde.

—Y entonces, ¿á qué comprometer una resistencia inútil?

—Porque me dá pié para una retirada.

—Luego vuestro compromiso se llena con dar el rebato?

—Y soy dueño luego de ir ó no adelante con la operacion.

—Contad con la resistencia.

—Mañana me propone la Regencia una tregua para tratar del acomodamiento.

—Temprano tendreis al negociador en vuestros cantones.

—Y me replego sobre Villabrágima, donde podre-

mos concluir los conciertos de paz y de avenencia.

—Castilla tendrá fueros y libertades, el Almirante un destierro perpétuo, y vos la recompensa que yo deparo á vuestro intenso y acrisolado amor.

—¡Condesa!... ¡condesa!... Abreviadme la conquista de galardon tan suspirado y siempre diferido.

—¡Las nueve!... Ahora á cumplir con los conjurados de la torre.

—¿Y vos?

—Al consejo de los Regentes.

—Los claveros harán lo que quiera el general.

—La Regencia tendrá por suya la voluntad de la condesa.

—Estoy á vuestros piés.

—Dadme el brazo hasta la salida, y veremos en tanto lo que vais á decir á vuestros conjurados.

—Media hora con ellos, y luego á mi cuartel general.

—¡Dios guarde al mejor de los Comuneros!

—Entre los cuales tengo el gusto de ofreceros al valiente Talabarte, sargento de los tercios alistados al servicio popular.

La condesa se manifestó involuntariamente como sorprendida y contrariada por esta revelacion; pero dueña siempre de sí misma, disimuló tan rápida y hábilmente, que el duque no pudo apercibirse de ello, y contestó con la mayor frialdad:

—¡Adios mi secreto!

—Seguro lo teneis en mí.

—Es que lo era precisamente para vos.

—Ved que no es culpa suya, sino de un encuentro inesperado, que yo sepa más que lo que debiera y vos deseais.

—Pues ya, sabedlo todo.

—No, si algo lo empece.

—No penseis en eso; es que oi no sé qué de riesgos y compromisos para vos en el campamento y como no

puedo velar y defender vuestra existencia, quise tener cerca de vos un hombre resuelto y leal que lo haga por mí. Esta es la mision de Talabarte, y esa la historia de mi secreto.

Hizo la condesa esta relacion con tal aire de candor y de tierna sinceridad, que el duque estrechando dulcemente contra su pecho la mano de la hermosa condesa, la dijo con apasionada vehemencia:

—¡Dichoso quien os debe tan amante y delicada atencion! ¿Cómo pagar, hermosa y bien querida doña Ana, cómo pagar tan finas prendas de amor y de fidelidad?

—Perdonadme haber tenido un pensamiento oculto para vos.

—¡Bien grata y lisonjera es la compensacion de esa reserva! Y ahora comprendo por qué Talabarte no se ha presentado á mí, ni buscado mi valimiento.

—Dispuse que se presentase al capitan Lasso como cabeza y guia de una escuadra de voluntarios del pais, que llevaba consigo armada y aderezada como las milicias populares.

—Y tengo motivos para creer que lo hizo así puntualmente.

—Le recomiendo á vuestra proteccion y buena gracia.

—¡Si estuviera en mi mano desempeñarla con voz como lo está el portarme bizarramente con él!... Decidme en desquite algo de vuestra conjuracion.

Aunque la condesa no habia dicho al duque el verdadero objeto de la desercion de Talabarte, dispuesta por ella despues que supo en Valverde el próximo rebato contra la plaza y el desafío con el conde; don Pedro, con esa candidez propia de las almas enamoradas que creen á las mujeres, no como son, sino como debieran ser, prestó asenso al juicioso relato, y satisfecho en esto, siguió luego el giro que la astuta dama dió oportunamente á la conversacion; revelándola cuanto le faltaba sa

ber del plan de los Comuneros, y arreglando los tratos que iban á ser objeto de una próxima entrevista con el general.

Y la ilustre pareja salió de la pieza, descendió lentamente por la iluminada escalera, y desde el quicial de la puerta, la condesa, seguida de su dueña y tapada con su manto, se fué á penetrar en Palacio por un pórtico escusado, y el duque, bien rebozado, se perdió luego por entre la oscuridad de las calles.

CAPITULO VI.

El triángulo de acero.

Cuando las ciudades de Castilla concertaron la Liga, para defender sus leyes y franquicias, malamente holladas por estrañas demasías, montaron esa noble y patriótica asociacion en pié de guerra, comprendiendo sábiamente que la razon de la fuerza es el gran recurso contra la fuerza de la sinrazon. Desde luego supieron que se las tenian que haber mano á mano con el Emperador, enemigo de alguna importancia, y que la contienda iba á ser sostenida de parte á parte hasta no poder mas.

La guerra, pues, era una necesidad para los pueblos que aquí, como en lo demás del continente europeo, empezaban á respirar el ambiente de libertad y de adelantamiento, que á partir desde entonces abrió una nueva era á la civilizacion y al perfeccionamiento del género humano. Y esa idea de emancipacion, se agitaba en todas partes, contando entre las escenas de su sangriento prólogo, la noble empresa acometida por nuestras gloriosas Comunidades, que combatiendo por la libertad de Castilla, regaban con la sangre de sus héroes el campo de la comun emancipacion.

No es lugar este á propósito para mayores discursos

sobre esa materia histórica; y habremos de decir únicamente que nadie menos que el pueblo de Castilla podia consentir en los desmanes de estraños opresores, ni humillar la altiva frente ante el aspecto de un tirano. En esta tierra, nunca se habia conocido el despotismo; sus fuertes hijos habian combatido constantemente por la independencia contra toda clase de dominadores; el patriarcado municipal era el fundamento de la Monarquía, y mantenia vivo el amor á las inmunidades y franquicias populares; la Nacion, por medio de los Estamentos; tenia parte en el Gobierno; y los Reyes juraban en manos de sus personeros y mandatarios, guardar las instituciones y ordenanzas del Estado. Así es, que el primer asomo de tiranía tuvo que venir de estranjera mano, y debia producir violento y estrepitoso choque. Nadie, nadie más que un Príncipe nacido lejos de nosotros, estraño completamente á nuestra naturaleza, tradiciones, y modo de ser, y sin lazos de afeccion ni buena inteligencia con nuestro pueblo, podia alterar los fundamentos de la Monarquía, romper nuestra existencia histórica y trastornar de un golpe la obra de los siglos.

Los Alfonsos, los Jaimes y *los Fernandos*, no hubieran nunca atentado al sagrario de la prerogativa comunal; y fueron grandes y poderosos y afortunados, tanto como el primogénito de don Felipe de Borgoña: pero habian visto la luz bajo el cielo de España; habian compartido con sus pueblos la vida de los campamentos y el laurel de las batallas; habian nacido bajo el manto tutelar de esta noble patria, y no podian desgarrar el seno de su madre, ni hollar á sus hermanos, ni malvender su patrimonio al demonio de la ambicion y de la soberbia.

Los hijos de España, afortunadamente, no eran los flemáticos alemanes; y equivocose grandemente el imperial mancebo, cuando, creyendo hallar aquí gentes acostumbradas á la barbárie feudal, se halló con los vencedores

de los moros, con los altivos vecinos de las behetrías y concejos, con los hombres indomables que saben hacer de sus montañas los baluartes de su libertad, y dar sus ciudades á las llamas antes que entregarlas á estraños dominadores. Es verdad que ganó la partida, no por el poder de sus armas ni el valor de sus pretorianos, sino con las traiciones, bellaquerías y malas artes que sus cronistas procuran embozar, no tanto quizá por empacho propio como por lisonjear el cesáreo orgullo, en equívocas reticencias y tortuosos disimulos, y de las que aquí venimos haciendo mencion por dar conveniente muestra y ejemplo visible. Achaque fué siempre de las causas perdidas eso de ir á su objeto por caminos vedados y vencer en el juego con tretas y maniobras á guisa de arruinado tahur. Pero si la razon y la justicia sucumbieron á la malignidad de los hombres y á la fuerza de las cosas, la alta empresa no fué perdida para la gloria y para la posteridad.

La sangre de aquellos héroes vertida en las campañas y en los cadalsos, simiente fué sagrada y generosa, que produjo y está produciendo generaciones ardientes y bizarras, que ya han cobrado la deuda criminal contraida por la tiranía con aquellos acrisolados mártires, y que han rasgado con la punta de su espada las tenebrosas nubes que cubrian el sol eclipsado en Villalar.

Pero si la córte del César venció con artificios de baja y cobarde política, tanto más loa y honor para los nobles y valerosos *Comuneros* que se aprestaron al combate como hombres de buena ley. La organizacion de la *Liga* se hizo tan sencilla como discretamente. Los *Concejos* ó *Comunes*, que han sido siempre en Castilla la base del régimen interior de gobierno, formaban el núcleo y fundamento de regimentacion de las fuerzas. Las *justicias* y *hombres buenos* de cada uno alistaban la gente, hacian los acopios de armas y aprestos y corrian con el repartimiento y cobranza de los arbitrios votados

en las localidades para sostener el levantamiento. Nueve *Comunes* reunidos formaban la primera agrupacion y constituian la jurisdiccion militar de una CASA FUERTE, cuya dotacion no podia bajar de cien hombres ni esceder de otra tanta cantidad. El segundo órden eran LAS TORRES ó agregaciones de nueve CASAS FUERTES, con el contingente proporcional; y venian luego las grandes asociaciones de MERINDAD, cuyo rádio comprendia el conjunto de nueve *Torres* y el competente número de combatientes, y que adunándose luego por territorios componian el grueso de la COMUNIDAD, representacion civil y militar de los pueblos aligados bajo el dictado de los antiguos reinos ó de sus principales ciudades, y que dió nombre á aquella gloriosa y heróica campaña. Así, por ejemplo, se decia la COMUNIDAD de *Leon*, de *Valladolid*, de *Toledo*, y la alianza de todas tomó la denominacion genérica é histórica de COMUNIDADES DE CASTILLA, porque esta parte de la Monarquía fué el teatro principal del movimiento, y donde se hizo general y dominante, concentrando aquí todo el interés y éxito de la insurreccion. Y no se vaya á creer que habia secreto en esas inteligencias y apercibimientos de guerra, ni que los buenos castellanos obraban en ello como clandestinos maquinadores; porque la resistencia á los abusos del poder, era el grito de la conciencia pública, estaba en el sentimiento de todos y era la espresion suprema de la voluntad universal; y cuando las revoluciones están hechas en el espíritu de los pueblos y con la fuerza de la opinion, se hacen á la luz del dia y con la cara descubierta; y no se conspira ni se maquina en las tinieblas, porque la oposicion al tirano es el pensamiento único y general; ocupa todos los ánimos; es el alimento de las imaginaciones; está en el ambiente que nos rodea, en la atmósfera que se respira. Los Comuneros de las plazas ocupadas por los imperiales eran los que únicamente se veian obligados á vivir con reserva y velar con esme-

rado sigilo sus actos y aprestos de hostilidad á sus dominadores.

En la villa del Almirante habia una TORRE bajo el mando y direccion, como todas, de un ALCALDE DE HERMANDAD, que comunicaba con los nueve CLAVEROS de las CASAS FUERTES de su rádio y que reconocia por jefes á los MERINOS MAYORES de *Valladolid*, como parte integrante de su COMUNIDAD. Las citas y conferencias de sus afiliados tenianse por este tiempo en cierto casaron antiguo y destartalado, sito en una de las calles más angostas y sombrías de la poblacion. Está sin moradores desde mucho tiempo á esta parte, y se cuentan sobre ella mil consejas y patrañas de esas que crecen y toman proporciones pavorosas en la imaginacion de las gentes con el trascurso del tiempo y del misterio de su orígen.

Ya refieren que perteneció á los moros, que cometian en ella sus abominaciones contra los cristianos; ya querian decir que habia vivido en ella cierto personaje venido de lejanas tierras, hasta que una noche llegó á su puerta un coche, sin herraje en las ruedas ni cascabeles en las mulas, como cuentan que solia ir el de la Inquisicion, y que desde entonces nadie ha dado razon de su paradero; y tambien diz que en ella se oyen nocturnos y subterráneos ruidos, que no se sabe de dónde vienen, ni quién les causa; sin que falte alguna buena alma bastante inclinada á maliciar que un robusto gato negro, único habitante conocido de la casa, es el diablo en persona ó algun mal espíritu encargado de guardar tan miedosa mansion. Ello es, que el vulgo mira el viejo edificio con supersticiosa pavor y tradicional repugnancia; y ni se páran los transeuntes á su puerta, ni habria muchos valientes capaces de penetrar por sus solitarios y empolvados umbrales.

Esta preocupacion, y la situacion de la casa en una callejuela apartada y de escasa vecindad, tienen conti-

nuamente desiertos sus alrededores y libres de testigos incómodos é impertinentes. Cualidades todas de mucha cuenta para los negocios que traen entre manos los Comuneros de Medina de Rioseco; que les movieron á establecer en ella su TORRE, con seguridad y confianza.

De esta manera consiguieron desde el principio de estas alteraciones civiles burlar la vigilancia de los Regentes y de los partidarios del Almirante, manteniendo una fuerza enemiga dentro de su villa señorial y un puesto de inteligenc a en los cuarteles imperiales, que podia hacer grandes servicios en las operaciones, y los ruidos que á deshora y bajo de tierra escuchaban los vecinos en la abandonada casa, y que atribuian á cosas del otro mundo, á encantamientos y fechorías del enemigo malo, eran simple y sencillamente las reuniones y concilios de los Comuneros en uno de sus vastos y profundos sótanos. Pero como los viejos portones de la casa no se abrian jamás, ni se veia penetrar un viviente por sus quiciales, no era fácil darse cuenta de los sordos y trasnochados rumores.

Así es, que lisa y llanamente lo atribuian á sobrenaturales asombros, dejando vagar la fantasía en alas de la ignorancia y al viento de la supersticion, cual fué por muchos tiempos achaque característico de nuestro atrasado é impresionable vulgo, por causas é influencias distintas; y dieron, por ende, al vetusto edificio el pavoroso apodo de TORRE DEL DUENDE, por cierto almenar que tenia sobre el frontis de su fachada, y aludiendo á las tremendas é ignoradas aventuras que en ella antaño ocurrieron y á los siniestros arcanos que en su desconocido interior debian pasar en el silencio y en las tinieblas. Los afiliados cuidaban muy bien de dar consistencia á tales habliflas é ilusiones, y de impedir el acceso de los profanos á su lógia. Unicamente la condesa habia logrado penetrar el misterio de estas asambleas, por cier-

tas palabras involuntariamente escapadas á su amante don Pedro, de las que tomó pié para lograr á fuerza de astúcia y perseverancia el conocimiento de la clandestina conjura.

Y ved ahí cómo sabia que en la actual noche debiera verificarse un movimiento dentro de la villa, para auxiliar el ataque de las tropas espedicionarias, con lo demás que la hemos oido en su coloquio con el alucinado jefe. Importábale mucho á doña Ana impedir esa demostracion, que iba á decidir la toma de la villa y que podia comprometer altamente su casa y quizá su misma persona, aparte de la cabeza del Almirante; y de ahí sus anhelos para hacer que no tuviese lugar el rebato esterior. Así se comprende perfectamente la cita dada á Giron por la condesa, la venida de aquel á la villa, por no aventurarse doña Ana á salir de ella, estando encima de su avenida los reales de los Comuneros; los recursos empleados por la sagáz señora, para comprometer al general á desistir de la empresa, y todo cuanto entre ambos ha ocurrido en su furtiva entrevista. No ignoraba además el lance pendiente con el conde de Urueña, y no queria que llegase á efecto; porque si el reto se cumplia, y el duque perecia á manos de don Gombal, no solamente seria mas difícil de manejar el ímpetu de los Comuneros en su entrada como vencedores, sino que todos sus planes para el triunfo de los imperiales, no daban resultado y se frustraban los propósitos reconcentrados de sus pasiones personales; pues en tan intrincado ovillo, unos hilos se mezclaban con otros, y anudados en sutil combinacion, necesitaba tenerlos todos en su mano y formar la larga y bien tejida cadena de sus temerarios intentos. Las lazadas por su fortuna se ataban perfectamente, y podia doña Ana irse á su palacio lisonjeándose de los escelentes productos que empezaba á obtener de sus refinados pensamientos, mientras el deslumbrado don Pedro Giron al través de encrucijadas y

callejuelas se dirijia recatadamente al conciliábulo de los Comuneros.

En la villa reinaba bastante agitacion, y se esperaba que diesen sobre ella de un momento á otro los enemigos; notándose en alguna parte del vecindario cierto aire atrevido y poco asentado. La gente de paz tenia cerradas sus casas á piedra y á lodo, y no se columbraba luz por balcon ni ventana. Mas en ciertas rinconadas y plazoletas veianse grupos de paisanos en actitud espectante, mientras que por las calles iban y venian, subian y bajaban, hablaban al oido y se saludaban al paso con signos desusados, sin dárseles nada por las rondas realistas que circulaban por la poblacion en todas direcciones. Al cabo de un cuarto de hora de marcha, como uno de tantos, llegó Giron á un casucho pegado á la famosa *Torre del Duende;* abrió la puerta con una llave que sacó de su escarcela, y penetró en el zaguan oscuro y solitario. Avanzando de frente, se halló con otra puerta; y buscando á tientas entre sus clavos los tres colocados á la parte izquierda superior, en forma de triángulo, tocó sobre ellos tres veces, aumentando un golpe en cada clavo, y empezando cada vez por uno y en diversa direccion. A esta señal le dieron paso franco; pero así que atravesó el quicio, manos invisibles se apoderaron de él, le despojaron de la espada, le ataron un pañuelo sobre los ojos, y le condujeron consigo á otra pieza más adentro, cuya puerta sintió tras de sí cerrar y atrancar. Allí le quitaron la venda de la vista, y se encontró en medio de tres hombres con antifáz y clámides verdes, que á la luz de una linterna sorda le reconocieron, poniéndole las espadas al pecho. Entonces le entregaron la suya, para la prueba del *triángulo de acero;* consistia en un paso de arma blanca, en que el afiliado tiraba contra dos de los enmascarados, viniendo á concluir en una parada, en que las hojas formaban una figura triangular. El juego se repetia tres veces alternando sucesivamente los

Comuneros de la *terna verde* en la pareja de combate, siempre con distinta combinacion de tiradas y quites, y en todas con diferente forma de triángulo. Era esta prueba tan difícil como arriesgada, porque todos sus detalles estaban pautados y medidos, y si el que la sostenia ignoraba alguno de ellos, no le tiraba en una forma determinada, ó cambiaba el órden, era reputado por intruso y falsario, y en el acto atravesado á estocadas. Los Comuneros tenian al efecto una esgrima convencional y secreta, que tambien les servia para conocerse en los combates y encuentros á mano armada. Giron hizo correcta y desembarazadamente el belicoso ejercicio, y en seguida entregó nuevamente su estoque á *los verdes*, con el pomo hácia adelante y con la mano izquierda, diciendo al mismo tiempo:

—*¡Hierro, adelante!*

Y uno de los verdes respondió lenta y sordamente:

—*Letra y color.*

Llevó el duque á la frente, en señal de saludo, su diestra, y luego la puso sobre el corazon, formando con el pulgar y el índice la figura de una C, y dijo en seguida:

—*Triángulo rojo.*

—*Voto y voz;*—repuso el interlocutor desconocido.

Y el duque repuso dando un paso adelante:

—*¡Cierra, Castilla!*

—*¿Casa?*—Urueña.—*¿Torre?*—Lobaton.—*¿Merindad?*—Valladolid.

Cambiadas estas contraseñas, uno de los encubiertos tomó la linterna y echándose fuera del aposento, tomó á lo largo de una galería, que rodeaba un patio, siguiéndole don Pedro, y cerrando la marcha los otros dos personajes. En uno de los ángulos del pórtico, habia una puerta de arco ojival, que fué franqueada por el que iba delante, y que, por la parte interior guardada por un hombre espada en mano, daba ingreso á una estrecha y profunda escalera. Los desconocidos se pararon

sobre el primer peldaño, y Giron empezó el primero el largo descenso, siguiéndole todos los demás. Despues de treinta escalones se hallaron en una nave ó cueva embovedada de cantería.

Era este lugar donde se hacía la *tercera prueba* de los asistentes á los concilios de la Comuneria; hácia el centro de su pavimento y ocupando casi toda su latitud, existia un gran silo ó troje bajo flor de tierra, cuya boca estaba cubierta con un tablero, colocado sobre un eje, á manera de báscula, perfectamente disimulado y cubierto de arena, é igual con el piso: en el momento que cualquiera colocaba el pié sobre una de las estremidades de esta falsa puente, giraba sobre si misma, y caia en el fondo de aquel abismo lleno de agua hasta la altura de diez ó doce piés. Los estraños á estos misterios tomaban naturalmente el camino recto que desde la escalera se presenta á la vista, y eran perdidos irremisiblemente; pero los iniciados y recibidos á las altas confianzas de La Torre hacian lo que está haciendo don Pedro Giron; que en lugar de adelantar en derechura por el centro de la nave, tomó á la izquierda, haciendo un recodo, llegó á la pared lateral y se deslizó á lo largo de ella; y atravesando un espacio de tres ó cuatro palmos que mediaba entre ella y la parte falsa del suelo, y era el único punto firme de paso, ganó, seguido de los demás, el testero opuesto del subterráneo. Allí se pararon todos, y Giron, volviéndose á ellos, les dijo con tono de confianza:

—*Palabra y mano, hacen al buen castellano.*

—*La ley y el acero, al buen comunero,*—replicó el jefe de los enmascarados, dando á Giron su diestra, y abriéndole paso franco al través de un callejon bien oscuro y largo, que recorrió de cabo á cabo, hasta encontrar una puerta colocada entre dos fuertes pilastras, que abrió por medio de un resorte, atravesando su umbral con planta firme y reposado continente.

CAPÍTULO VII

Torre subterránea.

En una pieza circular, con muros y cascaron de cantería se encontraban sentados ante una gran mesa de piedra, de forma triangular, nueve personajes, colocados tres en cada frente y vestidos á la española, con rigorosa exactitud, sin prenda alguna del traje borgoñon introducido por el fundador de la dinastía austriaca. Tenian todos en los birretes una pluma, color violeta, y coleto anteado con cuchilladas de igual tinte, con espada de largos gavilanes y daga á la cintura. Eran los Clavéros de las nueve Casas fuertes, que formaban la Torre de Medina de Rioseco, reunidos en conferencia de guerra, bajo la presidencia del Alcaide de hermandad. El anciano Garci-Arias que desempeñaba ese cargo, como Clavero de la Casa fuerte formada por los Comuneros de la villa, y jefe nato de la Torre, conforme á los ordenamientos de la Liga, y personaje de inmenso prestigio en la poblacion, se levantó, á la entrada de don Pedro Giron, y le dió asiento á su lado, en el taburete presidencial, colocado bajo un trofeo á guisa de dosel, y compuesto de una pica, coronada por un capacete godo, y cruzados sobre ella un pendon morado con el escudo del antiguo Reino y una palma colosal; ostentándose en

el centro de ambos el libro de los *Viejos Fueros de Castilla*. Los demás CLAVEROS se mantuvieron en sus asientos, y esperaron con severo continente el saludo de su nuevo interlocutor. No se hizo esperar más tiempo del preciso para ocupar su puesto de honor entre los miembros de la Asamblea; y dirijiendo á los circunstantes una ligera inclinacion de cabeza, que fué cortesmente correspondida, dijo el duque con marcado acento de cordialidad y confianza:

—¡Dios sea con *los Comuneros de Castilla*!

—Salud al general de *la Santa Liga*:—fué la respuesta unánime de los CLAVEROS.

El duque les tendió sus manos; y ellos las estrecharon en las suyas con efusion sincera.

El ALCAIDE Garci-Arias, despues de esta demostracion de amistad y benevolencia, prosiguió el comenzado diálogo en esta conformidad:

—Os esperábamos esta noche, y contábamos con vos.

—Razon demás para holgarme de vuestra leal y honrada compañía.

—Merced recíproca, y de parte á parte bien estimada.

—Nunca mejor que entre mis leales y buenos hermanos.

—LA TORRE os dá la bienvenida por mi boca, y espera vuestras palabras con el mayor interés. ¡Plegue al cielo, que del seno de esta Asamblea salga el triunfo de las libertades castellanas!

—¡Que el sol de mañana venga á alumbrar el gran dia de la justicia y de la victoria!...—prorumpieron con entusiasmo muchos de los concurrentes.

—Asi os quiero, bravos y ardorosos amigos; asi os quiero y espero hallaros en esta decisiva ocasion.

—Ahora como siempre, procuraremos dar de nosotros buena y cumplida razon.

—Y yo os proclamaré por libertadores del pais.

—Dadnos órdenes para la jornada.

—Veamos antes. ¿Y las fuerzas de LA TORRE?

—Mi banda,—respondió Garci-Arias,—solo aguarda la primera señal.

—LA CASA FUERTE de *Palacios*,—añadió Sancho Cisneros,—tiene emboscados en el monte de Sardonedo treinta escopeteros, que quedan disponibles de la guarnicion de la behetria.

—¿Y *el Clavero* de *Peñaflor*?

—Tengo un buen golpe de gente armada en la cercana ermita de San Andrés de Posadas, con órden de acudir al estallar el rebato.

—*Cuenca*,—dijo entonces el alentado Gil Yañez,—se obliga á forzar la entrada del arrabal de *Mediavilla*.

—Todo está bien; pero, ¿cómo nos hallamos dentro de la plaza?

—Mis paisanos,—contestó *el Clavero de Villabrágima*,—han logrado penetrar en el Almirantazgo, so color de ampararse contra el mal trato y violencias de nuestros soldados.

—¡Bien por la estratagema!

—*Los de Villafrechor*,—prosiguió un guapo mozo,—han venido al llamamiento del señor Almirante; que les ha provisto de armas y pertrechos, sin comprender el pobre, que bajo la piel de cordero se oculta la garra del leon.

—*Villalba* ha traido cien panaderos para el abasto de la plaza, que con cien alabardas ocultas en cierto desvan de un buen patron, harán cuanto puedan y les sea mandado.

—¡Pláceme el ingénio de los artífices del pan!

—Ya sabeis que *los hermanos de Tordehumos* están en servicio de vuestro cuartel.

—¿Y mis vecinos de *Villagarcía*?

—Antes de ayer pasó por la villa un convoy de carnes para las tropas de los Regentes, nos embargaron las personas y las yuntas para traerle aquí; nos abrieron

las puertas por su misma mano; vinisteis luego sobre la plaza y no hemos podido salir; y como nos proveyeron de nuestras picas y ballestas para custodiar el cargamento, estamos listos y prontos á habérnoslas con quien sea menester.

—A vos toca el turno, señor Yañez *de Aguilar*.

—Han venido unos ochenta camaradas á pretesto de ganar la vida en las obras de reparacion de las fortificaciones que está haciendo el Almirante.

—Pero, ¿están desarmados?

—Esta mañana entraron cuatro carros de paja para el abasto de las provisiones del cuartel real: pero no me convine en el precio con el factor, y los tengo almacenados en el meson donde se alojan mis paisanos, que ya saben distinguir la paja del grano.

—¿Es decir, que tenemos dentro de la poblacion?...

—Un millar próximamente de hombres, sin contar con los destacamentos emboscados por las cercanias;—contestó *el Alcaide de hermandad*.

—Añadid á eso los muchos que se han ido introduciendo en ella, como tragineros, vendedores de vituallas, criados de labranza y de otras varias trazas y apariencias; pero que á la hora de la faccion estarán en su lugar.

—Pero gran parte de los nuestros carecen de armamento.

—Ya está provisto á esa dificultad.

—Sepamos cómo, buen Garci-Arias.

—Crecido número de soldados de la guarnicion está hospedado en las casas de los vecinos, por no haber cuarteles para tantos como los Regentes han hecho reunir. Pues bien; al sonar el rebato y ocupadas las calles por nosotros, nada más fácil que despojar de sus armas y utensilios á los realistas, cuando salgan de sus alojamientos para acudir á sus banderas. Es una caza al por menor, que duplicará el número de nuestros combatientes.

—Hay además muchos patrones, que están dispuestos á tomar por su cuenta el negocio, de puertas adentro, y ahorrar á sus alojados la molestia de salir á la calle.

—Es bastante para hacer de murallas adentro una poderosa diversion, mientras yo me entiendo con los realistas por el esterior.

—Nuestro plan es muy sencillo y hacedero. Así que vuestras tropas rompan el ataque contra la plaza, ó que el cañon de la fortaleza anuncie el movimiento del campo Comunero sobre ella, nuestras gentes distribuidas y bien colocadas por el ámbito de la poblacion, alzan el grito de guerra, llamando á la insurreccion al vecindario. Varios destacamentos en las plazuelas y principales avenidas del castillo harán frente á las fuerzas que de allí puedan salir á contrarestar el movimiento, mientras el resto de *la Torre*, desbandada en grupos por las calles y encrucijadas, batirá y desarmará en detalle á los realistas que haya á las manos, en el tránsito desde sus alojamientos á los puestos. Conseguido este propósito, ó impedida la reunion y concierto de los imperiales, que forma la primera parte de nuestro proyecto, nos concentramos en determinados puntos y emprendemos nuestras operaciones sobre la retaguardia de los defensores de la villa, cayendo sobre ellos en varias direcciones, mientras vuestros soldados les embisten y obligan á combatir sobre las murallas.

—¿Y sobre dónde pensais cargar?

—Cien hombres escojidos caerán sobre el palacio de don Fadrique, en los primeros momentos de la alarma, para entrarlo á sangre y fuego, tomar en rehenes toda la familia del Almirante, y contener el fuego que desde el castillo quisiera y pudiera enderezar su señoría sobre nuestras posiciones, amenazándole con incendiar el alcázar y pasar á cuchillo todos sus moradores.

El duque fijó la más profunda atencion en esas palabras.

El alcaide proseguia con espresion animada:

—La gente de otras tres *Casas fuertes*, que señalaremos despues, tendrá á su cargo franquearos el paso por el postigo de *la Costanilla*, por donde vais á dar la principal embestida.

—Esa poterna será tambien la mejor guardada y defendida por el enemigo.

—Contamos con eso; y por ende es de más interés daros ayuda desde adentro, para vencer la resistencia. Un buen golpe de mano sobre el puesto imperial, que se verá entre dos enemigos; unos cuantos hombres resueltos, que en medio del combate y de la confusion peguen fuego á las puertas, y una gruesa partida de cazadores, que desde las casas inmediatas se encarguen de despejar á balazos los terrados de la muralla, es cuanto se necesita para salir con ello. Todo lo hay á mano, y no será esta la peor parte de la jornada.

—Aprobado, y veamos lo demás.

—Es tal cual difícil y aventurado. Se trata de una intentona contra la fortaleza, que debe poner por obra el grueso de las gentes que tenemos dentro de la plaza.

—Es cosa de alguna consideracion.

—Cuento con ciertos recursos, que pueden hacer la empresa menos temeraria y descomedida de lo que parece á primera vista.

—¿Es decir, que tomais á vuestro cargo esa espedicion?

—El capitan debe cargar siempre con lo más difícil y peligroso.

—Pero el castillo está bien reparado y mejor guarnecido.

—Y le defenderán los Regentes á toda costa.

—¡Como que es la llave de la poblacion!

—Lo que mucho vale, mucho cuesta. Tambien si se logra rendirle por un golpe de fortuna, ganamos su última trinchera á la causa imperial.

—Entiendo, entiendo. La toma del alcázar significa la prision de los Regentes, allí albergados; la rendicion del ejército realista, y la conclusion de la guerra civil.

—Desde la fortaleza de Medina de Rioseco podremos dictar la ley de vencedores al soberbio y mal aconsejado Emperador.

—Pero necesitamos obrar con mucho concierto, y que se subordinen á mi plan general de campaña esos valerosos y trascendentales propósitos.

—A las doce de la noche damos el rebato, y en seguida lanzais sobre la villa vuestros tercios.

—Permitidme una observacion.

—La escuchamos, general.

—En un campamento militar, y máxime con milicias no regladas, una operacion puede ser retardada é impedida por mil causas inevitables; y por ese retraso salir fallido el resultado de la combinacion más segura y hábilmente calculada.

—*La Torre* fia en vuestra pericia y conocimiento en las artes de la guerra.

—Me hace en ello mucha y bien agradecida merced. Pero no basta eso muchas veces; y la esperiencia aconseja no perder de vista ninguna eventualidad en el ejercicio del mando. Vuestro proyecto es atrevido, grande y digno de tan fuertes y animosos corazones. Me adhiero á él enteramente... pero con una variacion en la manera de llevarle á cabo.

—Estais en vuestro derecho.

—Es poca cosa: pero le presta infinitamente mayor seguridad, y le hace más conforme con las reglas de la profesion.

—Sea como quiera, llenamos el objeto de esta conferencia, platicando y haciendo concierto en la manera de poner por obra nuestros intentos.

—Hay que cambiar el órden de los sucesos. En vez de dar vosotros la iniciativa, debo tomarla yo; y en lugar

de secundar el campamento á la villa, tiene esta que responder al rompimiento de aquel.

—El general propone, buenos y honrados Claveros, —dijo á sus colegas el jefe de *la Torre*,—que no preceda nuestro rebato al ataque esterior, sino que este sea primero y que nosotros obremos despues.

—Y me holgára sobre manera, que hiciese fuerza en vuestros ánimos mi opinion y modo de ver.

—¿Qué decís sobre esa modificacion de nuestros proyectos?

—En cuanto á mi,—replicó Gil Yañez,—me remito á vuestra esperiencia y mejor consejo.

—Vuestro voto será el mio,—dijo en seguida Sancho de Ayala, síndico de Villalbés.

—Y el de todos,—afirmó en voz alta el hidalgo Alonso de Carvajales.

—Es verdad;—ratificaron á una todos los concurrentes.

—Honráisme en ello, mis buenos amigos.

—Pero antes de adoptar nuestro partido, necesitamos conocer el pensamiento del general para la operacion sobre la plaza.

—Estaba pensando en ello, y os debo justamente esa esplicacion. Mi plan es tan sencillo y espedito como el vuestro; á las doce de esta noche levanto mi gente, doy de improviso sobre la villa é intento una escalada por tres ó cuatro puntos á la vez. Mis artillamientos de *los Molinos* y *Espanta-perros*, batirán el castillo, para que no pueda dirijir sus piezas contra las fuerzas del asalto; y una banda numeresa de peones ligeros hará por dar fuego á la línea de empalizadas, que corren al Oriente de la poblacion. Logrado el golpe por cualquiera de los puntos de ataque, abre el camino al grueso de mis gentes, y es segura la toma de la plaza.

—Ved que no hay brecha abierta en la fortificacion.

—Pero las murallas no son de mucha alzada, y traigo larguísimas escalas.

—Y supongo tendreis en cuenta que la guarnicion es numerosa y respetable.

—Tambien los terrados de los almenares son muy angostos, y no permiten aglomerar mucha gente, ni establecer fuertes líneas de resistencia.

—Sin embargo, los que se defienden tienen todas las ventajas de la posicion.

—Mis fuerzas son mucho más crecidas que el presidio realista, y aparte de las condiciones de valor y de entusiasmo, las suyas tienen que cubrir y defender un circuito anchuroso, mientras yo dirijo colectivamente las mias sobre pocas y determinadas partes. Además que cuento con vuestra cooperacion, para entretener aquí dentro una buena porcion de tropas reales con el somaten proyectado. Pero ya comprendeis que todo debe ser simultáneo y bien ordenado; y que siendo mi operacion la principal y decisiva, debe subordinarse á ella la vuestra, como auxiliar y secundaria, aunque de seguro y poderoso efecto; y hay otra razon más importante, para anticipar mi accion á la vuestra. El asalto hará acudir á los muros toda la guarnicion, y os dejará libre el centro de la villa: al paso que el rebato no haria venir al centro á los defensores del recinto esterior, ni me despejaria las murallas de sus guarniciones y defensores.

—Eso vale por todo, y no dá lugar á mayores controversias. *La Torre* acepta ese proyecto, general, y obrará conforme á vuestra combinacion y mandamiento.

—Huélgome de vuestro parecer, y acepto esa unánime confianza.

—Decid ahora lo que hayamos de hacer.

—Son casi las diez, y voy á salir inmediatamente para mis cantones. Aquí nadie se mueve, hasta no recibir mi aviso para el movimiento.

—Convenido: mas ¿cual será el signo de inteligencia?

—Cuando rompa el fuego mi batería frente al torreon de *Ajujar*.

—Así será puntualmente.

—Dad á los vuestros la órden para estar listos; pero sin hacer antes la menor muestra, ni asomo de inquietud ni malos propósitos.

—Corre de nuestra cuenta.

—Ved que puede aventurarlo todo cualquier imprudencia.

—Id fiado en nuestra seguridad. Los Comuneros de esta *Torre* estarán prontos y corrientes en el momento oportuno; y hasta entonces serán sencillos y pacíficos paisanos.

—De ese modo podremos ser dueños de la plaza, y cantar victoria sobre el Emperador.

—¡Quiera Dios estar al lado de los buenos!

—¡Que mañana flote sobre las torres de Medina de Rioseco el estandarte de Castilla!

—¡Que sea el dia de la victoria y de la libertad!

—*¡Hierro adelante!*—esclamaron á media voz, pero con reconcentrado fuego, todos los concurrentes; y acompañaron al duque con muestra de afecto y distincion, hasta que salió por la puerta de la maciza y subterránea lastra.

El Alcaide y los Claveros salieron más tarde, para poner en planta lo concertado entre ellos y el general de la *Liga*, y echar al traste en aquella misma noche la causa de los opresores del pais.

CAPÍTULO VIII.

El Campo de Agramante.

A buen trote y en poco tiempo atravesó don Pedro Giron el terreno mediante entre las cercas de la villa sitiada y sus cantones; pero tuvo espacio para pensar que su situacion estaba muy lejos de ser clara y desembarazada. Comprometido irrevocablemente al ataque de la plaza, y temiendo por otra parte sus terribles consecuencias, creyó, al salir de su entrevista con la condesa, que todo se conciliaba y que la resistencia de los sitiadores le proporcionaría ocasion para levantar su campo, obteniendo la rendicion por la via de los acomodamientos. Y se lisonjeaba el deslumbrado caballero de haber conseguido una gran cosa, haciendo que doña Ana cediese del propósito de entregar la plaza á discrecion y sin defensa: cuando todo eso era por parte de ella una sagaz y tenebrosa trama. La villa en realidad no podia resistir el asalto del ejército combinado con el rebato interior; y su toma era cosa pronta y segura por el general de la Liga. Y lo que sobre este particular le manifestó la Sana en su coloquio reciente, era la verdad pura, si bien un tanto exagerada. Otra mujer menos hábil ó más vulgar que la condesa, le hubiera ponderado l duque los medios y propósitos de resistencia, ame-

nazando con una defensa desesperada para conseguir su objeto. Pero ella comprendió que no era ese el camino verdadero; y que á un hombre del temple y de la militar esperiencia del duque, no se le hacia desistir de tamaña empresa con alardes de contradiccion y arranques de violencia. Así es que, revelándole el verdadero estado de flaqueza é importancia de la plaza, para hacer frente á su embestida con razonables probabilidades de fortuna, creyó hacerle dar en la celada de sus intenciones, más pronto y mejor que con engañosos ímpetus y mentirosas apariencias. Verdad es que entraban en su cuenta para este recurso, el conocimiento del carácter del duque y la confianza en la pasion desatinada y ciega que habia lograda inspirarle. El éxito fué tan completo y feliz como la condesa se prometia, y merced á sus artería, la plaza estaba salva del riesgo y Giron cada vez más avanzado en el mal camino de sus debilidades y compromisos.

Nada de eso columbraba el desorientado jefe, y el amor de la condesa era el único prisma á cuya luz contemplaba el sesgo de los acontecimientos. Dábale que hacer, no obstante, la actitud de los Comuneros dentro de la villa. Pues aunque habia conseguido el principal intento de su conferencia en *la Torre*, y estaba en su mano la direccion del rebato, esto no era bastante para dominar y ceñir á sus conveniencias los acontecimientos. Podia retardar más ó menos la señal y el estallido de la revolucion dentro de la villa: mas tendria que ser al fin; y una vez arrojada la tea, nada podria contener el incendio. Era, pues, segura la victoria de los Comuneros, atacada por fuera la villa, y combatida interiormente por la insurreccion. De modo que tras de tanto afan venia Giron á concluir que, para salvar la villa, era preciso no dar el ataque, y quebrar para ello por todas las consideraciones y respetos. Y no tomaba acta de la grande responsabilidad en que podia incurrir, no lle-

vando á cabo la operacion y renunciando á un triunfo tan seguro y decisivo como la conquista del Almirantazgo, porque contaba tomar posesion de él en breve por transaccion y concierto. De modo que la cuestion era de tiempo, y la diferencia únicamente consistia en el medio: pero siempre llenaba el encargo que sobre sí habia tomado, y no daria siquiera espacio á murmuraciones ni malos pensamientos. Además, que podria contestar victoriosamente con sus facultades, como general, para elejir la manera de hacer la campaña y rendir la villa y con las ventajas de una victoria sin riesgo ni sangre, preferible siempre á las que se obtienen por la via de la fuerza y á precio de costosos sacrificios. Tales eran las cuentas y los discursos que nuestro caballero iba haciendo consigo mismo; y solamente le daba que pensar el modo de suspender la demostracion acordada contra la plaza en aquella misma noche. Las órdenes estaban dadas, sus gentes apercibidas y todos los menesteres aprestados para la empresa. No se esperaba más que la señal para emprender el movimiento.

Tan adelante las cosas, era muy difícil y comprometido cejar en el intento, tan ansiado y sabido por los Comuneros de su ejército como por los de la villa. ¡Y estando tan envalentonados en el alarde del dia anterior!

Ni aun podia retardar la ejecucion del plan, porque la noche no daba tiempo bastante emprendiéndola á hora más avanzada, y era preciso entonces diferirla hasta la siguiente. Pero era un recurso injustificable; y aparte de eso, seria muy difícil y ocasionado á diferencias, mantener en la inaccion á sus soldados durante todo un dia, y refrenar el ardimiento y belicoso espíritu, que podian estallar en un rompimiento espontáneo y desordenado. Porque iban ya tres dias de espera; y si hasta allí habian aguardado con calma y confianza, la perspectiva del próximo asalto habia escitado hasta los límites del entusiasmo sus deseos de ir al enemigo.

Estos anhelos habian de crecer y hacerse más imperiosos, por lo mismo que se retardaba su satisfaccion, porque al es nuestra flaca naturaleza; y este nuevo estímulo, unido al enojo y propensiones á la disidencia que debia producir en los ánimos acalorados la suspension del nocturno hecho de armas, chasqueando los lisonjeros cálculos y marciales anhelos de la general imaginacion, hacía imposible el mantenimiento del sitio, sin dar el concertado y consentido avance. Habia, pues, que optar entre la inmediata ejecucion y el total disentimiento. Lo primero no podia ser; lo segundo era resolucion más fácil de tomar que de cumplir. Pues levantar el campo de buenas á primeras, retroceder á Villabrágima, en lugar de adelantarse sobre Medina de Rioseco, y volver la espalda al enemigo como vencidos, en el instante mismo de darle la cara con aire de vencedores; era cosa ciertamente de color muy equívoco, y fuera de todos los cálculos de la razon. Pero el duque, no tenia otro espediente en tales circunstancias, y optaba por él; y estaba decidido á emplear, para conseguirlo, toda su autoridad y poderío. Y cuando más dudoso se hallaba sobre el modo de prestar un aspecto decoroso y aceptable á tan estraña evolucion, acordóse del pendiente desafío con don Gombal y en él halló una clave para el enigma; y formó su combinacion como por encanto.—«Yo no pensaba mas que en defenderme;—decía el duque consigo mismo:—pues bien; me defiendo mal; me hace el conde una herida, y todo se esplica perfectamente despues.»

Llegado Giron á su campo, dictó órdenes é instrucciones á los jefes de las fuerzas populares, tan claras y perentorias, como si la escalada hubiera de verificarse á sangre y fuego, hizo saber su plan á los oficiales encargados de ejecutarlo; designó los puestos, distribuyó la gente, y mandó que todo estuviese pronto al primer aviso; y luego salió del acantonamiento solo, armado de todas armas y en su caballo de combate. Enderezó su

marcha hácia su alojamiento de Valverde, para reunirse á su estado mayor y dejar preparadas órdenes é instrucciones para uno de sus lugartenientes, el capitan Lasso de la Vega; porque resuelto á batirse con don Gombal, por si le sucedía un mal caso, queria proveer de antemano á la direccion del ejército, al buen éxito de las operaciones y al interés de la causa pública. Pero á cierto trecho torció á la izquierda su rumbo, y á través de sendas y sembrados, tomó á media rienda la direccion de las ruinas de los Templarios. Aproximábase la hora de su desafío con el conde, y quería llegar el primero al sitio de la cita.

Doña Ana, en tanto, habia estado en el Consejo de los Regentes, que la miraban como su áncora de salvacion en el naufragio de sus aventadas ambiciones. Satisfecha y enorgullecida, reveló á sus señorías, que la plaza estaba segura por aquella noche; pero se guardó bien de esplicarles el cómo y el por qué; y se calló asimismo, que con la suspension del ataque habia conseguido además otras varias ventajas sobre el general enemigo. Exijió en compensacion de la buena nueva dos cosas indispensables, comprometiéndose luego á responder de todo. Era la una, hacer al dia siguiente proposiciones de paz al jefe de los Comuneros; y la otra, el nombramiento del negociador y facultad ámplia para las cláusulas del tratado. El Consejo accedió á tan exorbitantes condiciones, sin serle siquiera permitido sobre su uso y empleo el derecho de intervencion.

Despues del Consejo hizo la condesa llamar á Palacio al Reverendo Padre Guevara, y tuvo con él larga conferencia. Era el mensajero elejido por ella para la negociacion con los Comuneros. Le dió al efecto credenciales é instrucciones de toda especie, con órden de salir de madrugada para los cuarteles populares. Con su consejo y acuerdo, designó la condesa los capítulos del concierto, y la manera de tratar tan difícil manejo. En

esta embajada, era el objeto principal, pero reservado, entenderse personalmente con don Pedro Giron, con el ostensible, aunque falso pretesto, de las propuestas á los jefes de la Liga. Podia en la negociacion haber algun tropiezo y tocarse dificultades de monta, por la complejidad y delicadeza de su índole; pero la condesa fiaba en el ingénio sutil y capcioso del Provincial, y en el desmesurado celo con que servía su causa y sus intereses.

Luego se ocupó la de Módica en saber, por una confidencia reservada, cuanto se habia hablado y convenido en la sesion de *la Torre*, las fuerzas de los Comuneros, el plan de la asonada y los terribles propósitos que tenia la belicosa demostracion.

Pero la tranquilizó completamente el resultado conseguido por el duque, haciéndose dueño de la iniciativa, y logrando reducir á sus órdenes y combinaciones superiores tan poderoso recurso. Giron, pues, habia correspondido en todo á los intentos de su táctica; y la cita de amor habia sido una escena política de incalculable trascendencia; un resorte bien tocado en la enmarañada comedia que la ingeniosa dama vá representando, y que deberá producir decisiva y estrepitosa peripécia.

Pero don Pedro Giron está esperando á Elvir tras de las consabidas ruinas, porque á su arribo no le halló allí como ordenado le tenia. Estrañóle mucho la ausencia de su leal y celoso confidente, y por la mucha confianza que en él tenia resolviose á esperarle, en la seguridad de que algun objeto importante le ocupaba y de que más ó menos pronto llegaria al sitio convenido con su acostumbrada diligencia y buen ánimo para servirle de padrino en el próximo encuentro.

Ha trascurrido un buen rato en paciente espectativa para el caballero; aun no es la hora designada: el conde, sin embargo, debe acudir de un momento á otro. El duque aplica el oido hácia el camino, y cada ruido que hace el viento rodando por entre los arbustos, se le figu-

ra el galope de un caballo; ya se ha engañado más de una vez: torna, pues, á escuchar y aguardar, contando los minutos y queriendo vér al través de las sombras é interrogando con su mirada á la ténue luz de las estrellas. En medio del silencio y la quietud, resuena en los aires á lo lejos un disparo de mosquete; y en seguida llegó en alas del viento una esplosion de gritos, arcabuzazos y estrépito de armas. El duque fija su atencion en tan estraño ruido, que viene indudablemente del lado de sus acantonamientos. La distancia no le permite distinguir clara y precisamente el significado de aquellas voces: pero nota que el tumulto crece por instantes, y toma atronadoras proporciones; pero por la parte de la plaza todo está tranquilo: deseoso de saber lo que significaba tal alboroto, salió á campo raso de entre los altos paredones de la Encomienda y subió á la cumbre de un cerrillo inmediato. Desde aquella altura, que domina el llano del campamento, se percibia mejor el estruendo y la vocería: pero nada alcanzaba á divisar, porque las hogueras de los vivaques no habian sido encendidas aquella noche, para que la plaza no advirtiese el proyectado movimiento, y las tinieblas eran bastante densas. Una ráfaga de viento trajo á los oidos del duque entre otros ecos confusos y arrebatados las palabras de *¡traicion!...* *¡traicion!...* Avanzó pues en direccion de sus cuarteles, interesado más y más por aquel turbulento grito, y le escuchó nuevamente, y se cercioró de su verdad. En un solo momento hizo mil conjeturas y reflexiones. ¿Habria sido su campamento atacado por los imperiales? No: porque el grito de sus soldados no denunciaba la presencia del enemigo, ni se oia rumor de combate. La plaza estaba tranquila, y nada debia ir con ella en tal perturbacion; á no ser que entre sus gentes se hubiese urdido alguna conjura: pero esto era inverosímil, y no queria ofender con tan temeraria sospecha su lealtad y su honra. ¿Y qué hacer en situacion tan

complicada? Como caballero, debia esperar á su adversario en el lugar del desafío: como general, le llamaba imperiosamente su obligacion á sus alborotados cuarteles. Aquí estaba empeñado su honor personal; allí tenia comprometida su posicion, como jefe de un ejército y como hombre de partido. No acudiendo á su puesto, como militar, cometia una gran falta, cuyas consecuencias no podia calcular, pero que vendrian á pesar sobre él; y corriendo al frente de sus desordenados guerrilleros, abandonaba el terreno á donde habian sido provocados su valor y su decoro, y podia ser tachado de cobarde y mal caballero. Cualquiera resolucion le dejaba por un lado en descubierto, y era preciso optar pronto entre el amor propio y el amor del país. Tenia además, como ya sabemos, especial objeto en la realizacion del lance, y se resolvia difícilmente á posponer su interés á los que podian reclamar su presencia en el campamento. Perplejo é indeciso estuvo el duque, mientras combatian su ánimo tan encontrados impulsos; y no era fácil hallar un partido completamente satisfactorio y seguro en su difícil compromiso. Venció, empero, en su alma la razon á la pasion, y hablando más alto la voz del patriotismo que el acento de las vanidades personales, salió á escape para sus acantonamientos, donde, á lo que parecia, su autoridad era perentoriamente necesaria.—«Yo daré cuenta de mí,—iba diciendo entre dientes:—yo responderé á don Gombal de todo; y siempre habrá ocasion de cruzar nuestras espadas.»—Y no tuvo motivo ni espacio, para arrepentirse de su noble determinacion: pues en medio de su carrera, y percibiendo más cerca la grita y el bullicio del escándalo, como que empezó á entender el nombre de don Gombal entre acentos de enojo y manifestaciones de vituperio. Esta observacion le hizo parar mientes en una circunstancia, que no habia notado con especialidad; lo más récio y ardoroso de la alarma salia de la alameda de las Quintanas, en donde

tenia su acuartelamiento la mesnada del conde de Urueña. Su persona se alojaba en cierta casita campestre de uno de los próximos viñedos; y hácia ese punto iban afluyendo sucesivamente las turbulentas demostraciones y los estrepitosos ímpetus de la desordenada muchedumbre. No podia darse cuenta de ello: pero en el momento que enderezaba los ligeros pasos de su corcel á la parte más comprometida, oyó pronunciar en destemplado y agresivo tono las iracundas esclamaciones de «¡al traidor!... ¡al traidor!...» Tras de ellas sonaron unos cuantos mosquetazos, que, á juzgar por el resplandor de las mechas, debieran salir de la granja ocupada por el conde; á estos disparos respondieron las atronadoras y sangrientas voces de «¡Mueran!... ¡traidores!... ¡á ellos!...» en esplosion súbita y descomunal; y á ella se mezclaron sendos tiros de arcabucería, y el sonido de algunas trompetas que tocaban la generala, llamando á los puestos la gente de guerra y poniendo el campo sobre las armas. Ya muy cerca del lugar de la desconocida escena, y dando más brida cada vez á su caballo, el nombre de don Gombal salió de entre tanta confusion notorio y perceptible, mezclado á imprecaciones y ecos de venganza; y don Pedro Giron entonces, olvidándose de todo, se lanzó ciegamente á salvar á su ilustre deudo y leal compañero del inesperado riesgo que al parecer le amenazaba. Saltando bardas y atravesando enmarañados majuelos, rápido como el huracan, llegó en breves instantes y penetró á toda rienda por entre las estancias de sus desasosegadas gentes; y fué por cierto con oportunidad, pues en el momento de desembocar por una de las encrucijadas de aquellas viñerías, sobre la puerta principal del caserío un tropel de hombres acalorados y resueltos ponian mano á forzarla, voceando con toda la fuerza de sus pulmones: «¡Viva el general de la Liga!...»

Aquello era un hervidero, un aluvion desenfre-

nado de paisanos, mesnaderos, soldados y cuantas clases de gentes habia en el campamento. Pero el animoso jefe entraba atropellando cuanto por delante se le ponia, y abriase paso entre los apiñados grupos al través de aquel bullicioso y arremolinado hormiguero:—«¡Tenganse á mi!...»—iba gritando con pujante é indignado acento, y agitaba en sus manos la imperativa bengala:—«¡plaza en nombre de la Comunidad!...»—repetia en medio del desordenado gentío, que encontraba en el curso de su corrida. Conocido de muchos por su caballo perla, de otros por la voz ó por la militar insignia, logró arribar sin detencion ni impedimento, para poner en órden y meter en razon á aquellos espiritados. Apareció pues entre los que embestian la cancela, gritándoles con acento de superioridad y enojo:—«¡Atrás, pardiez; atrás, menguados y fementidos, en nombre de la ley.»—Y adelantó su caballo con un empuje vigoroso, hasta colocarse en el centro de aquel torbellino. Cuenta Virgilio que Neptuno calmó los desenfrenados vientos, que el perillan Eolo habia soltado de su madriguera, mal vendido á las tentadoras insinuaciones de la enemiga de los Troyanos, sin más que dejarse ver y pronunciar con airado acento y severo continente aquel famoso *«¡quos ego!...»* que ha sido la desesperacion de los humanistas antiguos y modernos. Pues una cosa parecida á la del inmortal poema del Mantuano cisne ha hecho con los solevantados Comuneros su indignado capitan. Todos quedaron tamaños y silenciosos, al sonido de su concluyente intimacion é inesperada presencia. Pero al cabo de un momento, y sin dar espacio á otro apóstrofe, saludáronle cien bocas con aclamacion vehemente y espontánea.

—¡Viva el general!...—decian con ademan de ardor y entusiasmo.

—¡Mueran los traidores!...—prorumpieron luego con espresion de saña mal reprimida.

—¡La cabeza del conde!—gritó uno más furioso y desatentado.

—¡Traicion!... ¡traicion!...—vociferaba la muchedumbre en formidable y prolongado coro.

—¡Viva el caudillo de la Liga!

—¡Viva el jefe de los Comuneros!

Notaba el duque, entretanto, que en los vítores prodigados á su persona, habia cierto aire de escitada pasion y exaltado sentimiento, que no era propio de circunstancias ordinarias. Debia, pues, haber algun motivo especial para tan acalorada efusion y espresiva muestra Solamente se agasaja así á las personas, cuando causas estraordinarias han estimulado las afecciones y tocado fuertemente la fibra de las almas; como una larga ausencia, un acto heróico, el ó haber escapado de algun peligro. Y al mismo tiempo, los arranques de irritacion y de ódio contra los titulados traidores, respiraban tal crudeza y fuerza de convencimiento, que formaban vivo contraste con aquellos alardes, y hacian comprender la existencia de poderosos y verdaderos impulsos. Era menester irse á espacio, y buscar con tino el móvil de aquellos sacudimientos. Mas era preciso, antes de todo, calmar la turbulencia; y el duque procuró con la accion y la palabra, sobreponerse á los ímpetus de la enojada soldadesca. Su influjo y firmeza consiguieron atajar el desbordado torrente, y pudo hacerse entender de cuantos tenia en derredor.

—¡Silencio los leales!—esclamó el duque con imperio.

Y no se escuchó en la turba una sola voz contra ese patriótico llamamiento.

—Abajo las armas, y en su puesto cada cual.

Nadie resistió á esta órden. El duque comprendió que ya era suya la situacion, y que su actitud producia gran de efecto sobre el auditorio.

—¡Así se respeta la ley, soldados!...—prosiguió con

vehemente y reprensivo tono.—¡Así se han con ella mis buenos y honrados Comuneros!

Todos sufrieron este reproche, sin desplegar los lábios.

—¡Por qué así! ¿Cómo os entregais á tal desafuero? ¿Qué quiere decir este criminal y desordenado rebato? Responded, vive Dios; responded, si no quereis que haga con todos un escarmiento ejemplar.

—¡Traicion, general, traicion!...—contestaron algunos con mesurado, aunque simultáneo acento.

—¡Basta de ruido y desatino! ¡A ver! Que venga uno de vosotros, que salga al frente el más leal ó el más osado á darme satisfaccion.

No salió de entre los espectadores quien tomára por su cuenta tan espinoso encargo.

—Venga el que quiera, como reo ó como acusador. Ya le espero; y juro hacer pronta y cumplida justicia.

—Señor;—dijo entonces un soldado de infantería, lanzándose fuera del gentío y poniéndose ante el duque con ademan decidido, aunque respetuoso:—nos venden y en el campo se sabe el nombre del traidor.

—¡Don Gomba!—El conde de Urueña.—Vuestro deudo;—repitieron otros varios, poniéndose al lado de aquel.

—¡Ese!... ¡Ese mismo!.. ¡Muera!... ¡El es!.. —decia el concurso, levantando su fiero clamor con nueva pujanza.

—Nada más; retiraos, y oid:

La atencion era general y profunda.

—Si el conde es culpable, caerá sobre él la ley.

Una aclamacion de aplauso acojió esa oferta.

—Pero si es inocente, ¡ay del calumniador!

—¡Justicia y libertad!—fué la respuesta de los oyentes.

—Todos á sus cantones, y luego veremos si mereceis gracia y perdon.

La gran masa de gente, reunida en torno del duque á la puerta de la granja, empezó á desbandarse pero lentamente y como de mala gana, y con muestras de escaso arrepentimiento. Otros grupos más reácios y compactos se iban quedando recatados entre las callejuelas y travesías formadas por los senderos del viñedo, con sus setos de ramas y bardajes de endrinos y madreselvas. El general se hizo abrir el postigo y penetró en el caserío, donde se halló al valeroso é imperturbable conde en ademan de emprender contra la muchedumbre la más justa y desesperada defensa. Encendido el anciano en generosa indignacion y herido en lo más íntimo del alma por la injuriosa imputacion hecha á su lealtad é inmaculada honra, rujia, como el tigre mordido por la serpiente, y juraba tomar sobre el autor de la infame calumnia implacable y estrepitosa venganza. Con el hacha de armas en la mano y la espada á la cinta, daba órdenes á unos pocos servidores que le rodeaban, bien provistos de mosquetes y largas escopetas, para tratar sin consideracion á los violadores de su domicilio, que ya habian probado el plomo de los leales arcabuceros. El conde habia querido salir á cara descubierta sobre los amotinados, y trabar con ellos temeraria pelea; pero sus domésticos lograron impedírselo, aunque no alcanzaron á calmar del todo su natural y desatado enojo.

La presencia de don Pedro Giron en tan azarosos momentos, su actitud para con los del tumulto, y su entrada en la granja habian templado los primeros arrebatos de la desesperacion del viejo infanzon, que se adelantó á recibirle en los umbrales mismos de la rústica vivienda.

—Adelante, general;—dijo el conde en el momento de pisar su sobrino el zaguan,—y Dios os guarde por la merced.

—¡Loado sea, pues que me otorga tal favor!

—Poco importára la vida: pero la honra manci-

nada pide vindicaciones terribles y desapiadadas.

—Muy justo: pero para despues.

—¡Infamia!... ¡infamia!... ¡Publicarme en son de escándalo y asonada por desleal y perjuro!...

—¿Quién está seguro de tales imputaciones en una guerra civil?

—¡Pero es una cosa infernal!

—Sí: en esto hay alguna intriga odiosa, una maquinacion aleve, Dios sabe en daño de quién.

—Pero ya encontraré alguien, que me pueda dar satisfaccion notoria y cabal, en quien dar á mi nombre el más cumplido desagravio, ¡voto á las hogueras del infierno!

—La ley lo hará por vos severa y perentoriamente; y yo os juro aplicarla como juez inexorable.

—Eso no basta. Yo quiero hacer armas contra mis mentidos detractores; quiero verter su sangre, brazo á brazo, y lavar con ella á los ojos de todos, el borron que han intentado echar sobre mi limpia fama.

—Todo es digno de vos... pero imposible por ahora.

—Y os pido campo, para haberme con ellos en mortal y pública contienda.

—Otorgado por mí, y en nombre de los gobernadores de la Liga.

—Juro á Santiago que ninguno de esos villanos ha de salir vivo del palenque, si Dios quiere ser conmigo y con mi razon.

—Todos nos holgaremos en vuestra victoria.

—Así aprenderán los bellacos de su ralea á respetar una honra bien habida, y se acordarán por mucho tiempo de mí con humillacion y con espanto.

El conde, entregado á tales estremos y en la exaltacion de sus resentimientos, daba vueltas á grandes y desiguales pasos por la reducida estancia, lanzando fuego por los ojos y rujiendo de ira, como el leon en su madriguera.

—¡Y en qué ocasion,—proseguia con impetuoso lenguaje,—se ocurre á esos miserables su desman! ¡Por la Virgen de Covadonga, que á ser vos menos noble, y yo no tener probado lo que soy, pudiérais haber imaginado que era un mal ardid, para evitar el encuentro de nuestras espadas.

—Vos sois muy honrado y yo bastante bueno, para que pudiérais hacer de mí la misma suposicion.

—Iba á salir para el lugar convenido, donde me habreis de fijo estado aguardando.

—De allí vengo á toda brida.

—Yo hubiera estado á tiempo tambien: pero esos hijos de Satanás armaron esa maldita revuelta, casi á la hora de salida, y á dar con quien no me conociera, me hacen quedar por cobarde y mal caballero; así les confunda Dios.

—¡Me dá eso algo que pensar!

—Vinieron como una tempestad sobre mi alojamiento, con gritos, amenazas y desvarios; nos cercaron por todas partes, y no hubo medio de entenderse con la turba aviesa y descomedida.

—Pero yo he oido sendos arcabuzazos.

—Ellos dispararon al aire, para hacer cundir el alboroto por todos los cantones: pero mis gentes, en cambio, les apuntaron á su sabor, y no se malgastaron las balas de los mosquetes.

—Ya he visto los tristes rastros de su funesto choque.

—Culpense los insensatos á sí mismos. Hubiéranme dejado salir, como lo intenté por tres veces, en paz y en razon, y no hubiera procurado abrirme paso por entre ellos con las bocas de mis arcabuces.

—¡Y habeis vertido esa sangre por ir á ofrecerme la vuestra en demanda de la mia!...

—¡Así hubiera tenido un terremoto á mi mandar!

—Yo creia que atentaban á vuestra persona y vida...

—Eso era lo de menos, y no valia la pena de arcabu-

cear á los menguados. Lo importante, lo principal era ir donde me estaba el honor dando desgarradoras é inarticulados voces. Pero, ¡todo inútil! Los maldecidos formaron empeño desesperado en cerrarme la salida de todas maneras, como si obedeciesen determinada consigna, y no hubo fuerzas humanas para vencer tan ciego propósito.

—Mas trataban de violentar los postigos...

—Eso vino despues: querian sin duda tomar en mis arcabuceros la revancha del granizo que agujereó la piel á los más adelantados y levantiscos.

—No hablemos más de eso, y veamos de que salgais con bien.

—A lo hecho, pecho; y cargue con la culpa quien la tenga.

—Es preciso que partais de aquí inmediatamente.

—¡En vísperas de una funcion de guerra!...

—No paseis cuidado por eso.

—Es que yo no vuelvo la espalda jamás.

—Lo sé: pero no es eso de esta cuestion.

—¡Salir!...

—Salir: si, señor; y yo tambien, hasta poneros en seguro. Nos vamos á Urueña, y cuando sea tiempo, volvereis al cuartel general.

—Yo no salgo como criminal, como prófugo. Aquí me quedo á todo lo que pueda sobrevenir.

—Saldremos á cara descubierta, por medio de los acantonamientos, con los honores correspondientes, y sin más guardia que nuestra consideracion.

—¡No dar la cara á esos desalmados!... ¡Vamos!... ¡Es capaz de hacerme perder el juicio!

—Dejaos por ahora de bizarrías, que tiempo habrá para todo.

—¡Pero van á decir!...

—Que nadie hace más de lo que puede. Vamos, pues.

—Perdonad: pero...

—Señor conde: ¿soy el general del ejército, y me debeis militar acatamiento?

—Permitid...

—Responded en buena ordenanza.

—Sois aqui el primero en autoridad.

—Pues reclamo de vos lo que me dá la posesion del mando.

—O vais á Urueña conmigo de bueno á bueno, ó marchais en obediencia de mis órdenes, ó en clase de arrestado, si llevais hasta la insubordinacion esa temeridad. Escojed.

El conde vacilaba en adoptar su partido.

—Y os advierto,—continuó el duque,—que aqui no hay peligros ya que correr ni temer. El tumulto, si no extinguido, al menos está acallado; y si se reprodujera por esos malas cabezas, que andan por ahí en redor, estoy ya aquí, y pronto les meteria en cintura Pero yo debo, como jefe, evitar nueva ocasion de trastorno y desazones. La escalada contra la plaza es cosa perdida; ningun general emprende operacion tamaña, despues de ocurrir en su gente tan grave desconcierto, y sin saber el estado de los ánimos, ni lo que hay entre los suyos. La plaza estará con este descalabro envalentonada, y no quiero aventurar ligeramente un ataque desgraciado, que podria comprometer el éxito de nuestra causa. El campo se levanta, por ende, antes de amanecer; nos estableceremos en Villabrágima; y las fuerzas vuelvan á sus anteriores acantonamientos. Mientras os disponeis á salir, voy á dar las órdenes. Un cuarto de hora, y á caballo despues.

El general de la Liga y el conde de Urueña, salian á las once de la noche de los cuarteles, por delante de las guardias, y al son de las trompetas y con todos los honores militares; y antes de rayar el dia, los Comuneros alzaron su campo, tomando mohinos y mal contentos la vuelta de Villabrágima.

CAPÍTULO IX.

EL PRINCIPIO DEL FIN.

En las primeras horas de la mañana siguiente habia llegado á Villabrágima un correo del Almirante con pliegos de los Gobernadores para el general Comunero. Esto se decia de pública voz y fama y comun opinion, como dicen los fárragos de la cúria; pero no era la verdad. El mensajero era pura y simplemente nuestro antiguo conocido Naraya, portador de una epistola de Reverendo Padre Guevara, de quien se acordarán nuestros lectores, porque tiene su papel repartido en esta pobre crónica. Deciale á don Pedro Giron el bueno de Fr. Antonio, que estando encargado por los Regentes de una negociacion de paz y acomodamiento, habia menester un salvo-conducto, para pasar al dia siguiente á los cuarteles del ejército popular, con objeto de cumplir su honroso cuanto difícil encargo; y el bueno de Naraya llevaba tambien misiva verbal de la condesa para que el duque reconociese al P. Provincial por persona de su mayor confianza y especial mandadero, advirtiéndole que accediese á la peticion, á reserva de comunicarle por el mismo más latas esplicaciones en una conferencia reservada que deberian tener, para ponerse en completa inteligencia. El duque comprendió perfectamente que

la embajada del Definidor, bajo el ostensible pretesto de tratar con los Comuneros, se entendia con él en particular, y que en la entrevista secreta debia saber á que atenerse sobre los capítulos del tratado; pero no sabia cómo pudiera verificarse sin que lo notasen los oficiales y personas que continuamente le rodeaban, y que podian forjar comentos y juicios temerarios sobre la más pequeña observacion; tanto más fácil de hacer en una localidad pequeña, donde estaba aglomerada copia escesiva de gente, y siendo su alojamiento la residencia permanente del estado mayor del ejército. Lo comunicó así de palabra á la condesa, enviando, en lo demás, bien despachado al mandadero con el salvo-conducto para el negociador. Participó luego á los jefes Comuneros su mensaje y próxima llegada á los reales; y se acordó en consejo de guerra las proposiciones para tratar los conciertos de paz.

El P. Guevara, provisto de la cédula de seguridad, cumplió puntualmente su palabra personándose en el acuartelamiento del general. Nadie le detuvo ni interceptó el paso; porque las guardias avanzadas y puntos de vigilancia tenian de antemano mandamiento para dejar franco al enviado el acceso, estando además un oficial de órdenes del duque en las primeras líneas, con objeto de recibirle y acompañarle hasta su aposentamiento y presencia, evitando al propio tiempo cualquiera demostracion inconveniente por parte de la soldadesca, que no miraba con buenos ojos á Su Paternidad. Pero el astuto Fr. Antonio no quiso ir, como se le proponia, á la estancia de don Pedro Giron: sino que en derechura se encaminó al templo parroquial de Santa María, donde entró sin obstáculo; y desde allí avisó su llegada por el ayudante de campo á don Pedro Giron, rogándole que convocase para aquel sagrado y neutral sitio á los capitanes y cabos de las tropas populares en pública y general Asamblea, con objeto de hacerles plá-

tica y razonamiento á propósito de la proyectada concordia. Por más estraña que al duque le fuese esta ocurrencia del Reverendo, y su manera de abrir las negociaciones, como tenia motivos confidenciales para ser condescendiente, se avino á ello é hizo la convocatoria para la reunion.

Todos los capitanes Comuneros concurrieron exáctamente á la cita. Y era grande la curiosidad y vivo el anhelo por saber los términos de la mision política del Definidor, y los partidos que traia en voz y nombre de los Gobernadores. A la hora designada estaban reunidos en solemne ayuntamiento dentro de la mencionada iglesia, bajo la presidencia y voz del respetable obispo Acuña, que ocupaba su sitial al pié de las gradas del presbiterio entre don Pedro Giron y el capitan Lasso de la Vega, y teniendo delante una mesa con tapete de terciopelo galoneado de pasamanería de oro, con el libro de los Evangelios sobre los cuales se debia jurar la paz. El general habia cedido al Prelado el primer puesto en este Estamento, asi por el lugar sagrado, como por ser más á propósito para tratar de concordias y acomodos, la dignidad apostólica que la gerarquía de las armas. Los demas jefes y personas de voto en la Comunidad, se colocaron en sendos escaños á lo largo de la nave central, con notable comedimiento y sosegado talante: contándose entre ellos y en sitios preferentes, el doctor Alonso de Zúñiga, asesor de la Junta; el doctor Cabeza de Vaca, el abad de Compludo, el licenciado Bernardino, el capitan Larez y otros de los más notables y poderosos Comuneros. Y al derredor habia porcion de oficiales menores, y partidarios más influyentes ó comprometidos, tales como Bobadilla, de Medina; Peñuelas, de Avila; Vera el espadero, de Valladolid; Vilória, Ontória, y otros caudillos populares. Todos los concurrentes estaban sin armas ni avios de guerra, y un fuerte puesto de infantería guardaba el pórtico y mantenia el órden y compostura por

la parte esterior, á donde se aglomeraba curiosa y abundante concurrencia.

En medio de la más vehemente atencion y profundo silencio, salió de la sacristía el Provincial embajador, atravesando con firme continente y paso reposado por en medio de todos los asistentes, que se pusieron en pié, para recibirle cortés y decorosamente. Sin corresponder á esta muestra de consideracion y buena enseñanza, dirijióse al púlpito, subió pausadamente las escaleras, é hincóse de rodillas sobre aquella cátedra de verdad, donde nunca debieron tener eco revueltas pasiones ni mundanos intereses. Luego que hizo su plegaria, y que dejó ver el busto sobre la gótica balaustrada, quiso empezar su discurso sin más vénia ni miramiento; pero el Reverendo Diocesano de Zamora, despues de tomar un taburete, lo mismo que todos los miembros de aquel Consejo, alzó su voz sonora y sosegada atajando la palabra al inconsiderado interlocutor.

—Padre embajador: os damos permiso para cumplir vuestro oficio, y rogamos á Dios alumbre vuestro entendimiento y os tenga de su santa mano, para haber en la memoria sus ejemplos de mansedumbre, caridad y amor al prójimo.

Mordióse Fr. Antonio los lábios, subiósele al rostro el color y, *velis nolis*, hizo al Prelado una ceremoniosa reverencia, tomando de seguida el hilo de su peroracion.

—«Magníficos y estremados señores (1): Al Dios que »me creó invoco y por este templo santo juro, que en »todo lo que aquí entiendo de decir, no es mi intencion »de á nadie lastimar y menos engañar; porque el hábito »religioso de que estoy vestido y la sangre delicada de »que yo me precio, no me dan lugar que sea malicioso »en las entrañas, y doblado en las palabras. Algunos de

(1) Histórico.

BIBLIOTECA DE CASTILLA

»los que aquí están ya conocen mi condicion, y aun mi »conversacion, y tambien sabeis la libertad que suelo »tener en el hablar, y la osadía en el predicar, y como »en el lisonjear suelo ser frio y en el reprender ab- »soluto.»

El orador empezó dando cierto barniz de humildad y de hipocresía á su papel: mas á renglon seguido se le fueron los pájaros, y descubrió la hilaza de su tempestuoso natural y humanales imperfecciones. Y continuó despues de otra parrafada:

—«Tambien, señores, traigo una larga instruccion, »firmada del Cardenal y del Almirante y del Condesta- »ble, en la cual se contiene lo que el Rey os envia á de- »cir, y ellos de su parte á ofrecer, porque vista su es- »critura, y oida mi plática, desde agora quede del todo »rota la guerra, ó asentada la paz.»

Despues de este comienzo, en que el Reverendo ya dió á conocer lo que se podia esperar de su parlamento, no quiso quedar mal con lo que prometia. Y dando suelta al torrente de sus soberbios ímpetus y destempladas maneras, en vez de un razonamiento (como graciosamente le titula el Cronista de S. M. en sus epístolas), y en lugar de salir de su boca evangélicas y edificantes palabras de paz y de olvido, su lengua fué una tea incendiaria, y su arenga un libelo de provocacion, de ódio y de imprudencia. Su acento no era el del Apóstol, que calma las tempestades del Océano con el soplo de sus lábios: era el huracan desenfrenado que levanta las olas y desata los temporales. Ni tampoco el eco de la religion del Divino Maestro, que aplaca los furores y arranca las armas de las manos: sino la llamada iracunda de la guerra, y la trompeta de las venganzas.

No es oportuno seguir al pié de la letra la lenguaraz é indigesta arenga, cuyo único mérito consiste en ser un documento histórico de importancia, para apreciar aquellos sucesos, traslucir los manejos indignos puestos en

juego contra los Comuneros, y saber á qué atenerse sobre la nobleza de alma, fuerza de corazon y lealtad política de los secuaces del Imperio aleman, cuya causa, al decir de ese y otros de los más considerados de ellos, estaba completamente condenada por la opinion del pais, y no podia triunfar en el terreno de la fuerza contra el denodado y patriótico levantamiento. Esta es la mejor justificacion de aquella santa y valerosa empresa, hecha por testigos, que ciertamente no son de tacha, ni pueden ser argüidos de parcialidad y confabulacion. Desvarió, pues, el Reverendo en su alocucion cuanto le vino en mientes, dando rienda suelta y cuerda larga á su alborotado temperamento y levantado deseo de conseguir la gracia y favores del Emperador. Aduló lindamente á S. M. Cesárea y Católica; disculpó, como pudo, y con más audácia que prudencia, las iniquidades y felchorías de los flamencos, diciendo: *«que la culpa no estuvo en todos ellos, sino en la poca esperiencia suya, y en la mucha envidia nuestra;»* y pintándoles como unos inocentes incapaces de hacer nada malo por su mano y voluntad, concluyó magistralmente con que era peor el remedio que la enfermedad. ¡La lógica del narrador no sería muy limpia: pero en cambio carecia de sentido comun! Y defendia á capa y espada el absolutismo soberano de los Reyes, cosa oida quizá por la vez primera en un auditorio de españoles y en el Reino de Castilla; donde el poder monárquico siempre estuvo moderado por los fueros y seculares instituciones del pais; nunca fué aquí indígena ni connatural la tiranía, y tuvo que venir de fuera la mano impía que profanára el sagrado de las bien ganadas libertades. Pero donde cargó el colorido del cuadro y se entregó á las mayores inconveniencias y gárrulas vulgaridades, fue en las cosas y personas de los Comuneros. ¡Y creia el atolondrado servidor de la Córte que con echarles á la cara, en son de vilipendio, sus oficios y profesiones industriales, su humil-

de condicion y llano estado, estaba hecho todo y venia sobre ellos la excomunion! ¡Y como si los que hacen una revolucion en guarda y defensa de sus derechos y en desagravio de la Nacion, hubieran de respetar y haberse bien con los que á fuerza de desafueros y tropelías provocan la indignacion pública y hacen necesaria la justicia y la expiacion! El pretendido Apóstol menospreciaba á los pequeños y se creia mejor que los que vivian de su honrado trabajo, olvidándose en sus heráldicos desvanecimientos, que Jesucristo se asoció á los pobres y sencillos y que quiso nacer en la humildad y la pobreza. ¡El obrero evangélico echaba un sambenito de infamia á los tristes menestrales, sin tomar en cuenta que Dios dijo al hombre que *comeria el pan con el sudor de su rostro*! ¡A no ser que su Paternidad y lo desocupados caballeros de su devocion se creyesen dispensados de la comun sentencia por privilegio de raza, y autorizados para vivir entretenidos en suculenta holganza, y hacer á las demás criaturas el honor de dejarse servir!... Pues tales desaciertos iba enhilando en su atrabiliaria perorata, de cuyo íntegro contesto hacemos gracia á nuestros lectores, porque el autor no merece mayor obsequio, y porque íbamos á agotar la más santa paciencia (1). Despues de abandonarse á los desconocidos vuelos de su humor ágrio, y de ensuciarse á placer en el lodazal de las enemigas personales, en prolija y revuelta palabrería, entró á proponer los capítulos de la concordia, en nombre del Rey y con acuerdo de los Gobernadores. Todo lo cual en compendio y sin circunloquios ni redundancias, era lo siguiente:

«Perdon y gracia para todos los Comuneros.

»En ausencia del Rey, los Gobernadores serán castellanos y no estranjeros.

---

(1) Véase la nota 4.ª al fin de la obra.

»Los oficios del Reino y Córte se darán á los natura»les que lo tengan bien merecido.

»Los encabezamientos de las rentas reales se harán »en honesto y mediano arrendamiento.

»Saldrán del Consejo Real los oidores y fiscales y ofi»ciales, incluso el presidente, que no fueren cuerdos »para gobernar.

»Los alcaldes de Córte y Chancillería no serán en »mandar tan absolutos, ni en castigar tan rigorosos y »temerarios.

»El Rey no sacará, ni mandará sacar de estos Reinos, »en ninguna necesidad, dineros para Flandes, Alemania »ni Italia.

»S. M. no permitirá en adelante que los géneros del »Reino salgan en naos estranjeras, sino en la marina »mercante de Vizcaya y de Galicia.

»El Rey no dará fortaleza, castillo roquero, casa »fuerte, puente, puertas, torre, sino á hijos-dalgo llanos »y abonados, y no á caballeros poderosos.

»S. M. no mandará dar cédulas de sacas, para sacar »pan de Campos para Portugal, ni de la Mancha para »Valencia.

»It.: mandará ver y fallar los pleitos de Señoríos.

»Y hará reformar los trajes, tasar los casamientos, »dar ley á los convites, reformar los monasterios, visi»tar las chancillerías, reparar las fortalezas, y fortificar »las fronteras; atento, que en todas estas cosas hay ne»cesidad de reformacion, y aun de correccion.»—Y dió fin á la exhortacion, despues de algunos escarceos oratorios, diciendo con aire de autoridad y fuerza de pulmones:

«Sea, pues, la conclusion, que pues estamos en esta »iglesia de Villabrágima, yo, señores, os suplico por mi »parte de rodillas, y os requiero de parte de los Gober»nadores, y os lo mando de parte del Rey, dejeis las »armas, deshagais el campo, y desencastilleis á Tordesi-

»llas: donde no, desde agora rompo la guerra, y justifi-»co por los Gobernadores su demanda; para que todos »los daños y muertes que de aquí adelante se sucedie-»sen en el Reino, sean sobre vuestras ánimas, y nó so-»bre sus conciencias.»

Tal era el tratado de paz y avenencia propuesto por la Córte á los Comuneros.

El predicador y cronista Imperial, como han visto nuestros lectores por las muestras y retazos de su alocucion, no era muy fuerte en gusto literario ni en elegancia retórica.

Quizá quiso hacer una *Catilinaria* ó *Filipica*, para recomendar su facundia á la ingrata posteridad, pero se le olvidó que no era Ciceron ni Demóstenes, y en vez de una elucubracion inmortal nos ha regalado un l belo despreciable, un cartel de difamacion y de escándalo.

Los Comuneros oyeron con calma y firmeza, sin dar vado á su justa indignacion y provocado enojo. Muchos rencores habia sembrado, y ardientes iras inflamado tal procacidad y esceso de intemperancia. Pero todo el mundo fué dueño de sí mismo; y los bandoleros, desalmados y foragidos, al decir del denostador, respetaron el sagrado del lugar, lo solemne de la ocasion y el valor de las circunstancias, con más seso y buen modo que el órgano sañudo de sus enemigos: dándole una leccion, y al mundo un ejemplo de alta y provechosa enseñanza. Los siglos han hecho justicia á la moderacion y á la virtud de aquellos memorables castellanos, y marcado con un borron la frente de sus detractores. Verdad es que la victoria ya no está á sueldo del Emperador, y que no hay gerarquia ante el inapelable veredicto de la opinion.

La negociacion de paz podia considerarse desde su iniciacion imposible; y la guerra iba á estallar despues, como si en tal cosa se hubiese pensado. Muy estraño y sensible fué á los capitanes Comuneros el comporta-

miento indiscreto y desatinado del mensajero, que más apariencias mostraba de inflamar la discordia, que de procurar la avenencia: pero su admiracion subió al mayor grado, cuando, al concluir su discurso el Reverendísimo, se puso de hinojos, en ademan de súplica y escitacion á los jefes de la Liga, para que se adhiriesen á las propuestas capitulaciones; y era por cierto tan inesperada como estravagante semejante vehemencia ante los mismos hombres, que en recientes palabras no habia tenido reparo en calificar con los más duros dictados y groseras infamaciones.

El venerable Acuña, á quien sin duda causó repugnancia y desden semejante rasgo de astúcia hipócrita y ligereza de juicio, impropio y profano bajo cualquier concepto, le mandó alzar del suelo y no dar en estremos con estas sesudas y significativas palabras:

—Ni antes como á diablos, ni ahora como á santos. Tratadnos como á hombres, pues tales nos hizo Dios.

Y viendo que era insuficiente esta espresiva insinuacion para hacerle desistir de tal inconveniencia, mandó á sus oficiales Alonso de Quintanilla, y Sarabia, que tratasen de reducirle por vías de cortesía, á buen término y lugar conveniente. Lo hicieron así, acercándose al Padre con el mayor comedimiento: y (como relata él mismo), *quitadas las gorras y con buena crianza*, le ayudaron á levantar y forzaron á tomar su asiento, retirándose luego á sus taburetes. El embajador habia sin duda echado mano de ese arranque dramático, para hacer efecto, y dar colorido al remate de su perorata; porque de tan bastardos recursos hicieron gasto siempre los oradores vulgares y los entendimientos adocenados, que quieren suplir la carencia de sentimiento y verdadera inspiracion, con exageraciones ficticias y resortes de brocha gorda. Pero equivocose de medio á medio; pues semejante impertinencia no hizo otra cosa que irritar más y más los ya heridos ánimos, tomándolo

or un acto de irrision y falácia; presentando al emisario de la Córte, no ya como un hombre arrebatado y audaz para sostener las opiniones é intereses de su parcialidad por conviccion y con entera fe, lo cual tiene siquiera el mérito del valor y de la conciencia, sino como un cortesano mañero y descorazonado, que se proponia burlarse con tales apariencias de la sencillez y buen deseo de los pueblos. Y es tanto más de creer que todo ello fué ficcion y aparato engañoso, cuanto que el mismo interesado y algun otro personaje de cuenta (1), revelan que la mision del Padre Guevara no tenia más objeto que sonsacar de la Liga al general Giron, y que los Comuneros fueran vendidos y engañados en esas negociaciones.

—¡Comuneros!—dijo el obispo presidente, luego que el Padre Guevara recobró su puesto:—habeis oido; ahora, deliberad.

—Dad vuestro parecer;—esclamaron á una voz los concurrentes;—aconsejadnos, hablad el primero, y luego veremos lo que sea mejor.

Tan general y vivo fué este ruego, y tanta confianza revelaba en favor del Prelado, que este no se atrevió á resistir, y aceptó la iniciativa con consejo de los jefes y asesores.

El Prelado entonces con entonacion severa y revistiéndose de toda la dignidad de su carácter, dijo entre la espectacion más atenta de los circunstantes:

—«Padre Fr. Antonio de Guevara (2); vos habeis hablado asaz largo, y aun para la santidad de vuestro hábito, como hombre atrevido; mas como sois mancebo y poco esperimentado, ni sentis lo que decís, ni sabeis lo que pedís. O vos os metisteis fraile de mucho, ó vos estais apasionado, ó vos sabeis poco del mundo, ó vos sois falto de juicio, pues tales cosas os dejais decir, y nos quereis hacer creer. Como vos, Pa-

(1) Sandoval.
(2) Histórico.

»dre, os estais en vuestro monasterio, no sabeis las ti-
»ranías que en el Reino se han hecho, y lo que los ca-
»balleros tienen del patrimonio real tiranizado, á cuya
»causa sería recibida vuestra intencion, aunque no crei-
»das vuestras palabras. Oido habia yo decir, que érades
»atrevido en el hablar, y áspero en el reprender; mas
»junto con esto tenia creido, que pues los Gobernadores
»os traian consigo, que teniades buen celo, y no falta de
»juicio; mas pues ellos sufren vuestras locuras, no es
»mucho que nosotros suframos vuestras palabras. Dios
»os ha hecho la costa en no estar aquí algun capitan de
»la guerra, que segun los desatinos que habeis dicho
»primero os quitáraden la vida, que acabárades la plá-
»tica, y entonces fuere en nuestra mano pesarnos, mas,
»no remediáros. Cuando otro dia habláredeis delante de
»tanta autoridad y gravedad, como son los que están
»aquí, habeis de ser en lo que dijéredes muy medido,
»y en la manera del decir más mesurado: porque vues-
»tra plática más ha sido para escandalizarnos que no
»para mitigarnos, pues habeis querido condenar á nos-
»otros, y salvar á los Gobernadores. Y pues nosotros no
»somos mas de capitanes para ejecutar, y no jueces
»para determinar, conviene que nos deis por escrito, y
»de vuestra mano firmado, todo lo que habeis dicho, y
»de parte del Rey prometido, para que lo enviemos á
»los señores de la Santa Junta, y allí verán ellos lo que
»á nosotros han de mandar, y á vuestra embajada
»responder.»

La Asamblea acojió con entusiasmo esta enérgica respuesta al insolente embajador, adhiriéndose con unánime asenso al pensamiento del Prelado, que tan bien habia sabido interpretar el sentimiento comun de dignidad y patriótica firmeza. Hizo el obispo entender al Padre Guevara que no podia contestarse por el momento á su propuesta, manifestándole que podia retirarse, y dió por terminada la conferencia. El Provincial salió con

altivo continente y rostro audaz por entre la muchedumbre para el alojamiento que tenia preparado; y los Comuneros se esparcieron por la villa y los acantonamientos á glosar tan memorable estamento.

Partieron para Tordesillas, por acuerdo de Acuña y demas capitanes, correos para la Santa Junta, con nota de los capítulos presentados por el embajador y tanto febaciente de sus credenciales y poderes, además de una sucinta relacion de su agresivo parlamento y de lo ocurrido en los tratos. La resolucion del Gobierno fué la que debia adivinarse, y no se hizo aguardar; pues los corredores estuvieron de vuelta en los reales antes de ponerse el sol. Llamado el Padre Guevara inmediatamente á la presencia del Consejo de Guerra, el animoso Acuña mandó á un secretario leer el despacho de S. A. concebido en los términos siguientes:

«La fria y descomedida plática de ese embajador no »merece otra respuesta que ser bien reprendido, y aun »gravemente castigado. De Tordesillas, á primero de di»ciembre de mil quinientos veinte y uno.—Yo Lopez de »Pallares, secretario de las Córtes y Junta de estos »Reinos.» (1)

Notificado en esta forma el despacho al enviado de la Córte, sin más escrito ni mensaje para los Gobernadores, se le mandó salir de la villa en el término de una hora, añadiendo el enérgico Acuña por conclusion:

—«Padre Guevara; andad con Dios, y guardaos no »volvais más por acá, porque si venis, no tornareis más »allá; y decid á vuestros Gobernadores que si tienen »facultad del Rey para prometer mucho, no la tienen »para cumplir sino muy poco.» (2)

Y quedáronse rotas las negociaciones y disipadas las esperanzas de paz y buen arreglo.

Pero la récia contestacion de la Santa Junta iba cor-

(1) Histórico.
(2) Histórico.

riendo de boca en boca, y divulgándose en vuelo por los cuarteles.

Y como la gente estaba algo desazonada con la plática de por la mañana, y entre muchos nunca faltan cabezas calientes, que pongan fuego á la mina y metan el juego á barato, empezaron á hablar alto; y en un momento, el pueblo presentaba un aspecto revuelto y amenazador contra el lengaaráz enviado.

Pues si en la iglesia pudieron contener el resentimiento provocado por sus imprudencias, ahora que los daba la razon la Santa Junta, su despacho caia como un bota-fuegos en los ánimos levantiscos, y mostrábanse dispuestos á tomar satisfaccion de los agravios. Querian unos que el Padre cantase la palinodia públicamente en medio de la plaza mayor; otros querian que se hiciera en él justicia en forma por tanta demasía; y como sucede en tales casos, habia muchos pareceres, aunque todos estaban contestes en que la cosa no podia quedar asi, y que seria una mala vergüenza que se fuese riendo á sus barbas el Reverendo y contándolo por gracia.

Remolinábanse los paisanos y hombres de armas frente á su posada, y bullian y se agitaban sus inquietos grupos con apariencias y trazas de no parar en bien; y esperaban sin duda la salida del Padre Provincial á Medina de Rioseco, para pedirle cuenta de sus palabras, y darle una leccion dura, aunque no del todo desmerecida, de buena crianza.

Tal estaban las cosas, cuando don Pedro Giron apareció á caballo por una de las callejuelas inmediatas á la plaza. En su alojamiento habia sabido aquel amago de alteracion, y venia presuroso en socorro del inseguro huésped con su poderosa proteccion y grande autoridad. Merced á ellas, salió el Padre Guevara de Villabrágima sin altercado ni contratiempo, al lado y bajo el respeto del bien querido general.

Una vez solos y á cierta distancia de la enemiga

villa, Giron rompió el silencio con visibles muestras de mal humor y de comprimido enojo:

—¡Buena la habeis hecho, Padre Fr. Antonio, con vuestro endiablado modo de platicar!

—A las mil maravillas,—contestó el Reverendo;—y nunca eché cuenta que mejor me saliera.

—Estais de chanza, y no es para tanto la ocasion.

—Cada uno llega al fin por su camino.

—Todo está perdido.

—Ganado del todo, direis más bien.

—Que me empalen, si lo entiendo.

—Ya lo ireis entendiendo poco á poco.

—Mejor mucho á mucho.

—Como os plazca, magnífico señor.

—Veamos: ¿por qué habeis hablado tan desbocadamente á la Comunidad?

—Por causar un tumulto contra mí.

—Pero es que habeis hecho rechazar las capitulaciones.

—Contaba con ello, tratando con esos dementados, y sabiendo tocar la cuerda de su amor propio.

—Pero habeis ido muy lejos.

—La Córte no quiere tratar con la Junta, sino con el general; y para llegar á vos, era preciso descartarse de ellos, salvando las apariencias.

—¿Luego todo ese parlamento ha sido una mera y calculada fórmula, un resorte falso de la negociacion?

—Y el alboroto producido por mis arrogancias, el pretesto plausible para esta conferencia reservada; que de otro modo no podriamos tener, sin escitar sospechas y cavilaciones.

—Imposible, efectivamente.

—Yo contaba que vendriais á mi lado, para libertarme del enojo de los justamente agraviados, y ponerme en seguridad contra cualquier atropellamiento.

—Contabais bien y sin contingencia de error.

—Conozco vuestra nobleza y altos sentimientos.

—Cumplo mis deberes, y nada más.

—Otro menos apreciador de vuestras prendas, se habria apresurado á llamaros al primer asomo de la alteracion; pero para eso siempre habia tiempo. Además: repito, que erais tan seguro en el lugar del peligro, como el pájaro en el bebedero.

—Veo, Padre Maestro, que sois más sutil y largo de vista que lo que aparentais esteriormente.

—Todo lo hacen la buena intencion y los santos fines;—respondió el Reverendo con hipócrita apocamiento.

—Permitidme felicitaros por el buen uso de vuestro ingénio;—dijo el duque con espresion indefinible.

—Los plácemes más tarde. Ahora hay que aprovechar la ocasion.

—Y vais diciendo...

—Que, hablando en puridad, vos y la señora condesa habeis de ser los únicos y verdaderos pacificadores.

—Bien pudiera ser.

—Ya os habrán dicho que puedo tomar el nombre de mi noble y respetada señora.

—Y que mereceis el honor de su estima y confianza.

—Tengo alguna parte en sus reservados pensamientos... y se me alcanza algo en ellos de lo que os atañe y lisonjea.

—¿Y cómo se han de entender conmigo las capitulaciones?—repuso el duque con delicadeza, sin hacerse cargo de aquella insinuacion.

—Todo es cuestion de forma.

—Porque V. Paternidad no pensará volver á Villabrágima.

—Ni aparecer siquiera en los tratos, si no lo hemos de echar á pique; yo ya hice mi papel, y ahora me quedo tras de la cortina.

—¡Pero habeis ofrecido tanto, y aun no ha sido bastante!...

—En la manera está el *quid*. Buenas palabras, y se hubieran contentado con menos.

—¡Qué sé yo!

—Pues bien; dándoos más, se salva el escrúpulo, y nada tendrán que deciros.

—Deberíais saber que hay por medio...

—La posesion de Medina de Rioseco, que la buena condesa regala al caballero don Pedro Giron, cuyas manos beso.

—Y yo las de la noble doña Ana de Cabrera.

—Pero tales acuerdos serán materia para una entrevista con los señores Gobernadores, que querrán tratarlo por sí mismos, cómo y cuándo plazca á vuesenoría.

—Decid á la condesa que el pensamiento es como suyo, y que en prueba de adhesion será eso conforme á su voluntad.

—Mas oid una advertencia.

—¿Vuestra?

—La condesa desea, por decoro á don Padrique y por salvar las esterioridades, que salga de la villa, acompañado de la guarnicion, y con los honores de la guerra, dejándole vos el paso libre á la frontera de Portugal.

—¡Precisamente por medio de mis acantonamientos!...

—Pues bien; os corréis sobre la izquierda, con pretesto de reducir á Villalpando, donde se hace fuerte un tercio imperial, y haceis de una vía dos mandados.

—Harto me cuesta...

—¿Y nada cuestan otras cosas que se hacen por vos?

—Sea por doña Ana... y sacrificio por sacrificio.

—Aun la quedais muy deudor: pero advertid que la noche vá viniendo, y que ya estoy en terreno seguro.

—Y creo que hayamos dicho cuanto es del caso.

—Negocio orillado de conformidad absoluta.

—Guárdeos Dios, Reverendo Padre.

—Beso las manos al señor general.

Y estrechándose las suyas mútuamente, el Provincial picó su mula, y echó con aire resuelto por la vía adelante, al mismo tiempo que don Pedro Giron, poniendo su caballo á media rienda, tomaba la vuelta de sus cuarteles.

CAPÍTULO X.

Los pactos de Villabrágima.

Han trascurrido unos pocos dias desde los últimos acontecimientos. Nadie ha hablado de paz despues de la ruidosa salida del embajador: pero otras negociaciones han seguido en secreto, y entendiéndose solamente con el general de la Liga; segun y conforme lo habia convenido con el Provincial de San Francisco en sus confidenciales inteligencias. Unicamente conocia el nuevo giro de los tratos el obispo Acuña, á quien Giron hizo entrar en ellos, ó por las grandes ventajas que las capitulaciones ofrecian, ó por la influencia que sobre el ánimo del belicoso Prelado le daba la confianza que habia logrado inspirarle, ó porque el jefe hubiese obtenido de la Junta carta blanca y autorizacion ilimitada, para hacer los conciertos de paz y obrar conforme á su leal saber y entender. Quizá esto será lo más probable; pues no es creible que despues de la repulsa de la Santa Junta á las primeras proposiciones, quisiera tomar á su cargo la inmensa responsabilidad de nuevos y clandestinos pactos por sí y ante sí: aunque tampoco es imposible, que seducido por las promesas del Definidor y vencido de su pasion por la condesa, apechugase con tanta carga y cargo, fisonjeándose de contentar á todos con el grande

é inesperado éxito de su conducta, de su reserva y abrogacion del supremo poder. Misterios son estos que hasta ahora no hemos podido aclarar: aunque no renunciamos á dar en el ítem de tan añejas dificultades. Pero sea como quiera, es lo cierto y lo que importa á nuestro asunto, que Acuña estaba en los planes de pacificacion, fuera por obediencia ó por buena fé; y que Giron, con autoridad ó sin ella, era el alma de todo y el árbitro de los destinos de la causa pública.

Ya estaba convenido todo entre él y la condesa para la conclusion de las capitulaciones. La junta debe celebrarse en el Palacio de Villabrágima la noche del dia corriente despues del toque de oraciones. Han de concurrir á ella, por parte de la Regencia y del ejército realista, el Almirante y el conde de Benavente, y por el Gobierno y tropas de la Liga, el capitan general y el ilustrísimo obispo de Zamora; haciendo entre unos y otros de medianera y avenidora la cristiana y caritativa condesa, segun el dicho de algun cronista benévolo, que habia logrado merecer la confianza comun. En esta entrevista iban á acordarse los artículos del acomodamiento, y en ello se jugaban tantos grandes intereses políticos y no pocas voluntades personales; y al fin y al cabo de este pequeño y recóndito concilio, salió el desenlace de aquella guerra inolvidable y santa, y la posteridad ha pedido á cada uno cuentas de su intencion en el trascendental y definitivo acuerdo.

Las Ave-Marías están sonando en la torre de la iglesia mayor de Villabrágima, y las sombras de la noche van condensándose lentamente en las tortuosas y estrechas calles de la poblacion. Anchos y espesos nubarrones encapotan la atmósfera, en cuyos ámbitos no luce una sola estrella. El viento sopla frio y récio, y mujen sus oleadas por esquinas y callejones en son tan estridente como melancólico. El temporal es asáz desapacible, y quita á los honrados vecinos la gana de salir fue-

ra de la puerta de sus casas, que tienen bien atrancadas desde los primeros asomos del anochecer. Bien que eso o mismo puede ser por la crudeza del temporal, como un poquito de aprension y escozorcillo por las cosas de la guerra y las travesuras nocturnas de las gentes de armas tomar. Ello es, que los soldados están en sus alojamientos y los aldeanos en sus hogares; las calles están sombrías y solitarias, sin haber á los pórticos esos corrillos de comadres ociosas y parleras que son la policía permanente del barrio, y hacen la desesperacion de los amantes, de los conspiradores y demás gente menuda que tiene sus negocios á deshora, y que suele echar buenos conjuros á los curiosos de la vecindad. Así que cerró completamente la noche, llegó á la puerta del Palacio señorial del Almirante en su buena heredad de Villabrágima una pequeña cabalgata conducida por el sargento Talabarte, de la bandera de ginetes guardias del general. Echaron pié á tierra y penetraron por los umbrales precedidos de su guia, que no tardó en volver á salir desmontado y presto, encaminándose á la morada de su jefe y señor. Y no trascurrió largo rato sin que el mismo, armado de linterna sorda y ferreruelo, viniese por el camino andado, dando el *¿quién vá?* á su misma sombra, y haciendo retirar cien pasos á todo bicho viviente. Parecia la ronda mayor del cuartel general, y la componian, segun las apariencias, dos jefes del estado mayor, armados de todas armas, y tambien se metió puertas adentro por el casaron feudal, en que solo moraba un anciano militar colocado allí por don Pedro Giron para custodiar los intereses del Almirante en aquellas turbulencias.

En un retirado gabinete de ese edificio habian entrado poco antes la condesa doña Ana, en traje de camino, con su esposo don Fadrique y su primo Pimentel; y ahora penetran el general Giron y el obispo Acuña: es decir, todos los personajes citados para el trato secreto

de las capitulaciones. Despues de los cumplidos y cortesanías propias de tales personas y ocasiones, la condesa entró sin preámbulos ni ambages en materia, manifestando que las cosas habian llegado á punto de no poder ir más adelante, y que no permitiria que tan espertos y distinguidos hombres de Estado saliesen de allí sin haber venido á completa y definitiva concordia. Despues de este prólogo, las altas partes contratantes leyeron sus respectivos capitulados para la convencion: y en seguida se abrió el debate de lleno por los negociadores, y discutieron en pro y en contra con lucidez y vehemencia. El Almirante estaba muy fuerte y tenaz, dado, á su decir, en los poderosos elementos que aun tenia la Regencia, y que si no eran bastantes á darle la victoria, le permitirian prolongar desesperadamente la resistencia y hacer á los Comuneros largo y costoso el éxito de la lucha, quedando por lo menos á los Gobernadores la satisfaccion de haber peleado hasta lo último y caido con las armas en la mano. Los jefes Comuneros, manifestándose seguros del triunfo, combatieron la intencion de don Fadrique como temeraria é inhumana, puesto que su único resultado seria derramar más sangre y hacer más grandes los horrores de la guerra intestina; objeto estéril y mezquino, que no es propio de los caractéres elevados ni de los hombres de gobierno. Insistia don Fadrique, no obstante, en que para perderlo todo, siempre habria tiempo: mas le hicieron ver sus adversarios que se trataba hoy de tomar un partido conciliador; pero que, si se obstinaba, podria luego ser tarde y le saldria mucho más cara la temeridad, y nada salvaria de la derrota. La condesa tambien se esplicó en igual sentido, aconsejando á su ilustre velado que, sobre no poder sostener con probabilidades la lucha, era más cuerdo, más noble y más cristiano ceder, conservando algunas ventajas, dar al pueblo lo que de todas maneras iba á tomar, y atajar tan sábia como hidalgamente la

ncha sangrienta y fratricida, que llenaba de miserias el suelo español y de escándalo á la cristiandad. Pero lo que desconcertó de todo punto al bueno de don Fadrique, fué que el conde de Benavente, su colega y pariente, se puso á la parte de la condesa, diciendo con resolucion y energía (1):

—«Primo y señor; porque vos querais tener en vues»tra villa á cuatro ó cinco licenciados, no querais poner »nuestros Estados en disputa, é dar lugar á tantas muer»tes é robos como se esperan, pues nunca Dios quiere »que yo sea en ello, sino favorecer á la Junta y sus Co»munidades, pues todo lo que piden es bueno y justo, y »por tal lo loo y lo apruebo, y desde ahora lo confirmo, »y así lo firmo.»

La condesa remachó el clavo de seguida, dando la razon á los Comuneros y cargando bien las mechas á los flamencos y advenedizos que habian comprometido al Emperador y muchos de sus buenos servidores, y contra cuyas fechorías y entuertos clamaban en son de guerra la conciencia indignada del país y el eco de la justicia.

Quedóse el Almirante pensativo y como desconcertado, al escuchar tan perentorias manifestaciones; y luego como haciendo un grande y violento esfuerzo sobre sí mismo, como cediendo á la presion de las circunstancias y resignándose á un sacrificio inmenso, dijo con pausadas y solemnes palabras:

—Teneis razon. Sería un crímen prolongar sin esperanza esta contienda desesperada; y no quiero por mí solo traer tantas calamidades sobre Castilla. Si se tratára de mí únicamente, moriria en la demanda. Pero el Rey y el Reino están más altos que yo. Condesa, habeis triunfado de mí. «*Y pues que vos, primo, lo firmais, yo »tambien lo firmo.*» (2)

(1) Palabras testuales.
(2) Testo histórico.

El capitulado de los Comuneros, como saben nuestros lectores, era poco más ó menos que el Memorial del Reino, formado por la Junta de Procuradores, en Tordesillas, y remitido á Flandes por los Comisarios de las Córtes, para la aceptacion de don Cárlos, que le rechazó despóticamente y quiso hacer un desaguisado con los mandaderos de las ciudades. Giron y Acuña habian introducido algunas pequeñas modificaciones, por salvar el decoro del Tr no, y hacer la transaccion más aceptable.

Y los artículos de los Gobernadores se reducian á la proposiciones del Padre Guevara, aumentadas con ciertas concesiones y garantías, para que los negociadores enemigos pudiesen admitirlos, sin ponerse en desacuerdo con la anterior repulsa.

Pero, á pesar de esta mútua condescendencia, aún los articulados distaban entre sí considerablemente.

—Pasen vuestros capítulos:—siguió diciendo don Fadrique, despues de ser congratulado por su rasgo de prudencia política y de abnegacion personal;—pero conceded en cambio ciertas compensaciones.

—Os concederemos cuanto permita el honor,—respondió el duque.

—Tampoco yo pediré más que lo que al honor se debe.

—Fácil es entendernos,—replicó el Ilustrísimo.

—«Los Gobernadores saldrán á paz y á salvo con vidas, haciendas y servidumbre.

—Aceptamos la espatriacion pero no la proscripcion.

—El ejército real saldrá de las plazas con armas, bagajes y pendones, conforme á la buena honra militar, para deponer en Valladolid las armas y banderas.

—Convenido, señor don Pedro: pero con la cláusula de que las tropas populares se mantendrán á cierta distancia de los caminos, al hacer la evacuacion, para evitar encuentros y otras cosas, que pudieran surjir entre

la gente de armas, y no hostilizarán á los imperiales antes ni despues de su rendicion y entrega.

—Mas primero de levantar nuestros campos, han de alzarse á su vista las plazas por la Reina y la Comunidad, y recibir guarnicion Comunera.

—Así se concilia todo. En cambio vendrá el César á reinar sin oposicion ni contratiempo; se desharán las Comunidades; los señores y vasayos comprometidos en defensa de la causa de S. M., conservarán sus Estados, dignidades y rentas como antes del rompimiento; y serán respetadas en vidas y haciendas, las poblaciones y fortalezas que se nos han mantenido fieles y que han hecho armas ó resistencia contra las Comunidades.

—Contamos que tampoco el Emperador haga distincion entre realistas y Comuneros.

—Vá por medio su real palabra. Será comun y absoluto el olvido de lo pasado; las venganzas y desagravios personales, serán considerados y castigados como infracciones de la capitulacion y delitos contra el Estado y la Majestad; los daños producidos por la guerra, las contribuciones y servicios adelantados de una y otra parte no son de abono ni compensacion para el Erario público; se levantarán los secuestros y confiscaciones; se hará devolucion general de presas y prendas de guerra, y no habrá en adelante vencidos ni vencedores.

—Pero antes de todo, se harán el solemne otorgamiento y promulgacion de los Capítulos del Reino, que el Emperador jurará en presencia de las Córtes guardar y hacer cumplir, antes de tomar posesion de la corona de su madre, y de recibir nuestros homenajes y pleiterías.»

—Sea para bien del Rey y Reino,—dijo el Almirante con total asentimiento.

—Y para honra de los pueblos y gloria de Dios;—contestó gravemente Acuña elevando al cielo sus consagradas manos.

—¡Bendita la hora de la paz!—esclamó la condesa con acento de entusiasmo.

—¡Loor á vos, señora,—replicó Giron espresivamente, —que habeis sido el iris en tan deshechas tempestades!

—¡Victor á mi ilustre y generosa prima!...—prorumpió alborozado el conde de Benavente.

Y entre los plácemos, congratulaciones y muestras de conciliacion y benevolencia firmaron y sellaron nuestros personajes el Acta de las Capitulaciones acordadas para la pacificacion del Reino, que fué entregada á la señora condesa, y puesta por acuerdo unánime bajo su custodia y salvaguardia, reservándose cada parte un tanto, en copia confidencial, para sus respectivos usos y gobiernos.

El buen término de los tratos fué largamente celebrado en el espléndido banquete nocturno, que Giron habia hecho preparar de acuerdo con la condesa, y con el cual agasajó á sus huéspedes y nuevos amigos. El festin fué tan bueno y esmerado como el sitio y la ocasion lo permitieron, aunque no tal cómo le hubiera deseado el duque en su esplendidez y galantería. Pero de cualquier modo estuvo lo bastante lucido y abundante, para dejar bien puesta su buena voluntad. No reinaron en él la refinacion y lujo de los banquetes cortesanos, sino que fué una cena de campaña, servida y aliñada con la sencillez y bizarría de las costumbres militares de la época. Durante el convite se platicó alegremente; hubo sendos y placenteros brindis, en que la belleza de doña Ana hizo el principal gasto; y fué de mil maneras festejada la renaciente paz. Ello es que se prolongó la fiesta hasta más de media noche, sin que los regocijados comensales lo hubiesen echado de ver; tan entretenida y sabrosamente se les habian pasado las horas.

Renovadas las protestas de amistad y los más esmerados cumplimientos, la condesa y sus caballeros marcharon á Medina de Rioseco, que al amanecer del dia

iguiente alzó pendones por la Reina; por el Rey, su hijo, y por la Comunidad.

El capitan Lasso de la Vega con una bandera de infantería entró de seguida en la villa, tomó posesion de la fortaleza y montó la guarnicion en nombre de su general y Gobierno, llevando órdenes verbales á los Comuneros de aquella *Torre*, para suspender toda demostracion contra los imperiales y hacer salir de allí las gentes de las *Casas Fuertes*.

Y al mismo tiempo que don Pedro Giron levantaba su campo y tomaba la via de Villalpando con todas las fuerzas del cuartel general, el Almirante con los Regentes y las tropas del ejército realista salian de Medina de Rioseco en son de retirada y como en vía y demanda del territorio portugués.

El sol despuntaba por el horizonte, y todos creian que era el sol de la libertad y de la victoria.

CAPITULO XI.

OTRA PIEZA PARA EL PROCESO.

El grito de «traicion» ha resonado en las filas de los Comuneros.

La pretendida paz ha sido la nueva señal de la guerra.

El destino de las armas beligerantes, ha cambiado enteramente.

Veamos lo que dice la historia.

Despues iremos al romance.

Mientas don Pedro Giron levantando el campo y abandonando su posicion decisiva sobre Medina de Rioseco, contra el dictámen de sus capitanes, y sin dar razon á su Gobierno, marcha sobre Villalpando, ataca sus fortificaciones poco y mal defendidas y entra en la plaza de su tio el Condestable, por capitulacion, instalándose allí con todas sus tropas, para dar tiempo al paso del Almirante hácia Braganza, este llevaba á cabo con sus imperiales una operacion de inmensos resultados: la toma de Tordesillas, centro de fuerza de los Comuneros residencia de sus Gobernadores y asiento de su poder.

El ejército real, como hemos visto, salió de Medina de Rioseco, vía de Valladolid, para el desarme y disolucion de sus fuerzas; y don Fadrique con el Cardenal y

el Condestable, escoltados por un corto escuadron de pajes y guardias de su casa, tomaron la ruta de Zamora. Pero la hueste militar, luego que ganó las alturas del *Valle de Coruñeses*, y se internó en el *Páramo de la Mudarra*, avanzó hasta el *Monte de Torozos;* y dejando entonces el camino recto, echó por el flanco derecho, y protejido por las espesuras que ocultaban la variacion de su marcha, cayó récia é inesperadamente sobre el lugarcejo de *Peñaflor*, entrándole á saco y ocupándole á discrecion. Las fechorías de estos conquistadores no perdonaron siquiera á la casa de Dios. Aquí se reunieron con él las tropas de los Regentes; quienes separándose tambien de la ruta emprendida, se metieron por las gargantas de *Valverde* y subiendo á los alcores de *Castromonte* lograron llegar al lugar robado y atropellado por los suyos, que era el punto de cita y reunion. De allí salieron todos á boca de noche; y corriéndose á lo largo y sobre el flanco izquierdo de *Torre-Lobaton*, protejidos por las tinieblas contra la vigilancia de Padilla, y esquivando su ventajosa posicion sobre el camino real, hicieron una marcha forzada, cortando las comunicaciones, apresando los correos y deteniendo á los caminantes, hasta caer sobre *Tordesillas*, á poco más de la media noche. Sin ser oidos de los escuchas ni guardias, porque la villa debia estar poco apercibida y no esmeradamente vigilada, ó quizá en imprudente confianza adormecida, por tener lejos y humillado al enemigo, lograron los imperiales arrojarse sobre ella en son de brusca y estrepitosa algazara. La embestida fué tan de súbito y á rebato y la sorpresa tan completa, que la guarnicion supo la llegada de los realistas, cuando ya tuvo que salir á rechazarlos de las fortificaciones; y gracias á su buena condicion no fueron forzadas al primer avance, y los defensores pudieron llegar á tiempo de hacer algo de provecho y vender cara la codiciada presa. Los espedicionarios echaron sobre la muralla sus

escalas, y emprendieron denodadamente el asalto, mientras otras columnas de ataque pegaban fuego á los rastrillos de las puertas de *Santo Tomás* y *Valladolid*, utilizando además, como podian, contra lo más récio del muro unos falconetes que iban en la hueste á la órden y direccion de un oficial de ingénios y armas mayores. Ya estaban los escaladores casi sobre los terraplenes, cuando un centinela saliendo de su caserna, al ruido de la maniobra, asomó por entre dos almenas, y divisando entre la oscuridad á los trepadores, disparó sobre ellos á quema-ropa un arcabuzazo, que echó á rodar media docena, y dió el grito de alarma, que cundió como un rayo por todo el ámbito de la plaza. Las guardias y retenes acudieron inmediatamente al sitio asaltado, y se trabó el combate con decision y acaloramiento. La villa toda se puso en armas con asombrosa celeridad, y en pocos instantes se transformó en un campamento; y eso que nada estaba más lejos del ánimo de sus defensores y habitantes que tan estraño como atrevido golpe de mano por parte de los imperiales. Pues habiendo llegado aquella misma tarde el ilustrísimo Acuña desde los cuarteles Comuneros con el tratado de paz para el Gobierno de la Liga, y habiéndose empezado á divulgar la fausta y deseada nueva de la victoria popular y buen éxito de la guerra, en todo podia pensarse menos en la venida de los realistas de tan hostil y desaforada manera; y solamente así se esplican el descuido y poca vigilancia del presidio de la plaza en aquella noche, y la facilidad que los imperiales hallaron para sorprenderla, yendo, como iban, sobre seguro y á golpe hecho; y por la misma causa Padilla, á quien vió el obispo á su paso por Torre-Lobaton, no acudió al socorro de Tordesillas, creyendo que el fuego que se oia por aquella parte, eran salvas y muestras de marcial alborozo mandadas hacer por el Gobierno, al publicar y dar su aprobacion á tan plausible como señalado acontecimiento.

La pelea se generalizó por todos los puntos atacados, y el vigor de la repulsion fué mayor aun que el ímpetu de la embestida. Verdad es que no solamente la gente de armas tomar tenia parte en la refriega, sino que todo el vecindario sin distincion de condiciones, sexos ni edades, salió á la defensa de sus amenazados hogares, y cada cual, como sabia y dado le era, empleaba sus fuerzas en rechazar enérgicamente aquellos desalmados, que tan fieros testimonios habian dado á otras poblaciones de su barbárie é inhumanidad. Bien que las fechorías de Ronquillo en Segovia y los furores de Fonseca contra Medina, hablaban bastante alto á la imaginacion de las gentes; y por si el recuerdo era antiguo, el capitan Voz-Mediano, escuálido y azulado hidalgo de Carrion, se habia encargado recientemente de avivarlo con las sacrílegas depredaciones y tropelías, escándalos y crímenes, que sin respeto á lo divino y humano perpetró con sus satélites, á modo de foragidos y bandoleros en cuadrilla, sobre los inofensivos paisanos de *Peñaflor*, y que mas eran propios de moros ó piratas que de cristianos y hombres de seso; y como si todo el ejército hubiese querido competir en tales fazañas con aquel merodeador desalmado, hizo á los lugarcejos del tránsito teatro lastimoso de sus rapiñas, desórdenes y maldades, sin dejar á los infelices aldeanos pan que llevar á la boca, ni clavo en las paredes, ni lágrimas con que llorar; sin respetar templos ni viviendas, cosas ni personas, razon ni súplica; sin dolerse los bárbaros de la afliccion de las mujeres, del terror de los niños y de la cantidad de los ancianos; «cuyos llantos y voces (como dice un cronista) quebraban el corazon,» y capaces eran de ablandar las piedras, menos duras é insensibles que pechos tan livianos y feroces. En todos tiempos han sido iguales los patronos y defensores de ciertas causas, y todo lo tienen por lícito y meritorio, á pretesto de combatir la libertad!... Los de Tordesillas lograron al cabo

de una hora de heróicos esfuerzos rechazar á los realistas de todos los baluartes combatidos, derribando las escalas y cortando el incendio que comenzaba á prender en las puertas. La refriega habia sido en todas partes caliente y empeñada; y los imperiales habian pagado su temeridad con la vida de un centenar de escaladores, amen de otros lisiados y mal puestos: mientras que los de adentro casi no habian tenido pérdida importante, porque tiraban á cubierto y por ser el lugar fuerte y aventajado.

El Condestable, vista la frustracion de la sorpresa por la valiente defensa de los cercados, mandó tocar á parlamento, y suspender el combate, para ofrecer partido á la plaza. Al sonido del clarin parlamentario, cesó dentro tambien el fuego y el sonido alborotado de las campanas, y las voces y el estrépito del somaten. Avanzó un oficial, precedido de su trompetero, y requirió públicamente de allanamiento y paz á la villa, para que permitiese entrar á las tropas reales, besar las manos á la Reina y ponerla en libertad. Los sitiados conocieron la treta, y rechazaron al portador del parlamento, respondiendo, que «si el Condestable era tanto como Fonseca, »Tordesillas no habia de ser menos que Medina, y que »ni aceptaban capitulacion, ni pedian cuartel.» Esta gallarda respuesta hizo ver al General realista que su falsa intencion habia sido calada, y que daba con quien sabia y valia tanto como él. La cuestion pues no habia de ser resuelta con hipocresías ni artimañas, sino á mano armada y de quién á quién; y como tenia que aprovechar los primeros efectos de su osada operacion sobre la villa y ganarla á todo trance, antes de que pudiera ser socorrida y reforzada su mezquina guarnicion, siéndole además imposible retroceder, decidió venir á las manos en seguida, y tentar fortuna desesperadamente. Lo primero fué dar por los reales pregon, concediendo á los soldados paso franco y derecho absoluto sobre los bie-

nes, honras y vidas de los moradores, para estimular el ardor de su desenfrenada soldadesca, con la codicia del botin y la satisfaccion de sus furores, que son el mejor laurel para gentes que combaten sin fé, sin entusiasmo y sin la conciencia de su deber.

No hay para qué decir que el aliciente del merodeo y el olor de la sangre inocente, hicieron su oficio natural sobre los pretorianos del Condestable. Tambien los chacales del desierto muestran su salvaje instinto á vista de la codiciada presa. Batida la muralla por un puesto de bocas de fuego, mandó el jefe de los imperiales dar al amanecer un asalto á escala vista, sobre la cortina del muro más próxima á sus estancias; y comprometió en el lance toda su numerosa infantería, con más algunas bandas de hombres de armas, que dejando sus caballos, debian protejer la operacion de los peones. Y por si los de la villa intentaban una salida, colocó su caballería en lugar á propósito, como en reserva y en actitud de obrar pronta y resueltamente. La villa en tanto habia espedido á Valladolid corredores, participando que tenia sobre sí á los enemigos, y pidiendo refuerzo para su reducido presidio y mezquinos medios de resistencia. Tambien dirijió un emisario á Torre-Lobaton, reclamando de Padilla la venida de alguna parte de sus tropas sobre los imperiales, y dió aviso de su situacion al General en jefe; y por cierto que nadie en la villa cercada se acertaba á dar razon de la conducta de aquel caudillo. ¿Cómo los imperiales habian salido de Medina de Rioseco, sin disputarlos el paso? ¿Cómo estando en Villabrágima, no venia sobre ellos picándoles la retaguardia y batiéndoles en el páramo con sus mejores y mas crecidas fuerzas? ¿Dónde estaba el ejército Comunero, que así logró la guarnicion de Medina de Rioseco escapar de sus manos y evadiéndose de aquella plaza, tenia espacio para emprender la espugnacion y toma de Tordesillas? Y no paraban aquí los comentarios. Si hay paz, ¿cómo se hace

esta ruda funcion de guerra? Y si la guerra continúa, ¿cómo se habla de paz? Y en cualquier caso, ¿por qué los imperiales obran á mansalva y los Comuneros no salen á campaña contra ellos? Nadie sabía dar salida á esas cavilaciones ni esplicar tales dudas. «O Giron viene »cerca, concluian por decir, ó ha sido derrotado.» «Si no »es un traidor;» añadian algunos en voz baja, rebosando de ira y respirando venganza. La villa confiaba en el socorro de Valladolid: pero aun ponia más esperanzas en Giron y en Padilla. Cualquiera de ellos que viniese á su llamamiento, caeria por la espalda sobre el enemigo, que cojido entre dos fuegos, tendria que recibir un inmenso descalabro. Y sacaba por eso fuerzas de flaqueza, y hacia más de lo buenamente posible, para prolongar la defensa y dar tiempo al arribo de sus auxiliares. Pero si bien el correo enviado á Valladolid podia llegar á su destino, porque tenia libre la carretera allende el rio, no asi los mandados á Lobaton y Villabrágima; pues tenian que atravesar el campo enemigo y podrian ser detenidos, no obstante su conocimiento del terreno, el favor de las tinieblas y sus medios de eludir la vigilancia, entre el combate y el desórden propio de esta clase de empresas con gente allegadiza, resabiada y dura al freno de la militar enseñanza.

Verificóse, pues, la escalada, fiando los sitiadores en la superioridad de su número, y estimulados por la avaricia de los despojos abandonados á su desenfreno. Ruda y temeraria fué la acometida, y parecia más por el estrépito de atambores y trompetas y gritos, que resonaba en el campo sitiador para atemorizar los ánimos en la villa. Pero sus defensores recibieron al enemigo con incontrastable firmeza; y cuantas veces intentaron los trepadores ganar los almenares algo maltratados por la artillería, otras tantas fueron arrojados en tierra por la gente de arriba, á escopetazos y fendientes, supliendo la escasez de su número con la diligencia de sus manos y

la fortaleza de sus corazones. Ni un solo hombre logro arribar á la vera de los terrados, no obstante las gruesas que se disputaban los peldaños de las escalas. Pero tan pronto se veian cuajadas de arriba abajo, como limpias y libres de la bullidora carga, que á impulso del enemigo solia bajar rodando derecha y aplastada, hasta estrellarse por aquellos suelos. La tenaz arribada iba ya costando la piel á trescientos de aquellos espiritados; y los demás, como que perdian las ganas de hacer los guapos y tentar nuevamente el vado. Asi es que las escalas fueron quedando desiertas, y ni fuerza ni ruego eran bastante para que los hombres se encaramasen por sus sangrientos y pavorosos banzos.

El Condestable intentó el asalto por otra parte que creyó menos fuerte y escarpada; habiendo tenido que ponerse al frente de los mermados y abatidos tercios muchos de sus mayores oficiales, que habian estado viendo la funcion desde lejos, y que por lo visto pensaban llegar, y, como suele decirse, besar el santo. Pero estos nobles señores no tuvieron mejor fortuna que la realista plebe, y volvieron bonitamente la cara, bien molidos y malandantes como, al decir de Sancho, el hidalgo de Argamasilla, por las pecadoras manos de los Comuneros que les sentaron bien las manos en las espaldas, por si no estaban bien armados de caballeros. Entonces quiso el Condestable romper una de las puertas de la villa y forzar por ella el paso con el grueso de sus fuerzas. Y ya estaban sus piezas batiendo las ferradas hojas, y puesta en ordenanza la columna que por aquel camino habia de penetrar sin que los de la villa hiciesen nada contra la intencion del enemigo, manteniéndose firmes en los baluartes antes asaltados. Por fin á los tiros de la batería saltó un tablero del rastrillo; y dando los imperiales un alarido de júbilo, se iban á precipitar por el espacioso boquete; mas detuviéronse al primer movimiento. Tras de la rota compuerta se veia

un fuerte muro de cantería, que hacia imposible el acceso y cerraba la fortificacion; y es que aquel postigo estaba condenado de tiempo antes, y completamente inservible para su antiguo uso. Por eso los Comuneros no se tomaban la molestia de defenderle, y se reian y hacian larga chacota desde los adarves, del chasco que se estaban chupando los cariacontecidos realistas. Casi ya desesperaba el Condestable del éxito de su empresa, porque el dia iba entrando á mas y mejor, y estaba como al principio; y púsose á discurrir con sus caballeros algun medio de conseguir el codiciado é importantísimo éxito.

La plaza, por su parte, animada con el buen resultado de los primeros combates, y orgullosa justamente de su comportamiento, acrecía en denuedo y en firmeza y desafiaba el furor de los imperiales; y esperaba con ánsia el regreso de los emisarios idos á los demás cuarteles Comuneros, pues no podia por sí sola, si el asedio se prolongaba, contrastar victoriosamente las fuerzas espugnadoras. Mas no tardó en llegar al pié de los baluartes, y penetrar en la villa el corredor enviado á Padilla, con una carta para la Junta, concebida en los términos siguientes:

«Padilla tiene harto de qué cuidar en Torre-Lobaton.
»El General en jefe vá en retirada para Villalpando. No
»puede socorrer la plaza ninguno de los dos. Capitulad y
»podeis esperar algo del General enemigo,

EL CONDE DE HARO.

»De mi campo delante de Tordesillas á 1.° de diciem-
»bre de 1521.—Señores de la Santa Junta y Comu-
»nidad.»

El mensajero habia sido preso al atravesar por entre las líneas enemigas, por un destacamento de ginetes, que al mando de Ruy Diaz de Rojas se ocupaba en rondar las avenidas y hacer la descubierta en los puntos avanzados. Puesto á la presencia del Conde, interrogado

sobre el objeto de su salida y amenazado con la horca, despues de llevar por via de prólogo sendos coscorrones con las mazas de los mosquetes, el cuitado tuvo que entregar los pliegos y decir cuanto sabia y le quisieron preguntar. Y por acuerdo de los Regentes y Capitanes fué puesto en libertad y se le perdonó la vida, á condicion de regresar á la villa y poner en manos de la Junta la susodicha carta, como medio eficáz de menguar e ánimo de los sitiados y hacerlos renunciar á mayor resistencia, consiguiendo su reduccion por la via de cualquier concierto, bueno á falta de otra victoria más completa y lucida. Diversos pareceres hubo en la villa sobre esta misiva; pues unos creian era todo falácia y amaño del jefe enemigo, y otros veian en ello la clave para esplicar la evasion de los realistas de entre las manos de don Pedro Giron, y lo demás que estaba dando pábulo á tantas sospechas y conjeturas. Pero de cualquier modo era lo cierto que el mandadero habia sido capturado, y que el dirijido al cuartel general de Villabrágima, aunque llegase allá, no seria de efecto alguno. De suerte, que ni con Padilla, ni con el Duque se podia contar, y estaban en absoluta incomunicacion con uno y otro. Quedaba únicamente el apoyo de Valladolid para salvar la villa de su compromiso.

El enemigo habia practicado un reconocimiento general de las fortificaciones esteriores, por mandado que el Condestable confiára á Leonis de Deza, oficial práctico en estas artes; los esploradores tuvieron la buena fortuna de descubrir en la márgen del rio y entre las torrenteras de los escarpados recuestos, que por la parte de la vega sirven de asiento á las murallas, una especie de caverna ó mina subterránea, que á juzgar por su aspecto y enmarañada situacion, debia estar casi ignorada de los naturales del pais. Tapiana su boca con un débil paredon de canteria, entre los arbustos, matorrales y enramadas que obstruian el fondo de la

cárcava, no hubieran dado con ella, á no ser por un boquete abierto en la mampostería por las alimañas, que de aquel conducto hicieron su madriguera y una de las cuales acertó á entrarse por el escondido mechinal, á vista de los que haciendo iban la esploracion. Creyeron al pronto que aquello era una covacha, que servia de albergue á la caza mayor; y por los instintos propios de la gente de guerra, trataron de incomodar al lobezno que allí se habia guarecido. Penetrando, pues, por entre los ramajes y junqueras, que á orillas del rio crecen en lozana y frondosa vejetacion, y enmarañaban el acceso á la caverna, llegaron á su respiradero, y siendo muy angosto para su intento, quisieron aumentar sus dimensiones, y diéronse á ello con los cuentos de sus partesanas, las culatas de los arcabuces y la punta de las dagas y puñales. Pero luego que quitaron algunas piedras, notaron que aquello era mano de obra, y que se las habian con una pared de mampostería, con buen mortero y macizo codal. Escitada su atencion y despierta su curiosidad, con hallar una fábrica de arte donde solo creian la obra de la naturaleza, siguieron con más ardor su faena y descubrian cada vez más espacio del antiquísimo paredon; y habia entre ellos quien se acordaba de aquellos palacios subterráneos, donde los moros, al decir de las leyendas, guardaban sus riquezas y preciosidades, que escondidas quedaron creyendo tornar un dia á esta para ellos tierra de promision; y movido con esa idea el aguijon de la codicia, más de uno allí trabajaba como un negro, para conquistar el soñado tesoro, que ya tenia entre las manos, y con el cual no se cambiaria por el mismo Gran Tamerlan de Pérsia. Desembarazado completamente el misterioso horadamiento, encontráronse los batidores con un arco revestido de sillería que servia de ingreso á un conducto embovedado que en direccion ascendente penetraba en las entrañas del cerro, sin distinguirse su término. Dieron cuenta inmedia-

tamente al jefe de la espedicion, y vista la manufactura comprendió que era una de aquellas admirables construcciones que sabian hacer los moros para subir las aguas á los algibes, y de que tan hermosos ejemplares existen en el valle del Darro y en las albercas del Generalife. Aquel encañado, pues, debia ir á desembocar á lo alto, en algun estanque ó pozo de abasto para la poblacion; y debió ser construido durante la dominacion sarracena, para surtir la villa de los caudales del Duero, y que en casos de asedio ó bloqueo no pudiese el enemigo privarles de las aguas que tan precisas les eran, no solo para la bebida, sino para los baños y abluciones tan comunes en su religion y en sus costumbres; y discurria bien el esperto ingeniero. Asi es, que sobre la marcha ordenó verificar la inspeccion de la dilatada nave, haciendo traer los menesteres oportunos. Entró el atrevido oficial con unos cuantos soldados, á la luz de resinosas teas, haciendo disparar algunos fogonazos y quemar cartuchos para purificar el húmedo y denso ambiente. Al ruido de sus pisadas salian de los escondrijos bandas de nocturnas aves, que allí se ocultaban de la luz, y cuyo agitado revoloteo daba en la cara á nuestros minadores; mientras por entre sus piernas se colaban los zorros y demás bichos, que no contaban ciertamente con ser turbados en la quieta y pacífica posesion, en que desde muy antaño estaban, de aquellas tinieblas y soledades. Siguiendo los recodos y curvaturas que el canal describia en su ascenso, ganaron su salida por la parte alta, que segun habia calculado el oficial, estaba cerrada con un murallon, pero menos sólido y concertado que el del esterior; sin más diferencia, que allí la fábrica hace un arco elíptico y aquí toma la traza y forma circular, como el brocal de una cisterna en posicion vertical. «Este es el desemboque del acueducto,—dijo para sí el práctico;—detrás debe haber algun albergue con comunicacion á las fortificaciones: ya sé lo bastante; vol-

vamos atrás.» Y después de este conciso discurso, emprendió con los suyos la pendiente, logrando salir al aire libre con toda felicidad.

Valladolid habia contestado negándose á dar el socorro pedido por Tordesillas, por haber enviado todas las fuerzas disponibles al *Ejército del Reino* (1), que podria socorrerla sin tener que dejar indefensa la capital, sobre la que, segun creencia, venian enemigos de importancia.

Pero en Valladolid ignoraban, por lo visto, que don Pedro Giron, con el ejército aquel, que era lo mejor y más granado de la Liga, lejos de venir en auxilio de Tordesillas, iba allende la tierra de Campos, si no en retirada, al menos en un cambio incomprensible de operaciones. Cualquiera puede figurarse el efecto de esa contestacion sobre los defensores de la villa. Su única áncora era el refuerzo de Valladolid; y esa se habia roto, dejando el bajel de su fortuna á merced de la tormenta. Mas no por este inesperado desengaño perdieron su aliento, ni cambiaron de resolucion. «Solos triunfaremos ó solos sucumbiremos;—se decian.—Siempre hay gloria para nosotros.» Y se aprestaron heróicamente á cumplir sus inmortales propósitos.

El combate habia estado suspenso durante el dia: pero por ambas partes estaban en actitud de renovarle con mayor encarnizamiento. Acababa de anochecer, más temprano de lo natural, por haber habido una espesa y tenaz niebla desde por la mañana; de modo que sitiados y sitiadores no divisaban sus mútuas posiciones y apercibimientos. Al romper la retreta, los imperiales vinieron por tercera vez al asalto sobre los bastiones batidos la noche anterior. Brusco y vigoroso fué el empuje de la fuerte columna encargada de la empresa. Casi logró abordar un portillo de los adarves, y fué preciso traer sobre el punto escalado la mayor parte de la guarnicion, concentrando en él todo el interés de la jornada, y dejando

(1) Palabras testuales del historiador.

casi desierto el resto del circuito, que por ninguna parte más era combatido. Pero aunque los Comuneros eran escasos, se daban buena maña y mejor prisa á dar contra los acometedores; y como combatian reunidos, hacian cuenta que eran muchos más. Y hay un cronista, que hace mencion de cierto clérigo zamorano, que armado de su escopeta en el sitio de la escalada, combatió tan bizarramente, que dió cuenta de casi una docena de soldados enemigos, sellando luego con su sangre tan notable ejemplo de valor. Empeñadísima estaba la pelea por ambos lados, como si en ella se fiára todo el éxito de la contienda civil; y como la accion de las fuerzas era colectiva y concertada, el flujo y reflujo de sus choques eran formidables y violentísimos. Los de adentro empero por lo récio del lugar y por su incontrastable firmeza llevaban lo mejor; y los imperiales no adelantaban un palmo de terreno, sufriendo grandes pérdidas, y estrellándose siempre contra aquel invencible valladar. El asalto empezaba á tener traza de parar tan mal como los otros para sus emprendedores, y los Comuneros como que daban ya por ganado el lance y segura su posicion.

En medio del ruido y del valor de la refriega resuenan por la banda opuesta del murallaje los gritos de «¡Victoria! ¡Viva el Emperador!» Y luego algunos arcabuzazos, seguidos del toque de rebato, dado atronadoramente por multitud de clarines, atambores y cornamusas, que ensordecian el contorno; y no tardaron en venir gentes corriendo y gritando desaforadas: «Enemigos en la plaza. ¡Al muro del rio! ¡Los imperiales! ¡Por los algibes; por los algibes!»

Y así era efectivamente; Deza habia dado parte del brillante resultado de su reconocimiento, y el Conde dispuso, que mientras el grueso de las fuerzas espedicionarias daba un asalto impetuoso por la cortina batida, para atraer á ella y empeñar en su defensa toda la guar-

nicion, una compañía de gente escojida penetrase por la tajea descubierta, y tratára de entrar furtivamente en la plaza por su comunicacion con los algibes; y se verificó al pié de la letra. Los soldados derribaron con picos y palancas la tapia de guijarros, que cercaba el redondel de derrame del acueducto, y entrándose por el rompimiento uno á uno, se hallaron en un antiguo depósito de aguas, convertido á la sazon en casa-mata de obras más recientes, y que tenia salida á las fortificaciones interiores de la plaza. Una vez allí, sin ser sentidos por el estrépito del combate, el toque de somaten y la agitacion de la villa, salieron de tropel, y se precipitaron á mano armada sobre las murallas y avenidas más próximas, con grande algazara de gritos y belicoso estrépito. El lugar aquel estaba poco guardado y provisto de gente, porque toda la fuerza habia sido llamada al punto del asalto esterior. Con todo, los centinelas dieron la alarma á los escasos puestos de guardia, y rompieron el fuego sobre los enemigos, que súbita é impensadamente les atacaban por la espalda. Pero mientras peleaban con furia, y tenian á raya á los recien venidos, otro peloton de estos se dirijió rápida y sigilosamente á la puerta inutilizada y con tapiales obstruida, de que antes hablábamos, y con sus azadones y herramientas de zapa, demolieron parte del paredon, abriendo un ancho aportillamiento, para dar entrada fácil á mayores refuerzos.

Los que defendian el muro escalado por la gruesa de los imperiales se veian en el mayor conflicto. No podian ir en socorro de la parte sorprendida, porque eran todos precisos para hacer frente á los escaladores, que podian salir con la suya, si aflojaba algo la resistencia; y al mismo tiempo oian á sus espaldas la alarma y las voces de la gente alborotada, como tambien los ruidos de la pelea emprendida á la otra parte de la poblacion. Sacrificándose no obstante á la comun defensa, enviaron algunos

destacamentos en apoyo de las guardias comprometidas; que sostenian desesperadamente sus estancias y oponian inauditos esfuerzos á todas las operaciones de los imperiales que se iban aumentando por instantes con numerosos refuerzos. Pero ni estos heróicos alientos, ni el arribo de los camaradas venidos en su auxilio y sostenimiento, fueron á tiempo bastante para impedir á una compañía de hombre de armas penetrar por el desmoronado postigo y apoderarse del torreon más cercano, batiendo desde sus altos adarves los terrados de las murallas ocupadas por los Comuneros, protejiendo el ingreso sucesivo de más tercios y clavando en el tope la bandera del Emperador. En vano los ciegos y exasperados defensores pusieron fuego á unos casuchos inmediatos al portillo, por donde se metian los realistas; pues por la parte del puente tambien fué franqueada otra puerta, y entraron las mesnadas de algunos señores que fueron á dar sobre la retaguardia de los que se ocupaban aun en resistir el escalamiento, con insigne teson y noble gallardía. Desde entonces, fué inútil y hasta imposible la defensa. Los imperiales iban ocupando la poblacion, como un rio creciente, y acorralaban por todas partes á los acalorados Comuneros, que lidiaron á no poder más, hasta ser abrumados materialmente por la muchedumbre de sus adversarios; y pudieron decirles con legítimo orgullo, con un poeta de otro tiempos:

«El triunfo es vuestro, mas la gloria es mia.»

CAPÍTULO XII.

Un juicio para la posteridad.

Tordesillas ha caido en poder de los imperiales.

Sus defensores, tratados con todo el rigor de la guerra.

La poblacion, saqueada desapiadadamente por el enemigo, que no perdonó casa ni hogar, templo ni monasterio.

Las vidas y las honras de los desolados habitantes, están á merced y arbitrio de los desenfrenados vencedores.

La Reina y la Infanta doña Catalina, se hallan en manos de los Regentes.

La Santa Junta ha sido dispersada por la fuerza.

Muchos Procuradores de las ciudades han sido hechos prisioneros, y los demás han escapado heridos, robados y rotos, del furor de la turba realista.

Otros han sido entregados á las venganzas personales

La Liga ha sufrido un inmenso descalabro.

Ved aquí la série de inesperadas nuevas que llegaron en alas de la fama á don Pedro Giron, tranquilamente aposentado en Villalpando, para dar tiempo á que los imperiales cumpliesen la capitulacion pactada y recibir aviso de la Condesa. El anuncio de tales desastres cayó

como una bomba sobre el General y sus descuidadas huestes. Al principio, como que se resistia el Duque á darle crédito: pero tuvo que ceder á la evidencia. En el ejército produjo una conmocion profunda, y la palabra «traicion» empezó á cundir de boca en boca, y á inflamar los soliviantados espíritus; y solamente el prestigio que Giron tenia sobre ellos, pudo hacer que la espresion del descontento no se revelára con más enérgicas demostraciones. Giron no acertaba á esplicarse tan estraño rompimiento; y tal es la flaqueza de los enamorados, que culpaba á todos menos á la Condesa, y ni en mientes se le pasaba siquiera que pudiese tener parte en tan grande deslealtad y felonía. Pero estaba resuelto á vengarla terriblemente, y tomar satisfaccion de tan indigno engaño.

De acuerdo con el imperturbable Acuña movió su campo de Villalpando, para lanzarse á marchas dobles sobre Tordesillas y rescatarla á toda costa del poder enemigo. Pero estando ya en aquella ruta, tuvo aviso de que la Reina habia sido arrancada por los imperiales de aquella villa, y que era conducida á Búrgos, despues de haber tomado el Almirante su autoridad y lugar-tenencia en la gobernacion del Reino; y creyendo de más alto deber y conveniencia acudir á libertar las Reales personas, tomó camino derecho á Valladolid, para cortar el terreno á los enemigos, y obrar desde allí como fuese del caso. Así lo hizo saber á la ciudad desde su acantonamiento de Villagarcía. Pero esto, en vez de calmar las sospechas ya suscitadas contra él por las apariencias de su conducta, las levantó más y más, porque creian ver en todo ello un pretesto para no ir á recuperar á Tordesillas, que era lo primero y más perentorio; y decian de él públicamente oprobios y mancillas, predisponiéndose el vulgo á cualquiera demasía contra su autoridad y persona. La ciudad, pues, le hizo entender, por medio de un espreso, que su venida era mal mirada, y que

para satisfacer justos recelos, marchase sin demora contra los imperiales y les arrebatase á sangre y fuego su mal habida presa. El Duque, ó picado de la crudeza del mensaje, ó creyendo que su honor era antes que todo, y que sin desmentir tan infamantes rumores no podia ejercer el mando con dignidad y prestigio, ni emprender con seguridad empresa alguna, no dió acojida á los propósitos de Valladolid, y siguió adelante su jornada. En vano Acuña y otros Capitanes le hicieron patente que la mejor y más solemne contestacion á tales agravios y suspicácias seria arrancar á los imperiales su reciente conquista, y recuperar lo perdido con un vigoroso y rápido golpe de mano. El Duque, quizá aconsejado por la queja de su amor propio ofendido, ó comprendiendo mal las verdaderas leyes del pundonor, hizo pique personal lo que debió haber considerado á mayor altura y fuerza de consideraciones, y no dió oidos á sus amigos y compañeros, haciendo prevalecer su opinion sobre las de todos. En ocasiones como esta, de la divergencia de pareceres á la discordia y la insubordinacion no hay más que un paso; y mucho más cuando el prestigio de la autoridad está desflorado á los ojos de sus súbditos, y no tiene la general confianza. Así fué que la desmoralizacion y la indisciplina empezaron á cundir por la hueste, y su deletéreo soplo á viciar los ánimos y aflojar los vínculos del respeto; y saliéronse del real con muestras de desazon é inobediencia algunas compañías, y en el ejército era todo desconcierto y anarquía. El Duque, no obstante, con el grueso de los suyos avanzó sobre Valladolid, y entró en ella, despues de haber rechazado enérgicamente en Zaratan, las propuestas de buen partido que le trajo por mandato del Almirante uno de los valientes Procuradores del Reino, hecho prisionero en Tordesillas, y que, mal de su grado, tuvo que cumplir tan enojosa comision, aunque bien impropia y estraña en quienes acababan de faltar villanamente á sagrados

compromisos y juradas concordias; y fué tan noble y valeroso el buen Gomez de Avila, que se tornó á sus prisiones, cumpliendo, cual nuevo Régulo, el pleito homenaje y palabra que se le habia exijido de hacerlo así, aunque estaba amenazado de perder la vida en manos de sus enemigos. Pudo librarla, quedándose en el cuartel Comunero: pero no quiso hacerlo, al precio de una deslealtad. ¡Loor á la honra castellana! Inmediatamente de entrar el Duque en Valladolid, el pueblo, que estaba en armas y en honda efervescencia, comenzó á alterarse y dar muestras de desconfianza y animosidad contra él; y aun cuando decia y hacia decir por entre el receloso vulgo, que era venido para tomar parte en la fuerte espedicion, que, para dar sobre Simancas y Tordesillas, se preparaba, muy pocos lo dieron crédito y ni los enconos se calmaron, ni las prevenciones desaparecieron. Entre sus mismos soldados habia echado en poco tiempo largas raices el sentimiento de animadversion y desobediencia, de modo que más en actitud se mostraban de hacerle desacato y ofensa, que de seguir sus huellas y combatir á sus órdenes. Giron estaba perdido en la opinion pública, y á los ojos de todos era el responsable de la ruina comun.

Era preciso hacerle salir de la villa, así por no fiar en él, como por evitar en su daño cualquiera demasia de la irritada muchedumbre; y para que se verificase sin que se apercibiese y diera por ofendido, tomando pié para resistirlo, como tambien para no ensañar más á la plebe contra él, acordó la Justicia y Regimiento hacer una salida aparente de todas las fuerzas sobre Simancas; y una vez fuera el acusado General, enviarle órdenes, para acantonarse en *Laguna*, y allí hacer de él lo que fuese de mayor conveniencia; y con objeto de dar mejor colorido á esta maña, haciendo que la hueste del Duque no tuviese espacio en el dia para regresar á Valladolid, dilataron con diversos pretestos la salida has-

ta bien entrada la tarde, y encargaron secretamente al obispo Acuña la ejecucion de sus propósitos en conferencia tenida al efecto, donde le hicieron comprender los falsos tratos y la inesplicable conducta del caudillo, que asi tenia comprometida la causa popular.

Todo se verificó exáctamente, y practicado un reconocimiento sobre la pequeña villa, la noche vino, y hubo que emprender el avance, recibiendo órden el ejército de campar sobre el terreno, y designando en el señalamiento de cantones á Giron el pueblecillo consabido hasta nuevas determinaciones. El General se alojó en el próximo monasterio *del Abrojo*, como sitio más cómodo; y allí vino en su busca el obispo de Zamora, con un escuadron de ginetes, como á las ocho de aquella noche. Recibido por Giron en la espaciosa cámara abacial, que tan hermosas vistas tiene sobre las riberas del Duero, y despues de los cumplimientos de estilo, le dijo don Pedro al respetable Prelado y animoso Capitan:

—¡Tan tarde y con tal aparato! Negocio de monta debe traeros á mi alojamiento.

—Os anticipais á mis palabras y eso me allana el camino de la enojosa obligacion que me trae á vuestra presencia.

—Huélgome de facilitaros su cumplimiento.

—Siempre conté con vuestro buen seso y discrecion para deberos ese obsequio.

—Cuando gusteis, podeis decirme á qué debo la honra de vuestra venida.

—Ved que no vais á oir al enemigo.

—Como quiera, siempre mereceis mucho para mí.

—Os vá á hablar un juez íntegro, que viene á demandaros cuenta de la suerte de la Nacion.

—¡Tambien vos, Acuña, tambien vos!...—esclamó don Pedro con espresion vehemente, comprendiendo al instante la situacion.

—No: el Gobierno de Castilla es vuestro acusador.

—Pero mi buena intencion es mi defensa.

—Placeme de ello; y, ¡plegue á Dios que salgais inocente, por vuestro bien y el de todos!

—¿Y qué quereis de este hombre tenido por desleal y tornadizo?

—La bengala de general.

—¡Me quitan el mando!

—Y Juan de Padilla es vuestro sucesor; yo ejerzo sus veces, mientras llega á tomar posesion del cargo.

—Pero es una afrenta, un reproche que me condena ante los ojos del pais.

—Aquí teneis los despachos auténticos, si os place.

—No hay para qué, y me doy por requerido.

—Y obedeceis por de contado.

—Tomad la insignia de mi perdida autoridad. ¡Y ojalá os sea prenda de dicha y de victoria!

—Con otro, esta escena hubiera hecho un rebelde.

—Pero era preciso antes haber sido traidor.

—Y además no ser buen caballero.

—¿Traeis órden de apoderaros de mi persona, de ocupar mis papeles y tratarme como reo de Estado?

—Traigo autoridad ilimitada y poder discrecional sobre vos.

—Eso es ponerme fuera de la ley.

—Si no, estariais á merced de la fuerza.

—No os comprendo.

—Quiero decir que los soldados no solamente se negaban á obedeceros, y estaban en actitud de rebelarse, sino que hubieran llegado hasta tomar justicia por su mano.

—Ellos serian, más bien que yo, los culpables.

—Probadme que no lo sois.

—Sepamos la acusacion y los testimonios de ese increible proceso.

—Os acusa la Liga de no haber concurrido á la Asamblea de Matallana, donde se declaró la guerra á los Regentes del Emperador.

—No estuve allí, ciertamente: pero me ocupaba en otra parte de combatir con otras armas á nuestros enemigos.

—Estais acusado por el conde de Urueña, vuestro tio, y por cuyo mas fehaciente y autorizado, de no haber aceptado el mensaje que en voz y nombre de la Asamblea de Procuradores y Capitanes, os llevó á Tordehumos para vuestro enlace con la Infanta doña Catalina, brindado por S. A. la Reina doña Juana, como prenda de alianza y de union entre la Corona y los pueblos.

—Hay en el hombre compromisos superiores á su voluntad y conveniencia.

—Tambien dice contra vos, que no cumplísteis la palabra de ir á Tordesillas en el plazo concertado entre los dos, para dar la respuesta debida á S. A. y besar sus pies, á fuer de hombre honrado y agradecido caballero.

—Ya le dije en ello cuanto decirle podia.

—Y arguye que fué una burla indigna para con él, como mensajero real, y un desacato hácia las augustas Princesas, que os deparaban tan alto honor.

—Protesto enérgicamente y rechazo esas temerarias imputaciones.

—La Reina os acusa de haber faltado á su real persona, como caballero, no cumpliendo lo ofrecido á su personero y enviado; y como súbdito, despreciando á la faz de todos la mano de su escelsa hija.

—Juro que no, por lo más sagrado del cielo y de la tierra.

—Y la señora Infanta hace querella de vuestra ingratitud y descortesia.

—Tiene razon, pero nada más en apariencia.

—Y el Estado os acusa de haber rechazado ese ilustre enlace, que era de tanto interés y pró para los pueblos de Castilla.

—Por Castilla voy á perderlo todo... hasta el honor.

—La Santa Junta hace cargo al General en jefe de no

aber secundado las operaciones de Padilla sobre Torre-Lobatón; atacando simultáneamente á Medina de Rioseco; dejando sin ejecucion su propio plan de campaña en a parte precisamente mas importante, y que habia tomado sobre sí; y comprometiendo el éxito de la combinacion, que sin esa falta, hubiera sido decisivo y completo.

—Nadie puede vencer á la imposibilidad.

—El Gobierno, pues, os pide cuenta de la inaccion de vuestras tropas, de vuestro paradero ignorado, de vuestras ocupaciones desconocidas, de vuestra conducta tenebrosa, durante todos aquellos dias. Abandonásteis el ejército al tiempo de empezar las operaciones; no fuísteis á Tordesillas; nadie sabe el lugar, el motivo, ni la esplicacion de vuestra ausencia en ocasion tan crítica é importante. Y pusisteis á Padilla en riesgo de ser batido por el conde de Haro; no interceptásteis el camino al Condestable que venia de Búrgos, y que no llegó á entrar en Campos, gracias á los valientes que le atajaron el paso en los gloriosos campos de Becerril, y la campaña no se terminó bien y cumplidamente por la inércia, la desercion y, al parecer, el dolo del General.

—¡Señor obispo!

—La torre de Medina de Rioseco hace culpa contra vos, porque no le permitisteis obrar impidiéndola, con un falso trato, rendirla y abriros las puertas, por el medio seguro y perentorio de la insurreccion del vecindario, que estaba á punto de estallar y á que no hubiera podido hacer oposicion el escaso y desalentado presidio. Y añaden que cometisteis engaño y defeccion, no dando el ataque acordado, ni haciendo la señal convenida para el levantamiento interior, despues de haberos hecho cargo de la iniciativa y direccion de la empresa.

—Que dén la respuesta los amotinados de mi campa ento.

—Ya llegaremos á eso. Los Gobernadores os inculpan

de no haber entrado en la villa del Almirante, pudiéndolo hacer con fuerzas irresistibles; de haber levantado el campo á la misma hora del ordenado asalto, y de no haber concluido con ese triunfo la guerra y salvado las libertades castellanas.

—Quise triunfar sin sangre, y llegar al mismo fin por distinta via.

—Muchos de vuestros soldados os designan como instigador del alboroto ocurrido en los cantones contra el conde de Urueña, para hacerlo salir de allí y libraros de su presencia.

—¡Mentira, pardiez!

—Y unos hablan de cierto desafío pendiente, que el motin impidió llevar á cabo; y otros suponen que os estorbaba el bravo y leal Conde, para vuestra inteligencia con el enemigo.

—¡Esto es cosa de perder el juicio!...

—La Junta Gobernadora os hace cargo de haber abusado de la ámplia autorizacion pedida y otorgada para ajustar una falsa y amañada capitulacion...

—Sois buen testigo...

—Esperadme tambien. El objeto y resultado de ella ha sido salir libres y salvos de Medina de Rioseco los imperiales, cuando no tenian medio ni esperanza de salvacion, levantando vuestros cuarteles á Villalpando, sin razon abonada para facilitar su fuga y proyectos sobre la plaza de Tordesillas. Este es un cargo terrible, porque de vencedores nos ha hecho vencidos, y ha sido entregarnos á la perdicion.

—Bien sabeis, y sabe Dios, que quisiera con mi sangre y mi vida rescatar el laurel de la victoria.

—Y os hace reo de la toma de Tordesillas y de la ruina de nuestro poder.

—Que me dejen ir á quitársela de las manos.

—Es tarde. Los defensores de la villa, os culpan de su sangre vertida; los vecinos, de sus hoyas y haciendas

entregadas al robo y á la barbárie, y la causa pública, de aquella inmensa y sangrienta catástrofe.

—Callad, por Dios, callad, porque es demasiado y no sé cómo puedo oir tanta y tan impía calumnia.

—Valladolid hace capítulo porque no habeis ido á rescatar á Tordesillas, despreciando sus ofertas y refuerzos, y sobreponiendo vuestra voluntad al interés público. Los Capitanes le hacen contra vos, porque fuisteis causa de la discordia y disolucion del ejército en *Villanubla*. Y yo, como amigo y como compañero leal, tengo agravio de vos, porque me ocultásteis la verdad de vuestros proyectos y me habeis puesto á pique de ser cómplice vuestro y de verme acusado como lo estais.

—Yo habria salido en vuestra defensa, porque tomo sobre mí toda la responsabilidad.

—Pero me habeis comprometido.

—Quería haceros partícipe de la gloria que creia alcanzar.

—¡Y os tienen y acusan por traidor!...

—Juegos de la fortuna, que el mundo suele dar de sí.

—Pero los hombres de cuenta...

—Los hombres de cuenta están sujetos al error como todos.

—Contestad á la acusacion, mostraos inocente, dadnos el placer de estrecharos la mano y de llamarnos aún vuestros amigos.

—Os juro, por vuestro sagrado pectoral, que soy digno de mí, de vos, de todos los mios: que estoy limpio de mancilla, y que puedo responder de mí ante Dios y ante los hombres.

—Venid á justificaros en el tribunal humano, porque el divino no há menester vuestras revelaciones.

—Imposible.

—¿Cómo es eso?

—Ni puedo hablar, ni aunque hablase, el mundo acep-

taría por buena, por noble ni por veráz mi justificacion.

—Justificaos conmigo, y yo tomo sobre mí vuestro abono.

—Pero que sea bajo el sigilo de la confesion.

—Ved que de ese modo me cerrais los lábios.

—De otro, no sabreis mi secreto.

—Sea, y al menos conservareis la gracia de mi amistad.

—Y me veréis tal como soy y como siempre fuí.

—Y yo seré en adelante el mismo que era para con vos.

—Oidme... y compadecedme.

—Para eso está el ministro del Señor.

El Duque tuvo con el Prelado muy larga é íntima conferencia: en ella le abrió franca y noblemente las puertas de su alma; le hizo dueño de sus más recónditas puridades, y le dió cuenta de sus pasiones y flaquezas. Allí se rasgó el velo misterioso que habia sobre su comportamiento; se dieron los móviles de sus acciones, y se pusieron de manifiesto las tendencias y objetos de su intencion. Ya era cerca de media noche, cuando terminó revelacion tan estraña como inesperada; si el Duque la hubiera hecho ante el mundo, el mundo hubiera escarnecido al General, al hombre y al caballero. Ya se figurarán nuestros lectores, porque están al corriente, ó deben estarlo al menos, de los secretos de don Pedro Giron, cuál fué la historia que relató al asombrado Obispo, y cuáles las señas y pormenores que pudo y debió dar, para que mereciera fé y entero crédito. El nombre de la condesa doña Ana salió muchas veces de los lábios de su amante, sin dejar por ello de ser para ella puntual y considerado caballero.

—¿Os atrevereis á condenarme?...—preguntó Giron á Acuña con vivísimo interés, luego de no tener para él nada reservado.

—Os he oido,—contestó el Prelado con evangélica dulzura,—y os compadezco.

—Eso me basta.

—No me habeis pedido más.

—Gracias, Señor, gracias.

—Elena perdió á Troya, la Cava perdió á España... y la condesa de Módica os pierde á vos.

—Y quizá os pierda á todos.

—Las pasiones son el escollo de la humanidad. El mundo es un libro de grande enseñanza; y en cuanto á mí, no me asombro de nada.

—Pero esa mujer... esa mujer...

—No hay para qué hablar de ella. Ya recojerá el fruto del bien ó del mal que haya hecho; en el corazon de las mujeres suele haber un abismo, donde nunca ó muy tarde penetra la ley.

—Podré perdonarla por mí, mas no es posible olvidar el daño que ha traido sobre mis amigos, sobre mi causa, sobre mi infeliz y desvalida patria.

—Dejad á Dios y á su conciencia la expiacion.

—La hermosura es á veces el vaso de oro que en su ignorado seno, en vez de perfumes y bálsamos, encierra la ponzoña, la corrupcion y todos los crímenes.

—¡Cara os cuesta la leccion!

—Es preciso matar ó morir.

—Es preciso salvaros.

—No quiero la vida sin la honra.

—Tiempo habrá para eso; si don Alvaro de Luna se hubiese salvado á tiempo, no le hubieran degollado por traidor, para despues declararle buen ministro y leal repúblico.

—Y pereció en el cadalso como otros hijos de la fortuna y de la gloria. ¿Por qué estrañarme de lo que está sucediendo?

—Tengo facultades para arrestaros; pero quiero dejaros ir, porque os he absuelto, no de culpa, sino de intencion.

—Prefiero comparecer ante un tribunal.

—Dejaos de alardes en tiempos de revueltas y enconos civiles; los juicios de partido suelen ser obra de venganza.

—Pero me oirán...

—Estais condenado en la opinion de antemano. Vivid, para dar tiempo al tiempo, y... Dios dirá despues.

—La fuga me hace reo...

—La fuga es el instinto de la conservacion.

—Juradme que defendereis mi nombre.

—Idos, y evitaré vuestra condenacion.

El Duque besó la mano al Prelado y le pidió su bendicion, saliendo de la estancia absorto y desatentado. Llamó á Elvir, montó á caballo y partió á galope para *Tudela de Duero*, seguido de una cuadrilla de hombres de su casa.

CAPÍTULO XIII.

LUZ ENTRE TINIEBLAS.

Han trascurrido algunos meses desde la fuga de don Pedro Giron.

Los Comuneros han sido vencidos en Villalar.

La santa causa de los pueblos, no tuvo propicio al Dios de las batallas.

La Providencia en sus arcanos, somete la humanidad á duras pruebas, para hacerla merecedora del bien y de la perfeccion.

Padilla, Acuña, Bravo y Maldonado han recibido en el cadalso la corona de mártires de la patria.

El Emperador ha impuesto á Castilla el yugo de su tiranía.

Los antiguos fueros y libertades del pais, han sido borrados de su constitucion nacional con el hierro y el fuego de los verdugos.

La paz reina en España; pero es la paz de los desiertos.

La Córte se halla en Valladolid, recojiendo los frutos de su victoria, y haciendo fiestas y regocijos por el buen éxito de sus armas. Allí recibía tambien los plácemes y lisonjas del despotismo europeo.

Era aquel un espectáculo chocante y nunca visto.

En la plaza de Valladolid se agrupaba el pueblo para ver á los cortesanos celebrar un torneo; y en la de Palencia se reunian las gentes para ver á los sayones cortar la cabeza á don Pedro Pimentel. Corria el vino en los banquetes palaciegos, mientras corria en Medina del Campo bajo el hacha servil de los sayones de Leguizama la noble sangre de los Procuradores de Segovia y Guadalajara. El César celebraba espléndidos besamanos, y por contraste sus servidores abrian las venas en las prisiones de Salinas al bueno del conde de Salvatierra, despues de negarle por muchos dias el alimento. Los palaciegos se holgaban en festines y saraos dentro de la régia morada, y los pueblos no tenian pan que llevar á la boca; y á los gritos de placer y á los cantos de la fiesta y al estrépito de la danza, contestaban con eco lúgubre los lamentos de las víctimas, el rumor de las cadenas y el ¡ay! de los públicos dolores. Pero esto era en España; y don Cárlos era natural de Gante, y se habia educado en Alemania.

Corria el mes de octubre de 1522. S. M. quiso hacer un alarde de su augusta clemencia, y con grande pompa y apariencia dió un perdon general, del cual solamente fueron esceptuados varios jefes y Comuneros de cuenta. Don Pedro Giron no fué comprendido en la real gracia; y esto es una cosa que llamó mucho la atencion, y es lo que constituye el escollo de la historia, para juzgar la conducta de aquel personaje. Si hizo traicion á los suyos, el Emperador no debió negarle su amnistía en galardon del servicio; y siendo criminal para con el César, ¿cómo deservir á los Comuneros? La posteridad no ha fallado este tenebroso juicio. El cronista, por ende, es dueño de tomar el rumbo más adecuado á sus imaginaciones; y el lector vendrá luego á hacer comentos al romance.

Don Cárlos con tales errores de su gobierno y las ofensas de su venganza, hiriendo profundamente el sen-

timiento nacional, divorció su persona y dinastía y las najenó para siempre el corazon y la confianza de los altivos pueblos españoles. Así es, que la dominacion de su descendencia fué una série de luchas entre las despóticas tendencias del autocracismo aleman y las populares aspiraciones de nuestras franquezas municipales; y la raza austriaca, venida en mal hora para arrancarnos el patrimonio de libertad, de tradicional gobierno y de tutelares usanzas, conquistado y mantenido con la sangre de muchas generaciones, se aprovechó perfectamente de aquellas disidencias, para llevar á cabo su obra de ingratitud y de deslealtad. De ingratitud, porque los españoles habian reconquistado el país, mal perdido por los vicios y los crímenes de la monarquía Goda, y restaurado el Trono por su voluntad, y llevado á lanzadas los moros desde Covadonga hasta allende los muros de Granada. De deslealtad, porque los Reyes así alzados sobre el pavés nacional, juraban guardar los Estatutos y buenos usos del país, estableciendo al aceptar la investidura, un pacto de parte á parte, que la religion, la justicia y el honor no permiten quebrantar. Pero cuando habia moros que combatir y pátria que restaurar, los pueblos eran el nérvio, el elemento único y vital de la colosal empresa; los Monarcas les habian menester, y nada podian sin ellos, ni contra ellos. Conseguido el triunfo, ya era otra cosa; y nada más cómodo y sabroso, que prescindir soberanamente de la Nacion, vencedora de los infieles á costa de su sangre y de sus tesoros, para asentar un poder exótico y desconocido á guisa de antojadizos amos; erijirse en señores de vidas, haciendas, honras y pensamientos, y hacer de la pátria un patrimonio destinado á los caprichos y vanidades del mandarin y sus favoritos. Eso era pura y simplemente renegar de su orígen y abrogarse los fueros inenajenables del país: pero, para eso, no hallando derecho humano, imaginaron un derecho divino, que valió

maravillosamente para tomar el pomposo dictado de «imágen de Dios,» alucinar á la sencilla muchedumbre y colocarse fuera de la justicia de los hombres. Verdad es, que para esta odiosa obra, tenian á su favor el estado del país, exhausto y cansado por setecientos años de guerra, y débil por el fraccionamiento en que hasta los Reyes Católicos estuvo España dividida en varios Reinos y nacionalidades, que impedian la unidad política, y que dejaron tras de sí diferencias y antipatías, y obstaban á la mancomunidad de intereses, opiniones y fuerzas. Ya doña Isabel y don Fernando, comprendiéndolo así, pusieron mano á la grande empresa de dar cohesion y homogeneidad á la Monarquía, haciendo de los antiguos y diversos Estados, uno poderoso, fuerte y bien organizado, confundiendo bajo el nombre de España las añejas reminiscencias de Castilla y Leon, Navarra y Cataluña, y formando la grande autonomía nacional de la Península. Pensamiento glorioso y fecundo, que no era cosa de un dia, y que habia menester la concurrencia del tiempo y el influjo de la esperiencia; y tan cierto es esto, que esos mismos Monarcas, ó transijieron con la fuerza de los antecedentes, ó por consideraciones al espíritu tradicional, ó cediendo al poder de la costumbre, al propio tiempo que querian unificar el Estado, se reservaba cada cual el régimen y gobierno de los suyos, sin dar participacion en los despachos y provisiones reales, ni aun de nombre, á su augusto consorte. Pero ese alto pensamiento de Gobierno, que en manos de la gran Reina Católica hubiera sido y fué á la larga el lazo indestructible de la grandeza española, en las de sus descendientes Borgoñones fué la palanca de nuestra ruina. Bien que cambiaron de objeto y forma, pues de elemento vital de la autonomía de la nacion, le convirtieron en resorte de la autocrácia del Rey. La sucesion austriaca vino á eso, y lo llevó á cabo con perseverancia y fiereza. Así es, que mientras sus ilustres abuelos gobernaron

con las antiguas Córtes, respetaron las instituciones y fueros de los diversos Estados, y hermanaron su derecho con el derecho de los pueblos; los Reyes de la sangre teutónica rompieron con todo, y separaron su causa de la causa pública. Cárlos I empezó por hollar las leyes castellanas, que hicieron levantar las Comunidades; y luego, á pretesto de esa lucha, abolió sus libertades, acabó con la representacion popular en las Córtes de Toledo, y dijo como más tarde un enemigo de su raza: «*el Estado soy yo.*» Felipe II arrebató á Aragon sus franquicias, degolló al Justicia Mayor, y se declaró su dueño y árbitro, por la defensa á mano armada del *derecho de manifestacion*. Viene la contienda de sucesion dinástica entre la casa de Austria y la casa de Borbon. Enciéndese la guerra, ármanse las Naciones, y aquellas familias elijen á España por campo de batalla para su eterna y enconada rivalidad. El duque de Anjou y el archiduque Cárlos se disputan á viva fuerza la Corona de Castilla; y en vez de acudir á las Córtes del Reino, para decidir la cuestion soberana é inapelablemente, que era lo más lógico y legítimo, vienen los soldados estranjeros á litigar el pleito á fuego y sangre. Entonces llegó á la casa de Austria el dia de la expiacion y á Castilla el de cobrar la deuda contraida por el fundador de aquella dinastía. La tiranía de Cárlos I fué bien pagada, porque costó el Trono á sus descendientes. Los castellanos negaron su apoyo y adhesion al pretendiente aleman, cuando les llamó contra el nieto de Luis XIV, su poderoso antagonista; y muchos, llevados del ódio y del espíritu de venganza contra una raza que evocaba tan sangrientos recuerdos, se fueron al lado del enemigo de los austriacos, y contribuyeron á espulsarlos á lanzadas de esta tierra, que ¡ojalá jamás hubieran pisado! Y solamente por la indignacion y el aborrecimiento público, se comprende la caida de una dinastía que habia reinado casi dos siglos, que tenia á discrecion de su Gobierno

absoluto todos los recursos del pais; que deberia tener hechuras, amigos y parciales, y que peleaba dentro de su casa contra el estranjero. Pero todo es nada sin el amor de los pueblos. Por eso el sentimiento nacional se puso al lado del Príncipe Borbonés; y nada pudieron contra él los afamados tercios reales, ni los ingleses de Stanhope, ni los flamencos de Staremberg. El rencor del pais á los austriacos decidió la contienda, y valió más que las armas europeas. De otro modo ni Vandoma ni la Francia hubieran podido franquear á Felipe V las puertas de Madrid. Pero Cárlos I habia cometido un error, y la expiacion era necesaria. Tambien hay justicia para los Reyes.

La mudanza de dinastía no alteró la política del Gobierno del Rey, en cuanto al sistema de sobreponer á todo, el poder monárquico. Así es que Felipe V, hallando una ocasion propicia por el levantamiento de los catalanes, les quitó sus fueros, satisfaciendo así su resentimiento personal y su ambicion política. Cataluña recojió entonces el fruto de un pecado antiguo. Ella se mostró indiferente y pasiva, cuando Castilla luchaba con sus Comunidades contra el violador de sus fueros; y no comprendiendo que la causa de los castellanos era la de todos los españoles, les dejó combatir solos y los vió con sangre fria despojar de sus instituciones; y cuando llegó su vez al Condado de los Berenguéres de alzarse y luchar y ser vencido por un déspota afortunado, se encontró abandonada de todos y sin derecho á reclamar ayuda de los demás. Bien que en la antigua coronilla de Aragon solamente Valencia respondió con sus Germanías al grito de sus hermanos de la Liga castellana, y tambien vino la cuestion del secretario Antonio Perez á vengar tamaña falta de prevision política y de confraternidad nacional. Cierto que no era tanto culpa de los hombres como consecuencia del anterior fraccionamiento de la Monarquía, que habia impedido la creacion de

lazos, afinidades y simpatías de Reino á Reino y de Estado á Estado, para que se pudiesen mirar como partes de un todo y como hijos de una misma madre, Estados y Reinos, que divididos por largos tiempos, tratándose siempre como á emulos, y á veces como á enemigos, y con dialectos, costumbres y legislaciones diversas, no pódian de la noche á la mañana fundirse en la unidad y hacer compacto y armónico conjunto. Pues si bien la unificacion oficial se arregla en un acto del gobierno más ó menos fácilmente, no se hacen nacer así el espíritu de amalgama, el amor de familia, la mancomunidad de intereses, sentimientos y armonías sociales; y desde el reinado de doña Juana I, Reina de todas las Españas, al de su hijo y heredero don Cárlos, no habia trascurrido mas que una sucesion, tiempo corto y no bastante para haber borrado la huella de muchos siglos de division interior del territorio, y convertido á tantas pequeñas nacionalidades en una sola nacionalidad. Si el pueblo español hubiese estado reunido bajo una sola entidad política y formando un cuerpo compacto y uniforme, todas las provincias hubiesen secundado el valeroso alzamiento de las ciudades castellanas, y la guerra hubiese sido una especie de cruzada nacional contra las invasiones del poder; y los Comuneros no hubieran sucumbido, y se habria salvado la libertad de todos.

Pero la Providencia lo dispuso de otro modo, y los Comuneros hubieron de resignarse á la condicion de vencidos. Los que esceptuados del perdon habian escapado de la venganza Cesárea, vivian en estraños paises, ó andaban huidos, ó estaban ocultos, esperando lo que esperan todos los proscritos. Don Pedro Giron se habia retraido á su villa de Osuna, donde vivia ignorado y completamente oscurecido dentro de su antiguo y bien guardado alcázar. Era una tarde de otoño, cuando llegó á sus puertas un correo del Condestable, su tio, que era quien únicamente sabia el retiro del oculto reo de Esta-

do. Traia pliegos del Gobierno y correspondencia de aquel personaje, que por medio del paje Elvir llegaron á manos del Duque. En el despacho del ministro mandábanle presentar en Valladolid á disposicion del Emperador, bajo la garantía y custodia de su real palabra. Creyó don Pedro que habia sido descubierto su paradero por la justicia, y dudó si cumpliria la órden de presentacion en la Córte, ó emprenderia la fuga hácia Portugal. Pero la carta del Condestable le tranquilizó completamente, haciéndole saber que todo era obra suya y de algunos buenos valedores, y que podia obedecer el imperial mandamiento con seguridad y confianza: y se acabó de persuadir, pensando que si otra cosa fuere, le hubieran preso y puesto á buen recaudo, luego de saber su retraimiento, y no le permitirian hacer el camino á su libertad. Partió pues para Castilla como un viajero particular, sin más compañía que Elvir y dos escuderos, y llegó á Valladolid donde se hospedó de incógnito en un meson cercano al palacio del Condestable.

Iban ya unos dias de residencia en la régia villa, cuando una noche que estaba en su aposento solo y entregado á sus imaginaciones, penetró en él, sin hacerse anunciar, una dueña de luengo manto y negras sayas, que luego de estar en presencia del Duque, se descubrió resueltamente y dejó ver su bellísimo rostro.

—¡Doña Ana!...—esclamó el Duque, clavando en ella sus asombrados ojos, y sin tiempo casi para haber notado la súbita é inesperada aparicion.

—Doña Ana:—respondió la recien llegada con la mayor sangre fría y marcando la palabra con espresion maligna.

Hubo un intervalo de silencio.

—Huid, señora, huid;—dijo luego don Pedro, cubriéndose el semblante con las manos:—nada hay ya de comun entre los dos.

—¡Os habeis hecho poco galante!...—replicó la dama

con intencion acerba, y sentándose en un camapé con ademan impertinente. – Os vienen á dar la bienvenida, y recibis á las gentes como si os fuesen á notificar un auto de prision.

—¡Harto me ha costado mi debilidad!

—Y aun pudiera costaros más, señor General de los Comuneros.

—Por lo visto, venís á insultarme en mi desventura.

—Error: era una cosa prevista, y que no puede por lo tanto escitar mi atencion, ni merecer mis entretenimientos.

—¡Vive Dios!...

—Cuando digo que os vais tornando áspero é intratable!...

—Salid, por favor; salid, por decoro de ambos.

—¡Estos amantes desilusionados tienen unas cosas muy divertidas! ¿Verdad, nobilísimo señor?...

—Libradme, os lo suplico, de una escena increible, que no tiene objeto y que no cabe dentro de nuestro honor.

—¡Ah! ¡ah!...—decia la Condesa con risa estridente y dañina.—¡Sin duda yo he venido aquí por el placer de veros y honrar vuestra deliciosa mansion!

—Pues bien, acabad y alejaos para siempre.

—Tened calma, como yo la he tenido; porque en estos asuntos es completamente inútil el mal humor.

—Pero habeis perdido el juicio, ó esto es una pesadilla infernal.

—La realidad, noble y leal Duque. ¡Ah! Perdonad: me olvidaba que S. M. os ha secuestrado el título en recompensa de vuestros buenos servicios.

—Podeis, si os place, entregarle mi cabeza.

—¿Para qué le sirve, ni para qué me vale? Mejor que cortar á un hombre el cuello, es hacerse verdugo de su corazon.

—¡Infamia horrible!

—Son deudas á pagar. ¿Y qué direis del hombre, que emponzoña y pierde el alma de una mujer?

—¡Las mujeres!... ¿Quién sabe lo que significa en sus lábios la palabra de amor?

—Probablemente traicion, perjurio, infamia, como en la boca de los amantes sin corazon y sin seso.

—¡Y osais hablarme así!

—Es que me habeis enseñado el camino de la falsía, y yo imito á tan esperimentado maestro.

—Permitidme no responderos; hay cosas.. ...

—Hay cosas, que no se olvidan nunca, cuando hay quien, como vos, las enseña bien.

—Estais haciendo un juego sangriento de irrision y mofa, que lejos de mejorar vuestro papel, le pinta más odioso y sombrío de color.

—¡Y como el señor Duque es tan cabal y tan bueno!...

—Hasta que un ángel malo me precipitó en la senda de la tentacion.

—Porque el ángel bueno sin duda tendió las alas... y no pudísteis volar tan alto.

—Casi no os conozco; dudo si sois la misma de antes; la paloma se ha convertido en serpiente.

—Para luchar con el tigre vestido con la piél del armiño.

—¡Os escucho con asombro!... ¡Cuanto veo y oigo es tan inaudito, descomunal é incomprensible, que me hace pensar si estoy en mi sano juicio, ó si sois vos quien está fuera de cabal razon! Lo que estais diciendo me causa repugnancia, dolor infinito y nunca sentido espanto; lo que aquí pasa es una profanacion, una inmensa perfidia, un crímen sin nombre, que casi no cabe en los límites de la verdad.

—¿Y cómo se llama en vuestro ameno vocabulario aquello de mentir amores á una pobre niña, y venderla sin misericordia á los sueños de la ambicion y del desvanecimiento?

—Dejaos de símiles, que harto dá de sí la realidad presente.

—Hubo un hombre asáz indiscreto y desalumbrado, que creyó hacer impunemente tan noble hazaña con una doncella de calidad... ¿Conoceis esta historia?

—Ni me importa.

—Ya ireis viendo que sí Pero la hermosa, pues dicen que lo era, juró vengar el ultraje... ¿Vais dando en ello, mi antiguo doncel y rendido amante?

—¡La ocasion es para fábulas y fantasías!...

—Pues juro que os han de interesar; ya vereis como tengo ingenio para eso. La venganza jurada por la ofendida dama, se cumplió á su placer; y el buen caballero... Vamos, adivinad el fin.

—El buen caballero lo tiene por una invencion menguada, que remataré á gusto de su inventor.

—¡Ah!... ¡ah!... ¡ah!...—replicó la Condesa soltando una carcajada sonora y punzante.—No valeis un ardite para desenlazar romances tenebrosos; pero aquí estoy yo afortunadamente, que lo sé por la interesada; es un cuento de mucho sabor: el galan susodicho fué bastante nécio y desaconsejado para jugar torpemente con el cariño de la jóven; creyó que eso podia hacerse á mansalva, y que ella se resignaria á llorar y devorar su afrenta en la inaccion y el silencio; y despues tuvo la candidez de pensar que no tenia ojos para ver y oidos para oir, ó se imaginó el menguado, que esas ofensas se perdonan y se olvidan... No me interrumpais ahora, porque vá lo más interesante: y al cabo de muchos tiempos y muchas cosas, ese doncel que abandonar osára el paraiso del amor por el infierno de la ambicion, y que vió sus dichas perdidas sin conseguir sus venturas soñadas; ese doncel, querido Duque, tan ciego y temerario, dió luego en la red que le tendió la encantadora, y ha dejado en ella hechas pedazos su fortuna, su gerarquía, su felicidad, y lo que es más aún, su honra, que

es la de sus padres y que debiera ser la de sus hijos.

—¡Oh!... No haría tanto una hija de Satanás.

—Ahora solo falta que pongais nombre á los personajes de esa historia; los conoceis bien, y podeis hacerlo.

—Pedídselos al Génio del mal que os está inspirando.

—No, no: habeis de ser en esto mi colaborador precisamente; y ya que sois tan modesto que de palabra os dá empacho lucir vuestro ingénio, aquí viene un intérprete por vos, á dejar bien vuestra amabilidad. Conoced esa letra, y leed esa firma.

Y la Condesa presentó á don Pedro Giron una carta en riquísima vitela que sacó de su limosnera.

El Duque fijó su vista en la escritura, y leyó al pié de su contesto:

«El duque de Medina-Sidonia.»

—Gracias á Dios, que dimos con el protagonista.

—¿Y qué significa mi nombre en ese pergamino?

—Poca cosa, si os place. El duque de Medina-Sidonia bajo su gracia y rúbrica demanda á la Infanta de Portugal permiso para pedir su mano de esposa, á fuer de rendido caballero y respetuoso admirador.

—Falso.

—Y precisamente la fecha de esa misiva es la misma de esta otra, en que don Pedro Giron juraba á la condesa de Módica amor eterno y lealtad incontrastable. Ved si os agrada la inscripcion y esplicadme ese bello enigma.

—Decid más bien que todo eso es artificio y apariencia, para disculpar vuestras alevosías y convertir al acusador en reo.

—Dais, si así fuese, con quien es bastante altiva, para no disfrazar sus voluntades ni dar mentidas satisfacciones.

—Luego eso es...

—Una obra de venganza de la condesa doña Ana sobre el duque don Pedro Giron.

—¡Infeliz de vos, señora, infeliz mil veces!

—No sois por ahora el más dichoso, ciertamente.

—¿Quién os ha dado ese escrito? ¿Cómo ha llegado á vuestra mano?

—¿A quién hicisteis cargo de él?

—A nadie. Esa carta no es mia; es una suplantacion abominable.

—Vulgar es el recurso y no hace favor á vuestro magin.

—Repito que es obra de algun falsario venal é infame. Jamás ha trazado mi mano esos caractéres; nunca ha concebido mi mente ese pensamiento. Aquí hay una maquinacion traidora; habeis sido víctima de una gran iniquidad.

—Pero ¿y vuestros amores con la Infanta?

—Imaginacion... mentira.

—Decidme, decidme que son verdad.

—No, mil y mil veces. Lo juro por la Hóstia consagrada y bajo mi eterna salvacion.

—Pero teniais su confianza y distinciones.

—Porque á título de embajador, yo tenia encargo de negociar para S. A. un enlace muy grato á su corazon, al que se oponia aquel gobierno por razones de Estado.

—¿Luego el dueño de sus pensamientos?...

—Era uno de los primeros títulos portugueses, mi amigo, casi mi hermano, porque me habia salvado la vida en la guerra de Italia, sirviendo juntos la bandera de los Reyes Católicos.

—Pero la Córte os creia el amante de la Princesa.

—Porque no estaba en el secreto, y tomaba por galan al sincero y leal mediador.

—¿Y cómo consentisteis en pasar esa plaza?

—No se podia dar esplicaciones sin aventurar el arcano, comprometer el éxito y poner en lenguas nombres elevadísimos. La indiferencia era el mejor descargo contra la ilusion de los cortesanos.

—¿Pero ni á mí?...

—Ni á nadie; no hay privilegio para hacer quebrantar las leyes de la caballería.

—Pruebas.

—Ni tengo ya interés en alucinaros, ni deber de satisfaceros, pues hemos concluido el uno para el otro. Mas ya que eso no os basta, mirad este testimonio que traigo sobre mí.

El Duque se quitó la Encomienda de una órden militar portuguesa, que traía pendiente del cuello; la abrió por un resorte oculto, quedando la placa dividida en dos hojas ricamente esmaltadas y cinceladas por la parte interior; cada cual tenia en su centro un círculo guarnecido de piedras de gran valor; en uno de ellos estaba engastado el retrato en miniatura de una hermosa dama y un apuesto caballero; y en el otro habia esta leyenda en idioma lusitano y con caractéres de oro: «A don Pe»dro Giron, duque de Medina-Sidonia, la Infanta de Por»tugal y el duque de Aveyro, sus amigos y deudores de »la felicidad.»

—¡Me han engañado!—esclamó como un trueno doña Ana:—¡me han engañado!... No les perdone Dios.

Y la Condesa se desmayó sobre el sofá, en medio de la más profunda sorpresa por parte de don Pedro Giron.

Mientras que con sus esmeros y atenciones hace volver en su acuerdo á doña Ana, diremos otras cosas que vienen á cuento en esta puntual y verídica historia.

CAPITULO XIV.

La piedra de la venganza.

La condesa doña Ana, despues de satisfechos todos sus propósitos de ódio y de resentimiento contra don Pedro Giron bajo la apariencia de bien esperanzados amores, comprometiéndole hasta el punto de ser acusado de traidor y de perder la causa de las Comunidades, solamente necesitaba una ocasion en que gozarse ante el perdido amante en su cruel y colmada victoria. Establecida la Córte en Valladolid, la esposa del Almirante gozaba con el Emperador y con los Ministros de inmenso crédito y sin igual influencia; porque tanto S. M. como sus cortesanos sabian que la ilustre dama habia hecho los más altos servicios á la causa realista, y que se le debia la mejor parte de su afortunado éxito; y aunque ignoraba todo el mundo, escepto dos personajes, el cómo y el por qué de tales merecimientos, nadie desconocia que ella habia sido el alma de las famosas negociaciones pactadas en Villabrágima, que fueron en verdad la ruina de los Comuneros. El Imperio, pues, la debia su salvacion, y doña Ana estaba por ende reputada y respetada como una mujer de primer órden; era una potencia en la Córte austriaca, y el Palacio de don Fadrique era un remedo de la cámara imperial. Desde

tan poderosa situacion, nada más fácil que enderezar á su arbitrio las cosas de su conveniencia, y en especial las que atañianle íntima y personalmente; y como sobre todas descollaba aún el cuento de sus venganzas con el Duque, de aquí el dedicarle la mejor parte de su tiempo y la mayor de su poder. Ni un dia siquiera habia ignorado la suerte y paradero de don Pedro Giron desde su salida de Villabrágima hasta su retraimiento en el alcázar de Osuna. Podia haberlo denunciado y perdido: pero doña Ana no queria eso. Queria que Giron viviese: pero deshonrado, infeliz, mal herido en todo lo más caro al corazon y al entendimiento del hombre. Esto á sus ojos valia más que hacerle cortar la cabeza. Quizá en ello le hubiera hecho un beneficio: no, dos. Libertarle de la más penosa de las existencias, y proporcionarle con el martirio político una rehabilitacion á los ojos de la posteridad. Es claro; don Pedro Giron, ajusticiado por el César, no era el trásfuga, el refractario, sino la víctima de la mala fortuna. Su sangre derramada por los verdugos, borraba la acusacion de infidelidad; y doña Ana hacia consistir su venganza en presentarle como reo de traicion ante su siglo y ante la edad venidera. Por eso hizo lo que fué menester para que no se le descubriese, ni se hiciera en él una justicia capital que le elevase al nivel de Padilla y demás héroes de Villalar. Pero aun deseaba otra cosa: y era traerle á Valladolid, para saciarse en el espectáculo de su humillacion y desventura; y para colmo de tormento y de escarnio, queria que le debiese la gracia de la vida, que tenia que serle una carga inmensa, y que habia de conservar para apurar gota á gota el vaso de la deshonra, de la espatriacion y del repudio social.

El Condestable de Castilla, tio del Duque y grande amigo de los Almirantes, con quienes le unian prendas de amistad y de intereses políticos, fué el instrumento elejido por doña Ana para el complemento de su plan.

Sabia confidencialmente por el anciano duque de Frias su deseo de alcanzar el perdon de don Pedro, que no se atrevia á gestionar por respeto á los enojos del César contra el antiguo General de los Comuneros. Pero la sagaz Condesa insinuándose suavemente en el ánimo del Condestable, con ese tácto y facilidad que las mujeres poseen de tan privilegiada manera, le hizo entender que la suerte del proscrito le movia á conmiseracion y escitaba en su alma el noble interés de la desgracia. El Condestable dió en la red de plano, pidiendo á la esposa del Almirante proteccion y valimiento para el mal parado deudo; y ella, que le esperaba en este terreno, se ofreció, aunque con muchas reservas y encarecimientos, á ser su favorecedora. Desde entonces el Condestable no hizo en ello mas que la voluntad de la poderosa medianera; y el llamamiento del Duque á la Córte, su instalacion en una posada de Valladolid, el estado de sus negocios, todo, todo era por obra y direccion de la infatigable y rencorosa dama.

Pero ya está cobrada del inesperado delirio, y fijando sus ojos en el Duque, decia con acento salido de lo íntimo del alma:

—¡Oh!... ¿Por qué me habeis dicho la verdad?

—Porque lo habeis querido, señora; porque era preciso: porque más pronto ó más tarde la debiais de saber.

—No, no; decidme que todo eso es mentira, que me engañásteis, que me pospusísteis á otra mujer más hermosa, más rica, más feliz; no os justifiqueis á mis ojos; no me deis las pruebas que nécia y temeraria os he pedido.

—Os prometo por mi honor que...

—Prefiriria vuestro olvido, deslealtad é ingratitud, á la horrible pena de haberos perdido amante, fino y caballero.

—Como soy ante los cielos y la tierra.

—Engañada por vos, sea en buen hora... que al cabo

es morir á vuestras manos: pero engañada por otros villanos y miserables... no, mil y mil veces no.

—Esplicaos, Condesa, esplicaos; porque al través de todo esto me parece entrever una trama abominable.

—¡Los menguados! Hiciéronme creer que érais infiel á mis amores, perjuro á vuestras promesas. Esa carta, esa carta infernal venció mi incredulidad, allanó mi resistencia y triunfó de mi constancia.

—Pero, ¿quién ha sido el impostor?

—Vuestro secretario Balboa, que desavenido con vos por etiquetas de Córte, se vino á España y puso en manos de mi padre esa prueba auténtica de vuestras infidelidades y ambiciones.

—¡Rayo del cielo!

—El Almirante me habia pedido en matrimonio. Yo me negué siempre á sus deslumbradoras pretensiones Pero vino á mis manos ese malaventurado escrito; y en lonces loca de celos, embriagada de enojo y sin oir mas que el grito de mis lastimadas pasiones, quise pagar agravio con agravio, desprecio con desprecio, y le entregué mi mano... aunque no mi corazon ni mi persona.

—¡Y luego finjisteis devolverme aquel cariño, para consumar vuestra obra de maldicion!...

—De amor era el crimen, y de amor debia de ser la venganza.

—¡Pensamiento de Satanás!

—Estaba fuera de mi.

—Pero, ¿no veiais claro el fondo de la maquinacion? El Almirante estaba desairado por vos; don Pedro Giron un rival bien querido; vos una dama con palabra de por medio á mi favor. Era preciso matar vuestro amor y romper vuestro empeño; deshacerse de mí; dar entrada al desdeñado pretendiente; y esa carta contrahecha y mentida fué el medio infame puesto en juego para ello con infernal perfidia. ¡Ciega estuvisteis, pardiez!

—Y á los diez y seis años, ¿qué se le ocurre á una

niña enamorada y celosa, de la malignidad del mundo y de la corrupcion de las gentes?

—Lo comprendo todo. Compraron un falsificador que suplantára mi letra. Esa carta es obra de su mano venal; y vestida así la farsa, vuestros insensatos celos hicieron lo demás.

—¿Cómo dudar de tan clara prueba? ¿Cómo resistir á tan bien pintada evidencia, y cómo desmentir á este hombre? ¿Quién osára alzarse contra tan fuertes testimonios, sobre tan irrecusables acusadores? Lo que yo hice, lo hacen todas en mi lugar y á mis años.

—Ya veis cómo el Almirante favorece con su más íntima privanza á su artero y afortunado confidente. Es natural; habla muy alto, y se esplica perfectamente.

—Y no lo sabeis todo. Yo, á ejemplo suyo, le otorgué mi confianza, y le hice instrumento mio para vuestra perdicion.

—Los recuerdos de Villabrágima me lo habian ya revelado.

—Yo necesitaba del Almirante carta blanca para mi plan, que podia suscitar sus celos, se traslucia mis aparentes relaciones amorosas con vos. Era el escollo de mi pensamiento.

—Pero ya que queriais vengaros, ¿por qué no habeis querido mi vida? ¿Por qué no me enviásteis la muerte en la punta de un puñal?

—Queria mataros ante la sociedad: queria que vivieseis, pero muerto para los hombres, para el honor, para las ilusiones; queria veros vivo, pero rechazado del mundo por el anatema de todos.

—¡Y por eso me habeis cubierto con el sambenito de los traidores!... ¡Dios de Dios!...

—Y venia aqui para gozarme en mi obra, para escupiros al rostro mi escarnio, mi júbilo, mi desprecio; para saborear con sed impía el vaso de mi venganza.

—¡Y osais decírmelo!...

—Venia para desgarrar vuestras heridas...

—¡Callad!...

—Venia para arrojaros á la frente el perdon de la vida, y deciros con satánico orgullo: «vivid por mí, para que ni siquiera la muerte ponga término á vuestro infortunio, á vuestra deshonra, á vuestra perdicion.»

—¡Señor, Señor!... Tenedme de vuestra man .

—Pero la piedra de mi venganza se ha vuelto sobre mí, para herirme el rostro.

—¡Bendita la justicia divina!

—Sed generoso; olvidadlo todo, y... no me aborrezcais.

—¡Despues de vuestras horribles revelaciones!

—He sido muy infeliz.

—Y muy culpable tambien.

—Os he dicho en voz alta mis flaquezas, mis locuras, para que esa confesion me sirva de castigo: porque nada hay más acerbo y humillante que acusarse y envilecerse á los ojos de la persona mas querida.

—No hay en el mundo rehabilitacion para vuestras miserias.

—¿Qué quereis que haga? Imponedme la expiacion que os agrade; todo lo que querais, menos vuestra maldicion.

—La de los mios está, por vos, cayendo sobre esta cabeza deshonrada é inocente.

—¡Los vuestros! Pues bien; yo iré á don Gombal, al anciano y respetable jefe de vuestra familia, y le diré lo que os he dicho y os salvaré á mi costa.

—¡Hasta me veo sin su cariño paternal!

—Culpa mia tambien.

—¿Pues?

—Talabarte, mi confidente, se pasó á vuestro campo, para ser mi espía y mi agente. Oí en Valverde vuestro altercado con el conde, y para evitar el desafío, que contradecía mis planes, hice á Talabarte con su gente de

confianza pasarse al campo comunero, y levantar una asonada contra vuestro antagonista.

—¡Y el Conde acaso me está creyendo su autor!

—En suma, Duque, habeis sido el instrumento de mis maquinaciones, el juguete de mi clandestina y poderosa mano; habeis ido dónde y como yo os he querido hacer ir. ¡Y todo por vuestro mal! Pero en cambio, estoy pronta á servir con mi propia sangre á vuestro bien.

—Es tarde... y no quiero nada de la esposa de don Fadrique.

—Perdonadme siquiera.

—¡Perdonaros! Podria hacerlo, por lo que atañe á mí Pero, ¿cómo perdonar la ruina de mi causa, la sangre de mis compañeros, la infelicidad de Castilla?

—¡Dios mio!... ¡Dios mio!

—Bien haceis en invocarle. Vuestra nécia é insensata venganza le cuesta la libertad á un pueblo, á una nacion la flor de sus hijos, y nuevos siglos de oprobio á la humanidad.

—Castigadme... Sed, si os cumple, mi juez.

—¡Castigaros, señora!... ¡Harto castigada quedais! Vuestro castigo será mi sombra mancillada y mal perdida; los ayes de tantos oprimidos, el anatema universal de España contra sus verdugos.

—Ahorradme esos tormentos...

—La sangre de Acuña y de Padilla, de Ayala y Pimentel; la sangre derramada en los patíbulos y calabozos por Ronquillo y Leguizama, esos vampiros de la curia imperial; la sangre inocente vertida por Haro y por Fonseca en Tordesillas y en Medina pesará sobre esa frente, salpicará ese rostro y anublará esos ojos, mientras vivais, y luego levantará ante Dios, el grito de la eterna justicia.

—¡Por piedad!...

—¡Harto castigada vais, con quedar ligada á un hom-

bre, que os obtuvo por malas artes contra vuestra voluntad; que es vuestro dueño; que os recordará con su presencia muchas amarguras, y á quien ni amais ni podeis amar, ni respetar siquiera!

—Porque las mujeres como yo no aman mas que una vez.

—¡Harto castigada estais con el fruto de vuestra venganza, con el rechazo de esa piedra de maldicion, con el remordimiento eterno é implacable, con el clamor doloroso de vuestra conciencia, con la impotencia de vuestra desesperacion.

—¡Perdon... perdon!...

Y la Condesa, hecha un mar de lágrimas, se arrojó impetuosamente á las plantas del Duque.

Al mismo tiempo el Condestable se lanzó por la estancia adentro, gritando alborozado:

—Albricias, sobrino mio; ya estais en salvo. El Emperador por premio de mis servicios, me dió su firma en blanco para elejir una gracia, y vuestra sentencia de muerte se ha cambiado en destierro perpétuo, para ir á hacer la guerra en clase de soldado en la plaza de Orán. Partid contra el moro, y dad gracias al cielo por la clemencia de S. M.

—¡A caballo, Elvir, á caballo ahora mismo, y dejadme besar vuestra mano, mi respetable tio y señor!

—Perdon antes para mí;—gritó doña Ana, que no habia dejado su posicion durante la rápida escena precedente.

El Condestable con su preocupacion tampoco habia reparado en ella, hasta que oyó su voz.

—Apartad, señora;—contestó el Duque con resolucion, ciñéndose la espada y en accion de salir.

—¡En el nombre de Dios!...—decia la dama, estrechando sus rodillas y arrastrándose tras de él.

—Yo y [illegible] nos remitimos á su justicia.

—¡A su justicia no... Abandonadme á su misericordia!...

Don Pedro Giron salió del aposento, sin mirarla, seguido del Condestable.

La Condesa dió un grito agudísimo, escondió su rostro entre las manos, y quedó profundamente prosternada.

La piedra de la venganza venia á herir su frente, guiada por la mano de Dios.

FIN.

NOTAS.

1. Dignos son de especial mencion los buenos y valerosos castellanos que acaudillaron el patriótico levantamiento de las Comunidades. Sus nombres merecen ser bien conocidos de la posteridad, para su veneracion y aplauso. En la imposibilidad de saber y anotar tantos como hubo, dignos de loa, damos una relacion, aunque incompleta, de los Procuradores y Capitanes de las ciudades que hicieron el mas importante papel en aquella gloriosa jornada. Asi se comprenderán mejor algunos pasajes de nuestro romance.

Procuradores de Burgos.

Pedro de Cartagena.
Gerónimo de Centro.

Idem de Leon.

D. Antonio Quiñones.
Gonzalo de Guzman.
El M. Fr. Pablo, prior del monasterio de Santo Domingo.

Idem de Toledo.

D. Pedro Lasso de la Vega.
Pero Ortega, Jurado (1).
Diego de Montoya, id.
Francisco de Rojas.
El doctor Muñoz.
Pedro de Ayala.

Idem de Salamanca.

Diego de Guzman.
El Comendador Fr. Diego de Almaraz, de la órden de San Juan.

(1) Los Jurados tenian cargos concejiles de las antiguas municipalidades.

Francisco de Maldonado.
Pedro Sanchez.
El doctor Zúñiga.

Procuradores de Avila.

Sancho Sanchez Cimbron, regidor
Gomez de Avila.
Diego del Esquina.

Idem de Segovia.

El doctor Alonso de Guadalajara.
Alonso de Arellar.

Idem de Toro.

D. Bernardo de Ulloa.
Pero Gomez de Valderas, abad.
Pero Merino.
Pedro de Ulloa.

Idem de Madrid.

Pedro de la Sondax.
Pedro de Sotomayor.
Diego de Madrid.

Idem de Valladolid.

Jorge de Herrera, regidor.
Alonso Sarabia.
Alonso de Vera.

Idem de Sigüenza.

Juan de Olivares.
Hernan Gomez de Alcocer.

Idem de Soria.

D. Hernando Diez Morales, dean.
D. Cárlos Luna y de Arellano.
Hernando Bravo de Sarabia.
El licenciado Bartolomé Rodriguez de Santiago.

Idem de Guadalajara.

Juan de Orbita, regidor.
El doctor Francisco de Medina, id.
Diego de Esquivel.

Idem de Zamora.

Hernando de Porras.

Capitanes de Toledo.

Juan de Padilla.

Pedro Lasso de la Vega.
Hernando de Ayala.
Hernando de Avalos.

Capitanes de Zamora.

El Ilmo. obispo Acuña.
Lares.

Idem de Madrid.

Juan de Zapata.

Idem de las Merindades.

El conde de Salvatierra.

Idem de Toro.

Don Fernando de Ulloa.

Idem de Salamanca.

Juan Bravo.
Pedro Maldonado.
Pedro Pimentel.
Francisco Maldonado.

Idem de Medina.

Alonso de Quintanilla.

Idem de Leon.

Ramiro Nuñez de Guzman.

Idem de Soria.

Cárlos de Arellano.

Idem de Valladolid.

Diego de Quiñones.
Juan de Mendoza.

Idem de Guadalajara.

El conde de Saldaña.

Idem de Burgos.

Anton Cuchillero.
Bernal de la Rija.

Idem de Avila.

Suero del Aguila.

Capitanes en jefe.

El infante de Granada.
Don Pedro Giron.
Juan de Padilla.

Otros Capitanes y Comuneros principales.

Don Juan de Figueroa.
Diego de Vera, jefe del cuerpo de tropas llamado de los Gelves.
Pedro de Mercado.
El abad de Complado.

II. El mariscal de Logis era, en la antigua milicia, un oficial de alta graduacion, que tenia á su cargo la organizacion de la caballería, la distribucion de los ginetes en las brigadas, el arreglo del servicio y otras funciones importantes. Era empleo puramente de campaña y generalmente se confería á un coronel.

III. El alférez mayor de los peones era el jefe principal de la gente de á pié, que recibia los soldados de este arma que las poblaciones y los Reyes enviaban á la guerra sin capitanes propios, y los distribuia en cuadrillas, que entregaba á oficiales de su confianza, formando una tropa especial á su inmediata disposicion é inclinadas órdenes. Era empleo de mucha consideracion y notables preeminencias militares.

IV. Ya que algunos escritores apasionados, han dicho que los Comuneros eran todos gente despreciable y baladí, bueno será que alguna vez se vea lo que tiene de verdad aquella menguada invencion, y que los nombres de aquellos leales hijos de Castilla respondan á los aduladores de la Córte, y á quien quiera que imbuido en sus errores sea tan injusto y poco generoso para con aquellos valerosos campeones de las públicas libertades y antiguas franquicias, que la posteridad ha inscrito con letras de oro en el Santuario de las Leyes, y que deben pronunciar con respeto todos los que en algo tengan las glorias del país.

Pues aunque los Comuneros, para ser ilustres y grandes, no han menester otros blasones que su alto merecimiento, sin parar mientes en que cuanto más humildes hubiesen sido sus personas, más elevadas serian sus acciones, como aquel argumento se hace como en son de ofensa y aire de desprecio hácia los defensores de aquella Santa Causa, vencida por la traicion y la perfidia, es cosa de salir al paso á tan mezquina malevolencia, y ver las cosas á la luz de la razon, la verdad y la buena fé histórica.

Bien que los aristocráticos vilipendiadores, van en ello contra su propia causa, y hacen bien poco favor á la

nobleza, que, segun ellos, estuvo en las filas realistas, prefiriendo el Emperador á su país, la servidumbre á la libertad, el interés á la gloria, la causa del estranjero á la defensa de la patria, á la ley y al honor nacional. Y dan tambien á entender, que ó el pueblo valia mucho, ó que el César y la Córte y la nobleza valian muy poco. De otra suerte no se conciben la importancia y la consecuencia de aquella cívica insurreccion. No vamos, como deciamos, á defender á los Comuneros. Su gloria les basta, y no han menester nuestra defensa. Ni queremos tampoco tratar como arma de buena ley el argumento de calidad personal. Cosa es esa bastante vieja y gastada, y no hay escritor realista que haya dispensado de ella á sus lectores, desde que el Cronista Imperial obtuvo ante la Cesárea gracia los honores y el privilegio de invencion. Pero es preciso esplicar lo que es y vale tan mezquino reproche, en la buena inteligencia de las palabras y de las cosas.

Que la alta nobleza no estuviera al lado de los Comuneros puede ser, y se esplicaria perfectamente. Sus privilegios, sus intereses de clase, su posicion y preocupaciones la separaban de los pueblos y la acercaban á los Reyes, de cuyas mercedes, honores y privanzas participaba, y con quienes por muchas circunstancias y conveniencias estableció alianza y mancomunidad. Era, pues, bajo este punto de vista, la cosa más natural del mundo, que los Próceres, que gozaban los favores de la Córte, y no participaban de las necesidades, sufrimientos y privaciones de la Nacion, se fuesen con el dueño del poder y dejasen el lado de los oprimidos. En todos tiempos hubo políticos de conveniencia.

Pero aun concediendo (y es cuanto hay que conceder) que la nobleza, con pocas, aunque gloriosísimas escepciones, no formára en las filas de las Comunidades, no por eso quiere decir que tengan razon los menospreciadores y maldicientes.

La cuestion era del pueblo, y el pueblo debia de ser su defensor. Mas entendámonos. En ese pueblo no habia tan solo la gente menuda, de que tan prolija y poco caritativamente se mofan los paniaguados del Emperador, queriendo por la parte pintar el todo. Sofisma de mal arte y peor intencion: pero que no engaña á nadie. En ese pueblo, en el antiguo y buen pueblo de Castilla, estaba el *estado llano* que era un poder del Estado, un elemento de la constitucion del país, y una institucion

social de aquella época. Por eso tenia en los municipios sus diputados, sus síndicos, y alcaldes especiales; por eso en las Córtes era uno de los brazos legislativos; por eso en las leyes gozaba tan importante representacion. Pues bien: ese *estado llano*, igual á la nobleza como entidad política de la Monarquía, era el pueblo de las Comunidades; y si bien en su seno estaban los hombres que ejercian las profesiones mecánicas, ni ellas son dignas de tan gárrulo desden, ni los empleados en su ejercicio eran, por ende, gente pésima y ruin. De modo que la tacha de *menestralia* del piadoso cronista es una maliciosa vulgaridad; y como por otra parte la nobleza se limitaba á poseer sus títulos y vivir á su manera, al *estado llano* estaban reservadas las carreras útiles, los merecimientos personales, las conquistas de la aplicacion y de la inteligencia. En el *estado llano*, pues, podian estar los sábios, los artistas, los hombres de mérito, de verdadera importancia social; y todo esto se hallaba en el campo Comunero, representando los grandes intereses políticos, morales é intelectuales de la Nacion.

Y cae por sí propio, en consecuencia, el reproche de los disfamadores. Pues ese *pueblo* que estaba en las Comunidades eran los hombres de la agricultura, de la industria, de la ciencia y del comercio; eran las clases útiles, productivas é inteligentes; era el *estado llano* de Castilla, el nérvio del Estado, la mayor y mas importante parte de la Nacion.

De modo que, aun dando por cierta la ausencia de la nobleza titulada en las huestes Comuneras, todavia no hay razon para tenerla en poco, y tentar de humillar su condicion y nombre; y mucho menos en un país como Castilla, donde el municipio siempre estuvo más alto que la feudalidad; donde *los Fueros* no cedieron nunca el terreno á los señoríos, y donde nunca fueron los concejos y behetrías menos influyentes y poderosos que las nobiliarias instituciones. Consecuencias todas de nuestro antiguo y popular poderío municipal y patriarcales constituciones.

Aparte, en fin, de eso, y de que la bondad de la causa es la mejor calidad de sus defensores, siempre tendrán los Comuneros de su parte el voto y aplauso de la posteridad, la legitimidad de aquella heróica demanda, la razon de los más sobre los menos, y la justicia del pueblo castellano contra la temeraria y desatentada violacion de sus soberanas y veneradas leyes.

LOS

COMUNEROS

G 36167